JULIANO

DISCURSOS

I-V

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

JOSÉ GARCÍA BLANCO



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 17



Asesor para la sección griega: Carlos García Gual.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de esta obra ha sido revisada por Luis Alberto de Cuenca.

Depósito Legal: M. 9386 - 1979.

ISBN 84-249-3521-7.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1979.—4984.

INTRODUCCIÓN GENERAL

Juliano (331-363) vive en el tercio central del siglo IV. Siglo decisivo en la polémica ideológica entre paganismo y cristianismo y que queda realmente enmarcado por dos fechas que simbolizan el gran cambio: 313 y 392, rescripto de Milán y prohibición oficial del paganismo por Teodosio, respectivamente. Todavía al principio de este siglo los cristianos habrán de sufrir las duras persecuciones de Diocleciano y Galerio; al final del mismo, y aun antes, ese papel les tocará a los paganos. A lo largo de todo el siglo se suceden emperadores cristianos y un progresivo deterioro del paganismo, con la única excepción del breve reinado de Juliano, que se convierte así en el último defensor de la religión politeísta y del helenismo, conceptos que en él son idénticos.

Por eso el siglo IV es ya el siglo del imperio cristiano —según el título del libro de Piganiol— y tras su reinado puede decirse que la visión del hombre antiguo cede paso a una nueva concepción cristiana claramente diferente de la que había imperado hasta entonces. Con Juliano culminan las últimas ilusiones de la reacción pagana, que desaparece con su muerte. Hombre de su tiempo, perfectamente lúcido y consciente de lo que está en juego, su lucha va a convertirse, a lo largo de la historia, en ejemplo de los que no están dispuestos a sacrificar el mundo antiguo al nuevo dios. Apóstata

para los cristianos, piadoso para los paganos —e incluso para ellos excesivamente supersticioso—, inmerso al fin en esa lucha decisiva de su época, su perfil está profundamente influido por las dos corrientes en conflicto, tanto que Piganiol ha podido decir que más que muchos padres de la Iglesia contemporánea Juliano merece ser considerado un santo.

Se ha señalado con frecuencia el hecho de que Juliano, contra lo que él cree, no representa el ideal helénico antiguo, sino que sus ideas, mezcla de racionalismo, neoplatonismo y teurgia, con un severo ideal ético —¿estoico o cristiano?— impregnado de anhelos místicos, son más bien el testimonio de la evolución espiritual que se venía cumpliendo en el imperio ya desde el siglo II de la Era. La fe en el antiguo panteón helénico, tal cual, no existe ya; y, así, algún crítico ha podido subrayar la victoria ideológica final de Oriente sobre Occidente a partir de estas concepciones religiosas que, incluido el cristianismo, acaban por dominar totalmente el imperio.

En este sentido pudiera ser característica la escisión política del mismo y, por lo que se refiere al propio Juliano, la ausencia de lazos con el paganismo de los círculos intelectuales romanos sería una manifestación más, probablemente, del desprecio del oriente helenizado por la cultura latina, que hace exclamar a un Piganiol su lamento porque los gustos de nuestro personaje recayeran en un estrafalario como Jámblico, en lugar de continuar los caminos trazados por el humanismo romano de un Cicerón y un Séneca.

En el pensamiento, el dogmatismo de las escuelas filosóficas había abocado, ya desde el siglo II, o bien a un sectarismo infructuoso, o bien a un escepticismo lucianesco más o menos abierto, que acaso no estaba demasiado extendido, o a eclecticismos bastante generalizados. La invasión de lo irracional, según la expresión

de Dodds, va a estar en gran parte monopolizada por la invasión de las formas religiosas orientales: cristianismo, religiones mistéricas —Isis, Cibeles o Mitra—, teurgia, magia y otras formas populares de superstición. La otra forma de cultura y educación, la más importante en realidad, la retórica, cae en el cultivo de la forma con un olvido sorprendente del contenido, convirtiéndose a menudo en algo perfectamente hueco, incapaz de llenar un corazón ardiente. No es casual, por ello, que a un Plotino, último pensador con fuerza del mundo griego, le sucedan una serie de personajes que en la figura de Jámblico acaban confundiendo el neoplatonismo con las prácticas teúrgicas, cuyo misticismo intenta captar el alma a la que el abstruso razonamiento no puede ya arrastrar.

Decadencia del pensamiento filosófico, del espíritu creador, una retórica preciosista y alejada de los problemas reales, la religión tradicional olvidada o confundida y mezclada con el más abigarrado mosaico de creencias de todo tipo desde el misticismo a la superstición, la nueva religión luchando fanáticamente por imponerse y, a su vez, dividida por diferentes herejías en una lucha que a menudo es a muerte, una guerra civil casi constante en la primera mitad del siglo con breves períodos de tregua, y la amenaza de los bárbaros por todo el norte del imperio y de los renacidos persas por la parte oriental, cuando no su silencioso pero continuo penetrar bajo bandera de aliados, en fin, la escisión ideológica y política entre Oriente y Occidente cuyo símbolo es la fundación de Constantinopla, marcan este siglo.

Y a Juliano hay que entenderlo no en una perspectiva lineal, sino como cúmulo y ejemplo de las contradicciones de su época: amante del estudio, pasará casi toda su vida en los negocios públicos; su afición a la filosofía desembocará en continuas prácticas supersticiosas; su ascetismo ético está mucho más próximo al de los

monjes cristianos que a la vida de los habitantes de Antioquía; primero cristiano, después pagano, su conservadurismo religioso se hace revolucionario al adoptar para el paganismo las formas benéficas del cristianismo, al pedir el ejemplo de vida a sus sacerdotes y al intentar erigir una iglesia pagana; su conservadurismo político, al intentar volver a una especie de federación de ciudades, al querer enlazar con las formas republicanas y al rechazar el título de «dominus», es también revolucionario, porque Juliano no intenta conservar lo que es, sino resucitar lo que fue —que a menudo era mucho mejor que lo que su tiempo le ofrecía— con un nuevo estilo, y, sin reparar en los riesgos de su anacrónica idealización del pasado y en la irreversible distancia entre los condicionamientos políticos de su tiempo y los modelos del viejo helenismo, se lanza a la aventura de una restauración quimérica.

1. *Biografía de Juliano*

INFANCIA.—*Flauius Claudius Iulianus*, hijo de Julio Constancio y de Basilina, nace [1] en Constantinopla, recién inaugurada por Constantino el 11 de mayo del 330, en una fecha indeterminada, probablemente del año 331 [2]. Su padre, Julio Constancio, era hijo del emperador

---

[1] ZONARAS, XIII, 10, 2 ss., relata la leyenda de que su madre Basilina tuvo un sueño profético en el que creyó que había engendrado a Aquiles.

[2] BAYNES, *J. H. S.*, 1925, pp. 251 ss., así como BIDEZ que le sigue *(Vie de l'emp. Jul.*, p. 10), sostienen que nació antes del invierno del 331, mientras que VON BORRIES (*R. E.*, tomo X, I, p. 26) siguiendo a NEUMANN *(Philol.*, 50, pp. 761 ss.) y, más modernamente, GILLIARD *(C. S. C. A.* IV, 1971, pp. 147 ss.) defienden mayo o comienzo de junio del 332. El texto básico es AMIANO, XXV, 3, 23, que dice que Juliano murió *anno aetatis altero et tricensimo*, estando claramente establecida como fecha de su

Constancio Cloro, fundador de la dinastía de los segundos Flavios[3], y de la emperatriz Teodora, y hermano paterno de Constantino, hijo bastardo de Constancio Cloro y de Helena. Cuando en el año 306 Constantino heredó el poder de su difunto padre, Helena persiguió con su rencor a los hijos de su antigua rival Teodora y así Julio Constancio estuvo, alejado de la corte, en Toulouse, en Toscana, donde nació Galo[4], último de los tres hijos de su primer matrimonio, en 325-6, en Corinto[5] y, finalmente, a partir de 330, en Constantinopla, donde

---

muerte la del 26 de junio de 363. Bidez cita en su apoyo un pasaje de la carta de Juliano a los alejandrinos (núm. 111, 434d) en que el emperador afirma que siguió la senda del cristianismo hasta los veinte años y «va por el duodécimo año que sigue la de los dioses». La carta parece ser de noviembre de 362 y aplicando el tradicional cómputo inclusivo ambas fechas sólo son conciliables si se acepta la fecha propuesta por Baynes y Bidez.

3 Juliano se mostró siempre orgulloso de sus antepasados Constancio Cloro y Maximiano (cf. *Disc.* I, 7a ss.) e incluso de Claudio el Gótico hasta quien hace remontar su linaje *(Disc.* III, 51c ss.); así describe en *Misopogon* (348d) a su familia: «...los habitantes de Mesia, situada entre Tracia y Peonia, al borde del Danubio, de donde proviene mi linaje, completamente rústico, austero, inhábil, insensible al amor, perseverante de forma inflexible en sus determinaciones». Esta identificación tiene mucho que ver con el culto al Sol que adoptaron dichos antepasados y cuyo continuador se considera Juliano: «es excelente para un hombre estar sometido al servicio de este dios desde hace más de tres generaciones por una larga serie de antepasados» *(Helios rey,* 131b).

4 Cf. AMIANO, XIV, 11, 27: «Nacido en Etruria, en el dominio de Veterna, tuvo por padre a Constancio, hermano del emperador Constantino, y por madre a Gala, hermana de Rufino y de Cerealis, que fueron honrados con la trabea consular y la prefectura». Rufino fue cónsul en 347 y Cerealis en 358.

5 Cf. *Cartas,* núm. 20, y fragm. de la epístola a los Corintios conservado por LIB., *Or.* XIV, 29 ss.: «De mi padre me viene mi amistad hacia vosotros pues habitó en vuestra ciudad y marchando después de allí, como Ulises de los feacios, se vio liberado de su larga peregrinación».

se casará en segundas nupcias con Basilina. Era ésta hija de un alto funcionario, Julio Juliano, en la corte de Licinio, bajo cuyo gobierno fue prefecto del pretorio (316-324) y gobernador de Egipto[6] y cuya hermana Constancia estaba casada con el propio Licinio, que ostentó el poder en la zona oriental del imperio durante largos años hasta ser sometido por Constantino. Julio Juliano educó en la religión cristiana a sus dos hijos, Basilina y Juliano, tío homónimo del emperador, bajo la tutela del influyente obispo arriano Eusebio de Nicomedia.

Según el propio Juliano[7], su madre murió pocos meses después de su nacimiento, lo que no fue obstáculo para que honrara su memoria posteriormente dando su nombre, Basilinópolis, a una ciudad por él fundada cerca de Nicea.

Parece que en los últimos años de su reinado Constantino intentó asociarse, junto a sus hijos, a los demás miembros de su familia: en 333 Dalmacio, primogénito de Teodora, fue cónsul y su hijo Dalmacio fue nombrado César y se le confió la zona del Danubio; un hermano de este último, Hanibaliano, recibió el gobierno del Ponto y de Armenia. La alianza fue reforzada con los acostumbrados enlaces matrimoniales: una hija del primer matrimonio de Julio Constancio se casó con Constantino II y una hija de Constantino, Constancia, que después sería esposa de Galo, se casó con Hanibaliano.

Estas medidas para restablecer la concordia entre las dos ramas de los Flavios, la que provenía de Teodora y la de Helena, se revelaron en seguida inútiles. En el año 337 Constantino, que se dirigía al frente persa al

---

6 Cf. *Cartas*, 60, 380b, y LIB., *Or.* XVIII, 9: «[Julio Constancio] se casó con la hija de un noble e inteligente prefecto cuyo victorioso enemigo (i. e. Constantino) le respetó y aconsejó a sus subordinados que lo tomaran como modelo en el ejercicio del mando».

7 Cf. *Misopogon*, 352b.

mando de su ejército, cae enfermo en Bitinia y, trasladado a su villa de Acyron, cerca de Nicomedia, fallece durante las fiestas de Pentecostés. Sus restos, trasladados a Constantinopla, fueron objeto de una interminable exposición a la espera de la llegada de sus hijos. El 9 de septiembre sus tres hijos, Constantino II, Constante y Constancio II fueron proclamados Augustos y, poco después, un oscuro complot, permitido si no instigado por Constancio, basado en la fábula de que Constantino, al morir, tenía en su mano el testamento en el que dejaba el imperio a sus hijos y, al tiempo, acusaba a sus hermanos de haberle envenenado[8], hizo que los soldados, muy compenetrados con el desaparecido emperador, dieran muerte salvajemente a casi todos los miembros colaterales de la familia: Dalmacio, sus hijos Dalmacio y Hanibaliano, el padre de Juliano, Julio Constancio, y el primogénito de su primer matrimonio más otra persona no bien determinada, fueron las víctimas de las antiguas discordias familiares unidas a la ambición de poder. Sólo se salvaron su hermano Galo, al parecer por estar enfermo, y el propio Juliano, bien por su corta edad, bien, como quieren los historiadores cristianos, por la piadosa intervención de algunos sacerdotes que se lo llevaron protegiéndole junto a un altar, bien, como más tarde dirá el protagonista, por la actuación protectora del dios Helios que le salvó de aquella carnicería[9]. Pese a sus pocos años, el recuerdo de este

---

[8] Cf. FILOSTORGIO, II, 16.

[9] Según LIBANIO (XVIII, 9 ss. y 31), SÓCRATES (III, 1, 6 ss.), SOZÓMENO (V, 2, 8 ss.) y ZÓSIMO (II, 40, 2), Juliano se salvó por sus pocos años y Galo por estar enfermo; en cambio, FILOSTORGIO (CLXVII y 229, 11 ss.) y GREGORIO NACIANCENO (*Or.* IV, 21 y 91) afirman que lo salvaron unos sacerdotes; JUL., *Contra Heraclio,* 229d, parafraseando a HOM., *Il.* XI, 164, dice que Helios «sacó a aquel niño fuera de la sangre, del tumulto y de la matanza».

terrible día gravitará en la mente de Juliano [10] y enturbiará, como es lógico, sus relaciones con el emperador Constancio, a quien más tarde va a acusar directamente de la matanza [11].

Por orden de Constancio, Juliano fue trasladado a la cercana Nicomedia y su educación le fue encomendada al obispo de aquella ciudad, Eusebio [12]. Allí vivía también la madre de Basilina y allí debió de conocer a su tío homónimo que, al correr del tiempo, sería también apóstata [13]. Pero Eusebio fue nombrado obispo de Constantinopla muy pronto, en 338, y la educación del príncipe quedó a cargo de un viejo escita, el eunuco Mardonio, firmemente ligado a la familia puesto que ya había sido pedagogo de su madre Basilina. La veneración de Juliano por Mardonio fue tan grande como la influencia que recibió: es seguro que fue su pedagogo quien despertó en Juliano ese gran entusiasmo por el helenismos que caracteriza su vida, el gusto por la lectura desde esta temprana edad, haciéndole descubrir las bellezas de Hesíodo y Homero, su poeta favorito, e iniciándole en sus primeras lecturas filosóficas, su renuncia a las diversiones mundanas, el sentido de autodisciplina y ese su modo de vida austero que tanto le reprocharán

---

10 Cf. *Contra Heraclio*, 228b, parafraseando a Eurípides, *Fen.* 67: «Todo se llenó de muerte y la imprecación trágica fue cumplida por la divinidad, pues se repartieron la herencia paterna con la aguda espada».

11 Cf. nota *supra* y *Epist. Aten.* 270cd y nota *ibid.*

12 Más tarde, Juliano, camino de Antioquía en 362, llegará a Nicomedia que había sido recientemente asolada por un terremoto y el consiguiente incendio que duró cinco días. Juliano, lleno de pena, dice Amiano, XXII, 9, 4: «reconocía a algunos de la época en que había sido educado allí por el obispo Eusebio de quien era pariente lejano».

13 Cf. la carta 28 dirigida a su tío por Juliano que, más tarde, lo nombró Conde de Oriente.

más tarde los alegres habitantes de Antioquía[14]. Aquí, en Nicomedia, comenzó a frecuentar la escuela de la mano de Mardonio[15]. Durante el verano solía pasar sus vacaciones en una villa que le había regalado su abuela cerca de Constantinopla, junto al mar. El propio Juliano nos describe esta villa, así como su afición por ciertos trabajos agrícolas y su gusto por la soledad contemplatíva a orillas del mar, con un libro de algunos de sus

---

[14] Cf. *Contra cínicos ignorantes*, 198a; *Contra Heraclio*, 235a; *Epist. Aten.*, 274d, y, sobre todo, *Misopogon*, 351a ss., larga y conmovedora alabanza irónicamente presentada. Como prueba de que Mardonio ampliaba los horizontes literarios de su discípulo fuera de las antologías escolares al uso, Bidez señala que las citas de Hesíodo en *Contra Heraclio*, 235a, y *Misop.*, 369b (= fragms. 159 y 269 Rzach) nos son sólo conocidas a través de este testimonio de Juliano.

[15] En cambio, Von Borries, *art. cit.*, supone que se trasladó a Constantinopla junto con Eusebio a raíz del nombramiento de éste y que fue en esa época cuando asistió a las clases del gramático Nicocles y del retórico Hecebolio y tomó después los apuntes de Libanio en Nicomedia retrasando su internamiento en Macellum hasta 345. Pese al genio, sin duda temprano, de Juliano parece demasiado prematura asignarle esta actividad a sus doce o trece años. Seguimos a Baynes, *The early life...*, y Bidez, que sitúan Macellum de 341 a 347 y dejan para después estas actividades. El motivo de la confusión es probablemente que Libanio, en su *Or.*, XVIII, 11 ss., que es una auténtica biografía, y Sócrates, III, 1, 10, que le sigue, al hablar de su educación no mencionan la estancia en Macellum. Dado que es aceptado unánimemente el entusiasmo que despertó Libanio en Juliano y la influencia que ejerció en sus creencias, así como la sinceridad de la fe cristiana del príncipe durante su estancia en Macellum se hace muy difícil invertir ambas fechas. Baynes refutó en este punto las tesis de Seeck y Geffcken, a los que sigue Von Borries, y que también refuta Schemmel. Creemos que Libanio pasa por alto la estancia en Macellum porque no se «ajustan» a la descripción del héroe de su panegírico aquellos años de fe cristiana y en ello sigue los deseos del propio Juliano que los evoca como años de tinieblas, de humo y de enfermedad: cf. carta 61, 424b; *Helios rey*, 131a; *Contra Heraclio*, 229d, y *Sobre la madre de los dioses*, 174b.

poetas preferidos entre las manos [16]. Parece la imagen de un romántico, o de uno de los primeros hombres del Renacimiento, la de este muchacho solitario, ávido lector y enamorado de Homero bajo la sola guía de su fiel Mardonio.

MACELLUM.—Eusebio de Nicomedia murió hacia 341-2 y Constancio decidió recluir a Juliano, junto con su hermano Galo, a quien no había vuelto a ver y que quizá había pasado este tiempo en Éfeso [17], en la residencia imperial de Macellum, en Capadocia, no lejos de Cesarea, lugar apartado en el fondo del Asia Menor. Todo parece indicar que el espíritu temeroso de Constancio recelaba de las posibles ambiciones de los dos hermanos. Juliano fue, pues, separado de Mardonio y sabemos por el propio emperador [18] que este hecho le causó el mismo profundo dolor que el posterior alejamiento, también obligado por Constancio, de su fiel amigo y colaborador Salustio cuando era ya César en la Galia.

Con su hermano Galo las relaciones no debieron de ser excesivamente estrechas, puesto que su carácter difería profundamente [19]: el de Galo, un tanto violento y primitivo, aficionado a las armas y a la caza, ambicioso y cruel, según tendría ocasión de demostrar, no con-

---

16 Cf. *Cartas*, 4, y *A Eusebia*, 113a.

17 Cf. SÓCRATES, III, 1, 9.

18 Cf. *Sobre la marcha de Salustio*, 241c.

19 Sobre Galo, cf. AMIANO, XIV, 1, 1 ss.; amplio cuadro de la sevicia de Galo y de su carácter en su posterior cargo de César en Antioquía. Cf. también GREGORIO NAC., IV, 24. De su comparación con Juliano dice AMIANO, XIV, 11, 28: «Era notable por su belleza, por su prestancia y la correcta proporción de sus miembros, de cabellos rubios y suaves, y aunque su barba naciente era tierna como un vellón sobresalía en él una autoridad prematura. Estaba tan alejado del carácter moderado de su hermano Juliano cuanto eran diferentes entre sí los dos hijos de Vespasiano, Domiciano y Tito».

geniaba con el de Juliano, que achacará, más tarde, sus defectos a la educación recibida[20]. Sin embargo, tenían en común el recuerdo de la desgracia familiar, recuerdo que los servidores de Constancio en Macellum se esforzaban, sin duda, en corregir, ya que Juliano nos habla con sorna de las «canciones» que les cantaban a ambos hermanos intentando hacerles creer que Constancio, en aquella malhadada noche, había sido engañado y obligado a ceder ante la indisciplina de los soldados y ahora estaba arrepentido. Juliano recordará estos años de Macellum con profundo rencor, sintiéndose prisionero —no se les permitían visitas— y alejado de la educación digna de un príncipe, pues no podía jugar sino con los esclavos y siempre bajo la vigilante mirada de los eunucos de turno[21].

En Macellum se educó cristianamente a ambos hermanos iniciándoles en el estudio de la Biblia, que Juliano llegó a conocer bastante bien[22], tal y como muestra su tratado *Contra los Galileos*. En estos menesteres intervino Jorge de Capadocia, obispo arriano, y aunque Juliano no le tuvo una especial amistad por su carácter turbulento e intrigante, cuando Jorge, que había sustituido breve tiempo al exiliado Atanasio en la sede de Alejandría, pereció el 24 de diciembre del 361 a manos del populacho alejandrino, Juliano, incansable bibliófilo, mandó que se enviara a Antioquía su biblioteca, de la

---

20 Cf. *Epist. Aten.*, 271d.

21 Cf. *Epist. Aten.*, 271a ss.

22 Cf. SOZÓMENO, V, 2, 10; GREGORIO NAC., IV, 23, y EUNAPIO, *Vidas*, 473, 44, que, tras señalar que le habían puesto por orden del rey unos eunucos para vigilarle y darle una sólida formación cristiana, afirma: «Pero también en esto mostró la magnitud de su genio, pues de tal forma aprendió de memoria sus libros que aquéllos se hallaban molestos por la insuficiencia de sus conocimientos, ya que no podían enseñar nada al muchacho».

que, según sus propias palabras [23], había leído y copiado varios volúmenes cuando estaba en Capadocia. También en Macellum debió de seguir los ritos propios de la iniciación cristiana y seguramente fue bautizado [24]. Incluso parece que participó en las ceremonias de la iglesia como lector de textos sagrados [25].

La influencia de esta etapa en la vida de Juliano fue muy grande, y cuando intenta llevar a cabo su obra de regeneración del paganismo son tantos los datos de organización que toma de la iglesia cristiana que se ha podido hablar, con razón, del intento de construcción de una auténtica Iglesia pagana comparando la figura de Juliano con la de un papa [26]. El celo que fue característico de todos sus actos es muy probable que también le acompañara en esta primera experiencia religiosa, y como símbolo podemos recordar una anécdota que nos transmiten los historiadores eclesiásticos [27], inventada posteriormente sin duda en cuanto a su desenlace, pero quizá real en su base. Según dicha anécdota, Juliano y Galo, en su fervor religioso, habrían intentado edificar con sus propias manos una capilla que guardara los restos de un mártir de aquella zona especialmente vene-

---

23 Cf. *Cartas* 106 y 107, en cuyo comienzo declara su bibliofilia: «Unos aman los caballos, otros los pájaros, otros las fieras, pero yo desde pequeño estoy poseído de un apasionado deseo de tener libros». Según Bidez, estos libros los requirió para preparar su polémica anticristiana, mientras que Ensslin opina que los destinó a la formación de una gran biblioteca en Alejandría.

24 Cf. Bidez, *Vie...*, pp. 27 ss., donde se da un excelente cuadro de las ceremonias cristianas de la época y de los sucesivos pasos que debió de seguir Juliano hasta su bautismo.

25 Cf. Gregorio Nac., IV, 23, 55 y 97.

26 Cf. Thomas, *Mél. Bidez*, pp. 953 ss., y Koch, *Rev. Belg. Philol.*, 1928; Juliano, *Cartas*, 84, 89b; *Helios rey*, 131a; *Sobre madre dioses*, 174b; *Contra Heraclio*, 229d.

27 Cf. Gregorio Nac., IV, 24 ss.; Sozómeno, V, 2, 12; Teodoreto, III, 2. En cambio, Basilio, en su homilía sobre San Mamas (Hom. XXIII) ignora este pretendido milagro.

rado, Mamas, pero, mientras la obra de su hermano progresaba con normalidad, la que salía de las manos del apóstata se venía abajo una y otra vez como un aviso del cielo de que sus obras no le eran gratas.

En el año 347 Constancio, en el curso de un viaje, se detuvo en su residencia de Macellum y debió de dar una partida de caza a la que Juliano asistió[28], seguramente sin mucho entusiasmo. Era la primera vez que Juliano veía a Constancio[29], que, sin duda, quería supervisar la educación de sus jóvenes primos y hacerse una idea de sus talentos y ambiciones. Poco después de esta visita, probablemente en 348, terminó el encierro en Macellum: Galo fue llamado a la corte, al parecer para asegurar la continuación del poder en manos de la familia, ya que Constancio no tenía hijos e, incluso, sentía remordimientos y pensaba que la falta de descendencia era un castigo divino a su anterior comportamiento. A Juliano debió de permitirle continuar sus estudios sin ninguna indicación concreta, pues al ser acusado más tarde de haber abandonado Macellum sin permiso, logrará demostrar que no contravino orden alguna[30].

Formación intelectual y conversión al paganismo.— Desde Macellum marchó Juliano a Constantinopla, donde continuó su educación asistiendo a las clases del gramático Nicocles[31] y del retórico Hecebolio, un perfecto camaleón religioso típico de épocas ideológicamente turbulentas, puesto que Juliano lo conoció cristiano, pero, tras su edicto sobre los profesores y para no per-

---

28 Cf. *Disc. III a Constancio*, 53b.

29 Cf. *Epist. Aten.*, 274a.

30 Cf. Amiano, XV, 2, 7.

31 Cf. Libanio, *Or.* XV, 27: «...tu instructor fue un lacedemonio que te inició en la justicia, conocedor como ninguno de los misterios de interpretación de Homero y de todo lo de su escuela». Cf. también Jul., *Misopogon*, 353b, y Sócrates, III, 1, 10.

der su puesto, se pasó a las filas del paganismo y, al morir el emperador, se retractó públicamente de su *error*[32]. Juliano estaba feliz de poder dedicarse por primera vez en su vida a su incansable afición al estudio, pero su sencillez en el trato con los camaradas, sus brillantes progresos y su simpatía personal —Juliano era un terrible charlatán, demostrando hasta en eso ser un auténtico griego— hicieron crecer demasiado aprisa el número de sus admiradores, y su incipiente fama llegó hasta los oídos del siempre receloso Constancio. Éste, para evitar males mayores, decidió retirar a su primo a una ciudad menos populosa y más tranquila como era la cercana Nicomedia, donde ya había pasado algunos años antes de su exilio en Macellum. En Nicomedia profesaba sus cursos, desde 344 aproximadamente, el famoso rétor pagano Libanio y, pese a la prohibición expresa de asistir a sus clases, Juliano se las ingenió para conseguir una copia diaria de las mismas sin transgredir las órdenes recibidas[33] y sin dejar de satisfacer su deseo de instrucción junto al que, ya entonces, era, con Temistio, el sofista de mayor prestigio de la época.

Juliano encontrará en Libanio una retórica diferente a la que dominaba en aquellos momentos y que estaba empeñada más en sutiles y complicados juegos de armonías que en la expresión de ideas realmente vivas y que, por ello, nunca satisfizo al emperador. Libanio, por el contrario, sin desdeñar los usos retóricos de tan larga tradición en el alma helénica, sabía ponerlos al servicio de un sincero ideal cuyo mejor representante creyó entonces, y también después hasta el final de sus días, que

---

32 Cf. Sócrates, III, 1 y 23, y Lib., *Or.* XVIII, 12, que le acusa de ser un mal maestro de retórica y de inculcarle el odio a los dioses.

33 Cf. Lib., *Or.* XVIII, 13 ss.

era Juliano: el resurgir del ideal helénico. Libanio, nacido en Antioquía, a la que volverá definitivamente en 354, asistirá en su ciudad natal, a partir de julio de 362, al último período de la vida de su amigo, aunque, en el intermedio, la comunicación entre ambos seguiría alimentándose en forma epistolar.

En Nicomedia y, seguramente, sin que Libanio fuera ajeno a ello, va a tener Juliano sus primeros contactos con la religión pagana, según el testimonio de su amigo que ve en este hecho el advenimiento de una nueva era:

> Éste fue el principio de los mayores bienes para él y para la tierra entera; pues aún había allí [en Nicomedia] una chispa escondida del arte adivinatoria que, a duras penas, había escapado a las manos de los impíos, gracias a la cual, siguiendo la huella de lo oculto, contuvo su enorme odio contra los dioses, iluminado por las predicciones de los oráculos [34].

Con estas breves palabras nos narra Libanio la conversión de su amigo, conversión que, según Bidez, fue más apasionada que racional, fruto maduro de esa misma temprana admiración por Homero y por Grecia que le hará, más tarde, confesarse a sí mismo griego como el mayor timbre de gloria [35].

De Nicomedia Juliano marchó a Pérgamo, donde se encontraba Edesio de Capadocia, uno de los más ilustres discípulos del neoplatónico Jámblico. Aunque Juliano se sintió rápidamente subyugado por el viejo maestro, después de un tiempo, y alegando sus muchos años, Edesio le sugirió que asistiera a los cursos de sus discípulos Eusebio y Crisanto, ya que sus otros discípulos más distinguidos, Prisco y Máximo, se encontraban en aque-

---

34 Cf. Lib., *Or.* XIII, 11.

35 Cf. especialmente la parábola sobre su conversión contenida en *Contra Heraclio,* 229d ss.

llos años en Atenas y Éfeso respectivamente. Crisanto, dentro de su neoplatonismo, era más inclinado a la teurgia que Eusebio, espíritu racional que, al final de sus lecciones, acostumbraba invariablemente a llamar la atención de sus alumnos sobre la impostura de tales magos y taumaturgos. Juliano, picado en su curiosidad, se decidió finalmente a preguntar a Eusebio la razón del estribillo final de sus clases. Eusebio contó entonces a Juliano cómo había asistido, en un santuario de Hécate, a una demostración teúrgica de Máximo:

> Máximo, dijo, es un viejo estudiante que ha aprendido muchas cosas; por la magnitud de su genio y su abundante elocuencia, despreciando toda demostración lógica en estos temas, se arrojó impetuosamente a una especie de locura; no hace mucho nos convocó a un santuario de Hécate y allí nos mostró abundantes testimonios de sus obras. Cuando llegamos y saludamos a la diosa nos dijo: «Sentaos, queridísimos amigos, y mirad lo que va a suceder, a ver si os parece que soy superior a los demás». Cuando dijo esto, y una vez que nos hubimos sentado todos, quemó un grano de incienso y recitó en voz baja cierto himno y obtuvo tal éxito en su demostración que la estatua empezó a sonreír y, a continuación, a reír abiertamente. Y, agitados nosotros por el espectáculo, añadió: «Que ninguno de vosotros se alarme por esto; ahora las antorchas que tiene la diosa en las manos se inflamarán». Y, antes de que terminara de hablar, un resplandor de llamas rodeó las antorchas. Nos marchamos impresionados, como es lógico, por aquel teatral portento. Pero no debes maravillarte de ninguna de estas cosas, como yo no lo hago, sino pensar que lo más importante es la purificación por medio de la razón. Sin embargo, el divino Juliano, al oír esto, dijo: «Adiós, y tú aplícate a tus libros, que a mí me has revelado lo que andaba buscando». Y, tras decir esto, besó la cabeza de Crisanto y marchó hacia Éfeso [36].

[36] Cf. EUNAPIO, 474 ss.

Aunque la anécdota, narrada por Eunapio, no es menos teatral que el prodigio achacado a Máximo, no puede haber duda de que debe de responder a la inclinación auténtica del alma de Juliano, más prendada de misticismo que de razonamiento estrictamente lógico. El hecho es que Juliano se dirigió, efectivamente, a Éfeso en busca de Máximo [37], que habría de ser uno de los principales mentores de su corta vida y, junto con Prisco, el último interlocutor del emperador cuando, herido mortalmente, quiso discutir, al estilo socrático, en su lecho de muerte, sobre la inmortalidad del alma. Casi todos los estudiosos se han puesto de acuerdo en achacar a Máximo y a su influencia los excesos de Juliano, especialmente su superstición exagerada. Sin embargo, el propio Juliano sintió esta relación de una forma diferente:

> Él me enseñó ante todo a practicar la virtud y a creer que los dioses son el principio de todos los bienes... Me quitó mi exaltación y audacia e intentó hacerme más moderado [38].

Junto con Crisanto, a quien Máximo le aconsejó llamar a su lado, *apenas daban abasto ambos a la avidez de*

---

[37] El retrato del grandilocuente Máximo puede verse en EUNAPIO, 473: «Siendo yo todavía joven me encontré con él, que era un anciano, y escuché su voz que era como la que uno podría escuchar de la Atenea o del Apolo homéricos. Las pupilas de sus ojos eran como aladas, tenía una barba blanca y sus ojos revelaban los impulsos de su alma. Poseía una cierta armonía tanto al oído como a la vista y a través de ambos sentidos el que conversaba con él quedaba atónito y no era capaz de soportar ni los rápidos movimientos de sus ojos ni la velocidad de sus palabras. Ni siquiera los más experimentados y elocuentes, al conversar con él, se atrevían a contradecirle, sino que, en silencio, seguían sus palabras como si procedieran de los trípodes de los oráculos. Tal era el encanto asentado en sus labios».

[38] Cf. *Contra Heraclio*, 235a ss.

conocimientos del muchacho[39]. Juliano entra así de lleno en el círculo neoplatónico, y Jámblico, discípulo de Porfirio, se convertirá en su modelo filosófico, igual que el caldeo Juliano, del siglo II, lo será en teurgia[40]. Jámblico es puesto a la altura de Platón, «*posterior en el tiempo pero no en el genio*», «*maestro en verdad divino, el primero después de Pitágoras y Platón*», en su discurso sobre *Helios rey*, en el que reconoce repetidamente la deuda que sus ideas tienen con él[41].

En esta época de intensos contactos con los neoplatónicos es cuando suele colocarse la apostasía de Juliano (350-1), que permaneció, sin embargo, cuidadosamente oculta hasta la muerte de Constancio, excepto para el pequeño grupo de sus amigos íntimos. En el mito que intercala en su discurso *Contra el cínico Heraclio*[42], Juliano mismo contará a su manera ese proceso de vuelta a las creencias paganas en el que pueden adivinarse varios factores influyentes: por supuesto, el misticismo que animaba a Juliano, su amor por la cultura helénica contrapuesto a la pobreza literaria de los textos sagrados de la nueva religión, así como el respeto en general por las antiguas tradiciones frente a las numerosas innovaciones del cristianismo; probablemente, también su oposición a lo que representaban Constantino y Constancio, oposición visceral por los problemas familiares ya aludidos, así como el espectáculo de la enorme división que agitaba la Iglesia con el enfrentamiento entre arrianos y atanasianos, aparte de otras sectas menores. Sin duda, ligado con todo ello, la apostasía trajo consigo el despertar de sus ambiciones políticas, según confiesa el propio Juliano. El joven que sólo

39 Cf. EUNAPIO, 474.

40 Cf. carta 12, a Prisco, pidiéndole el comentario que Jámblico había escrito sobre la obra de Juliano el caldeo.

41 Cf. la carta citada y *Helios rey*, 146ab, 150d, 157cd.

42 *Contra Heraclio*, 227c ss.

había soñado hasta el momento con placeres espirituales sin compromiso, se va a encontrar ahora con la obligación de salvar el imperio con sus antiguas tradiciones, frente al creciente poder del cristianismo cuyas innovaciones piensa que lo están hundiendo. Helios cura a Juliano de su primitiva enfermedad, lo limpia de suciedad y reanima el fuego que ha puesto en su alma para confiarle la administración del imperio, que está a cargo de pastores perversos, pese a la propia oposición inicial de Juliano. El joven príncipe, el adepto de Mitra —el gran intermediario— el seguidor de Helios, tiene una misión que debe cumplir con la ayuda de los dioses: purificar de sus presentes manchas el imperio de sus antepasados.

Juliano regresó de Éfeso a Nicomedia donde, disimulando sus convicciones, siguió aparentando su pertenencia al cristianismo. Allí Juliano fue convirtiéndose en un auténtico polo de atracción cuya fama hacía venir a numerosos personajes con el solo objetivo de conversar con él y expresarle su deseo de que llegara al poder. Propósitos peligrosísimos pero tan bien escondidos por el príncipe que, dice Libanio, si Esopo hubiera visto aquello, habría tenido que cambiar su fábula y haber hablado del león escondido bajo la piel de un asno[43].

Estancia en Milán y en Atenas.—El 15 de marzo del año 351 su hermano Galo es nombrado César por Constancio y enviado a Oriente, a Antioquía, ante el peligro que suponía para éste la sublevación de Magnencio en 350, surgida en Autun y que había acabado ya con la vida de Constante, el Augusto de Occidente. Magnencio dominaba también Italia, además de la Galia. Tras casarse con Constancia, hermana de Constancio, Galo marchó a Antioquía, donde la pareja tuvo una actuación más bien siniestra e irresponsable. Alarmado Constancio

[43] Cf. Lib., *Or.* XVIII, 19 ss.

por las noticias que le llegaban y sospechando, incluso, la posibilidad de que Galo albergara más altas ambiciones, los invitó a encontrarse con él en Milán por medio de repetidas cartas falsamente tranquilizadoras. Pero en el camino murió Constancia, última esperanza de Galo, que ya fue conducido claramente como prisionero hasta Flanona, donde acabó siendo decapitado, sin juicio, hacia el final del año 354.

Tras la muerte de Galo, la represión de sus subordinados no se hizo esperar y el propio Juliano no escapó a las sospechas que los sicofantas de la corte extendieron por doquier con su habitual arte. Así, en diciembre de 354, Juliano es llamado a Milán donde tiene que defenderse de una doble acusación: haber abandonado Macellum sin permiso del emperador y haber mantenido conversaciones secretas con Galo en Constantinopla cuando su hermano se dirigía ya al final de sus días [44]. Juliano pudo defenderse con éxito de estas acusaciones, aunque tuvo que esperar varios meses antes de conseguir una entrevista con el emperador, dilación que él mismo achaca a las intrigas del prepotente chambelán, el eunuco Eusebio [45]. Juliano se sintió en peligro, y no sin razón, sobre todo porque veía la gran influencia del citado chambelán y de su camarilla de siniestros delatores profesionales sobre la indecisa figura de su primo Constancio. El final feliz de esta situación lo atribuye Juliano a la inesperada intervención de la emperatriz Eusebia, quien propició entre los dos primos esa entrevista que normalizó sus relaciones, al menos exteriormente. Por fin, a principios del verano de 355, obtuvo permiso, gracias también a la emperatriz, para cumplir su máximo deseo de acudir a estudiar a Atenas [46], donde

[44] Cf. AMIANO, XV, 2, 7.
[45] Cf. *Epist. Aten.*, 274a ss.
[46] Cf. *A Eusebia*, 118b ss., y *Epist. Aten.*, 273a ss.

permaneció, aproximadamente, desde julio hasta octubre de ese mismo año, dedicado a completar su formación religiosa y filosófica. Parece que asistió a los misterios de Eleusis [47] y también intimó con el neoplatónico Prisco, discípulo de Edesio, al igual que Máximo, y a quien testimonia un gran respeto en sus cartas [48]. En Atenas fue compañero de estudios de Basilio de Cesarea y de Gregorio de Nacianzo, que será su primer gran detractor a su muerte y que alardea de haber observado ya en este tiempo los múltiples defectos que acabarían haciendo de Juliano, según él, poco menos que un monstruo [49].

---

47 Cf. EUNAPIO, 476, 16 ss.

48 Cf. *Cartas* 12 y 13.

49 Cf. especialmente la caricatura de retrato que hace GREGORIO NAC. *(Or.*, V, 23), copiada por SÓCRATES, III, 23, 18: «Esto [i. e. su maldad] a los otros se lo reveló la experiencia al otorgarle el poder libertad de acción, mientras que yo ya lo había notado de alguna manera desde el día que lo conocí en Atenas. Pues también fue allí inmediatamente después de lo que le ocurrió a su hermano tras habérselo pedido al emperador. Y doble fue la causa de su viaje: una, más honrada, para ver Grecia y sus escuelas; otra, más secreta y conocida por pocos, para conversar con los arúspices e impostores de aquella región de sus asuntos cuando aún su impiedad no disponía de libertad. Y entonces no me hice una equivocada imagen de este hombre aunque no soy de los entendidos en estas cuestiones. Pero lo que me hizo adivino fue la desigualdad de su carácter y el exceso de sus emociones. No me parecía un buen augurio el movimiento continuo de su cuello, sus hombros oscilantes como una balanza, sus ojos agitados e inquietos, su mirada exaltada, sus andares inestables y titubeantes, su nariz que respiraba insolencia y desprecio, produciendo la misma expresión los gestos de su cara al reír, su risa inmoderada y convulsiva, sus asentimientos y refutaciones con la cabeza sin ningún motivo, su conversación agolpada y entrecortada, sus preguntas desordenadas y sin inteligencia, sus respuestas, en nada mejores, que se amontonaban unas sobre otras en desorden, sin escalonarse como las de un hombre culto».

JULIANO, CÉSAR.—En octubre, más o menos, debió de recibir Juliano la orden de dejar Atenas y marchar de nuevo a Milán. La diosa Atenea, a quien Juliano suplicaba morir antes que volver a la corte, le guió [50] impidiendo que sus temores, de nuevo funestos, se cumplieran, porque Constancio, esta vez, lo llamaba para convertirlo, inopinadamente, en César.

Constancio y Eusebia no habían tenido hijos y la sucesión se había convertido en un grave problema para el imperio. Juliano era el único miembro de la familia que sobrevivía. Además, Constancio estaba agobiado por la cantidad de amenazas que se agolpaban en sus fronteras del Rin, del Danubio y en el frente persa. Parece que, otra vez, la intervención de Eusebia [51] fue decisiva para su nombramiento, basado sobre todo en el interés de asegurar la continuación de la familia en el poder, enfrentándose con el resto de los cortesanos que eran opuestos a esta decisión, alegando su absoluta inexperiencia en asuntos militares y de gobierno y el pésimo resultado de la experiencia de Galo. En realidad, lo que temían era la ascensión de un hombre al que sabían su enemigo declarado y cuya venganza, por la muerte irregular de Galo y por otros muchos crímenes atestiguados, tarde o temprano llegaría si lograba ganarse la confianza del emperador. Así, desde el nombramiento de Juliano como César hasta la muerte de Constancio vamos a asistir a una pugna continua entre el príncipe y la camarilla de sicofantas del emperador, empeñados en verter sobre Juliano toda clase de acusaciones y conscientes de que en el empeño les va la vida. De esta forma, aunque Constancio, tímidamente, había dado algunos pasos para acercarse a Juliano, los intereses de su círculo acabarían por impedir una relación más amistosa, ya de por sí

[50] Cf. *Epist. Aten.*, 274b ss.
[51] Cf. AMIANO, XV, 8, 2 ss.

muy difícil, envenenando constantemente sus relaciones y provocando finalmente el enfrentamiento total que no llegó a consumarse por la inesperada muerte de Constancio.

Nombrado César, Juliano vio cómo trataban de cambiar su aspecto, transformándolo de filósofo en cortesano: le afeitaron su barba, le pusieron ropas de seda y le aconsejaron marchar altivamente en lugar de mirar al suelo con humildad, como le había enseñado Mardonio. El resultado no podía ser otro que la risa de los demás cortesanos ante tan bizarro espectáculo [52].

El nombramiento tuvo lugar el 6 de noviembre de 355, en Milán, ante el ejército reunido que refrendó con sus aclamaciones la propuesta del emperador [53]. Igual que años atrás, cuando el mismo nombramiento recayó sobre Galo, ahora también los lazos matrimoniales vinieron a confirmar la nueva alianza y otra hermana de Constancio, Helena, se casó con Juliano. Fue un matrimonio político que no dejó ninguna huella en el César, apenas algún recuerdo vago e indiferente en sus obras. Parece ser que, por dos veces, la emperatriz Eusebia impidió que llegara a ver la luz el fruto de esta unión, que estaba llamado a ser el futuro emperador [54].

Juliano tuvo, poco después de su nombramiento, su primera y única entrevista con la emperatriz, que le causó una profunda impresión y que, en el momento de partir hacia la Galia, le regaló una nutrida colección de libros —lo que demuestra su perspicacia femenina— que colmaron la afición libresca del príncipe [55].

Campañas en Galia.—Pero Constancio, que había ya soportado continuas sediciones durante su reinado, no

---

52 Cf. *Epist. Aten.*, 274c.
53 Cf. Amiano, XV, 8, 4 ss.
54 Cf. Amiano, XVI, 10, 18; XV, 8, 18.
55 Cf. *A Eusebia*, 123a ss.

estaba dispuesto a confiar alegremente en su primo. Lo destinó a la Galia, donde la situación se había hecho muy difícil por las continuas invasiones de germanos que amenazaban con quedar definitivamente asentados en vastas zonas de aquella provincia. Juliano, en realidad, no tenía ningún poder, pues el mando del ejército se le confió al general Marcelo y tanto el prefecto, Florencio, como el cuestor, Salustio, recibirían las órdenes directamente del emperador, quien llegó, en su afán de maniatar al nuevo César, a reglamentar hasta sus comidas [56]. Juliano hace notar [57] que, en realidad, su única misión era pasear por toda la Galia la imagen del emperador, y que, pese a sus insistentes peticiones para que éste le dijera con exactitud qué era lo que esperaba de él, Constancio evitó siempre una respuesta concreta en torno a sus atribuciones. Incluso le ocultó el grave hecho de que Colonia había caído ya en manos de los germanos en noviembre de 355, lo que hacía mucho más peligrosa la situación de la Galia.

Con una ridícula escolta de sólo 360 soldados partió Juliano de Milán el 1 de diciembre de 355, acompañándole durante un corto trecho el emperador. Juliano atravesó los Alpes y pasó el invierno de 355-6 en Vienne, tras algunos presagios favorables a su futura gestión [58]. Aquí se aplicó a los ejercicios militares, entrenamiento que hasta entonces no había llevado a cabo, puesto que su educación no había sido, ni mucho menos, la habitual de un príncipe. En los asuntos políticos, la colaboración, que terminaría en franca amistad, del honrado cuestor Salustio sería decisiva, según él mismo reconocerá más tarde [59].

---

56 Cf. AMIANO, XVI, 5, 3.

57 Cf. *Epist. Aten.*, 281d ss.

58 Cf. LIB., XVIII, 40 ss., y AMIANO, XV, 8, 21.

59 Cf. el discurso *Sobre la marcha de Salustio.*

A la primera campaña del año 356 Juliano asistió poco menos que como espectador. Constancio había combinado un ataque propio por el curso superior del Rin con otro de Marcelo, a partir de Reims, intentando cercar a los alamanes, y la maniobra terminó con la recuperación de Colonia [60], retirándose Juliano a pasar el invierno en Sens. En esta ciudad iba a tener lugar un incidente que costaría el cargo a Marcelo. Juliano, que había repartido la mayoría de sus tropas por las ciudades vecinas a fin de protegerlas de las continuas incursiones de los germanos, se vio sitiado en Sens, contando tan sólo con su guardia personal para la defensa. Juliano asumió la misma, y, después de bastantes dificultades, al cabo de un mes, los bárbaros levantaron el sitio. Pero lo más sorprendente había sido la conducta de Marcelo que, acampado cerca de Sens, no se había molestado en llevar el más mínimo auxilio al César, abandonándole en una situación muy peligrosa [61]. Constancio, al enterarse, llamó a la corte a Marcelo, quien, a su vez, acusó a Juliano de alimentar más altos designios de los que correspondían a su rango. Pero Juliano, conocedor del ambiente hostil que tenía en la corte, envió allí a Euterio, un honrado chambelán que, quizá, fue también encargado de llevar los dos primeros panegíricos del César como parte de su defensa. En cualquier caso, Euterio supo imponerse rotundamente a su rival, pues Marcelo fue destituido y enviado a Sárdica, su ciudad natal, y su puesto encomendado a Severo, pero lo realmente importante era que el mando de las operaciones le fue confiado ahora al propio Juliano [62].

En la campaña del 357, planeada de forma semejante a la anterior, de nuevo la ineptitud de sus colaboradores

60 Cf. AMIANO, XVI, 3, 3.

61 Cf. AMIANO, XVI, 4, 1 ss.

62 Cf. AMIANO, XVI, 7, 1 ss., y 11, 1; LIB., XVIII, 48; *Epist. Aten.*, 278b ss.

va a colocar a Juliano en una situación difícil. El conde Barbacio, que había sido enviado en sustitución de Ursicino como maestro de infantería, tras breves y negativos escarceos abandona su puesto en la proyectada maniobra conjunta, dejando sólo a Juliano, y los alamanes creen llegado el momento de asestarle una derrota definitiva[63]. Una coalición de varias tribus de este pueblo será derrotada por Juliano, que contaba con tropas bastante inferiores, en la famosa batalla de Estrasburgo en el mes de junio de 357[64]. Es la primera y más importante victoria que alcanzaría nunca Juliano, que pasa, a continuación, por primera vez el Rin y persigue a los alamanes en su territorio durante casi todo el otoño, consiguiendo con ello la sumisión de la mayoría de estas tribus antes de retirarse a París, donde hibernará también los próximos años. Además de las numerosas bajas causadas al enemigo, entre los prisioneros que envía a Constancio figura el jefe principal de los alamanes, Cnodomario. Fácil es imaginar el asombro que debió causar en la corte la noticia de que el desaliñado aprendiz de filósofo, que apenas hacía un año que había tenido su primer contacto con los asuntos militares, había conseguido la que puede calificarse, sin duda, como la más importante victoria del imperio en el siglo IV, que frenó, durante un buen número de años, lo que parecía ya una imparable invasión. Las campañas de los años siguientes podríamos resumirlas sencillamente como la explotación de este singular éxito por parte de Juliano. En el 358

---

63 Cf. AMIANO, XVI, 11, 2 ss.

64 Larga descripción de la batalla en LIB., XVIII, 53 ss., y en AMIANO, XVI, 12, 1 ss., que resume el éxito, como es usual, con el número de víctimas: 243 soldados y cuatro oficiales romanos frente a más de seis mil cadáveres de los alamanes aparte de otros muchos que desaparecieron en el Rin. Los soldados después de esta batalla intentaron ya proclamarle Augusto, a lo que Juliano se negó. (Cf. también *Epist. Aten.*, 279b ss.)

se dedicó a liberar el curso inferior del Rin, para lo cual impuso sus condiciones, después de un ataque sorprendentemente madrugador, a los francos salios y a los cámavos que habitaban aquella zona[65]. A continuación, para asegurar el aprovisionamiento, restauró y aumentó en 400 navíos la flota británica. Finalmente, exigió a los vencidos alamanes la devolución de los prisioneros romanos que quedaban en su poder[66]. Sus tareas de consolidación de la seguridad militar en la Galia continuaron durante la campaña del 359.

En la corte, por el contrario, los continuos boletines victoriosos que periódicamente enviaba Juliano a Constancio eran recibidos con envidia por el emperador, que rápidamente se atribuyó la gloria de Estrasburgo hasta en sus más mínimos detalles, y con miedo por sus detractores, que veían cómo la fama de Juliano había alcanzado una altura increíble. El resultado fue el redoblamiento de las burlas y de las insidias ante los permisivos oídos de Constancio, siempre atentos a la adulación. Así, nos cuenta Amiano, se hicieron moneda corriente en la corte los motes al César de «Victorino» (con alusión a un personaje del mismo nombre que se había sublevado el siglo anterior), «cabra», «topo griego», «afeminado», etc.[67]

En el 358 intervino también en los asuntos fiscales de la provincia, oponiéndose al prefecto Florencio y a su intento de una leva extraordinaria de impuestos por la debilidad económica en que había quedado la Galia tras las incursiones de los bárbaros. La respuesta de sus enemigos fue una maquinación urdida por Florencio y secundada en la corte por el notario Pentadio y los delatores Gaudencio y Pablo «Cadena», acusando al cuestor

---

65 Cf. Amiano, XVII, 8, 1 ss.

66 Cf. Amiano, XVII, 10, 3 ss.

67 Cf. Amiano, XVI, 12, 67, y XVII, 11, 1.

Salustio de incitar a Juliano contra Florencio y consiguiendo que fuera llamado junto al emperador. Estos hechos ocurrieron en el invierno del 358-9, y en esa época escribirá Juliano su segundo panegírico a Constancio y su lamento por la marcha de Salustio, en el que declara abiertamente que el auténtico objetivo era dejarle desprovisto de su mejor consejero[68].

PROCLAMACIÓN DE JULIANO, AUGUSTO.—En el año 359 murió la emperatriz Eusebia, principal defensora de Juliano en la corte, y es de suponer que la influencia negativa de la camarilla de sicofantas en torno a Constancio no hiciese sino crecer. En el mes de octubre llegó la noticia de que Amida, importante plaza fuerte en la frontera persa, había caído en manos del rey persa Sapor, y Constancio decidió preparar la campaña del año siguiente contra los persas contando con la ayuda de las victoriosas tropas galas de Juliano. El emperador estaba en su derecho de pedir este auxilio, pero cometió algunos errores: uno, por falta de delicadeza, al dirigir su petición directamente a Lupicino y Síntula, dos subordinados de Juliano, escribiendo tan sólo a éste para que se mantuviese al margen y dejase hacer; otro, por falta de información, puesto que los aliados celtas y germanos que formaban en las legiones de Juliano se habían enrolado a condición de que no se les hiciese pasar los Alpes. Tenían un gran afecto por su general, y, además, la situación en la Galia no era tan segura como para hacer desaparecer de allí, de improviso, lo más selecto de sus tropas; por último, habría que añadir que Constancio tenía una sorprendente mala memoria de las recientes sediciones ocurridas en la Galia precisamente, encabezadas por Magnencio primero y Silvano después. Lo más

[68] Cf. AMIANO, XVII, 3, 1 ss.; *Epist. Aten.*, 282c; *Carta* 14, 384d ss.; *Sobre la marcha de Salustio*, 241c; LIBANIO, XVIII, 84 ss.

fácil es que quisiera lograr a un tiempo dos cosas importantes: el apoyo de una excelente fuerza militar para su expedición y el privar a Juliano de sus mejores tropas, por si las acusaciones de sus enemigos eran ciertas.

El caso es que Constancio envió una embajada, al mando del secretario Decencio, pidiendo a Lupicino la marcha de las legiones de los Hérulos, Bátavos, Petulantes y Celtas, todas ellas tropas de excepción, además de un tercio del resto de los soldados, y a Síntula la guardia personal. La embajada llegó en enero de 360 y Síntula se apresuró a ponerse en marcha, cumpliendo las órdenes, pero Lupicino se encontraba en Britania con las dos primeras legiones citadas, por lo que Decencio no tuvo más remedio que negociar con Juliano. Éste, después de algunas vacilaciones, decidió, al parecer, cumplir la orden y escribió a Constancio anunciándole el envío de las tropas pedidas. Como lugar de concentración y partida Decencio escogió París, pese a la inicial oposición de Juliano que, conocedor de sus hombres, temía que en una ciudad pudiera producirse algún motín. Pero el descontento de los soldados por tener que abandonar sus hogares iba en aumento, comenzando a circular libelos que anunciaban la tormenta. Una vez llegados a París, durante la noche, rodean el palacio llamando a gritos a Juliano Augusto. Juliano en un principio se resiste y sólo, según Amiano, se decide ante la aparición del Genio del Imperio, que amenaza con abandonarle si no acepta la diadema. Juliano sale y promete a los soldados que no traspasarán los Alpes y que él se lo explicará a Constancio, que sabrá comprenderlo. Pero la sedición está en marcha, los soldados continúan gritando y amenazando a un tiempo, Juliano no puede oponerse más y, temiendo por su vida, se deja proclamar Augusto por las tropas. Decencio y el prefecto de la Galia, Florencio, marchan en dirección a Constancio. Las

tropas que ya habían partido con Síntula, al tener noticia de la proclamación de París, dan de inmediato media vuelta y regresan[69].

Así es como cuentan, a grandes rasgos, la proclamación Juliano y sus seguidores Amiano y Libanio. ¿Es todo ello una enorme farsa propagandística del «nuevo régimen»? Si no es posible una respuesta categórica —aunque personalmente creo que hay suficientes elementos para una contestación afirmativa—, no hay que olvidar que un historiador nada sospechoso de animadversión contra Juliano, sino encendido admirador suyo, no ha dejado de señalar que Juliano, después de algunos ritos secretos sólo conocidos por el hierofante de Eleusis, a quien había hecho venir hasta la Galia, y sus amigos íntimos el médico Oribasio y Evémero, había decidido rebelarse contra Constancio, y que en su golpe de estado contó con el servicio de varios conspiradores[70].

La proclamación —o el golpe de estado, como quiera llamársele— tuvo lugar en febrero del año 360. Durante todo este año, Juliano, convencido de su manifiesta inferioridad militar, y Constancio, retenido por el inminente peligro persa, van a dilatar el encuentro definitivo mediante un intercambio epistolar cuyo resultado sólo podía ser negativo. Juliano pide que se le reconozca su nueva dignidad, aunque humildemente se firma como César, y Constancio le promete perdonarle la vida a cambio de dejar las cosas como estaban antes del levantamiento[71]. Bajo la apariencia de una negociación, am-

---

69 La descripción más detallada la da, una vez más, AMIANO, XX, 4, 1 ss.; la propia versión de Juliano puede verse en *Epist. Aten.*, 284a ss.; cf. también EUNAPIO, 476, 22 ss., y LIBANIO, XVIII, 95 ss.

70 Cf. EUNAPIO, *frag.* 14, 5.

71 Cf. AMIANO, XX, 8, 1 ss., y especialmente 8, 5 ss. = *carta* 17b, dirigida a Constancio, que nos informa de que, junto a la carta oficial llena de moderación, hizo llevar secretamente otra

bos esperan el momento oportuno del ataque porque, aunque sinceramente no lo desean, saben que es la única salida posible a la situación creada.

Tras el arresto de Lupicino[72], a quien se había ocultado cuidadosamente durante su ausencia todo lo sucedido, Juliano, en el verano de 360, volverá a cruzar el Rin, atacando y sometiendo a los francos atuarios[73] para establecer sus cuarteles de invierno en Vienne, donde, el 6 de noviembre, con motivo del quinto aniversario de su proclamación como César, debió dictar su primer edicto de tolerancia para oponerse a la rígida política arriana de Constancio. Por estas fechas muere su esposa Helena, último lazo que tenía con el emperador[74]. En las fiestas de la Epifanía del 361 aún rezó Juliano públicamente en la iglesia, ocultando así todavía sus auténticas creencias[75].

En este año Juliano tiene noticias seguras de que Constancio está preparando víveres en abundancia cerca de los Alpes para marchar contra él y de que, además, está dispuesto a echarle encima a los bárbaros mediante pactos secretos, como ya hiciera diez años antes en su lucha contra Magnencio. Juliano, consciente de que esperar en la Galia es un suicidio, decide adelantarse y marcha, a lo largo del Danubio, en dirección a Sirmium (actual Mitrowitza), capital de Iliria y pieza clave para las comunicaciones con la parte oriental del imperio, y más tarde a Naissum (Nisch). La expedición se llevó a cabo con tal velocidad que Juliano partió de la Galia en

---

en la que cubría de reproches a Constancio; cf. también *Epist. Aten.*, 286c, sobre las contraofertas de Constancio, y AMIANO, XX, 9. 4.

72 Cf. *Epist. Aten.*, 281a.

73 Cf. AMIANO, XX, 10, 1 ss.

74 Cf. AMIANO, XXI, 1, 1 ss.

75 Cf. AMIANO, XXI, 2, 4: Juliano reza públicamente para ganarse el favor de todos y no tener ninguna oposición.

julio y ya en octubre era dueño de estas plazas fuertes sin haber dejado tiempo para reaccionar a Constancio. Desde Naissum Juliano lanza manifiestos políticos, explicando los móviles de su conducta, a Roma, Corinto, Esparta y Atenas[76], en un intento de atraerse a su lado a Italia y Grecia, al tiempo que va tomando ciertas medidas de reorganización administrativa y distribución de altos cargos: nombra al rétor Mamertino prefecto de Italia e Iliria y cónsul para el 362 junto con el jefe de caballería Nevitta, que era un bárbaro; al historiador Aurelio Víctor lo nombra gobernador de la Panonia Segunda.

El drama de un nuevo enfrentamiento civil, que era inminente, se esfumó, sin embargo, como por milagro, y el desenlace, de acuerdo con los deseos de Juliano[77], fue pacíficamente victorioso: el 5 de octubre de 361 Constancio moría, enfermo, en Mopsucrene, en Cilicia, cuando se dirigía contra su César y, antes de morir, nombró heredero a Juliano, que recibía ahora el pacífico acatamiento de las provincias orientales[78].

JULIANO, AUGUSTO. TRIBUNAL DE CALCEDONIA.—Juliano marcha inmediatamente en dirección a la capital y hace su entrada en Constantinopla el 12 de diciembre del 361. Por esas fechas escribe la *Epístola a Temistio*, que pue-

---

[76] Cf. AMIANO, XXI, 8, 1 ss.; LIBANIO, XVIII, 111 ss.; MAMERTINO, 6, 7; *Epist. Aten.*, 286a ss. Esta última es el único que se nos ha conservado de los manifiestos dirigidos por Juliano a las diferentes ciudades citadas.

[77] En la carta 28 Juliano pone por testigos al Sol y a Zeus de que jamás ha deseado matar a Constancio y de que si se ha declarado su enemigo ha sido por obedecer a los dioses y por atemorizarle para conseguir una negociación más favorable. Cf. *Misop.*, 257c.

[78] AMIANO, XXI, 15, 1 ss., y LIBANIO, XVIII, 117. Según AMIANO, XXI, 2, 2, Juliano ya había tenido en Vienne una visión que le anticipó el final de Constancio.

de ser considerada como el primer manifiesto de sus intenciones políticas, totalmente moderadas y garantes de la libertad de todos sus súbditos. El recibimiento que se le tributó en Constantinopla [79] estuvo a la altura de las esperanzas que había despertado un César que, pese a sus pocos años, había conseguido reunir una serie de prometedoras virtudes: afición a la sabiduría, genio militar, amor a la justicia, defensa de las libertades, austeridad de vida, amabilidad en el trato, pasión por el helenismo, defensa de las tradiciones y —lo que resultaba un poco chocante en la zona oriental— restauración de la religión tradicional. Claro es que sus adversarios interpretaban los mismos hechos como pedantería y arrogancia, afán de inmiscuirse hasta en los más pequeños detalles judiciales, demagógico gusto por el aplauso, exceso de sentimentalismo desfasado y enemistad por el cristianismo. En cualquier caso, Juliano está ahora completamente seguro de sí mismo y convencido de que, en efecto, goza del favor de los dioses y es su elegido para defender en la tierra la causa de la vieja religión. ¿Cómo, si no, explicar su milagrosa salvación, en medio de tantos peligros, que le ha hecho quedar como único representante de la dinastía de los segundos Flavios y su no menos milagroso acceso a la categoría de Augusto, único señor del imperio, sin verter una sola gota de sangre?

Constancio es tratado con todos los respetos por Juliano [80], que le concede la apoteosis, pero sobre sus colaboradores más íntimos va a hacer recaer el nuevo emperador el peso de los crímenes del anterior reinado. Con el encargo de revisar las actuaciones punibles de ciertos elementos del antiguo régimen, se crea un tribunal especial con sede en Calcedonia, compuesto por Sa-

---

[79] AMIANO, XXII, 2, 1 ss.

[80] LIBANIO, XVIII, 120 ss., y JUL., *Carta* 59, y *Misopogon*, 357b ss. Comportamiento que es confirmado por GREGORIO NAC., V, 17.

lustio, a quien ha nombrado prefecto de Oriente, Mamertino y los cuatro principales generales del ejército: Nevitta, Jovino, Arbecio y Agilón. Los dos últimos habían permanecido fieles a Constancio hasta su muerte, lo que parecía una garantía suficiente de imparcialidad. Aunque el presidente era Salustio, Arbecio, según el testimonio de Amiano, fue quien llevó realmente la dirección del proceso. Fueron condenados a muerte los servidores del servicio secreto Pablo «Cadena» y Apodemo, así como el gran chambelán, el eunuco Eusebio, y el antiguo ministro de finanzas Úrsulo —todos ellos ejecutados—, junto con el antiguo prefecto de la Galia y después de Iliria, Florencio, que logró escapar y permanecer escondido para no reaparecer en escena hasta la muerte de Juliano. Fuera de la actuación del tribunal, Gaudencio, encargado por Constancio de la defensa de África y que persistió en su actitud incluso cuando ya todo estaba resuelto, y Artemio, ex-duque de Egipto, acusado de diversas profanaciones por los paganos alejandrinos, también serían ejecutados. El propio Amiano critica algunas de las sentencias como enormemente injustas, sobre todo la de Úrsulo —motivada, en realidad, por ciertos comentarios contra el estamento militar pronunciados tiempo atrás— y la de Florencio, que lo único que había hecho era obedecer a su emperador Constancio. No parece que haya sido Juliano el mentor de algunas de estas sentencias, sino la preponderancia, que no hay que perder de vista, del elemento castrense. Pentadio, a quien Juliano maltrata duramente en la *Epístola a los atenienses*, escrita poco antes de la celebración del juicio, fue, por ejemplo, absuelto, lo que viene a probar cierta independencia del tribunal y no permite considerarlo como un mero instrumento de venganza personal de Juliano [81].

---

81 Descripción del proceso y discusión de las penas acordadas

ESTANCIA EN CONSTANTINOPLA.—Nada más instalarse en Constantinopla y solventado el penoso asunto del tribunal de Calcedonia, que actuó con extraordinaria rapidez, Juliano se dispone a aplicar al gobierno del imperio sus propias ideas en medio de una actividad febril —tónica constante de su vida—, lo que provoca un auténtico torrente de reformas. Una de las que primero emprendió fue la reforma de la corte, cuya pompa asiática había ido creciendo bajo Constantino y Constancio. La austeridad de Juliano hizo desaparecer de un plumazo a una larga serie de inútiles personajes, reduciendo el número de sus servidores al mínimo indispensable[82]. Al tiempo, Juliano desecha el riguroso ceremonial anterior y, deseoso de emular los hábitos de Marco Aurelio, se le ve marchar el 1 de enero de 362 mezclado a la multitud para asistir a las ceremonias de los nuevos cónsules Mamertino y Nevitta, o asistir repetidamente a las sesiones ordinarias del senado de Constantinopla oyendo o interviniendo como un senador más[83]. Juliano quiere volver a las antiguas formas republicanas y rechaza el, según él, bárbaro título de *dominus*. Aunque es cierto que a Juliano le gustaba el elogio popular, no sería justo poner en duda la sinceridad, a menudo ingenua desde luego, de sus ideales políticos[84].

en AMIANO, XXII, 3, 1 ss.; cf. *Carta* 33, a Hermógenes, donde defiende la memoria de Constancio y ataca a su camarilla al igual que en *Misopogon*, 357bc.

82 Cf. AMIANO, XXII, 4, 1 ss., en que Amiano relata los abusos y la corrupción de los eunucos de palacio.

83 Cf. AMIANO, XXII, 7, 1 ss. Ejemplo del talante de Juliano puede ser la anécdota que allí mismo refiere Amiano: como en unos juegos dados en el circo en aquellos días, Juliano pronunciara él mismo la fórmula de manumisión de los esclavos que correspondía en realidad al cónsul Mamertino, allí mismo se impuso una multa de diez libras.

84 *Misopogon*, 343cd: Juliano rehúsa el título y le molesta e indigna escucharlo, admitiendo sólo la soberanía de las leyes.

La corte sufrió una transformación radical porque, tras la depuración efectuada, Juliano comenzó a llamar a su lado a todos aquellos hombres que descollaban por sus conocimientos y honradez en su sincero deseo de que le sirvieran de consejeros. No todos aceptaron, quizá por temer las complicaciones de la vida de la corte, quizá por presumir que el celo del joven emperador acabaría provocando conflictos peligrosos. Así, el neoplatónico Crisanto, que había sido su maestro, se excusó y rechazó el ofrecimiento. Está claro que no hubo distinción entre paganos y cristianos, pues, de entre éstos, mantuvo con él al médico Cesáreo, hermano de Gregorio de Nacianzo, y llamó a Aecio e incluso, probablemente, a Basilio de Cesarea[85]. Como prueba de su imparcialidad, Juliano decretó una amnistía para todos los exiliados por motivos religiosos proclamando una tolerancia total. La medida, según Amiano, tenía, en realidad, como objetivo reanimar, con la vuelta de los exiliados, los enfrentamientos entre las distintas sectas cristianas para debilitarlas[86].

El paganismo que el emperador empezó a practicar abiertamente había sido duramente perseguido ya a partir de Constantino, y la cantidad de expoliaciones de templos y santuarios, cuyos materiales habían sido empleados en otras construcciones, fue bastante grande. Para hacer efectiva la libertad del politeísmo, Juliano

---

Juliano se da perfecta cuenta de que muchos preferirían no tener esta libertad a cambio de no estar sometidos al rigor de la justicia. La misma crítica de la autocracia y el mismo deseo de establecer el reino de la justicia recorren de un extremo al otro la *Carta a Temistio*.

85 Cf. las cartas, con sus correspondientes invitaciones para venir a su encuentro, dirigidas a Máximo (26), a Crisanto (27), a Euterio (29), al cristiano Proheresio (31), a Basilio (32), a Hermógenes (33), a Eustacio (34), a Prisco (37), a Himerio (38), a Celso (39), a Eustoquio (41) y al obispo Aecio (46).

86 Cf. Amiano, XXII, 5, 3 ss., y Jul., *Carta* 45.

tuvo que exigir la devolución de todo lo que había sido sustraído a sus antiguos dueños o una indemnización equivalente, porque el Estado no estaba en condiciones de sufragar el gran número de construcciones que se necesitaban[87]. Estas medidas provocaron los primeros conflictos serios, al negarse bastantes cristianos a estas devoluciones o al excederse los paganos en el cumplimiento a rajatabla de las mismas y, en el revuelo, se produjo incluso la muerte de algún cristiano que, inmediatamente, fue considerado mártir. Lo que era verdad es que se vivía un cierto ambiente de revancha entre los paganos y de incertidumbre y temor entre los cristianos, y un ejemplo de esta situación lo ofreció la siempre turbulenta Alejandría a los pocos días de la entrada de Juliano en Constantinopla. El 24 de diciembre del 361 los paganos de Alejandría, irritados por la anterior política persecutoria del paganismo de su obispo Jorge (el mismo a quien Juliano había conocido en Capadocia), lo detuvieron, junto a otros dos funcionarios cristianos, y les dieron muerte paseando sus cadáveres por la ciudad y arrojándolos al mar después de haberlos quemado. En el mes de enero del 362 Juliano envió una carta a los alejandrinos reprochándoles su actitud, pero en un tono tan comprensivo que no puede considerarse neutral[88].

Entre las reformas que emprende Juliano en sus seis meses de estancia en Constantinopla hay que mencionar su intento de revivir las antiguas estructuras municipales, intentando dotarlas de autonomía con el sueño de que el imperio se convirtiera en una especie de federación de entes locales autónomos, que Bidez[89] califica de «quimera».

---

87 Cf. *Cartas*, 47b.

88 Cf. Amiano, XXII, 11, 1 ss., y Jul., *Carta* 60, y Libanio, XVIII, 126; sobre los primeros conflictos, cartas 42 y 125, referentes a Cesarea en Capadocia.

89 Cf. Bidez, *Vie...*, pp. 236 ss.

Las curias municipales habían perdido hacía tiempo toda iniciativa real y, además, se encontraban medio desiertas, porque el impuesto inherente a la función de curial era una pesada carga sin contrapartida positiva. Juliano hizo que entraran en las curias todos aquellos que económicamente eran realmente capaces, estableciendo fuertes multas para los que intentaran defraudar esta obligación y estableciendo ciertas exenciones para los médicos municipales, los notarios imperiales tras quince años de servicios, los domiciliados secundariamente en una ciudad, los padres de trece o más hijos, etcétera. Por supuesto, suprimió la exención de que habían disfrutado los obispos, monjes y clérigos cristianos en los anteriores reinados. A su vez, las curias recuperaron el derecho de imponer impuestos, al tiempo que se establecían duras penas contra los funcionarios indignos. Ordenó también que las propiedades públicas confiscadas o usurpadas fueran restituidas a las ciudades, perdonando, en ciertos casos, a algunas el pago de impuestos atrasados para aliviar su situación[90]. Es en este intento de devolver una vida plena a los municipios en el que hay que situar sus cartas a diversas ciudades, empezando por las escritas en Iliria antes de la muerte de Constancio, así como su interés ya citado por asistir a las sesiones del senado y su gusto en recordarles las glorias pasadas.

También favoreció a los municipios el mayor control que Juliano impuso en la utilización de la posta pública, pues su uso abusivo traía consigo el mal estado de los caminos y estaciones cuyo arreglo corría a cargo de las curias correspondientes. El emperador empezó, una vez más, por dar ejemplo, limitando el número de sus mensajeros a diecisiete y retirando a los funcionarios —excepto al prefecto del pretorio— la facultad de conceder

90 Cf. *Cartas*, 25, 72 ss.

permisos para su utilización, salvo unos pocos extraordinarios, y al clero cristiano el derecho de que venía disfrutando de viajar con cargo al Estado [91].

En materia de justicia Juliano se esforzó por agilizar su aplicación, al tiempo que restauraba ciertas leyes tradicionales frente a las innovaciones de sus predecesores. Su afición a otorgar él mismo justicia es objeto de las burlas de Gregorio de Nacianzo y de encendidas alabanzas, con pequeños reparos, por parte de Amiano [92].

En cuanto al ejército, empezó por conseguir que el soldado recibiese su paga regularmente y en efectivo, no en especies, y con su propio ejemplo intentó fortalecer por todos los procedimientos la disciplina y dureza del soldado, evitando una larga ociosidad. También por aquí intentó descargar a los municipios de algunas de las cargas que tenían con respecto al aprovisionamiento de los ejércitos que pasaban por sus límites [93].

Pero además de su actividad legislativa y de sus reformas políticas, Juliano desarrolla una intensa actividad intelectual. A comienzos de la primavera del 362 escribe, en noches consecutivas, los discursos *Sobre la madre de los dioses* y *Contra el cínico Heraclio*. En el primero de ellos intenta desarrollar las ideas contenidas en el mito de Cibeles y Atis de acuerdo con el método exegético en boga en los círculos neoplatónicos, mientras que el segundo discurso citado es un virulento ataque contra los escépticos y ateos cínicos de su época que no podían, en absoluto, secundar los ardores religiosos del emperador. Para Juliano son tan enemigos como puedan serlo los Galileos, y este ataque se repetirá en el mes de junio del mismo año en su discurso *Contra los cínicos ignorantes*.

91 Cf. *Cartas*, 67, 47a, 126b y 270; LIBANIO, XVIII, 145, y GREGORIO NAC., IV, 75.

92 Cf. GREGORIO NAC., V, 21; AMIANO, XXII, 10, 1 ss.

93 Cf. *Cartas*, 63, 116; AMIANO, XXII, 7, 7.

El 17 de ese mismo mes de junio Juliano promulga su famosa ley escolar, que merecerá el calificativo de «inclemente» por parte de Amiano, y que significaba la prohibición a los maestros cristianos de explicar la cultura clásica, basándose en su falta de fe en lo que explicaban, lo que suponía una actitud hipócrita[94]. Este paso fue considerado tanto en su día como por los críticos modernos como el momento crucial en que la política religiosa de Juliano pasa de una efectiva tolerancia, inspirada en el famoso rescripto de Milán del 313, a un sectarismo a favor de los paganos. Según Bidez[95], quizá haya que poner el hecho en relación con la llegada a Constantinopla, en primavera, de Máximo de Éfeso y de Prisco, el primero de los cuales, sobre todo, alcanzó, por los indicios, una gran preponderancia en la corte[96], provocando en Juliano el paso de lo que el crítico llama un filósofo coronado a un teócrata sectario, que ya no se contenta con volver a la situación anterior a Constantino, sino que pretende regenerar y recrear un nuevo helenismo. Ello se manifiesta en las cartas 84-89, escritas poco después en Antioquía, en las que da instrucciones, en calidad de sumo sacerdote, sobre la actuación del clero y la organización de una «iglesia pagana», siguiendo a Maximino Daya, que suponen una profunda revolución que quedaría inconclusa por la muerte de su inspirador, tomando del cristianismo aquellos aspectos que le podían granjear mayores simpatías entre el pueblo.

Estancia en Antioquía.—El 21 de junio del 362 Juliano parte de Constantinopla en dirección a Antioquía para preparar un ataque contra el persa Sapor en la campaña

---

94 Cf. Amiano, XXV, 4, 20, y Jul., *Carta* 61.

95 Cf. Bidez, *Vie...*, pp. 260 ss.

96 Cf. Eunapio, 477, 18; Amiano, XXII, 7, 3, y Libanio, XVIII, 155 ss.

del siguiente año. Se siente la reencarnación de Alejandro, confirmado por ciertos oráculos oídos por su maestro Máximo[97], y está deseoso de añadir a sus triunfos una victoria sobre los partos[98]. En el camino pasó por Nicomedia, que había sido destruida en gran parte por un terremoto, y por la ciudad de Pesinunte, donde ofreció sacrificios en el antiguo y famoso santuario de la diosa Cibeles. Pero, a medida que avanzaba en su camino, Juliano iba sintiendo la distancia que separaba sus ideales de la realidad y escribe al filósofo Aristóxeno:

> Ven a encontrarnos en Tiana, por Zeus dios de la amistad, y haznos ver entre los capadocios un heleno auténtico. Hasta ahora no veo sino gentes que se niegan a sacrificar, o algunos que querrían hacerlo pero no saben cómo[99].

Hacia el 18 de julio entra en Antioquía, donde encontrará a Libanio que le dedica un discurso de alabanza[100]. Después de superar algunas desconfianzas del rétor hacia ciertos miembros influyentes de la corte, quizá Nicocles o Temistio, la vieja amistad entre Juliano y Libanio se reanudó libremente, haciéndose frecuentes tanto sus entrevistas como las cartas que se intercambiaron y cuya influencia, según Bidez, sirvió de contrapeso a la que ejercían los neoplatónicos Máximo y Prisco.

La historia de la estancia de Juliano en Antioquía es bien sencilla: una serie ininterrumpida de incomprensiones que van provocando una hostilidad mutua, cada vez mayor, entre el carácter austero y piadoso del emperador y la alegría y desenfado nada moralizante de la ciudad. Primero fue el asunto de Dafne, delicioso valle

---

97 Cf. Sócrates, III, 21, 7.

98 Cf. Amiano, XXII, 12, 2.

99 Cf. *Carta* 78.

100 *Discurso* XIII y a él se refiere el propio Libanio en su *Epist.* 736.

cercano a Antioquía, en el que se encontraba un antiguo templo dedicado a Apolo y una fuente, Castalia, de aguas proféticas que, largo tiempo atrás, habían anunciado el poder de Adriano. El templo había sido cerrado bajo Constancio, como tantos otros, y el César Galo había hecho construir en su recinto sagrado una pequeña capilla para guardar los restos sagrados del mártir local Bábilas. Cuando Juliano, que había encargado a su tío homónimo los trabajos de restauración, acudió a este famoso santuario se encontró con que el senado no había preparado ninguna ofrenda para el sacrificio, porque en su mayoría eran cristianos, y, al intentar ponerse en comunicación con los dioses, se produjo un silencio total debido, según los augures, a la impía presencia en el recinto del cadáver de Bábilas. En consecuencia, el emperador mandó que sus restos fueran desenterrados y sacados del lugar, cosa que los antioquenos realizaron en una gran procesión no exenta de insultos al emperador.

Poco después, la noche del 22 de octubre, el templo se incendió misteriosamente y quedó totalmente destruido. Aunque no pudo demostrarse, Juliano estaba convencido de que era una venganza de los cristianos y, en represalia, ordenó cerrar la iglesia principal de Antioquía que Constancio había inaugurado recientemente[101]. El 24 de octubre una nueva orden de exilio recaía sobre el polémico obispo Atanasio de Alejandría, que había vuelto a su antigua sede después de seis años de destierro por obra del arriano Constancio en febrero de este mismo año[102]. También en otros lugares los cristianos desafiaron las medidas de Juliano provocando incidentes, como en Pesinunte o Cesarea, con atentados a símbo-

[101] Cf. Amiano, XXII, 12, 8 ss.; Jul., *Misopogon*, 361 ss; Sócrates, III, 18, 3, y Sozómeno, V, 19, 17 ss.

[102] Cf. *Cartas* 110, 111 y 112.

los paganos[103]. Estos hechos provocaron una serie de disposiciones de Juliano discriminatorias contra los cristianos, ya contra particulares, ya contra ciudades enteras como Nísibe o Constancia de Palestina[104]. Es probable que se llegara a separar a los cristianos de la guardia imperial, de los gobiernos de las provincias y de los cargos judiciales[105]. Las ciudades de mayoría cristiana que no habían procedido a la reapertura de los templos paganos sabían que no tenían muchas posibilidades de encontrar eco favorable en el emperador a sus peticiones.

Su segundo enfrentamiento grave con los antioquenos fue como consecuencia de la escasez de víveres provocada por un seco verano y quizá agravada por los numerosos problemas que planteaba el ejército que estaba reuniendo Juliano. Ante la falta de víveres Juliano mandó traer trigo en abundancia de Egipto y fijó en noviembre un edicto del *maximum*, pero la antisolidaria acción de los acaparadores hizo que el trigo siguiera escaseando. Juliano echaba la culpa al senado de Antioquía, al que acusaba por su incapacidad para frenar estos abusos; los habitantes de la ciudad se irritaban y escandalizaban ante el enorme gasto que, en una situación semejante, suponían los continuos sacrificios del emperador, cuya única consecuencia visible para ellos era que los soldados eran conducidos borrachos a sus cuarteles noche tras noche por los famélicos habitantes que auguraban el fin del género bovino si el reinado de Juliano duraba largos años[106]. Libanio actuó como intermediario en este conflicto entre Juliano y la ciudad de

103 Cf. SOZÓMENO, V, 15, 4 ss; V, 4 y 11.

104 Cf. *Cartas* 53, 56 y 91.

105 Cf. *Cartas* 50 y 83.

106 Cf. LIBANIO, I, 126, y XVIII, 170 y 195; AMIANO, XXI, 12, 6 ss, y XXII, 14, 1 ss.; GREGORIO NAC., IV, 92 y V, 22; JUL., *Misopogon*, 350a ss. y 368c ss.

Antioquía y, aunque consiguió que el emperador no tomara duras medidas contra la ciudad, no pudo impedir el profundo malestar con que Juliano saldría de la misma en marzo del año siguiente prometiendo no volver a pisarla.

En el mes de diciembre Juliano compuso otras dos obras, los *Césares* y el *Himno a Helios rey*. En la primera, Marco Aurelio se muestra como el ejemplo que quiere imitar Juliano bajo la sagrada protección de Mitra. Poco después, en este invierno, compuso el tratado *Contra los Galileos,* siguiendo la línea de los polemistas paganos Celso y Porfirio, y hacia finales de febrero el *Misopogon,* en que quedará explícito el enfrentamiento entre Juliano y Antioquía, pero que impresiona, sobre todo, por la sinceridad con que está escrito en unos momentos en que Juliano siente la amargura de la incomprensión.

Su polémica contra el cristianismo, aparte del tratado arriba mencionado, originó también otra ley por la que se prohibía la celebración de funerales diurnos que, de acuerdo con las creencias paganas, mancillaban con su paso toda la ciudad [107].

A principios del 363 Juliano decidió reconstruir el famoso templo de Jerusalén, de acuerdo con sus ideas de favorecer la religión judía frente a los Galileos como genuina representante de la religión nacional de aquel pueblo. Encargó a Alipio la dirección de estos trabajos, cuyo costo iría a cargo del Estado. Sin embargo, a poco de comenzar las obras, la zona padeció un ligero terremoto que dio al traste con las mismas [108]. Juliano intentaba favorecer las creencias ancestrales del pueblo judío frente a las innovaciones revolucionarias del cristianis-

---

[107] Cf. *Cartas,* 136.

[108] Cf. *Carta* 134, y AMIANO, XXIII, 1, 1 ss.

mo, cuyo Dios no se dejaba introducir en el complicado panteón neoplatónico.

EXPEDICIÓN CONTRA LOS PARTOS Y MUERTE DE JULIANO.— El 5 de marzo del 363, acabados por fin los minuciosos preparativos de la expedición, Juliano se pone en marcha, al frente de un gran ejército, en dirección a Persia [109]. Siguiendo el curso del Éufrates, el ejército invasor no tuvo ningún problema en ir sometiendo las pequeñas ciudades que iba encontrando en su camino, pues las tropas de Sapor no habían hecho aún acto de presencia. Dividió su ejército, confiando el mando de una parte a Procopio con la misión de unirse, por el norte, con el rey aliado Arsaces de Armenia para, bajando por Media, encontrarse con el grueso del ejército comandado por Juliano. Esta maniobra se ejecutó mal y Procopio sólo cumplirá el objetivo cuando la situación es ya irreparable y el emperador ha muerto.

Cuando Juliano llegó ante la capital, Ctesifón, rodeada de espléndidas defensas y defendida por Surena, el principal general de Sapor, se dio cuenta de que para tomarla era necesario un largo y difícil asedio, con el peligro, además, de quedar atrapados, pues el grueso del ejército persa, mandado por Sapor, se dirigía ya hacia la capital.

No era posible la retirada por el mismo camino que habían traído, porque habían incendiado las cosechas a su paso, de modo que se decidió continuar remontando el curso del Tigris en espera del encuentro con los refuerzos de Procopio. La dificultad de remontar la flota que les había acompañado en el descenso del Éufrates obligó a Juliano a tomar la drástica decisión de incendiar los mil barcos que la componían, para poder dispo-

109 AMIANO ofrece una detalladísima descripción a partir de XXIII, 2, 1 ss., y LIBANIO, XVIII, 204 ss.

ner de todos los brazos útiles e impedir que cayeran en manos del enemigo. Unos falsos guías hicieron que el ejército se extraviara; los persas acosaban incesantemente sin presentar batalla abierta e iban quemando todas las cosechas en torno al ejército romano, mientras el enorme calor de la zona en esta época acababa por convertir en un calvario la marcha de Juliano, que comenzó a perder hombres, víctimas de diversas enfermedades y de agotamiento.

El día 26 de junio, ante una repentina escaramuza, Juliano se precipita en ella sin coraza, y una lanza de origen desconocido atraviesa su costado[110]. Pese a los cuidados de su médico Oribasio, Juliano fallece al anochecer de ese mismo día sin haber querido nombrar sucesor[111]. Procopio, que llegará poco después, será el

110 Amiano, XV, 3, 6, afirma que no se sabe de dónde procedió la lanza, mientras Libanio, XVIII, 274 ss., acusa primero a los cristianos y después, XXIV, 6 ss., a un soldado de la tribu sarracena de los Tayanos, insinuando que lo hizo a instancias de los cristianos. El propio Amiano, XXV, 6, 6, reconoce que rápidamente circularon rumores —infundados, según él— que hacían recaer la responsabilidad sobre los propios romanos. El historiador eclesiástico Sozómeno, VI, 2, acepta como probable la versión de Libanio.

111 Amiano, XXV, 3, 7, ofrece un dramático relato de la agonía de Juliano: al notarse herido, intentó arrancarse el dardo, pero sólo consiguió cortarse los dedos y acabó por caer del caballo; rápidamente es llevado a su tienda y, tras los primeros auxilios, pide de nuevo sus armas y su caballo para restablecer la confianza de sus hombres, pero la gran pérdida de sangre se lo impide y pierde toda esperanza cuando, al preguntar cómo se llama el lugar donde ha sido herido, le responden que Frigia, pues había oído anteriormente que en un lugar así llamado cumpliría su destino. Mientras continuaba la batalla Juliano dirigió estas palabras a sus desconsolados amigos: «Ahora es, amigos, el momento más oportuno para abandonar esta vida, ahora que estoy contento de volver a la naturaleza, a petición suya, como un honrado deudor y no —como algunos creen— afligido y triste, sino tras haber aprendido por la opinión común de los filósofos

encargado de trasladar sus restos e inhumarlos en Tarso. Joviano, el nuevo emperador, se verá obligado, para evitar el desastre total, a comprar la retirada a Sapor

---

cuánto más feliz es el alma que el cuerpo, y observando cuántas veces una condición mejor se sigue de una peor, debemos alegrarnos más que lamentarnos. Y hay que notar que también los dioses celestiales a algunos hombres de gran virtud les han dado la muerte como premio supremo. Pero este presente sé muy bien que se me ha dado para que no sucumba a las mayores dificultades, para que no ceda ni me humille jamás conociendo por la experiencia que todos los dolores, así como se imponen a los débiles, ceden ante los esforzados. No me arrepiento de lo que he hecho ni me atormenta el recuerdo de ninguna ofensa grave; cuando estaba confinado en la sombra y en la oscuridad, y después, cuando alcancé el principado, conservé mi alma sin mancha —según creo—, como corresponde a su origen celeste, gobernando los asuntos civiles con moderación, haciendo o repeliendo las guerras sólo tras detenida reflexión, aunque el éxito y los planes bien pensados no concuerdan a menudo, porque los poderes superiores reclaman para sí el resultado de cualquier empresa. Considerando que el objetivo de un gobierno justo es el bienestar y seguridad de sus súbditos, estuve siempre más inclinado a medidas pacificadoras, como sabéis, y no permitiéndome ninguna licencia en mi conducta, que corrompiera mis acciones o carácter, me marcho contento, sabiendo que tantas veces como el estado me ha expuesto deliberadamente a los peligros, como un padre exigente permanecí firme, acostumbrado como estoy a pisar las tormentas del azar. Y no me avergonzará confesar que moriré por la espada como aprendí hace tiempo por una verídica profecía. Por ello agradezco al poder eterno que mi muerte no venga de ocultas asechanzas ni por el dolor de una larga enfermedad ni con el destino de los condenados, sino que a medio camino de una gloria floreciente haya sido digno de una noble salida de este mundo. Pues el mismo juicio merecen el débil y el cobarde que desea morir cuando no debe y el que intenta evitarlo cuando su hora ha llegado. Es suficiente lo que he dicho, porque mis fuerzas me abandonan. En cuanto a la elección de un emperador, guardo prudentemente silencio, no vaya a dejar de lado por ignorancia a alguna persona de valor o, si nombro alguno que considero adecuado, si otro le es preferido, pueda exponerle a un peligro mortal. Pero como honrado discípulo de nuestro país deseo que se encuentre un buen gobernante para sucederme». Reprochó

a cambio de la entrega de cinco provincias transtigritanas y quince plazas fuertes de Mesopotamia [112].

La inesperada y misteriosa muerte de Juliano contribuyó, y no poco, a la formación de la leyenda posterior. Nunca se supo de dónde partió el dardo homicida, puesto que ningún persa se arrogó la gloria del hecho ante Sapor. Libanio fue el primero que acusó abiertamente a los cristianos del crimen, quienes a su vez veían en ello la mano de su todopoderoso Señor.

Entre la tumultuosa alegría de los cristianos y el anonadamiento que se apodera de los paganos, totalmente conscientes de que han perdido su última oportunidad, se abre un nuevo período de hostigamiento a la vieja religión [113] que desembocarán en su prohibición oficial treinta años más tarde. Tan sólo en ochenta años el cristianismo ha pasado de ser una religión perseguida a religión perseguidora, con el breve paréntesis del reinado de Juliano. Su conservadurismo revolucionario pudo, quizá, cambiar el curso de la historia, pero ése es otro tema que la fantasía creadora de cada siglo no ha dejado de explotar.

---

sus lágrimas a los presentes diciendo que era indigno llorar a un príncipe llamado a unirse con el cielo y las estrellas, y entabló con Prisco y Máximo una intrincada discusión sobre la nobleza del alma. Poco después se reabrió su herida y tras beber un sorbo de agua, murió a los treinta y dos años de edad. El historiador Eutiquiano de Capadocia (*F. H. G.* IV, 6) dice que, al enterarse Juliano del lugar en que había sido herido, exclamó: «¡Sol!, has destruido a Juliano». La frase legendaria «¡Venciste, Galileo!», es un invento de los historiadores cristianos posteriores: cf. Filostorgio, p. 101, ed. Bidez.

112 Cf. Amiano, XXV, 7, 1 ss.

113 Cf. Libanio, XVIII, 286 ss., que resume con negras tintas la violencia de la reacción antipagana de Valente.

2. *La obra literaria de Juliano*

La producción literaria de Juliano, escrita en el neoático típico de esta tardía floración de la segunda sofística, tiene un carácter abigarrado y marcado por el signo de la premura, lógica en quien debía compartir estas aficiones con sus tempranas obligaciones de gobierno. Amiano nos informa de que este infatigable trabajador dividía en tres partes sus noches, dedicando un tercio al descanso, otro a sus entusiasmos literarios y el tercero a los problemas de Estado [114]. Y de ello es natural que se resientan sus obras. Algunas fueron escritas en una sola noche, como el discurso *Sobre la madre de los dioses;* en dos, como *Contra los cínicos ignorantes,* o en tres, como el *Himno a Helios rey* [115]; y no digamos nada de sus cartas y decretos dictados a sus secretarios a tal velocidad que no daban abasto, cuando no era él mismo quien tomaba el cálamo que mantenía sus dedos constantemente impregnados de tinta [116]. Se acepta, pues, como un hecho que Juliano o no revisó sus escritos o lo hizo muy poco, por lo que ciertas inconsecuencias sintácticas o de estilo no deben, seguramente, achacarse a errores de los copistas, sino a la velocidad de composición que les imprimió su autor [117].

Sin embargo, no hay que olvidar que Juliano pasó también por las escuelas de retórica y, aunque se declara en numerosas ocasiones enemigo de la retórica florida que imperaba en su tiempo, reclamándose tan

---

114 Cf. Amiano, XVI, 5, 4 ss.

115 *Sobre la madre de los dioses, ibid.,* 178d; cf. Libanio, XVIII, 157; *Contra los cínicos ignorantes,* cf. *ibid.,* 203c; sobre *Helios rey,* cf. *ibid.,* 157c.

116 Cf. Libanio, XVIII, 174, y XVII, 27.

117 Cf. pp. XXXIV ss. de la Introd. al tomo I, 1.ª parte, de los discursos editados por Bidez.

sólo discípulo de los filósofos, a veces aparecen en él digresiones y elegancias, tópicos de escuela por los que suele excusarse y que semejan un remanso juguetón en la habitual tensión de su pensamiento [118].

Desde el punto de vista literario, los dos panegíricos a Constancio, así como el dedicado a la emperatriz Eusebia y la *Consolación a sí mismo por la marcha de Salustio* son sus obras más pulidas: todavía era sólo César en la Galia y, especialmente en invierno, podía robar cierto tiempo a sus tareas más apremiantes. En cambio, en el corto período de tiempo de año y medio de su mandato como Augusto (de octubre del 361 a marzo del 363), además de impulsar ingentes medidas de gobierno y de la gran cantidad de cartas que escribió —muchas de ellas hoy perdidas—, compuso ocho discursos (incluyendo entre ellos, por su extensión, la *Carta a los Atenienses* y la *Carta a Temistio)*, aparte del voluminoso tratado *Contra los Galileos*.

Su rica erudición en literatura griega afluye constantemente en sus escritos, que están plagados de citas, mientras que ese mismo fervor filohelénico hace que ignore o desprecie la gran tradición de la literatura escrita en latín, lengua que, sin embargo, hablaba y escribía. Son citados o recordados continuamente, en primer lugar, Homero, su poeta preferido, y en menor grado Eurípides; entre los historiadores Heródoto y, sobre todo, Plutarco; entre los oradores Demóstenes, Isócrates, Dión Crisóstomo y los coetáneos Libanio y Temistio, y en filosofía Platón, Aristóteles y Jámblico, de quien se declara discípulo en filosofía, así como Julián el Caldeo, que habría sido su maestro en teurgia [119].

---

118 Cf. *Paneg. Constancio* (I), 2a ss., y *Paneg. Constancio* (III), 78b ss.

119 Cf. sobre el aparato de referencias de la edición de la colección Budé. Sobre su latín, AMIANO, XVI, 5, 7, y cf. en Biblio-

Su vocación filosófica, constantemente contrapuesta a la de rétor, es fundamental en Juliano, porque es la base de su despreocupación por la forma que queda suplida por su afán de perseguir la verdad. Y esa misma vocación, unida a su profundo misticismo, es también la causa de la oscuridad de algunos pasajes y tratados como el *Himno a Helios rey*, al intentar dar forma literaria a la maraña teológica propia del neoplatonismo cuyo ferviente adepto era. Juliano, como buen neoplatónico, gusta de la alegoría y el símbolo representados por el mito, que es considerado como un medio ideal de acercamiento a la divinidad. Así, en el discurso *Contra el cínico Heraclio*, caps. 22 ss., hay una auténtica parábola de su vida, o, en la *Consolación por la marcha de Salustio*, el discurso que dirige Pericles a Anaxágoras sobre la separación de los amigos, o la alegoría constante que son los *Césares*. A veces, por su propia naturaleza, la metáfora presenta problemas de interpretación, como es el caso del segundo panegírico a Constancio con la alusión al enfrentamiento entre Aquiles y Agamenón [120].

En la obra de Juliano están representados diversos géneros literarios, a los que, a menudo sin embargo, no se ajusta estrictamente. Panegíricos son sus tres primeros discursos que siguen las reglas habituales del género y se inspiran, en parte, en Dión Crisóstomo, Libanio y Temistio, pero que ofrecen la particularidad de que es la primera vez que un César hace el elogio de su Augusto y es la primera vez que se dedica, como obra independiente, un panegírico a la emperatriz. La *Consolación por la marcha de Salustio* es una muestra del género de la «consolatio», pero es original que se la dedique a sí mismo como si fuera un monólogo. Auténticos tratados

grafía los estudios de LACOMBRADE, *L'emp. Jul. et la trad. rom.*, y de ROCHEFORT, *Les lectures lat. de l'emp. Jul.*

120 Cf. *infra* la introducción a este discurso.

teológicos son el *Himno a Helios rey* y el discurso *Sobre la madre de los dioses*, exégesis mitológica al uso neoplatónico tal y como las habían escrito Porfirio y Jámblico, en los que hay incluso alguna aportación personal en la interpretación. Dos auténticos tratados de sus concepciones filosóficas y de la forma correcta de interpretación de los mitos son los discursos *Contra el cínico Heraclio* y *Contra los cínicos ignorantes*, en los que se refleja la abierta disposición del neoplatonismo hacia todas las escuelas filosóficas de la antigüedad, salvo los escépticos y epicúreos.

La *Carta a Temistio* es un auténtico programa de gobierno y entra en el tipo de discursos sobre el soberano ideal al estilo de Isócrates, Dión y Temistio. Los *Césares*, quizá su obra más leída, está basada superficialmente en el género simposíaco, pero, en el fondo de su alegoría, es una auténtica propaganda política y religiosa, Tanto la *Carta a los Atenienses* como el *Misopogon* son escritos autobiográficos que empiezan a proliferar en este siglo: piénsese en la *Autobiografía* de su amigo Libanio o, poco después, en las *Confesiones* de Agustín de Hipona. Por último, el tratado *Contra los Galileos* continúa la línea de los polemistas paganos iniciada por Celso y seguida por Hierocles y Porfirio.

Su correspondencia fue ya admirada desde la antigüedad especialmente por su estilo. Comprende tanto cartas sobre asuntos oficiales en los que, sobre todo en los religiosos, se enzarza a menudo en discusiones, como cartas familiares, más numerosas, en las que, si bien aflora la técnica del género epistolar que Juliano domina, imperan por doquier la sinceridad y el sentimiento, sin excesivas concesiones a refinamientos propios de escuela, la camaradería con los amigos así como su ternura, a veces casi romántica, en algunos casos el humor y la ironía y siempre su preocupación por los asuntos

de Estado. Su editor Bidez[121], comparando esta correspondencia con la de sus contemporáneos, afirma: «Merecería casi tanta consideración como la de Cicerón, si nos hubiera llegado mejor conservada».

La humanidad de la trágica figura de Juliano nunca deja indiferente al lector porque, exceptuando los panegíricos a Constancio, la sinceridad y el apasionamiento son características de su producción que, en su conjunto, es por ello profundamente autobiográfica. Sus obras, más que por su aportación filosófica o por su calidad literaria, que apunta acá y allá pero resulta inacabada por la circunstancia personal de su autor, perviven por su valor de impresionante documento histórico de un hombre y una época cruciales.

3. *Influencia de Juliano en la posteridad*[122]

El corto reinado de Juliano conmocionó los espíritus de su época. Muy poco tiempo después de su muerte aparecieron las primeras obras de censura y de alabanza. Los cristianos respiraron con alivio ante la desaparición del hombre que amenazaba con hacer retroceder los enormes privilegios que ya habían conseguido, mientras los melancólicos paganos debieron contentarse con saludar en él al último héroe de un mundo que se aniquilaba ante sus ojos.

Gregorio de Nacianzo[123], que había sido su condiscípulo en Atenas, lanzó los primeros ataques furibundos

---

121 Cf. la introducción a su edición de las *Cartas* en la colección Budé, p. VII.

122 Cf. la bibliografía al final de la introducción y especialmente los artículos allí citados de BAYNES, DÉNOMY, ARCE, NULLE, así como los últimos capítulos de las obras de BIDEZ, *Vie...*, y de BROWNING, *Julian the Apostate*, pp. 227 ss., Londres, 1975.

123 Cf. discursos IV y V. Cf. también JUAN CRISÓSTOMO, *Discurso sobre San Bábilas*.

contra su memoria que fueron la base de la grotesca leyenda medieval posterior. Efrén de Siria escribió poemas no menos encendidos contra Juliano. Ambas obras por su declarado y ciego fanatismo tienen más valor para la leyenda que para la historia.

En el bando opuesto, Libanio fue el primero que dedicó enfervorizados elogios a su emperador y amigo con la publicación de su *Monodia* y su *Lamento fúnebre sobre Juliano (Or.* XVII y XVIII). Más tarde, en el 378-9, publicará su discurso XXIV exigiendo responsabilidades por la muerte de Juliano a los cristianos, a quienes acusa de la misma. Para ello ha tenido que esperar a la muerte de Valente, que ocurre precisamente en ese año de 378 en la famosa batalla de Adrianópolis. Junto a Libanio, habría que mencionar entre los apologistas de Juliano a diversos historiadores cuya obra sólo nos ha llegado fragmentariamente, y muy en especial a Eunapio, que hizo de Juliano el héroe absoluto de su historia.

En el siglo v los historiadores eclesiásticos Sócrates, Sozómeno, Filostorgio y Teodoreto se sitúan en un plano más objetivo que sus antecesores cristianos, aunque, naturalmente, hostil a Juliano. Pero que su obra seguía siendo leída e incluso juzgada peligrosa por los teólogos lo prueba la copiosa refutación de Cirilo de Alejandría de su tratado *Contra los Galileos*[124]. Agustín de Hipona se mueve en esta misma línea, acusando a Juliano de haber desatado una auténtica persecución contra los cristianos, al tiempo que le echa en cara su ambición, su sacrílega curiosidad y su temeridad en la campaña persa[125].

124 Cf. en la bibliografía, *Fuentes antiguas*.

125 Cf. *De civ. dei*, V, 21 (trad. de J. Morán, Madrid, 1964): «Él (Dios) lo dio (el reino) a Constantino el cristiano y a Juliano el Apóstata, cuya índole se estragó por el amor de dominar y por su sacrílega y detestable curiosidad. Era dado a los vanos oráculos y osó, confiado en la victoria, incendiar las naves en que se

Un lugar propio ocupa la obra del historiador del siglo IV Amiano Marcelino por su deseo de objetividad. Declarado admirador de Juliano, no por ello silencia su crítica en aquellos puntos en los que no está de acuerdo y, sin duda, la imagen que nos ha dejado del emperador es, con mucho, la base de cualquier estudio serio, tanto por la abundancia de datos que suministra como por ese citado deseo de objetividad.

Un curioso y temprano ejemplo de moderación nos ha dejado el poeta español Prudencio, nacido en 344, que, aunque le censura su religión, alaba declaradamente sus virtudes de hombre de gobierno, resumiendo su opinión en este verso:

Perfidus ille deo, quamuis non perfidus orbi [126].

En la Edad Media predomina, como es lógico, la imagen más negra y absurda de Juliano. Su leyenda

---

llevaba el sustento necesario. Después, arremetiendo con ímpetu empresas inmódicas y muerto pronto en premio de su temeridad, dejó en lugares hostiles su ejército indefenso para que no pudiera escapar de allí de otro modo sino contra el augurio del dios Término» (es decir, a cambio de ceder los límites del imperio ante los persas). *De civ. dei*, XVIII, 52: «¿Qué responden de Juliano a quien no enumeran entre los diez (perseguidores)? ¿Dirán acaso que no persiguió a la Iglesia él, que prohibió a los cristianos enseñar y aprender las artes liberales? Él privó a Valentiniano el mayor, más tarde emperador, de su cargo militar por haber confesado la fe cristiana. Y omito decir lo que había comenzado a hacer en Antioquía cuando, admirado de la fidelidad y de la constancia de un joven que, atormentado durante todo un día, cantaba entre garfios y tormentos la libertad y la alegría, se horrorizó y temió ruborizarse más grotescamente que los demás».

126 Cf. *Lib. Apotheosis* 449-454 (trad. J. Guillén, Madrid, 1950): «Pero, sin embargo, entre todos los príncipes no faltó uno, siendo yo niño, según recuerdo, caudillo valiente en la guerra, buen legislador, fortísimo por su palabra y por su poder, amante de la patria, pero despreocupado con respecto a la verdadera

entra ya en un drama que la famosa monja Roswita escribe en el siglo X sobre los mártires de Roma Juventino y Maximino. Pero sobre todo se incorpora a la tradición de milagros. Así en la *Vida de San Basilio* del Pseudo-Anfiloquio aparece un San Mercurio que baja del cielo para matar a Juliano, que había comprado el imperio al demonio valiéndose de la magia negra y de sanguinarios sacrificios. En una colección de milagros de la Virgen, del siglo XIV, aparece una representación dramática cuyo título, que no tiene desperdicio, exime de mayor comentario: «Del emperador Juliano a quien mató San Mercurio por orden de Nuestra Señora y de su senescal Libanio que vio esto en sueños, se hizo bautizar por San Basilio y se convirtió en eremita y, para volver a ver a Nuestra Señora, soportó que le reventaran los ojos y le volvió a iluminar Nuestra Señora». Historias de este tipo se reproducen en diferentes textos medievales [127].

Las primeras publicaciones de algunos de sus discursos y cartas, así como de la obra de Amiano, durante el Renacimiento revelaron un nuevo Juliano y provocaron un mejor conocimiento y una distinta apreciación que ya se muestran en el drama de 1489 que hizo representar Lorenzo de Médicis en Florencia. En Inglaterra, en Suiza, en Alemania, en Italia y en España se escriben diversos dramas sobre su figura al final del XVI y du-

---

religión; devoto de trescientos mil dioses, pérfido para con Dios, benemérito para con la ciudad». En los versos siguientes, 455-502, relata un milagro que ocurrió mientras el emperador celebraba un sacrificio, a causa del signo de Cristo que llevaba uno de sus soldados. Cf. sobre todo ello el estudio de ARCE, *Los versos de Prudencio...*, citado en bibliografía.

[127] Cf. BIDEZ, *Vie...*, pp. 338 ss.; notas 1 y 2 del citado artículo de ARCE y BROWNING, *l. c.* El tema aparece en casi todos los repertorios medievales de leyendas, como en el *Espejo de la historia* de VINCENT DE BEAUVAIS, en la *Crónica de Regensburg* del siglo XII o en las *Leyendas doradas* de JACOBO DE VORÁGINE.

rante el XVII [128]. Podemos tomar la opinión de Montaigne [129], que ya conoce a Amiano y a Eutropio y que sitúa su comentario en el contexto de las guerras de religión que asolaron Francia en la segunda mitad del siglo XVI. El ensayo se titula *De la libertad de conciencia,* y Montaigne vitupera abiertamente la inclinación de los primeros cristianos a alabar a los emperadores que les eran amigos condenando a sus adversarios. Su elogio de Juliano es claro: «Éste, en verdad, fue hombre excepcional y grande, como debía esperarse de quien tenía el alma imbuida en los discursos filosóficos a los que se esforzaba en ajustar todas sus obras. No hay género alguno de virtud en que Juliano no nos dejara notables ejemplos». Alaba su castidad, su justicia que supo separar de la religión —«aunque riguroso en verdad contra los cristianos, no era Juliano cruel con ellos»—, su sobriedad y sus dotes literarias y militares. Su espíritu crítico de la tradición recibida se echa de ver en algunas observaciones: «Se le llamó el Apóstata por haber abjurado de nuestra fe, pero creo que nunca la profesó de corazón, sino que la siguió por obedecer las leyes hasta que se vio señor del imperio»; y «Se afirma que al ser herido murmuró "Venciste, Nazareno" o bien "Contento debes de estar, Nazareno", pero creo extraño que olvidaran tal exclamación los testigos...» Y cierra su ensayo con esta reflexión apoyada una vez más en Amiano: «Juzgo digno de consideración el hecho de que el emperador Juliano se sirviera, para atizar las disensiones civiles, del mismo medio de libertad de conciencia que nuestros reyes han aplicado para extinguirlas».

---

128 Cf. BROWNING, *l. c.,* que cita un drama anónimo en Inglaterra de 1596, en Suiza otro anónimo autor de Lucerna en 1624 y los dramas de MELCHIOR ZOPPIO, italiano, de 1612, y del alemán JOHANNES HERBIN en 1668.

129 *Ensayos,* II, 19 (trad. de Juan G. de Luaces, Barcelona, 1963).

En el siglo XVII las ediciones primero de Petau y luego la vulgata de Spanheim pusieron al alcance de los doctos el conocimiento casi total de sus escritos, y en 1764 el marqués de Argens tradujo por vez primera a una lengua moderna, el francés, los fragmentos de su tratado *Contra los Galileos*[130]. En el siglo de las luces la imagen de Juliano va a ser vista con un prisma más favorable todavía. Así, Montesquieu, en sus *Consideraciones sobre las causas del esplendor y decadencia de los romanos*, capítulo XVII, lo alaba sin reservas: «Este príncipe, por su sabiduría, su constancia, su economía, su conducta, su valor y una serie continua de acciones heroicas rechazó a los bárbaros, y el terror de su nombre los contuvo mientras vivió».

La admiración es total en el caso de Voltaire, que se entusiasma con Juliano hasta el punto de querer hacer de él un filósofo ilustrado a su estilo. En su *Diccionario filosófico* le dedica un artículo, publicado en 1767, que lleva por título *Juliano el filósofo, emperador romano*. El artículo es largo y toma abiertamente la defensa de la memoria de Juliano. Comienza planteando el cambio de imagen al estilo de Montaigne: «A veces se hace justicia muy tarde. Dos o tres autores o mercenarios o fanáticos hablan del bárbaro y afeminado Constantino como de un dios y tratan de criminal al justo, al sabio, al gran Juliano. Todos los demás, copiando a los primeros, repiten la adulación y la calumnia. Se convierten casi en artículo de fe». Todos los crímenes de Constantino, «que se burla de Dios y de los hombres», se olvidan y se le canoniza porque era cristiano; en cambio «Juliano es sobrio, casto, desinteresado, valeroso, clemente; pero no era cristiano: se le ha mirado durante mucho tiempo como a un monstruo». Cita como ejemplo de liberalismo su perdón a los soldados cristianos que aten-

130 Cf. bibliografía: *Ediciones y traducciones*.

taron contra su vida poco antes de la partida contra Persia[131] y, a propósito de la carta en que Juliano comenta la vuelta de los exiliados cristianos que se quejan de no poder seguir devorándose entre ellos, Voltaire se siente en su salsa: «¡Qué carta!, ¡qué sentencia de la filosofía contra el fanatismo perseguidor!» Juliano tenía las virtudes, sin sus defectos, de Trajano, Catón, César, Escipión y fue «en todo igual a Marco Aurelio, el primero de los hombres». Por supuesto rechaza la tesis de que su muerte fue una venganza divina, así como el legendario grito del «¡Venciste, Galileo!» La mitad final del artículo la dedica a discutir el pretendido milagro del derrumbamiento de las obras de reconstrucción del templo de Jerusalén, polemizando con la obra contemporánea del ortodoxo abad De la Bletterie.

A partir de este momento, la polémica vuelve a ser exclusivamente ideológica, y la línea opuesta a Voltaire habla por boca de Chateaubriand, en la introducción al *Genio del cristianismo*, de 1828: «La Iglesia bajo el emperador Juliano estuvo expuesta a una persecución del carácter más peligroso. No se empleó la violencia contra los cristianos, pero se les prodigó el desprecio. Se empezó por desmantelar sus altares; se prohibió en seguida a los fieles enseñar y estudiar las letras. Pero el emperador, sintiendo las ventajas de las instituciones cristianas, quiso, al abolirlas, imitarlas: fundó hospitales y monasterios y, a imitación del culto evangélico, intentó unir la moral a la religión haciendo pronunciar unos a modo de sermones en los templos. Los sofistas de que se rodeó Juliano se desataron contra el cristianismo; el propio Juliano no desdeñó medirse con los "galileos"...»

---

131 Conspiración relacionada al parecer con la muerte de los oficiales cristianos Juventino y Maximino a quienes se refiere el citado drama de Roswita. Cf. LIBANIO, XVIII, 199, y XV, 37; GREGORIO DE NAC., IV, 84.

Alaba su maestría en el empleo de la ironía y su estilo «vivo, animado, espiritual», reconociéndolo como un adversario de talla: «Desde Juliano hasta Lutero la Iglesia en plena fuerza no tuvo necesidad de apologistas». Finalmente, acusa a Voltaire «de hacer renacer la persecución de Juliano» contra la Iglesia, comparando los sofistas de Juliano con los colaboradores de Voltaire en la *Enciclopedia.* Voltaire es el nuevo Juliano que necesita de nuevos apologistas cristianos como Chateaubriand.

A partir del siglo XIX, con el avance de la ciencia histórica, los eruditos van poniéndose poco a poco de acuerdo sobre el carácter de la obra de Juliano, aunque no por eso la literatura de creación decrece, sino todo lo contrario. Vigny, en su novela *Dafne,* de 1835, obra inacabada, traza a su estilo la vida de Juliano que, junto a *Melanchton* y *Rousseau,* abarcarían «tres acciones en tres siglos distintos, aunque en épocas de fiebre religiosa», enmarcadas por una cuarta novela, la *Vida de Samuel,* reformador religioso contemporáneo. Vigny identifica a Juliano con un incomprendido filósofo, reformador religioso —«el más religioso de los hombres»— que se hace matar en la batalla ante lo inútil de su lucha contra el cristianismo. Juliano es presentado como un filósofo dulce y humilde de corazón, sensible, y por ello fracasa, pues, como dice Vigny en una de sus anotaciones a esta novela: «Para llevar a cabo una pasión social como la reforma religiosa se necesitaría ser tan fuerte e insensible como Lutero y Voltaire». Anotación que convierte en la frase final de su novela: «Miraron la estatua de Juliano. A sus pies estaba Lutero y, más abajo, Voltaire, que reía». Vigny había leído y meditado los párrafos arriba transcritos de Chateaubriand.

A lo largo de este siglo proliferan las novelas y dramas en torno a Juliano en los que la fantasía, como es natural, suele tener mayor importancia que los hechos his-

tóricos [132]. Recordemos tan sólo la novela de Merejkowsky *La muerte de los dioses* y la de Anatole France *L'empereur Julien* (1892), que ya había ensayado anteriormente con *Thais* (1889) el género de la novela histórica.

Entre los dramas de esta época destaca el de Ibsen *Emperador y Galileo* con el subtítulo de *Espectáculo de historia universal* (1873). Más o menos basado en hechos históricos, pero frecuentemente alterados y con escenas inventadas al servicio de la dramatización (así, el importante papel desempeñado por Basilio, Gregorio y Joviano), nos presenta un Juliano crecientemente obsesionado en su lucha contra el Galileo que le disputa el poder supremo. El asesinato final a manos de un cristiano fanático es ya tema frecuente en este siglo. Este enorme drama, al que Ibsen estimaba profundamente, consta en realidad de dos obras. La primera parte, en cinco actos, es *La apostasía del César*, y la segunda, en otros cinco, *El emperador Juliano*. De ahí que no haya sido nunca representado en su totalidad.

En el siglo XX, Cavafis [133] dedica nada menos que siete poemas a diferentes momentos de la vida de Juliano, y

---

132 Cf. BROWNING, *l. c.*, y NULLE, *Julian in America*. En Estados Unidos aparecen *Parthenia or the last days of paganism*, de E. BUCKMINSTER LEE (1858); *Julian, a tragedy in five acts*, de CH. J. INGERSOLL (1831); *The last Athenian*, de V. RYDBERG (1869, en sueco, y trad. al inglés en 1879); *Julian's dream, a story of a. D. 362*, de G. S. DAVIES (1875); *Tigranes, a tale of the days of Julian the Apostate*, de G. G. FRANCO (Roma, 1867, y traducción inglesa de 1874). En Europa, aparte de las obras citadas de Rydberg y Franco, K. RHANGAVIS publica en Atenas, 1877, una gigantesca tragedia de 9.000 versos y 1.500 líneas de prosa; en Francia, E. JOVY, *Julien dans les Gaules* (1823); en Alemania, W. MOLITOR, *Julianus Apostata* (1866); en Inglaterra, F. DAHN, *Julian the Apostate*, y A. TRABERT, *The emperor Julian the Apostate* (1894). A los que podríamos añadir, ya en nuestro siglo, L. DE WOHL con su novela *Julian*, traducida al alemán en 1947.

133 Se trata de los poemas «Juliano en los misterios» (1896), «Juliano al ver la indiferencia» (1923), «Juliano en Nicomedia»

Kazantzakis escribe en 1945 una tragedia que será representada por primera vez en París en 1948. Kazantzakis, siempre interesado por los grandes personajes de la historia, presenta a Juliano, como a su famoso Ulises, como un héroe existencialista que libra una batalla que sabe de antemano perdida. Por último, mencionemos a Gore Vidal, que en su novela *Julian* (1962) hace una excelente recreación histórica, con ligeras alteraciones novelescas, en el original marco de un supuesto diario de Juliano que Prisco envía a Libanio, con comentarios marginales de ambos personajes que permiten al autor diversos enfoques de un mismo hecho.

4. *Juliano en España*

Ya vimos cómo el primer testimonio de Juliano en nuestro suelo es el recuerdo de juventud, moderado y realmente favorable, del poeta Prudencio. La diferencia entre su actitud y la de sus detractores orientales es achacable, como señala Arce, al hecho de que su reinado transcurrió fundamentalmente en Oriente, pero creemos que, además, no puede olvidarse el hecho de que Hispania pertenecía a la prefectura de las Galias en la época en que Juliano ejerció en ella sus funciones de César, y puede suponerse que el respeto y afecto de sus súbditos galos encontrara cierto eco a este lado de los Pirineos. Sin embargo en los versos de Prudencio ya hace su aparición el milagro que turba el sacrificio del emperador y que, al parecer, es un tópico cristiano que anuncia el sesgo que tomara su figura en la Edad Media.

En efecto, la leyenda medieval que hemos citado arriba se introduce también en España en las *Cantigas* de

---

(1924), «Juliano y los ciudadanos de Antioquía» (1926), «Gran procesión de eclesiásticos y clérigos» (1926), «No comprendiste» (1928) y «En las cercanías de Antioquía» (1933).

Alfonso el Sabio[133], aunque no aparece en los *Milagros* de Berceo ni hemos podido detectar otros rastros de la misma.

Tras las primeras ediciones parciales de la obra de Juliano en el siglo XVI, en España se publica la primera traducción al latín del *Himno a Helios rey* por obra del humanista Vicente Mariner, en Madrid, en el año 1625. La traducción va acompañada de notas y dedicada a Francisco de Quevedo con una respuesta de éste en la que afirma haber visto —*non quae audiui refero sed quae uidi profero*— entre las obras de Mariner un *Iuliani Caesaris opus de regno*, es decir, el segundo panegírico a Constancio, que no hemos podido localizar. Mariner alaba la elocuencia y erudición de Juliano en esta obra:

> *...in illud opus exarsi quod Iulianus Caesar, uir quidem, meo iudicio, ingeniosissimus et eloquentissimus in laudes Solis composuit, quas tanto artis apparatu constituit et tanta graecae facundiae concinnitate illustrat ut pene omnes arcanos antiquae Philosophiae exhauriat gurgites et torrenti quodam flumine elegantiae per uarios doctrinae campos et uiridantia philosophorum et rhetorum prata illos deriuet, illos immittat, illos effundat.*

Mariner utiliza el texto que había editado Petrus Martinius en 1583 en París, señalando sus propias correcciones a dicha edición.

---

133 *Cantiga 15* (ed. Walter Mettmann, Coimbra, 1961, tomo I, pp. 43-48): «Esta é como Santa Maria defendeu a cidade de Cesaira do emperador Juyâo». Juliano, en guerra contra los persas, pasa por Cesarea donde encuentra a San Basilio que le ofrece su pan de cebada. Juliano, ofendido, le arroja el centeno de sus caballos y le promete, al volver, destruir su monasterio y su ciudad. Basilio pide protección a la Virgen que, para vengarle, llama a San Mercurio que atraviesa con su lanza a Juliano mientras el propio Basilio lo contempla en sueños. Libanio se presenta, finalmente, en el monasterio para convertirse a la nueva fe.

Aparte de la respuesta aludida de Quevedo a Mariner elogiando sus trabajos y sabiduría, el propio Quevedo escribió una advertencia *Omnibus et singulis* que sirve de prefacio a la edición[134]. Como Mariner, alaba el estilo elegante y la erudición de Juliano, sus éxitos militares y su actividad legisladora para condenar sus creencias:

> *Fuit Iulianus imperator multiformi eruditionis supellectile instructus et cultioris litteraturae consultissimus, et in Musarum sacris iugiter operabatur. Imperatoriam maiestatem non solum armis munitam sed et legibus decoratam esse decet: proh dolor! Imperator noster lege diuina aliquando fuit decoratus; sed postea seductus legum multitudine, et usus animam et Imperium amisit.*

Cita a Sozómeno a propósito de los símbolos del imperio en que aparecía Juliano junto a Júpiter y acerca de las monedas en que aparecía su rostro junto a Sérapis e Isis. Conoce y cita asimismo en latín la carta a Máximo de Juliano.

Y no es la única vez que Juliano surge en la obra de Quevedo. En sus *Consideraciones sobre el testamento nuevo y vida de Cristo* (¿1623?), en una nota marginal sobre los vuelcos de la fortuna y después de poner como ejemplos a Ícaro, Adonis, Narciso, Alejandro y César, se hace eco todavía de la leyenda medieval que atribuía la muerte de Juliano a una intervención divina: «¿Qué [importó] a Juliano ser venerado, cuando cristiano de los cristianos, gentil de los gentiles, judío de los hebreos, si una saeta desprendida de Cristo le acaba para sin fin?»[135]

En el *Discurso de todos los diablos o infierno emendado* (1628) aparece Juliano en el infierno mezclado con

---

[134] Puede consultarse en la p. 1540 de la edición de L. Astrana de las *Obras completas de Quevedo*, Madrid, 1945.

[135] *Ibid.*, p. 1030.

los tiranos Dionisio de Siracusa y Fálaris, dirigiendo un discurso a Satanás en el que le explica que, puesto que la piedad no puede tener sitio en palacio, el rey necesita comportarse igual que un tirano al ser todopoderoso [136].

En *Su espada por Santiago* (1628), escrita en defensa del patronato de la Orden de Santiago contra las peticiones de los carmelitas, alega el ejemplo de Juliano que, en su epístola a los judíos, se refiere a la cancelación de deudas fiscales [137].

Aunque puede parecer sorprendente el ejemplo aducido por Quevedo, más paradójico resulta el caso de la carta 68 dirigida al conde-duque de Olivares sobre un grave asunto en el año 1624. Un tal Benito Ferrer había destruido en público una sagrada forma y había sido ajusticiado públicamente. Poco después surgió otro émulo, un tal Reinaldos de Peralta, y Quevedo expone su opinión de que el castigo a los herejes no debe ser público, sino silencioso, para evitar su conversión en mártires, y pone de ejemplo a Juliano: «La mayor persecución de la Iglesia (menos colorada, pero más peligrosa que todas juntas) fue la de Juliano Apóstata», alegando en defensa de esta evidente exageración a Agustín, *De ciu. dei* 18, 52, arriba citado. Y continúa Quevedo: «San Agustín... dice que Juliano fue mayor perseguidor de la Iglesia que todos, con modo diferente y más ingenioso, inviando la confirmación de los mártires con no atormentar cristianos: máquina infernal y terrible que, debajo de clemencia, mina todos los progresos de establecer la verdad... En sus epístolas se conoce cuánto procuró (de invidia, no de piedad) excusar martirios a los cristianos», y cita la epístola a Ecdicio, prefecto de Egipto, para que destierre a Atanasio: «Repetidamente le llama enemigo de los dioses y se desentiende del mar-

136 *Ibid.*, p. 278.

137 *Ibid.*, p. 829.

tirio por no darle esa gloria ni ese triunfo a la Iglesia», y cita sobre el mismo destierro la carta a los alejandrinos: «Y siempre para apurar más la persecución les excusaba el mérito en los tormentos por temer el crédito que daba a la religión su paciencia y constancia en ellos» [138]. ¡Quién iba a decirle a Juliano que su tolerancia religiosa sería causa, al correr de los siglos, de que los herejes condenados en auto de fe fueran ajusticiados en secreto!

Esta creciente toma de conciencia de la figura de Juliano en Europa y en España durante el siglo XVII alcanza también a nuestro teatro en alguna forma. La figura del Comendador de Tirso es posible que esté inspirada, en parte, en motivos legendarios medievales de la muerte de Juliano; y Vélez de Guevara escribió un drama sobre el mismo emperador [139].

---

138 *Ibid.*, pp. 1665 ss.

139 Cf. el artículo de PAULME, citado en el último apartado de la bibliografía, sobre el drama de Tirso. El drama de VÉLEZ DE GUEVARA —en la edición figura el nombre de Luis, aunque otros críticos se lo atribuyen a su hijo Juan Crisóstomo— lleva por título *«De Juliano Apóstata», Comedia famosa.* Todo él es un pintoresco desarrollo de la leyenda medieval vista en las *Cantigas* aderezado con una intriga amorosa. Juliano se enamora de la cristiana Sofonisba —apropiado nombre para este tipo de historias—, esposa del también cristiano Mercurio, a quien, ante su resistencia, encarcela el emperador. Juliano y Máximo traman una añagaza contra los amantes esposos, haciendo creer a Mercurio que Sofonisba se ha entregado a Juliano, y a Sofonisba que Mercurio, para salvar su vida, la ordena entregarse al emperador. Convencido de su traición, Mercurio intenta dar muerte a su esposa y Juliano lo condena a la última pena. Tras un episodio novelesco sobre la reconstrucción del templo de Jerusalén, Sofonisba se entera del engaño de que han sido objeto, pero ya es tarde: Mercurio ha sido ajusticiado en la plaza de Cesarea después de mantenerse fiel a su fe pese a los mil tormentos recibidos. Junto con Basilio, Sofonisba entierra a su esposo, cuyas reliquias son veneradas en toda la ciudad como las de un santo. Tras este fantástico desarrollo, en el tercer y último acto se en-

Sin embargo, la ausencia de una traducción al español de la obra de Juliano es un obstáculo elevado para su posterior difusión en un país donde la tradición de las lenguas clásicas ha sido muy inferior a la europea. Alguna traducción parcial a partir de lenguas modernas no llega a colmar el vacío existente [140]. La imagen de Juliano que figura en estudios históricos del siglo XIX tampoco recoge los nuevos aires que trajo la Ilustración y se mantiene, en general, más cerca de la concepción expuesta por Quevedo.

Así, una vez más a la zaga, hemos de esperar a los años 1924-1925 para que vea la luz, en dos volúmenes, la primera traducción al castellano de Juliano. El autor es el excelente escritor y traductor infatigable Rafael Cansinos Assens, que acompaña su traducción de un prólogo, notas, una pequeña introducción a cada obra y un breve apéndice sobre los panegiristas de Juliano. La traducción es bastante libre —ignoramos si fue realmente traducida del griego—, quizá apoyada en la versión latina que figura junto a la edición de Spanheim en que se basa su traducción o en la versión de Petau,

---

laza con la leyenda medieval con sólo ligeras variantes: Juliano, camino de Persia, pasa por allí y su ira por la veneración de los restos de Mercurio y la permanencia en aquel lugar de su amada *Sofonisba* se enlaza con el motivo legendario de la humilde ofrenda de Basilio. Sólo que ahora Mercurio, en lugar de bajar del cielo, es resucitado por San Miguel, que desciende en su lugar, y es armado por él y da muerte a Juliano, presentándose en la lucha contra los persas, tras singular combate. El sueño de estos hechos lo tiene la propia Sofonisba, y no San Basilio, que se encuentra brevemente con su resucitado esposo al volver de su hazaña. Mercurio vuelve a descender a su sepulcro y Sofonisba muere abrazada a él según su deseo.

[140] Así, por ejemplo, en la traducción de la *Historia Universal* de CÉSAR CANTÚ, realizada por Nemesio Fernández Cuesta, Madrid, 1854, en el tomo II, pp. 965 ss., se incluye la traducción —del italiano, como el resto de la obra— de los *Césares*.

también latina, que manejó y de quien toma abundantes notas honradamente citadas. Desde luego no está basada en la traducción francesa de Talbot de 1863, que era la más completa en aquel momento y que seguramente estuvo a su alcance [141]. Los errores de esta benemérita traducción provienen sobre todo, aparte de lo expuesto, del texto anticuado de Spanheim que le sirve de base, cuando ya había salido medio siglo antes la nueva edición de Hertlein. Así, no figuran los restos del tratado *Contra los Galileos* que había editado Neumann en 1880, faltan cartas como las descubiertas a final de siglo por Papadopoulos-Kerameus, se mantiene el *Fragmentum epistolae* que hay que restituir a la carta a Teodoro y, lo que es más sorprendente, se aceptan como auténticas las cartas a Jámblico, cuyo pomposo estilo retórico le hace incluso decir a Cansinos que «esas cartas son lo más hermoso de esta antología epistolar».

A partir de 1920, Eugenio D'Ors, en su *Nuevo Glosario* repetidamente, y en un artículo más extenso aparecido en la *Revista de Occidente*, va a afirmar que la auténtica significación de Juliano reside en «ser el inventor del culto a la nación como divinidad», «el teórico de la necesidad de religiones nacionales» y, como tal, ha resucitado en el nuevo apogeo de los nacionalismos europeos en los años veinte. La obra de Juliano, «patrón de los nacionalismos», sería justamente la opuesta a «la obra de unidad de San Pablo, irónica, transigente, propiamente mediterránea», «irreconciliable con el sentido de unidad, sustancia de la tradición católica», y cualquier nacionalismo ha de ser «hereje y pagano, necesariamente, como hijo y adepto de la tesis de la divinización de las patrias inventada por Juliano el Apóstata». Y cuando los

---

141 Traducción de Talbot que, pese a las críticas que recibe por parte de Bidez en su introducción a los discursos de Juliano César, ha sido un notable apoyo en la propia versión de Bidez.

fascistas coetáneos se reclaman herederos del Imperio romano, D'Ors insiste: «La antigua Roma desconoció el nacionalismo hasta Juliano el Apóstata». Es «la diosa Grecia en la concepción de Juliano el Apóstata» la que tiende a erigirse en «eternidad y primacía suprema», como en cualquier nacionalismo, expresión perfectamente antitética de la Cultura para este pensador: «Hombre de Cultura es solamente aquel que sabe anteponer el valor absoluto de las categorías superiores al relativismo representado por los valores de su grupo, llámese éste partido, llámese clase, llámese nación» [142]. Demasiado claro se demuestra que esta obsesión de D'Ors por el enfrentamiento entre nacionalismo y catolicidad no viene sólo justificada por la situación europea, sino muy especialmente por la propia situación personal de enfrentamiento, a partir de estos años, con el nacionalismo catalán.

Para finalizar, y dejando a un lado estudios más especializados —citados en la bibliografía— que han aparecido en los últimos años con relativa frecuencia, citemos dos breves trabajos —síntesis biográficas— que por su aparición en revistas destinadas al gran público son más importantes para el capítulo que nos ocupa. Ambos se mueven en el terreno claramente reivindicativo de la memoria de Juliano que todavía faltaba en España. El trabajo de Montero Díaz aporta por primera vez, en su conjunto y en nuestro país, la puesta al día de la cuestión de un insigne conocedor del mundo antiguo, mientras que el de Fernando Savater, que lleva por significativo título *Juliano el Piadoso,* rezuma no sólo comprensión, sino profunda admiración y simpatía —«héroe,

---

142 Cf. los índices de la edición del *Nuevo Glosario,* Madrid, 1947, con las numerosas citas que contiene, y la conferencia dada en Granada en 1923, «La resurrección de Juliano el Apóstata», publicada en la *Revista de Occidente* VI, 16 (1924).

santo y mártir»— en el mejor estilo volteriano que, en este caso, sólo ha tardado dos siglos en llegar a España.

5. *La tradición manuscrita*[143]

Parece ser que las obras de Juliano recibieron una difusión inmediata potenciada en Antioquía seguramente en el círculo de Libanio, y quizá el rétor Aristófanes fue el encargado de preparar el arquetipo en los años sesenta, es decir, muy poco después de la muerte del emperador. En principio existió una cierta tolerancia que explicaría la rápida publicación de la obra de historiadores como Magno de Carres y Eutiquiano. Sin embargo sabemos que el emperador Valente, en 371, hizo quemar en Antioquía un gran número de libros sobre temas ilícitos[144] entre los que es muy probable que figuraran las obras de Juliano. Por otra parte Antioquía fue totalmente incendiada por Teodosio en 387. Estos dos hechos hacen difícil situar la composición del arquetipo fuera de los años sesenta según Bidez. Para escapar a la persecución de Valente las obras habrían sido cuidadosamente guardadas a la espera de tiempos mejores.

Desde el principio, su obra siguió tres caminos diferentes: por un lado sus discursos, por otro las cartas y por otro los textos jurídicos. Estos últimos nos han llegado casi en su totalidad a través de los secos resúmenes redactados en la cancillería imperial que forman los códigos *Theodosianus* y *Iustinianeus*.

En el siglo v, pese a la persecución de que fue objeto su memoria por parte de los cristianos, sus obras podían ser aún leídas, según demuestra el testimonio de

---

143 Para este capítulo, cf. los dos libros de Bidez-Cumont y de Bidez citados en la bibliografía, *Crítica textual*, al principio, así como las introducciones a los diversos tomos de la edición de la colección Budé y del *Epistulae, Leges, Fragmenta* de Bidez-Cumont, de quien son tributarias estas páginas.

144 Cf. Amiano, XXIX, 1, 41 y 2, 4.

Zósimo y del historiador eclesiástico Sócrates[145] que los cita con frecuencia. Incluso la refutación en la misma época del obispo Cirilo de Alejandría de su tratado *Contra los Galileos,* que también menciona Sócrates, demuestra que la obra sobrevivía y era bastante leída como para tomarse el trabajo de escribir esa inmensa refutación.

En el siglo X la *Suda* ya no menciona, en cambio, esta obra, pero añade a las que nos han llegado los tratados *Sobre las tres figuras del silogismo* y *Sobre el origen de los males* junto a la *Cronia,* que hoy se tiene por un simple error y se identifica con los *Césares.*

El prototipo debió de escribirse hacia mediados del siglo X en Constantinopla, con anotaciones lexicológicas e históricas marginales, anotando junto al título de cada obra la mención de la categoría de César o Emperador que Juliano desempeñaba al escribirla. Contenía los discursos y cartas, pero ya no los textos jurídicos.

El manuscrito más antiguo, más amplio y de más valor, del que derivan más o menos los demás, sin que sea posible trazar un *stemma* de conjunto, es el *Codex Leidensis Vossianus Graecus* 77 III (V) de la biblioteca de la Universidad de Leyden, escrito en los siglos XII-XIII, cuando el modelo estaba ya en malas condiciones y había perdido algunas hojas, lo que explicaría la ausencia de aquellas citadas por la *Suda,* si admitimos que no se trata de un error de esta última. Se supone que fue escrito en Constantinopla por un escriba cuidadoso, pero tan desconocedor del griego que introdujo en el texto lo que no eran sino insultos marginales del prototipo hacia Juliano como «perro maldito», «secuaz del diablo» y otras lindezas semejantes. Le faltan varias hojas que afectan al final del *Himno a Helios rey* y al comienzo del dedicado *A la madre de los dioses* y casi todo el

145 Cf. SÓCRATES, III, 1, 57; 17, 9; 22, 11; 23, 34.

discurso *Contra los cínicos ignorantes.* Además, en medio de la *Carta a Temistio* ha interpolado lo que la vulgata llama *Fragmentum epistulae* y que Bidez ha restituido a la carta 89 dirigida a Teodoro. El manuscrito llegó a Padua en 1552 y de allí pasó a la biblioteca de Vossius, cerca de Windsor, donde en el siglo XVII lo estudió Spanheim, aumentando con el uso de reactivos el mal estado en que ya se encontraba por efecto de la humedad, para acceder finalmente a su sede actual de Leyden. Igual que el prototipo contenía notas marginales históricas y filológicas.

Afortunadamente, el deterioro y las mutilaciones del *Vossianus* se pueden suplir con el *Parisinus gr.* 2964 (U), que no es sino una copia del anterior realizada en Constantinopla en la primera mitad del siglo XV. Fue comprado en Venecia entre 1556-9 por el embajador de Francisco I, Boistaillé, de cuya biblioteca privada pasó a la real, donde fue descubierto por Petau. Sin embargo, su descuidada colación del *Contra los cínicos ignorantes* pasó a la vulgata de Spanheim y a la edición de Hertlein del pasado siglo, antes de ser nuevamente colacionado y publicada esta obra por Rocheteau recientemente. De él deriva el *Escurialensis (códice griego 140).*

La enorme importancia de esta pareja de manuscritos queda reflejada en el hecho de que son los únicos que nos dan el texto de cuatro discursos y de las *Cartas a Temistio* y *A los atenienses,* sin que nos haya llegado ningún otro discurso que no esté en ellos contenido. Tan sólo se han podido añadir algunas nuevas cartas a las que presentaban.

Otros manuscritos importantes, ya parciales, son el *Marcianus* 366 (M) de la primera mitad del siglo XV, también anotado. Con más faltas que V, a veces, sin embargo, presenta mejor texto. De los muchos manuscritos de él derivados mencionemos dos Matritenses.

Para el comienzo del discurso I es importante el *Vaticanus 1390* (Γ) del siglo XIII, independiente de los demás apógrafos.

Colacionados por vez primera por Bidez destacan por su antigüedad y valor el *Neapolitanus* II C 32 *(Exc. Neap.)* de los siglos XIV-XV, que parece estar relacionado sobre todo con M, y el *Vindobonensis philos. philol. gr.* 165, de los siglos XIII-XIV (W).

Para el discurso sobre la marcha de Salustio, el *Chalcenus* XY, *codex* 157 de la biblioteca del convento de la Madre de Dios de la isla de Halki, cerca de Constantinopla, que contiene dos copias (XY) paralelas. Descubierto por Papadopoulos-Kerameus al final del siglo pasado, presenta gran afinidad con V.

Para los *Césares* es importante el *Augustanus* (A) —antiguo *Monacensis* 564— del siglo XIII, que parece tener la misma ascendencia que V.

Para el *Misopogon*, el *Vaticanus gr.* 914 (S) de los siglos XIV-XV y el *Ambrosianus* G 69 (B), de la segunda mitad del XV, que sirvió de modelo a numerosas copias.

Las cartas de Juliano eran exhibidas, cuando aún vivía, vanidosamente por algunos de sus destinatarios [146]. Libanio prometió a Aristófanes de Corinto [147] aquellas cartas que podían ser publicadas sin problema. En esta primera época debió de formarse la primera colección de cartas que ya Amiano pudo leer [148].

Los historiadores eclesiásticos Sócrates y Sozómeno citan, junto a muchas disposiciones legales sólo por ellos conservadas, dos importantes cartas (60 y 84). Sin embargo, nunca citan correspondencia privada por lo que, según Bidez [149], habrían utilizado una compilación

---

146 Cf. *Carta* 40.

147 Cf. LIBANIO, *Epist.*, 1264, 5.

148 Cf. AMIANO, XVI, 5, 7.

149 Cf. BIDEZ, *Recherches...*, pp. 20 ss.

de actas oficiales, sobre todo relativas a su política religiosa, cuyo autor habría sido un cristiano residente en Alejandría y con acceso a los archivos oficiales. Zósimo atestigua que era fácil leer sus cartas [150].

Pero también desde el principio el interés suscitado por la figura de Juliano hizo que se aceptaran cartas sin duda falsas, cuyo máximo ejemplo son las cartas a Jámblico, obra de un desconocido sofista sirio que escribe en el más puro estilo asiático. Estas diversas colecciones, que se integraron en las copias generales de sus obras, fueron muy estimadas por los bizantinos que valoraron el estilo epistolar de Juliano a la misma altura que el de su maestro Libanio. Así, tanto en la *Suda* como en V aparecen mezcladas las cartas falsas con las auténticas en una amplia colección.

Exceptuando V y U, la mayoría de los restantes manuscritos son florilegios epistolares en los que, junto a cartas de Juliano, encontramos de otros autores de la época como Libanio, Basilio, etc. Pero estas colecciones estaban hechas con vistas a la elegancia del estilo sobre todo por lo que a menudo han sido alteradas y, o no presentan la carta completa, o nos dan referencia precisamente de las más insignificantes. Las más importantes son las que presenta el *Vossianus* o los manuscritos directamente emparentados con él.

Muchas de sus cartas sin duda se han perdido: por ejemplo, de las 23 que menciona Sozómeno 14 han desaparecido. Y, a la vez, de las 80 de la vulgata 24 deben ser desechadas. El resultado de todo esto ha sido una vulgata de una gran confusión en la que, según Bidez, el orden cronológico es el único posible al tiempo que el más deseable. Se admiten los textos legislativos que figuraban tradicionalmente, pero no los extractos latinos de los códices de Teodosio y Justiniano.

150 Cf. Zósimo, III, 21.

No puede, pues, trazarse tampoco en este caso *stemma* de conjunto, porque casi cada carta tiene su tradición especial. El *Vossianus* contiene 27 cartas, pero originariamente contenía más, ya que faltan varias hojas en medio y al final. Tanto U como el *Harleianus* 5610 (H) del siglo XIV, que también proviene de V, añaden algunas cartas no contenidas en este último, así como el XY, del siglo XV, arriba citado, que aportó seis nuevas cartas. Dado que el número de manuscritos de las cartas es numerosísimo y conteniendo algunos solamente una carta o pocas más, terminemos mencionando el *Laurentianus* LVIII, 16 (L), del siglo XIV, que presenta la más amplia colección de cartas de Juliano, en total 45 y algunas sólo por él conservadas, que parecen haber sido extraídas de diversos ejemplares.

6. *Nuestra traducción*

El texto utilizado como base es el de la colección Budé, establecido por J. Bidez para los discursos de Juliano César (tomo I, 1.ª parte, 1932), y para los discursos de Juliano Emperador por G. Rochefort (tomo II, 1.ª parte, 1963) y por Chr. Lacombrade (tomo II, 2.ª parte, 1964). Respecto a la edición en la misma colección de las *Cartas y fragmentos* (tomo 1, 2.ª parte, 1924), realizada también por J. Bidez, hemos optado por aumentar su contenido añadiendo: *a*) aquellas cartas dudosas o espúreas que, sin embargo, forman parte tradicionalmente del *Corpus Iulianeum*; *b*) los extractos legislativos que nos han llegado a través de los códigos de Teodosio y Justiniano, que son documentos históricos importantes aunque su texto actual es obra de las cancillerías imperiales; *c*) los testimonios de diversos autores sobre cartas y disposiciones legales de Juliano que no nos han llegado, por la misma razón del apartado

anterior; *d*) los fragmentos del tratado *Contra los Galileos* que nos han llegado a través de la refutación de Cirilo de Alejandría y que tampoco figuran en la edición de la colección Budé. Para los tres primeros apartados el texto es el de Bidez-Cumont, *Imp. Caesaris Flavii Claudii Iuliani epistulae, leges, poematia, fragmenta uaria,* París, Les Belles Lettres, 1922. Para el tratado *Contra los Galileos* seguimos la edición de Neumann, *Iuliani imp. librorum contra Christianos quae supersunt,* Leipzig, Teubner, 1880, según el texto reproducido por Wright en el tomo III de su edición de Juliano de la Loeb Classical Library.

Asimismo, de acuerdo con las acertadas observaciones de J. Bidez, preferimos el orden cronológico allí donde es posible establecerlo, tanto en los discursos como en las cartas, frente al caprichoso que presenta la Vulgata.

BIBLIOGRAFÍA

1) Repertorios bibliográficos

Muenscher, K.: Bibl. crítica 1910-1915, *Jahrber. Altertumwiss.* CLXX (1915), pp. 157-167.

Richtsteig, E.: Bibl. crítica 1915-1925, *ibid.* CCXVI (1928).

— Bibl. crítica 1926-1930, *ibid.* CCXXXVIII (1932), pp. 87-98.

Kaegi, W. E., Jr.: Bibl. crítica 1945-1965, *Class. World* (1965), páginas 229-238.

Cf. también Piganiol, A.: *L'empire chrétien*, París, 1972, 2.ª ed.

2) Fuentes antiguas

La más documentada y digna de confianza es la *Historia* de Amiano Marcelino (ed. con trad. al. de Seyfarth, Berlín, 1968; ed. y trad. ingl. de J. C. Rolfe, Londres, 1935; ed. y trad. franc., con importante comentario histórico, por Gallatier-Fontaine, París, 1968, de los libros XVII-XIX).

Libanio: *Discursos, 1, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 24, 60* (ed. Foerster, Leipzig, 1903-24, y reimpr. 1963; y para el 1, ed. con comentario por Norman, Oxford, 1965; ahora, todos cómodamente reunidos, salvo el 1 y el 60, por Norman, Londres, 1969) y numerosísimas cartas de la época en los tomos X y XI de la primera edición citada.

Eunapio: *Vidas de los sofistas* (ed. Wright, Londres, 1921) y los fragmentos de su historia, ed. Müller *(FHG*, vol. V, precedido de los brevísimos fragmentos de Eutiquiano y Magno de Carres).

Zósimo: *Nueva Historia* (los libros II y III pueden ahora consultarse en la ed. con trad. y comentario de Fr. Paschoud, París, 1971 ss.).
Mamertino: *Panegírico de acción de gracias a Juliano* (ed. con trad. E. Galletier, París, 1955, en *Panegíricos latinos*, III).
Temistio: *Discursos* (ed. Downey y Norman, Leipzig, 1965-1974).
Himerio: *Discursos* (ed. Colonna, Roma, 1951).
Aurelio Víctor: *Historia abreviada* (ed. con trad. y com. de P. Dufraigne, París [Budé], 1975), y los *Breviarios* de Eutropio (ed. Rühl, Leipzig, 1909) y de Rufo Festo (ed. Wagner, Leipzig, 1886).
Jerónimo: *Crónica* (ed. Fotheringham, Londres, 1923).
Juan Crisóstomo: *Discursos de San Bábilas* (ed. Migne, *P. G.* 50, pp. 545 ss.).
Gregorio de Nacianzo: *Discursos IV y V* (ed. Migne, *P. G.* 35, pp. 531 ss.).
Cirilo de Alejandría: *En defensa de la religión cristiana contra el emperador Juliano* (ed. Migne, *P. G.* 76, pp. 489 ss.).
Sócrates: *Historia eclesiástica* (ed. Migne, *P. G.* 67; especialmente el libro III, 1-23).
Sozómeno: *Historia eclesiástica* (ed. Migne, *P. G.* 67; especialmente los libros V y VI, 1-2).
Teodoreto: *Historia eclesiástica* (ed. Parmentier, 1911; Migne, *P. G.* 82).
Filostorgio: *Historia eclesiástica* (fragm. ed. Bidez, 1913).
Rufino de Aquilea: *Historia eclesiástica* (ed. Turnhout, 1961, C. C. Ser. Lat. XX).
Codex Theodosianus, ed. Mommsen, 1905, y reimpr. 1954; trad. Pharr, Princeton, 1952.

3) Ediciones [orden cronológico]

Aldo: Venecia, 1499 (*editio princeps* con 48 cartas).
Martini, P.: *Misopogon y cartas*, París, 1566 (con trad. latina).
Martini-Cantoclaro-Marcilio: *Misopogon, Césares, 2.º paneg. Constancio, Helios rey y cartas*, París, 1583 (trad. latina, salvo *Helios rey*).

PETAU: *Iul. imp. opera... omnia,* París, 1630 (trad. latina) (*editio princeps*).
SPANHEIM: *Iul. imp. opera... omnia et S. Cyrilli... contra impium Iul. libri decem,* Leipzig, 1696 (trad. latina).
MARQUIS D'ARGENS: *Défense du paganisme par l'emp. Julien,* Berlín, 1764 (trad. franc.).
SCHAEFER: *Iul. imp. in Constantii laudem,* Leipzig, 1802 (trad. latina).
HEYLER: *Iul. imp.... epistulae,* Mainz, 1828 (trad. latina).
HERCHER: *Epistolographi graeci,* París, 1873 (pp. 337-391).
HERTLEIN: *Iul. imp. quae supersunt,* Leipzig (Teubner), 1875-6.
NEUMANN: *Iuliani imp. librorum contra christianos quae supersunt,* Leipzig, 1880 (con trad. alemana).
PAPADOPOULOS-KERAMEUS: «Neue Briefe von Iul. Apost.», *Rhein. Mus.* (1887), 15 ss.
WRIGHT, W. C.: *The works of the emperor Julian,* I-III, Londres (Loeb), 1913-1923 (con trad. ingl.).
BIDEZ-CUMONT: *Iuliani imp. epistulae, leges, poematia, fragmenta uaria,* París, 1922.
BIDEZ-ROCHEFORT-LACOMBRADE: *L'empereur Julien. Oeuvres complétes,* París, 1924-1964 (con trad. franc.).
GRONINGEN, B. A. VAN: *Epistulae selectae,* Leiden (*textus minores*), 1960.
WEIS: *Briefe,* Munich (Tusculum), 1973 (con trad. alemana).

4) TRADUCCIONES [orden cronológico]

Cf. apartado anterior.

Francesas:

SPANHEIM: *Caésars,* París, 1683.
ABBÉ DE LA BLETTERIE: *Histoire de l'empereur Jovien et traduction de quelques ouvrages de l'empereur Julien,* París, 1748.
TOURLET: 3 vols., París, 1821.
TALBOT: *Oeuvres complétes de l'empereur Julien,* París, 1863.

Inglesas:

DUNCOMBE: *Select Works,* Londres, 1784.
NEVINS: *Against the Christians,* Londres, 1873.

Alemanas:

ASMUS, R.: *Kaiser Julian philosophische Werke,* Leipzig, 1908.
GOESSLER, L.: *Kaiser Julian der Abtrünnige. Die Briefe,* Zurich, 1971.

Latinas:

MARINER, V.: *Iuliani Caesaris in regem Solem ad Salustium panegyricus,* Madrid, 1625.

Italianas:

ROSTAGNI, A.: *Giuliano l'Apostata. Saggio critico con le operette politiche e satiriche,* Turín, 1920.
USSANI, V.: *Panegirico del sole re dell'imperatore Giuliano,* Milán, Miscell. Galbiati, 1953, pp. 107 ss.
LABRIOLA, I.: *Autobiografia. Messagio agli ateniensi,* Florencia, 1975.

Españolas:

CANSINOS ASSENS, R.: *Las obras completas del emperador C. F. Juliano,* Madrid, Hernando, 1924-5.
ROCA, J.: «Dieciséis cartas del emperador Juliano», *Bol. Inst. Est. Helen.* V, 2 (Barcelona, 1971), pp.79-97.

5) CRÍTICA TEXTUAL

Aparte de abundantes trabajos de detalle, diseminados por diversas revistas y de las ediciones mencionadas, como estudios de conjunto siguen siendo básicos:

BIDEZ-CUMONT: «Recherches sur la tradition manuscrite des lettres de l'empereur Julien», *Mém. Acad. Roy. Balg.* 57 (Bruselas, 1898).

BIDEZ, J.: «La tradition manuscrite et les éditions des discours de l'empereur Julien», *Fac. Phil. et Lettr.* 61 (Gante, 1929).

Sobre algunos nuevos manuscritos aparecidos posteriormente:

ROCHEFORT, G.: «Une anthologie grecque du XI siècle, le Parisinus graecus Suppl. gr. 690», *Scriptorium IV* (1950), pp. 3-17.
DARROUZÉS, J.: «Un recueil épistolaire byzantin, le manuscrit de Patmos 706», *Rev. Étud. Byz.* XIV (1956), pp. 87-121.
CANFORA: «Altri manuscritti giulianei», *Antiq. Class.* XXXVII (1968), pp. 634 ss.
— «Manuscritti degli opuscoli e delle lettere di Giuliano», *Annali Fac. di Lett. e Filos.* XII (Bari, 1967), pp. 65-70.

6) Estudios generales sobre la época

SEECK, O.: *Geschichte des Untergangs der Antiken Welt,* Berlin, 1967 (= 1897-1921).
GEFFKEN: *Der Ausgang des griechisch-römischen Heidentums,* Heidelberg, 1900.
HOMO, L.: *Les empereurs romains et les christianisme,* París, 1913.
LABRIOLLE: *La réaction païenne,* París, 1940.
GIGLI: *La crisi dell'impero romano,* Roma, 1947.
MAZZARINO: *Aspetti sociali del quarto secolo,* Roma, 1951.
MOMIGLIANO (edit.): *The conflict between paganism and Christianity in the fourth century,* Cambridge, 1963.
PIGANIOL, A.: *L'empire chrétien,* París, 1972 (2.ª ed.).
JONES, A. H. M.: *The later Roman Empire,* Oxford, 1964.
JONES-MARTINDALE-MORRIS: *Prosopography of the later Roman Empire,* Oxford, 1972.

7) Biografías y aspectos biográficos

Las numerosas biografías del pasado siglo y comienzos del presente están casi todas superadas por la que, todavía hoy, sigue siendo fundamental:

BIDEZ, J.: *La vie de l'empereur Julien,* París, 1930 (reimpr. Hildesheim, 1965).

Algún valor conservan todavía:

ALLARD, P.: *Julien l'Apostat*, 3 vols., 3.ª ed., París, 1906-10.
NEGRI, G.: *L'imperatore Giuliano*, Milán, 1901 (5.ª ed., Milán, 1954).
GEFFCKEN: *Kaiser Julianus*, Leipzig, 1914.

Y las más recientes, que no alcanzan el nivel de la primera citada, de:

RICCIOTTI: *Giuliano l'Apostata secondo i documenti*, Milán, 1956 (trad. esp., Barcelona, Miracle, 1959).
BROWNING, R.: *The emperor Julian*, Londres, 1975.
BENOIST-MÉCHIN: *L'empereur Julien ou le rêve calciné*, París, 1977.

En español pueden consultarse los trabajos de:

MONTERO DÍAZ, S.: *Biografía de Juliano el Apóstata*, Madrid, Ibereuropea de Ediciones, 1969.
SAVATER, F.: «Juliano el Piadoso», *Tiempo de Historia* 12 (Madrid, 1975), pp. 38-55.
ARCE, J.: *Estudios sobre las fuentes literarias, epigráficas y numismáticas para la historia del emperador Juliano*, tesis doctoral, Madrid, C.S.I.C., 1979 (en prensa).

Sobre la iconografía, no tratada por Bidez:

ANDREOTTI, R.: «L'iconografia dell'imperatore Giuliano», *Bull. Museo Imp.* (Roma, 1931), pp. 47 ss.
PIGANIOL, A.: «Iconographie de Julien l'Apostat», *Compt. rend. Acad. Inscr. et Bell. Lettr.* (París, 1937), pp. 206-7.

8) ASPECTOS LITERARIOS, POLÍTICOS E IDEOLÓGICOS

a) *Aspectos literarios*

FRANCE, W. C.: *The emperor Julian's relation to the new sophistic and neoplatonism with a study of his style*, Londres, 1896.
FRANÇOIS, L.: «Julien et Dion Chrysostome», *Rev. Étud. Gr.* XXVIII (1915), pp. 417-439.
BOULENGER: «L'empereur Julien et la rhétorique grecque», *Mém. et Trav. Fac. cathol.* XXXII, 3 (Lille, 1927).

EITREM: «Kaiser Julian als Briefschreiber», *Symb. Osl.* 33 (1957), pp. 121 ss.

GALLARDO, D.: «Los simposios de Luciano, Ateneo, Metodio y Juliano», *Cuad. Filol. Clas.* (1972), pp. 239-296.

ALONSO NÚÑEZ, J. M.: «Notas sobre el epistolario y las poesías del emperador Juliano», *Hist. antig.* II (1972), pp. 55-60.

b) *Aspectos históricos, políticos y filosóficos*

CALTABIANO, M.: «La propaganda de Giul. nella lettera agli ateniesi», *Contri Ist. stor. ant.* II (1972), pp. 123-138.

LABRIOLA, I.: «I due autoritratti di Giuliano imperatore», *Belfagor* XXIX (1974), pp. 546-560.

VOGT, J.: «Kaiser Jul., über seinen Oheim Constantin den Grossen», *Hist.* IV (1955), pp. 339-352 (Festschr. Ensslin).

LACOMBRADE, CHR.: «L'emp. Jul. émule de Marc-Aurèle», *Pallas* XIV (1967), pp. 9-22.

ALONSO NÚÑEZ, J. M.: «Política y filosofía en los Césares de Juliano», *Hist. antig.* IV (1974), pp. 315-320.

— «En torno al neoplatonismo del emperador Juliano», *Hist. antig.* III (1973), pp. 179-185.

LÓPEZ EIRE, A.: «Plotino frente a sus fuentes», *Bol. Inst. Est. Helen.* VII (1973), pp. 65-77.

c) *Aspectos religiosos*

REGAZZONI, P.: «Il "Contra Galileos" dell'imperatore Giuliano e il "Contro Iul." di San Cirillo», *Didaskaleion* VI (1928), pp. 1-114.

NOCK, A. D.: «Deification and Jul.», *Journ. Rom. Stud.* XLVII (1957), pp. 115-123.

BARTELINK: «L'emp. Jul. et le vocabulaire chrétien», *Vigil. Christ.* XI (1957), pp. 37-48.

LEIPOLDT, J.: *Der römische Kaiser Jul. in der Religionsgeschichte*, Leipzig, 1964.

KOCH, W.: «Comment l'emp. Jul. tacha de fonder une église païenne», *Rev. Belg. Philol.* (1927), pp. 123-148; *ibid.* (1928), pp. 49-82, 511-550 y 1363-1385.

LABRIOLLE, P.: «La polémique antichrétienne de l'emp. Jul.», *Rev. Quest. hist.* XVII (1930), pp. 257-303.

THOMAS, P.: «La papauté de Jul.», *Mél. Bidez* (1934), pp. 953 ss.

FARNEY, R.: *La religion de l'emp. Jul. et le mysticisme de son temps*, París, 1934.
ARCE, J.: «Reconstrucciones de templos paganos en época del emperador Juliano», *Rivista stor. dell'Antichitá* 5 (1975), pp. 201 ss.

d) *Legislativos*

HARDY, B. C.: «The emp. Jul. and his school law», *Church Hist.* (1968), pp. 131-143.
ENSSLIN, W.: «Kaiser Julians Gesetzgebungswerk», *Klio* XVIII, pp. 104-200.
ANDREOTTI, R.: «L'opera legislativa ed amministrativa dell'imp. Giul.», *Nouva riv. stor.* XIV (1930), pp. 342-383.

e) *Otros aspectos*

MONTERO DÍAZ, S.: «Antropología y medicina en la obra del emp. Juliano», *Est. Clas.* V (1959), pp. 24 ss.
KABIERSCH: *Untersuchungen zum Begrif der Philanthropia bei den Kaiser Jul.*, Wiesbaden, 1960.
ROCHEFORT: «Le "Des dieux et des mondes" de Salustius et l'influence de l'emp. Jul.», *Rev. Étud. gr.* (1956), pp. 50-66.
LACOMBRADE, CHR.: «L'hellénisme de Jul. et ses lettres grecques», *Pallas* VI (1958), pp. 21-38.
— L'emp. Jul. et la tradition romaine», *Pallas* IX (1960), pp. 155-164.
ARCE, J.: «Los cambios en la administración civil y militar en época del emperador Juliano», *Hispania Antiqua* VI (1977) (en prensa).

9) INFLUENCIA POSTERIOR

PHILIP, K.: *Iul. Apost. in der deutschen Literatur*, Berlín, 1929.
NULLE, S. H.: «Jul. and the men of letters», *Class. Journ.* LIV (1959), pp. 257-66.
— «Jul. redivivus», *Centennial Rev.* 5 (1961), pp. 320-338.
— «Jul. in America», *Class. Journ.* LXI (1966), pp. 165-173.

BAYNES, N. H.: «The death of Jul. the Apost. in a christian legend», *Journ. Rom. Stud.* (1937), pp. 22-29.

DÉNOMY, A. T.: «An old french version of the Jul. episode in the life of St. Basil», *Mediaev. Stud. Toronto* XVIII (1956), pp. 105-124.

FÖRSTER, R.: «Kaiser Jul. in der Dichtung alter und neuer Zeit», *Stud. vergleich. Literaturgesch.* V, 2 (Berlín, 1905), pp. 5 ss.

GOLLANCZ, H.: *Jul. the Apost. translated from sirian original,* Oxford, 1928.

PAULME, D.: «La statue du Commandeur», *Rev. hist. relig.,* núm. 153 (1958), pp. 34-67.

ARCE, J.: «Los versos de Prudencio sobre el emperador Juliano», *Emer.* XLIV, fasc. 1.° (1976), pp. 129-141.

I

ELOGIO DEL EMPERADOR CONSTANCIO

INTRODUCCIÓN

Juliano, después de su forzoso retiro en Macellum, de donde salió aproximadamente hacia 348, se dirige a su ciudad natal, Constantinopla, donde asistirá regularmente a los cursos de gramática y retórica en que se formaba desde hacía tiempo la élite destinada a ocupar los altos puestos de la administración. Sabemos que tuvo allí por maestros al gramático Nicocles y al retórico Hecebolio. Temistio tenía también su escuela en Constantinopla en aquella época y, aunque no poseemos datos concretos sobre su relación entonces, es casi seguro que allí conociera al filósofo por quien tanto respeto demuestra en la carta a él dirigida poco después de la muerte de Constancio. Cuando a los ojos del emperador y de su corte su fama creció excesivamente, se le obligó a retirarse a la más tranquila Nicomedia, donde se las ingenió para seguir los cursos de Libanio pese a la prohibición expresa que tenía. Cuando, después de su primera llamada a Milán con ocasión de la muerte de Galo, marchó a Atenas en el verano del 355, destacaban allí los rétores Proheresio[1] e Himerio, ejemplo este

[1] Cf. su biografía en Eunapio, 485 ss., y la *Carta* 31 de Juliano invitándole a hacerse historiador de su marcha desde Galia contra Constancio. Cuando Juliano dictó su ley escolar ofreció al cristiano Proheresio, como una excepción, la posibilidad de continuar sus cursos, gracia que el rétor rechazó.

último de la retórica florida que intentaba competir en ritmos y efectos musicales con la lírica, pero hueca de contenido. Juliano debió de escucharles en alguna ocasión, aunque no es probable que asistiera a sus cursos, porque su atención se dirigía ya netamente a los problemas filosóficos y religiosos.

Así pues, Juliano estudió retórica como cualquier otro joven distinguido de su época y tuvo ocasión de conocer a los más importantes rétores. Pero tanto su inteligencia como su temperamento le hicieron ver claramente la diferencia que separaba a un Himerio de un Libanio o un Temistio, y sus preferencias recayeron sobre estos últimos, si bien, hay que repetirlo, jamás se sintió otra cosa que aficionado a la filosofía, aunque tuviera que ejercer de rétor en ocasiones como la presente.

Así, en su carta 61, explicación de las consideraciones que le llevaron a dictar su famosa ley escolar, comienza diciendo: «Creemos que una correcta educación no consiste en la suntuosa armonía de las palabras y de la lengua, sino en la sana disposición de un pensamiento inteligente y en las opiniones auténticas acerca de lo bueno y lo malo, lo bello y lo feo». Y esta misma insatisfacción por los juegos escolares de una retórica vacía de contenido se halla expuesta en su discurso *Contra el cínico Heraclio*, 236a ss.: «...elogias groseramente como no lo hace ninguno de los rétores más ignorantes que, por no saber qué decir y por no ser capaces de inventar nada sobre el tema que tratan, hacen surgir a Delos y Leto con sus hijos, después a los cisnes de melodioso canto a quienes hacen eco los árboles, los prados llenos de rocío y de un suave y alto césped o el olor de las flores, la primavera en persona y otras imágenes semejantes. ¿Dónde hizo eso Isócrates en sus panegíricos o dónde cualquier otro de los antiguos que eran auténticos iniciados en las Musas, no como los de hoy? Y dejo

lo que sigue para no convertirme en enemigo a un tiempo de los más despreciables cínicos y rétores, porque yo con los cínicos más virtuosos y con los buenos rétores tengo sentimientos de total amistad».

Juliano, como gran amante del mundo helénico, conocía a Demóstenes y a Isócrates y los parafraseaba con cierta frecuencia [2]. De Isócrates, sin ser demasiado abundantes, aparecen en este discurso algunas expresiones del *Panegírico* y, sobre todo, del *Evágoras*, aparte de una clara paráfrasis sobre la idea desarrollada en esta obra (caps. 9-10) de la contraposición de medios entre el poeta y el orador, que Juliano trata al comienzo del presente discurso. W. C. Right, en su edición, en el prólogo a este discurso afirma que la disposición se parece mucho a la del *Evágoras*, pero sorprende su silencio respecto a otros ecos mucho más abundantes y, casi diríamos, obligatorios, por cuanto llevamos dicho.

En efecto, una nueva ojeada a los ecos que aparecen en él no deja lugar a dudas sobre el hecho de que la mayoría de ellos proceden de los panegíricos compuestos por Libanio y Temistio en honor del mismo emperador Constancio. Libanio escribió un panegírico en honor de Constancio y Constante [3], que se puede fechar aproximadamente en 348-9, y Temistio dos, *Constancio o sobre la filantropía* y un discurso de agradecimiento en ocasión de haberle nombrado el emperador miembro del senado de Constantinopla [4], con la deferencia de haberle notificado esta decisión personalmente por escrito; el primero de ellos se sitúa en 350 y el segundo a mediados de noviembre de 355, puesto que al final del mismo se hace una clara alusión al reciente nombramiento de Juliano como César: «Tan filósofo es nuestro

---

2 Cf. el aparato de referencias de la edición de Bidez.

3 *Oratio* LIX, ed. Foerster.

4 *Orationes* I y II, respectivamente, de la ed. Downey.

noble emperador que ha convertido en su colega a un filósofo»[5].

Los discursos de estos dos hombres venerados por Juliano son bastante diferentes dentro del género común en que están insertos. Los dos de Temistio, de estilo más conciso y lengua más clásica, de longitud mesurada, son abstractos y poco ricos en noticias históricas, al ser su objetivo el elogio de la virtud más que el de los hechos gloriosos y concretos. En el primer discurso el elogio se centra en el concepto de filantropía[6] y en el segundo en la definición del rey filosófico al estilo platónico, virtudes, claro está, representadas por Constancio. Pero tan poco concretos eran los discursos de este lisonjero cortesano, que Temistio repitió ideas semejantes en posteriores panegíricos dedicados a los emperadores Joviano, Valente, Valentiniano y Teodosio. El discurso de Libanio es algo más asiático, menos filosófico y más retórico, y mucho más abundante en noticias concretas así como de mayor extensión, pese a que, por su anterior fecha de composición, los hechos llevados a cabo por ambos hermanos eran menos numerosos[7]. En el fondo, las diferencias entre Libanio y Temistio, consecuentes con sus vocaciones fundamentales de retórico y filósofo respectivamente, se ajustan a las dos formas que puede presentar el elogio del emperador según los tratados de retórica al uso en todas las escuelas. Ya Quintiliano[8] señalaba dos procedimientos fundamentales: o bien el elogio sería biográfico y cronológico, o

---

[5] Cf. TEMISTIO, *Or.* II, 40a.

[6] Sobre el concepto de filantropía en Juliano, cf. el estudio, citado en Bibliografía, de KABIERSCH.

[7] Los numerosos puntos de contacto entre estos tres discursos y los dos de Juliano dirigidos a Constancio fueron ya estudiados por GLADIS, *De Themistii, Libanii, Iuliani in Constantium orationibus*, diss., Breslau, 1907.

[8] *Inst. orat.*, III, 7, 10 ss.

bien se basaría en el elogio de las virtudes del personaje. El manual que nos ha llegado del rétor griego del siglo III Menandro[9] nos ofrece un rico repertorio de gastados lugares comunes que engloban ambas disposiciones del discurso en dos partes consecutivas.

¿Hasta qué punto ha seguido Juliano los panegíricos de Libanio y Temistio? Bidez[10] señala que Juliano se ha inspirado sobre todo en Temistio: «Como Temistio, Juliano coloca sin cesar la clemencia y el olvido de las injurias en el primer rango de los méritos de Constancio. Según Juliano, como según Temistio, Constancio se habría mostrado especialmente amable, magnánimo, confiado y generoso... En resumen, siguiendo el ejemplo de su maestro el filósofo, simulando describir al emperador tal y como es, Juliano lo representa tal y como debería ser». Sin embargo, como observa el propio Bidez, Juliano «no imita servilmente a su maestro»; más todavía, añadimos, aparte de ciertas discrepancias de detalle, la composición general del discurso es opuesta a la del de Temistio, hasta tal punto que nos parece que Juliano ha hecho una especie de simbiosis entre la obra de Libanio y la de Temistio. En efecto, del primero parece tomar la disposición general más clásica, su estilo[11], sus recursos retóricos, la mayor precisión en el

---

[9] Cf. *Rhetores gr.*, ed. Spengel, Leipzig, 1856, III, pp. 330-446, y, específicamente para el panegírico, pp. 369-377.

[10] Cf. introducción al presente discurso en la ed. de Bidez, pp. 5 ss.

[11] El orgullo de Libanio respecto a su discípulo se manifiesta en su *Or.* XVIII, 15: «Y allí mostró sobre todo la fuerza de su ingenio, pues, pese a no asistir a mis clases, imitó mi estilo mejor que los que asistían regularmente y por este extraño procedimiento sobrepasó en brillantez a aquéllos a la hora de recoger los frutos, y por ello creo que en los discursos que compuso posteriormente hay alguna afinidad con nosotros y pareció que era uno de nuestros discípulos».

relato de los acontecimientos históricos[12], incluso su mayor extensión; al segundo lo aproximan sus reflexiones filosófico-morales sobre la preponderancia de las virtudes y su ideal del soberano, que le dan un contenido de mayor profundidad. Exageradamente, Juliano declara que este tratamiento hará que su panegírico sea diferente de todos los demás porque es la obra no de un rétor profesional, sino de un filósofo[13].

Pese a ello y como hemos visto, ya Boulenger señaló la profunda influencia que la retórica ejerció sobre Juliano y una comparación entre el citado manual de Menandro y la estructura del discurso de Juliano asegura la certeza de que, a pesar de sus reiteradas protestas, Juliano hace una disposición clásica de su discurso, tocando casi punto por punto todos los prescritos, hasta el punto de que Bidez llega a decir que podría pensarse que Juliano tenía ante los ojos, en el momento de escribir este discurso, alguno de estos manuales escolares. Cierto que esas declaraciones de Juliano, también tópicas, le sirven para introducir algunas digresiones propias que no cuadran con las normas indicadas.

La acusación de hipocresía que han vertido sobre Juliano algunos críticos por la redacción de este panegírico y del segundo, también dedicado a Constancio, basada en la ocultación de sus auténticos sentimientos religiosos, escondidos bajo un ambiguo lenguaje al estilo del practicado por Temistio, y, sobre todo, por los elogios de ciertos aspectos de Constancio como su moderación o magnanimidad, elogios que chocan de frente con sus posteriores acusaciones en la *Carta a los ate-*

---

12 Aunque no puede haber inspiración directa en el relato de las hazañas de Constancio, puesto que la mayoría de los éxitos del emperador cantados por Juliano son posteriores a la fecha de composición del discurso de Libanio.

13 Cf. parágrafo 3.

nienses, en que le hace responsable de la muerte de su familia en el 337, debe ser matizada. En primer lugar, no hay que ver en todo el discurso una sarta de mentiras interesadas: la moderación de costumbres de Constancio es una realidad, así como sus éxitos en las guerras civiles que le acosaron continuamente. Respecto a la crueldad de ciertas actuaciones, que naturalmente es silenciada, el propio Juliano, más tarde, sin eximir del todo a Constancio, echará las mayores culpas sobre la camarilla que le rodeaba. Si algunos elogios, por su comparación con grandes figuras del mundo antiguo, resultan exagerados, no debe tampoco olvidarse que estamos dentro de un género, el panegírico, en que tales comparaciones eran de rigor y por ello no eran tomadas al pie de la letra por nadie. Finalmente, lo que es más importante, Juliano ha vivido hasta este momento, si no perseguido, sí vigilado estrechamente, y es su vida la que está en juego: en estas condiciones parece insensato exigir de él una sinceridad que hubiera comportado su muerte automática. Quizá tampoco sea conveniente olvidar que Juliano, adepto al mitraísmo, practica una total sinceridad con su círculo, pero no le obligan sus creencias a la misma postura respecto a sus enemigos. En esta época es seguro que ya posee esa conciencia de elegido de los dioses para cumplir la misión de regeneración del imperio, mandato que le obliga a un comportamiento político determinado. Por otro lado, el elogio casi ideal de Constancio y sus virtudes en la parte final puede ser tomado, según ya se indicó, como una auténtica amonestación a Constancio sobre sus obligaciones, al tiempo que como un esbozo de sus propias ideas de gobierno, pero, eso sí, en la forma velada que tan bien convenía a la ocasión y tan querida era para los neoplatónicos en cuyo ambiente estaba inserto.

Sobre la fecha de composición del discurso, Wright estimó el final del 355, antes de partir hacia la Galia,

con lo que sería un discurso de agradecimiento a Constancio por el reciente nombramiento como César. Von Borries señala el invierno 355-6 como fecha de composición y el final del 356 como momento en que se habría entregado a Constancio. Geffcken y Bidez, a quienes seguimos, señalan que se habría compuesto al final de 356, tras su primera campaña en la Galia, y habría sido llevado a la corte por Euterio con un objetivo bien definido y que explicaría la singularidad ya notada de que un César escriba el elogio de su Augusto: defenderse contra las intrigas del general Marcelo que había sido llamado a Milán, tras su inexplicable comportamiento en el sitio de Sens, y que acabaría siendo relevado de sus funciones. La base para esta datación estaría en el final del cap. 36, en que Juliano confiesa que tan sólo ha participado en una corta expedición siguiendo al emperador, hecho que no podría situarse después de la campaña de 357, en que Juliano tenía ya plenos poderes y se dio la batalla de Estrasburgo, y, en cambio, concuerda con la campaña del 356 en que Juliano, subordinado a los generales Marcelo y Ursicino, iba más a aprender que a dirigir unas operaciones planteadas por el propio Constancio en un ataque simultáneo a los alamanes.

SINOPSIS DEL DISCURSO

ELOGIO DEL EMPERADOR CONSTANCIO

1. Aunque yo deseaba desde hace tiempo, excelso 1
emperador, cantar tu virtud y tus hazañas y enumerar tus combates y cómo derribaste las tiranías, la una atrayéndote a los pretorianos mediante la palabra y la persuasión[1], la otra imponiéndote con las armas[2], sin embargo, la magnitud de tus hazañas me lo impidió, no porque temiese que tus hechos iban a quedar reducidos por mis palabras, sino por no dar la impresión de haber fracasado totalmente en mi propósito. Pues los que están entrenados en los debates políticos y en la poesía no sorprende que puedan fácilmente emprender
el elogio de tus hazañas: en efecto, el ejercicio de la 2
oratoria y la costumbre de las declamaciones les permite, con razón, mostrarse confiados. Pero cuantos han

---

1 El levantamiento de Vetranio. Cf. parágr. 25.

2 La sublevación de Magnencio. Cf. parágrs. 21 y 27 ss. Constante compartió el poder con su hermano Constancio desde 340 en que el tercer hermano, Constantino, pereció en la batalla de Aquileya. Pero Constante es asesinado en Autun por Magnencio en enero de 350. Vetranio, viejo general de la Panonia, en marzo del mismo año se hace emperador, manipulado, al parecer, por Constancia, hija de Constancio, para frenar los progresos de Magnencio que ya había ocupado Italia. En septiembre de 351 Constancio derrotó a Magnencio en la batalla de Mursa y reconquistó Italia en 352 y Galia en 353, restableciendo la unidad del imperio.

menospreciado una disciplina semejante y se han lanzado a un género diferente de educación y a la composición de discursos no gratos al vulgo ni aptos para exhibir en cualquier tipo de teatro, es natural que tengan más prevención con estas declamaciones[3]. Porque no es desconocido que si a los poetas las Musas y el hecho de parecer inspirados por ellas les proporcio-
b nan la posibilidad de escribir una poesía plena de imaginación, a los oradores les proporciona una libertad equivalente su arte, que, aunque está privado de la imaginación, no prohíbe en absoluto la adulación y no reconoce que es vergonzoso para el orador elogiar en falso a los que no considera dignos de elogio. Pero aquéllos, los poetas, cuando encuentran y presentan alguna nueva leyenda no imaginada por sus predecesores, al conducir el alma de los que escuchan mediante
c lo desconocido son más admirados. Éstos, en cambio, los oradores, afirman que sacan partido de su arte al poder disertar de manera elevada acerca de asuntos pequeños y al rebajar la importancia de los hechos con su palabra y, en resumen, al ser capaces de oponer a la naturaleza de las cosas la de las palabras[4]. Y yo, si me hubiera visto a mí mismo en el presente momento en la necesidad de tal arte, hubiera callado, como
d corresponde a los inexpertos en tales discursos, traspasando la exposición de tus elogios a aquéllos de los que acabo de hablar. Pero, puesto que el presente discurso reclama todo lo contrario, una simple exposición de los hechos que no necesita de ningún adorno extraño, me pareció que me era posible realizarlo, aunque el exponer de forma digna tus hazañas se ha mostrado ya como tarea inabordable para mis predecesores[5]. Pues casi

[3] Juliano opone su propia formación filosófica a la retórica.
[4] Cf. la misma idea en Isócrates, *Paneg.*, 42c.
[5] Cf. introducción a este discurso: discursos I y II de Temistio y LIX de Libanio.

todos los que se ocupan de literatura te cantan en verso
y en prosa[6], y unos, atreviéndose a abarcar todos los he-
chos en resumen, y los otros, tratándolos parcialmente[7], 3
creyeron que era suficiente si no fracasaban en su valo-
ración. Pero merece la pena considerar benévolamente
a todos los hombres que intentaron tu elogio, pues unos,
para que ninguna de tus hazañas fuese oscurecida por
el tiempo, se atrevieron a emprender un enorme esfuer-
zo, y otros, porque temían fracasar en el conjunto,
mostraron su aplicación en algún punto concreto, juz-
gando que era mejor recompensa ofrecerte las primicias
de sus trabajos personales con arreglo a su capacidad
que el silencio sin peligro[8]. Así pues, si yo mismo fuera *b*
uno de los que se complacen en las declamaciones, ne-
cesitaría a partir de este punto comenzar el tema prin-
cipal, pidiéndote una benevolencia igual a la que noso-
tros te profesamos y que seas un oyente benévolo y no
te conviertas en un crítico riguroso e inflexible. Pero,
puesto que al haber sido criados y educados en otro *c*
tipo de estudios, como en otras ocupaciones y leyes,
parece que nos atrevemos a ocuparnos indebidamente
de asuntos que nos son ajenos, me parece que es nece-
sario ver algunas pequeñas cosas acerca de esto, po-
niendo por delante de mi discurso un comienzo más
apropiado.

---

6 Señala Bidez los episodios maravillosos relativos a Constancio que aporta la literatura cristiana y que están recogidos s. v. *Kōnstántios* en el índice de su edición de Filostorgio.

7 Ya vimos en la introducción cómo el primer discurso de Temistio se refiere a la clemencia y el segundo a la filosofía de Constancio, mientras el de Libanio se desentiende de este último aspecto.

8 Expresión tomada del frag. 66 de SIMÓNIDES (ed. Page), recogida por HORACIO, *Od.* III, 2, 25; PLUTARCO, *Reg. et imp. apothegm.*, 207c, y otros varios autores que pueden consultarse en PAGE, *Poetae Melici Graeci*, Oxford, 1962, p. 299.

2. Hay una antigua ley, que procede del primero que mostró a los hombres la filosofía[9], que dice así: que todos, dirigiendo nuestra mirada a la virtud y a lo bello,
d nos dediquemos en nuestras palabras, en nuestras obras, en nuestras relaciones, en una palabra, en todas las cosas grandes y pequeñas de nuestra vida, a alcanzar totalmente lo bello. Y que la virtud es la cosa más bella, ¿qué hombre sensato podría negárnoslo? Así pues, la ley ordena conformarse a ella a los que no lleven vanamente su nombre y no usurpen lo que no les corresponde. Prohibiendo esto, la ley no impone ninguna forma de discursos ni, como desde la máquina
4 del teatro[10], afirma que es necesario proclamar a los espectadores que se apresuren hacia la virtud y huyan de la maldad, sino que, para ello, da la posibilidad de valerse de muchos caminos al que quiera imitar la naturaleza del bien. Pues permite el buen consejo, el uso de exhortaciones, el benévolo reproche de los errores, la alabanza de lo que está bien hecho y la censura, si
b llega el caso, de lo que no está bien, y permite también valerse de otras formas diferentes de discursos, si uno quiere, encaminados hacia lo mejor. Pero eso sí, ordenando, me parece, que en todas sus palabras y obras los oradores recuerden sus responsabilidades y no digan nada que no conduzca hacia la virtud y la filosofía. Esto es, pues, lo que procede de la ley así como otras cosas semejantes. Y nosotros, ¿qué podemos hacer? ¿Nos retraeremos, coaccionados por la apariencia de

[9] Elogiosa expresión, como es habitual en Juliano, referida al neoplatónico Jámblico.

[10] Se refiere al uso de ciertas grúas, que se desarrollaron ya en el teatro del siglo v a. C., sobre todo en la tragedia, y que sirvieron especialmente para representar en lo alto de la escena apariciones de divinidades. Este procedimiento, conocido como «deus ex machina», fue utilizado con mayor frecuencia por Eurípides.

hacer un elogio para agradar, puesto que ya el género del elogio se ha hecho terriblemente sospechoso a causa de los que no lo utilizan rectamente, y es considerado c
como una innoble adulación y no como un auténtico testimonio de las mejores obras, o bien está claro que, teniendo fe en la virtud del elogiado, nos entregaremos con valor a su elogio?

3. Pues bien, ¿cuál será el comienzo y el orden más bello del discurso? ¿No es evidente que la virtud de tus antepasados, por la cual te ha sido posible hacerte como eres? A continuación creo que conviene recordar tu crianza y educación que, sobre todo, te ha conducido d
a tu presente virtud y, después de todo esto, como señales de las virtudes de tu alma, relatar tus hazañas y poner fin al discurso mostrando tus dones, gracias a los cuales pensaste e hiciste tus más bellas acciones. De esta manera creo que mi discurso será diferente de todos los demás[11], pues ellos se detienen sobre las hazañas, creyendo que es suficiente recordarlas para lograr un 5
elogio perfecto, mientras que yo creo que es necesario dedicar la mayor parte del discurso a tus virtudes, gracias a las cuales has llegado a tal grado de prosperidad. Porque la mayor parte de tus éxitos, por no decir todos, la fortuna, los pretorianos, las falanges de soldados, las filas de caballeros y de infantes han contribuido a lograrlos, en tanto que las obras de la virtud son sólo del que las hace y su elogio, al ser auténtico, es adecuado al b
que posee la virtud. Por ello, ya que hemos definido esto con claridad, comienzo el discurso.

4. Las normas del panegírico consideran que hay que recordar la patria no menos que los antepasados. Pero

11. En realidad la división que propone Juliano se ajusta perfectamente a las reglas del panegírico habituales.

yo no sé, para empezar, cuál debe ser considerada tu patria, pues muchísimos pueblos, ya desde hace tiempo, se la disputan. Incluso la ciudad que reina sobre todas,
c la que es tu madre y nodriza y te proporcionó, por fortuna, la soberanía, afirma que esta distinguida recompensa es suya; y no porque se valga de los derechos comunes para todos los emperadores —quiero decir que, aunque procedan de otro lugar, simplemente por el hecho de participar todos de la ciudadanía y de utilizar las costumbres y las leyes que desde allí se nos muestran, son ciudadanos—, no, sino porque dio a luz a tu madre y la crio de forma regia y adecuada a los
d que habrían de ser sus descendientes[12]. Y la ciudad del Bósforo[13], portadora del nombre del linaje entero de Constancio, no afirma ser tu patria, pero sí reconoce haber nacido por obra de tu padre, y creerá que es maltratada si alguno, en su discurso, le privase de este parentesco. Pero los ilirios, porque entre ellos has nacido[14], no aceptarán verse privados de su más bella fortuna si alguien considerase a otra ciudad tu patria. Y yo
6 mismo escucho que algunos de los pueblos de Oriente dicen que no obramos bien al arrebatarles la fama a ti debida, pues afirman que enviaron a tu abuela en matrimonio al padre de tu madre[15]. Y casi todos los restantes pueblos, aduciendo motivos más o menos importantes, han pensado adoptarte totalmente. Tenga, pues, la recompensa la ciudad que tú quieres y a la que, a menudo, elogiándola, has llamado madre y maestra de

---

12 Es decir, que en Roma nació Fausta, al parecer madre de Constancio e hija de Maximiliano Hércules y Eutropia. Cf., sin embargo, Zósimo, II, XXXIX, 1.

13 Constantinopla.

14 Constancio nació en Sirmium, en Iliria.

15 Eutropia procedía de Siria, según Aurelio Víctor, 40, 12, y el *Anónimo Valesiano*, 4, 12.

virtudes[16], y las restantes de acuerdo con el mérito que *b* les corresponda. Yo deseo elogiarlas a todas, puesto que son dignas de consideración y de honra, pero dudo de que ello, por su magnitud, aunque parezca suficientemente a propósito del presente discurso, no se muestre ajeno a la ocasión. Creo, por tanto, que de las demás ciudades pasaré por alto los elogios, a causa de lo dicho; pero a Roma, a la que has elogiado tú mismo de forma concisa y certera llamándola maestra de virtudes, al otorgarle el más bello elogio, le privas de aquellos que *c* podrían venir de otras personas. Pues, ¿qué otra cosa diremos nosotros de ella que pueda compararse? ¿Qué puede decir algún otro? Así que creo que, en mi natural veneración hacia la ciudad, el mejor medio de honrarla es ceder ante tus elogios a ella.

5. Sin embargo, sobre la nobleza de tu linaje quizá sea conveniente disertar con brevedad en la presente ocasión. Y también en este punto me parece que no sé muy bien por dónde empezar. Pues tus antepasados, abuelos y padres, hermanos y primos y familiares en *d* general, reyes fueron todos, bien por haberse hecho ellos mismos legítimamente con el poder, bien por haberlo recibido de los que mandaban. ¿Y para qué vamos a hablar de cosas antiguas, recordando a Claudio[17] y

16 Roma.

17 Claudio II el Gótico (268-270), fundador de la dinastía iliria (268-305) cuyo último representante fue Diocleciano, se presenta como primer eslabón de la dinastía solar de Constancio Cloro (cf. *Himno a Helios rey,* 131c). Naturalmente, los hechos difieren algo de como se presentan aquí: la forma «santa y justa» en que se hizo con el poder fue una conspiración militar junto a Auréolo y Aureliano que acabó con el emperador Galieno (268). En efecto, vence a los godos en Naiso (269), pero no puede evitar que la reina Zenobia de Egipto ocupe Antioquía y el resto de Egipto, excepto Alejandría, lo que es silenciado. Morirá, víctima de la peste, en Sirmium al reanudar su campaña danubiana. Cf. *Césa-*

proporcionando evidencias y pruebas por todos conocidas de su valor, acordándonos de las luchas que sostuvo contra los bárbaros que habitan al otro lado del Istro y de cómo llegó al poder de una manera tan santa como
7 justa, de la simplicidad de su vida en el trono y de su falta de afectación en el vestir tal y como puede verse aún en sus estatuas? Lo referente a tus abuelos[18] es más reciente que esto, pero no menos brillante. Pues ambos participaron del poder, al ser considerados dignos los dos por su virtud, y, una vez puestos al frente de los asuntos públicos, obraron tan de acuerdo el uno con el otro y tan fielmente hacia quien les había transmitido el mando[19], que éste reconocía que ninguna otra
b medida había tomado nunca mejor, aunque había encontrado otras muchas medidas saludables para los asuntos públicos, y cada uno de ellos prefería para sí este poder compartido más que el poder absoluto, si hubiera sido posible. Estando así los ánimos, realizaron las más bellas gestas, venerando, después de la naturaleza suprema, a aquel que les había conferido el poder, y tratando a sus subordinados de manera piadosa y humanitaria; y no sólo expulsaron a los bárbaros que habitaban y disfrutaban de nuestras tierras sin temor,
c como si de la propia se tratase, sino que, además, construyeron fuertes y establecieron para sus súbditos

res, 313c ss.: «al verle, todos los dioses admiraron su grandeza de alma y acordaron el imperio a su descendencia, juzgando que era justo que la descendencia de un hombre tan patriota mandara largo tiempo».

18 Constancio Cloro y Maximiano Hércules.

19 Diocleciano confió el mando de Galia a Maximiano (César en 286 y Augusto en 287, aunque no era exactamente su colega). En 293 Diocleciano nombró César a Galerio, y Maximiano a Constancio Cloro, que había sido su prefecto de pretorio y era seguramente también ilirio como Maximiano. En 296 Constancio Cloro reconquistó Bretaña y obtuvo grandes victorias sobre los alamanes.

una paz tal que ni suplicarla parecía fácil entonces. Pero sobre estos hechos no es digno hablar de pasada. Sobre la concordia que reinaba entre ellos no sería razonable pasar por alto la mayor prueba, sobre todo porque atañe a mi discurso. Porque, pensando en la más hermosa unión para sus hijos, ajustaron el matrimonio d
de tus padres[20]. Creo que también conviene hablar brevemente de éstos para que no parezcas el heredero solamente de su poder, sino también de su virtud.

6. ¿Pero es necesario demorarse ahora sobre cómo tu padre, después de la muerte de su padre[21], ascendió al trono por su designación y por el voto de todo el ejército? Y en cuanto a su fortaleza frente al enemigo, cualquiera la conocería mejor por sus hazañas que por los discursos, pues recorrió toda la tierra habitada limpiándola de gobiernos ilegítimos y no de monarquías 8
legítimas[22]. Y tan grande fue su benevolencia para sus súbditos que sus soldados, acordándose aún de su magnanimidad en los regalos y en los favores, le rinden culto venerándole como a un dios[23]; y el pueblo de las

20 Fausta, hija de Maximiano, casó con Constantino, hijo de Constancio Cloro. Maximiano y Diocleciano abdicaron el 1 de mayo de 305, pasando a Augustos Galerio y Constancio Cloro y nombrando Césares a Severo en Occidente y a Maximino Daya en Oriente, dejando deliberadamente a un lado a Majencio, hijo de Maximiano, y a Constantino, bastardo de Constancio, lo que fue la causa de sus inmediatos enfrentamientos.

21 Constancio Cloro murió el 25 de julio de 306.

22 Coaligado con Licinio, Constantino derrota a Majencio en el puente Milvio el 28 de octubre de 312. A partir de 320 se acentúan sus discrepancias con Licinio, que será vencido en 324, quedando Constantino, hasta su muerte, como único dueño del imperio.

23 La dinastía constantiniana pretendía descender de Claudio II, cuyo supuesto antepasado era el Sol. Pese a su conversión, Constantino no abandonó totalmente su carácter de jefe sagrado.

ciudades y de los campos, no tanto deseando verse libres
b de la dureza de la tiranía cuanto ser gobernados por tu
padre, hacía votos por su victoria sobre aquéllos. Y una
vez que se hizo amo de todo, en vista de que reinaba
una gran indigencia por la insaciabilidad del anterior
monarca[24], como en un período de sequía, mientras que
las cámaras secretas de palacio estaban rebosantes de
dinero, quitando los cerrojos, inundó de golpe todo de
riqueza, y construyó, en menos de diez años[25], la ciudad
que lleva su nombre, más grande que todas las demás
cuanto parece inferior a Roma, y creo que es mucho
c mejor que esté en segundo lugar, después de Roma, a
que sea considerada como la primera de todas las de-
más. Quizá también sea adecuado recordar aquí a la
gloriosa Atenas, a la que a lo largo de su vida honró
continuamente de palabra y de obra. Pues, siendo em-
perador y señor del universo, tenía a gala ser llamado
general de aquella ciudad, y se alegró muchísimo más
con una estatua que se le erigió con una inscripción
conmemorativa, que si se le hubieran dispensado los
más grandes honores. Y para agradecérselo a la ciudad
d distribuyó varias veces al año, como regalo, una enorme
cantidad de medimnos de trigo, con los que la ciudad
disfrutó de abundancia y él recibió los elogios y honores
de los mejores ciudadanos.

7. De las numerosas y bellas obras hechas por tu
padre que he recordado y de cuantas paso por alto para
no extenderme, de todas ellas yo diría que la mejor, y
9 creo que todos los demás estarán de acuerdo, ha sido

---

24 Sobre la avaricia de Licinio, cf. Eusebio, *Vida de Const.*, I, 55, y Aurelio Víctor, 41, 3.

25 Las obras de Constantinopla, colindante con la antigua Bizancio, comenzaron poco después de la victoria sobre Licinio, en 324, y la nueva ciudad fue oficialmente inaugurada el 11 de mayo de 330.

tu nacimiento, tu crianza y tu educación. Con ello hizo que los demás disfrutasen del mejor gobierno, no en un corto período de tiempo, sino en el más largo posible, pues parece que es aquél quien está gobernando todavía. Ni siquiera Ciro pudo hacer esto, pues, cuando murió, su hijo fue considerado tan inferior que a él se le llamaba padre mientras su hijo fue llamado déspota[26]. En cambio, sé muy bien que tú eres más dulce que tu padre y mejor en otras muchas cualidades, y lo demos- *b*
traré en el momento adecuado del discurso. Pero creo que este mérito hay que atribuírselo también a aquél, pues él fue quien te dio esa educación superior de la que ya voy a intentar hablar, una vez que lo haya hecho de tu madre y de tus hermanos. En efecto, tu madre poseía tanta nobleza de espíritu, tanta belleza corporal y tantas clases de virtudes cuantas no sería fácil hallar en otra mujer. Conozco, desde luego, entre los persas la historia de Parisátide[27], que fue ella sola hermana, madre, esposa *c*
e hija de rey, pero era hermana consanguínea de su esposo —la ley concedía a un persa casarse con su hermana—, mientras que tu madre, conservando, de acuerdo con nuestras leyes, limpios y puros sus parentescos, fue hija de un emperador, esposa de otro, hermana de otro y madre no de uno solo, sino de varios emperadores[28]. De ellos, uno apoyó a tu padre en la guerra contra los *d*
tiranos[29], otro se impuso con sus armas y nos brindó

---

26 Cambises: el juicio es de HERÓDOTO, III, 89.

27 Hermana y esposa de Darío II Nothus, madre de Artajerjes II y Ciro el Joven, hija de Artajerjes I.

28 Fausta fue hija de Maximiano, esposa de Constantino, hermana de Majencio, madre de Constancio y Constante probablemente.

29 Bidez señala que sólo puede tratarse de Crispo, que ayudó a Constantino contra Licinio, pero que, sin embargo, era hijo de Minervina.

una firme paz con los getas[30], y otro[31] hizo nuestro país
inabordable para los enemigos combatiendo en persona
a menudo contra aquéllos, hasta que se sublevaron los
que, poco después, pagarían el castigo de sus crímenes.
Y con tantas brillantes hazañas, a las que podría añadir-
se con justicia el elogio de la abundancia de sus bienes
de fortuna, no hay un hecho por el que pudiera consi-
derárseles más desventurados que el de ser descendien-
tes e hijos de semejantes hombres. Pero para no gastar,
al extenderme más sobre ellos, el tiempo oportuno del
discurso debido a tus propios elogios, intentaré mostrar
que tú eres digno de ellos, o, mejor dicho, si hay que
hablar sin rodeos, demostraré que tú eres mucho más
venerable que tus antepasados. Los oráculos, las pro-
b fecías, las visiones de los sueños y demás cosas que es
costumbre repetir acerca de los hombres que llevaron
a cabo acciones tan brillantes y notorias como Ciro, el
fundador de nuestra ciudad[32], Alejandro el hijo de Fili-
po y cualquier otro semejante, voluntariamente los dejo
a un lado. Pues parece que estas cosas no están muy
lejos de la licencia poética. También sería ingenuo ha-
blar de lo brillantes y regios que fueron los hechos que
acompañaron tu nacimiento[33]. Pero puesto que se ha
presentado la ocasión de recordar tu educación infantil,

---

30 Constantino II (circa 317-340), que, al parecer, tampoco era hijo de Fausta. Obtuvo en el reparto del imperio Britania, Galia e Hispania. En 340 fue derrotado y muerto por su hermano Constante en la batalla de Aquileya.

31 Constante (circa 323-350). Obtuvo en el reparto del imperio Italia, Africa e Iliria. En 340 quedó dueño de toda la parte occidental y en 350 fue derrotado por Magnencio y muerto por un oficial suyo.

32 Rómulo.

33 Cf. LIBANIO, LIX, 23 ss., que también menciona a Ciro y Alejandro sobre el mismo tema. Se trata de lugares comunes del panegírico tal y como muestra MENANDRO, *Rhet. gr.*, III, pp. 371, 5 ss.

tú necesitabas sin duda una educación regia que ejerci- c
tara tu cuerpo en el vigor, en la fuerza, en la buena
salud y en la belleza, y que preparase cuidadosamente
tu alma para la fortaleza, la justicia, la templanza y la
prudencia. Y esto no es fácil de conseguir con una vida
relajada que reblandece, como es lógico, las almas y los
cuerpos y debilita la decisión ante los peligros y los
cuerpos ante las fatigas. Así pues, para uno, para el d
cuerpo, necesitabas el ejercicio físico, y en cambio em-
bellecías tu alma con el ejercicio de la literatura. Es
conveniente hablar de ambos con más detenimiento,
puesto que fueron la base de tus hazañas posteriores.

8. Así, los ejercicios físicos que practicaste no fueron
los apropiados para un concurso público: no le conviene
en absoluto reclamar la fortaleza afamada de los que
pasan el día en la palestra a un rey que va a participar
en combates auténticos, que necesita muy poco sueño 11
y alimento no abundante y cuya cantidad y calidad no
puede fijarse, ni tampoco el momento en que debe ser-
vírsele, sino cuando buenamente sea y lo permitan los
asuntos. Por ello pensaste que para conseguirlo era
necesario realizar ejercicios físicos, pero que fueran
diversos y típicamente militares, como la danza y la ca-
rrera armado y la equitación, en todos los cuales has b
perseverado desde el principio practicándolos convenien-
temente, y en cada uno de ellos has triunfado como
ninguno de los restantes hoplitas. Porque de aquéllos, el
que es buen infante ignora la equitación, y el que sabe
manejar los caballos teme marchar al combate a pie.
Sólo a ti te es posible aparecer como el mejor de los
caballeros cuando marchas entre ellos y, cuando te
transformas en hoplita, superas a todos en fuerza, ve-
locidad y ligereza al andar. Y, para que tus ocios no c

fueran indolentes ni se desarrollaran sin armas, te ejercitaste en el tiro con arco[34].

9. Tu cuerpo lo preparabas mediante trabajos voluntarios para que soportase los obligados, mientras que las ocupaciones literarias y los estudios propios de tu edad conducían tu alma[35]. Pero para que no fuera completa-
d mente inexperta ni escuchase discursos, a manera de cantos y leyendas, en defensa de la virtud, en tanto que permanecía todo este tiempo sin ocuparse de hazañas y hechos gloriosos, lo mismo que el noble Platón[36] considera que hay que dar a los niños una especie de alas y, haciéndoles subir al caballo, conducirles a la batalla para que sean espectadores de aquello en lo que, a no mucho tardar, han de ser protagonistas, es muy probable que, pensando así, tu padre te hiciera guardián y
12 rey de los pueblos celtas, siendo todavía muy joven, más bien casi un niño por tu corta edad, porque sabía que eras capaz de competir en inteligencia y fuerza con los hombres más distinguidos[37]. Para que tu experiencia bélica estuviese desprovista de peligro tu padre se comportó con habilidad, asegurando la paz entre sus súbditos y los bárbaros e induciendo a estos últimos a
b luchar y sublevarse entre sí, y en las desgracias y en los cuerpos de aquéllos te enseñó el arte militar, deliberan-

---

[34] Según AMIANO, XXI, 16, 6 ss., y LIBANIO, LIX, 122 ss., no parece que haya que ver en estas líneas un elogio vacío de Juliano, sino, al contrario, basado en la realidad.

[35] AMIANO, XXI, 16, 4: «afectaba un gran amor por el estudio, pero tras abandonar la retórica por la incapacidad de su inteligencia, se pasó a hacer versos, aunque no hizo nada digno de valor». EUSEBIO, *Vida de Const.*, IV, 51, señala que Constantino puso a los más expertos maestros para la formación de sus hijos, hecho del que solía jactarse Constancio.

[36] Cf. *República*, 467d ss. y 537a.

[37] En 332 Constancio, que tenía unos quince años, sustituyó a Constantino II en la Galia.

do una forma más segura que el sabio Platón. Pues, según éste, si la infantería enemiga avanza, los niños podrían ser espectadores y copartícipes de las hazañas de sus padres, si fuera necesario. Pero si el enemigo resulta vencedor con su caballería, es el momento de ingeniar para los jóvenes una forma de salvación difícil de imaginar. Sin embargo, el acostumbrar a los niños a aguantar al enemigo, mediante peligros ajenos, parece *c* que está pensando de forma suficiente con vistas a la necesidad y a su seguridad. De esta manera, sin duda, ejercitaste tu valor. De la prudencia, en cambio, la naturaleza que te ha tocado en suerte fue guía suficiente. Creo que los mejores ciudadanos también te enseñaron en los asuntos públicos, y los encuentros con los jefes bárbaros de esta región te proporcionaron experiencia de los usos, leyes y costumbres extranjeras. Así Ho- *d* mero, intentando mostrar claramente que el prudente Ulises era muy ingenioso, afirma que conoció el pensamiento de muchos hombres y visitó sus ciudades [38] para que, escogiendo de todos, tuviera lo mejor y fuera capaz de conversar con hombres de todas clases. Y eso que éste no necesitaba la experiencia de variadas costumbres para gobernar sobre sus súbditos [39], mientras que
el que es educado para un poder tan grande no debe ser 13
enseñado en una casita ni, como Ciro, jugar a los reyes imitando y tratando los asuntos con los de su edad, según dicen que hacía aquél [40], sino que debe conversar con naciones y con pueblos y ordenar a las filas de soldados lo que hay que hacer; en resumen, no olvidar nada de lo que es preciso que, cuando sea hombre, haga sin temor. Así pues, ya que esto lo aprendiste bien entre

[38] Paráfrasis del comienzo de la *Odisea*.

[39] Hay aquí una leve alteración del texto que no afecta a su sentido. Seguimos la corrección de Bidez.

[40] Cf. Jenofonte, *Cirop.*, I, 3, 16 ss., y Heródoto, I, 114.

b los celtas, te trasladaste al otro continente y te enfrentaste solo a las naciones de los partos y de los medos[41]. La guerra ya estaba prendiendo y no mucho después iba a avivarse y, reconociendo rápidamente la forma de ésta, imitaste el vigor de sus armas y acostumbraste tu cuerpo a resistir la estación del verano. Me he enterado de que, de todos los griegos, sólo Alcibíades[42] tenía tan buena naturaleza como para soportar los cambios, de modo que podía imitar la fortaleza de los lacedemonios,
c cuando él mismo se pasó a los espartanos, y después a los tebanos y a los tracios y, finalmente, al lujo de los persas. Pero Alcibíades, cambiando al mismo mismo tiempo de país y de costumbres, lleno de grandes dificultades, estaba a punto de perder totalmente su carácter patrio, mientras que tú creíste que era necesario soportar por doquier un tipo de vida duro, acostumbrando el cuerpo a los cambios mediante las fatigas, y
d soportaste más fácilmente el cambio de los galos a los partos que los ricos que cambian de casa según las estaciones lo harían, obligados fuera del momento oportuno. Y me parece que la benevolencia divina, deseando preparar desde el principio tu virtud para el gobierno del universo, te ha llevado en torno y te ha mostrado las fronteras y límites de todo tu dominio, la naturaleza y extensión de sus regiones, la fuerza de sus pueblos, la abundancia de sus ciudades, la naturaleza de sus habitantes y, lo más importante, el gran número de proble-
14 mas de los que no puede apartarse quien ha sido educado para un poder tan grande.

---

41 Constancio fue enviado a Oriente hacia 336. Cf. Filostorgio, III, pp. 29, 13 ss.

42 Tanto Alcibíades, como anteriormente Ciro, son personajes históricos típicos recomendados por los tratados de retórica para la comparación en los elogios a emperadores. Las líneas siguientes son una paráfrasis de Plut., *Alcib.*, 23 ss. Cf. también Nepote, *Alcib.*, 11, 2, ss.

10. Pero por poco me olvido de decir lo más importante, que, enseñado desde niño a mandar sobre todos éstos, aprendiste mejor a obedecer colocándote a ti mismo bajo el mando mejor y más justo de todos según la naturaleza y según la ley: pues obedeciste a quien era a un tiempo tu padre y tu emperador, al que cualquiera de ambos títulos le permitía mandarte. Y así, ¿quién podría encontrar en el pasado una educación e *b* instrucción regia mejor que ésta? Pues ni siquiera los lacedemonios, de entre los griegos, que parece que tomaron el mejor gobierno de los reyes, educaron así a los Heraclidas, ni, de entre los bárbaros, los cartagineses, regidos por una monarquía superior, dedicaban su mayor cuidado a quien les gobernaba, sino que para todos eran comunes la práctica de la virtud y las enseñanzas prescritas por las leyes, considerados como hermanos los ciudadanos, para los que iban a mandar y a *c* obedecer, y ninguna diferencia existía en materia de educación entre los gobernantes y los demás. Y, sin embargo, ¿cómo no sería una simpleza pedir a los gobernantes un grado insuperable de virtud sin prever, en cambio, ningún medio para que fueran superiores a la multitud? Y entre todos los bárbaros, que poseen un poder común, podrías encontrar una explicación al hecho de que la configuración de su carácter sea semejante. Pero que Licurgo, que preservó una monarquía in- *d* quebrantable para los descendientes de Heracles, no haya encontrado ninguna forma superior en el adiestramiento de los jóvenes, es algo que podría reprochársele con toda lógica. Porque ni aunque creyese que era necesario que todos los lacedemonios fuesen atletas y criados en la virtud, ni aun así tenía que haber adjudicado la misma crianza y educación a los particulares que a los gobernantes. Pues una comunidad así, introducida poco a poco, engendra en las almas el desprecio

por los superiores[43]. Pero tampoco hay que considerar superiores a los que no participan en los primeros puestos por su virtud. Creo que fue esto lo que provocó que, a menudo, los espartanos fueran gobernados con bastantes dificultades por sus reyes. Como prueba evidente de mis palabras podría valer la envidia de Lisandro contra Agesilao[44] y otros muchos casos, cuando se busca entre los hechos de estos hombres. Y sin embargo su
b constitución prepara suficientemente para la virtud, aunque no otorgue a los gobernantes una educación superior a la del pueblo, pero al menos proporciona a sus hombres el ser honrados ciudadanos. En cambio, de los cartagineses ni siquiera la comunidad de costumbres es digna de elogio, porque los padres, expulsando de sus casas a sus hijos, les ordenan valerse por sí mismos mediante las fatigas producidas por la necesidad, prohibiéndoles hacer nada que sea considerado vergonzoso.
c Pero esto no significaba arrancar las pasiones de los jóvenes, sino ordenar que lo hicieran intentando ocultarlo. No sólo el lujo es por naturaleza capaz de destruir un carácter, sino también una vida privada de lo necesario en la que, cuando la razón no es todavía capaz de juzgar, sigue a las necesidades convencida por el deseo y, además, aunque no fuese vencida por este sentimien-
d to, acostumbrada desde niño a la ganancia y traficando en cambios y comercios, los unos personalmente ingeniados y los otros aprendidos de los expertos, sobre los que no ya hablar, sino ni siquiera escuchar es propio de un niño libre, añadían más manchas al alma, de todas

43 Bidez hace notar, con razón, que precisamente Juliano usó de una gran familiaridad en el trato con las personas que le rodeaban y, cabe añadir, que en todo su comportamiento político rechazó las maneras majestuosas de la dinastía constantiniana.
44 Cf. Plutarco, *Lisandro*, 24.

las cuales debe estar limpio también el ciudadano honrado y no sólo el rey y el general[45].

11. Pero no es a aquéllos a quien me corresponde juzgar en el momento presente. Me limitaré a mostrar
la superioridad de tu educación, gracias a la cual sobre- 16
saliste en belleza, fuerza, justicia y templanza, logrando una buena disposición física por medio de los trabajos, poseyendo la templanza por medio de las leyes y utilizando un cuerpo más fuerte gracias a la fortaleza de tu alma y, a su vez, un alma más justa gracias al vigor de tu cuerpo; algunas de estas virtudes crecieron a partir de tu propia naturaleza, y otras las ayudaste desde fuera merced a tus cuidados. De nada necesitado, pro-
curaste lo necesario a los demás y regalaste grandes *b*
regalos en tal cantidad que bastaban a quienes los recibían para aparecer semejantes al rey lidio[46]; disfrutaste tú mismo de tus bienes disponibles menos que el más templado de los espartanos, mientras que proporcionaste a otros los medios de una vida lujosa presentándote así a ti mismo como modelo a imitar para los que quisieran vivir moderadamente; mandaste a los demás con dulzura y humanidad y, por tu parte, obe-
deciste a tu padre con prudencia, pasando todo este *c*
tiempo como uno más de sus súbditos. Así fue como transcurrió tu infancia y juventud, aparte de otras muchas cosas, de las que hablar ahora sería demasiado largo para esta ocasión.

---

[45] Platón también prohibía a las clases superiores el ejercicio del comercio y otras actividades, al estilo de la legislación espartana.

[46] Creso. Parece una ironía de Juliano hacia Constancio que llegó a reglamentarle hasta las comidas durante su estancia en Galia.

12. Cuando llegaste al vigor de tu juventud y la divinidad proporcionó a tu padre un felicísimo fin[47], honraste su tumba no sólo con la abundancia y belleza de las ofrendas, devolviéndole el agradecimiento de tu nacimiento y educación, sino sobre todo por el hecho de
d que fuiste el único de todos sus hijos que te lanzaste a su lado cuando todavía vivía y estaba agobiado por la enfermedad y, al morir, le rendiste las mayores honras, con cuyo recuerdo es suficiente[48]. En efecto, nos reclaman las hazañas que recuerdan tu fuerza, la elevación de tu alma, tu prudencia y tu justicia, en las que te mostraste sin rival e insuperable. Con justicia y moderación te comportaste con tus hermanos, ciudadanos,
17 amigos de tu padre y con tus ejércitos —excepto si en alguna ocasión, obligado por las circunstancias, no pudiste impedir que otros se equivocaran contra tu voluntad[49]—, y, respecto a los enemigos, con valentía y magnanimidad, de acuerdo con la fama de tu linaje. Todo el tiempo conviviste en concordia con ellos, guardaste sin revoluciones la ciudad y cuidaste siempre de los
b hermanos que compartían el poder[50], hiciste a tus amigos partícipes de una misma ayuda y franqueza y les concediste con generosidad, junto con otros bienes, lo que tú poseías y aquello de que cada uno parecía estar falto. Estas mismas personas podrían, naturalmente,

---

[47] Constantino murió en su villa de Acyron, cerca de Nicomedia, durante las fiestas de Pentecostés del año 337.

[48] Sobre las honras fúnebres que se le tributaron, cf. EUSEBIO, *Vida Const.*, IV, 70, y FILOSTORGIO, pp. 210, 6 ss.

[49] Atrevida alusión, sin duda, en un panegírico dedicado a un emperador. Aunque Juliano reprochará posteriormente a la camarilla de Constancio sus múltiples crímenes, en la carta a los atenienses no dejará de acusar directamente al propio emperador.

[50] En su discurso *Contra el cínico Heraclio*, 228a, Juliano pondrá de relieve el ansia de poder de los tres hermanos que les impulsó a la matanza de su familia.

valer como testigos y, respecto a los que se vieron privados de relación con ellos, los hechos bastan para mostrar la línea de tu vida entera.

13. Y ya tenemos que pasar a hablar de tus hazañas, dejando para después el discurso sobre tus cualidades. c
Los persas, que dominaban de antiguo toda el Asia y habían sometido la mayor parte de Europa y confiaban abrazar poco menos que la tierra entera habitada, una vez que se vieron privados de su imperio por los macedonios y convertidos en el objeto de la expedición de Alejandro, mejor dicho, en su juguete, soportando mal la esclavitud, cuando se enteraron de que aquél había muerto, sublevándose contra sus sucesores, levantaron nuevamente una fuerza capaz de enfrentarse a los macedonios, y a nosotros, que nos apoderamos del resto d
del imperio de los macedonios, continuamente se nos muestran como enemigos terribles. ¿Y para qué vamos a recordar aquí a los antiguos, a Antonio y a Craso[51], generales dictadores, y cómo hemos borrado mediante largos peligros su vergüenza tras reparar sus errores muchos y sabios emperadores? ¿Y para qué acordarse de los desastres posteriores y de las hazañas de Caro[52], que fue elegido comandante en jefe tras esas derrotas? 18

---

51 Craso, en la primera guerra contra los partos que habían empezado a levantar el antiguo imperio persa, fue traicionado por unos guías árabes y sufrió una gran derrota en Carras el 53 a. C., siendo muerto durante las negociaciones con el rey parto Orodes II (57-37 a. C.) que fundó la nueva capital, Ctesifonte. Cf. PLUT., *Craso,* 16 ss. En el 36 a. C. Antonio dirigió una enorme expedición contra los partos que concluyó con una desastrosa retirada: cf. PLUT., *Antonio,* 37 ss.

52 El emperador Valeriano en junio de 260 fue derrotado y hecho prisionero por Sapor I, que llegó incluso a ocupar Antioquía y Tarso. Caro, emperador en 282-3, murió en Mesopotamia durante su expedición en la que invadió Persia y tomó Ctesifonte, asesinado quizá por la traición del prefecto del pretorio Aper.

Entre los que impusieron a los persas una paz admirable y por todos deseada, entre los antecesores de tu padre, ¿no hubo un César que, lanzándose él sólo, fue vergonzosamente rechazado? [53]. Pero el dueño del mundo entero, dirigiendo allí su atención y las fuerzas de todo su imperio, tomó por anticipado las vías de penetración con sus ejércitos y con levas de hoplitas experimenta-
b dos y recién reclutados y con todo tipo de preparativos. Sorprendidos los persas, a duras penas abrazaron la paz que, no sé cómo, en vida de tu padre desecharon y turbaron y, aunque escaparon a su castigo porque murió en los preparativos para la guerra [54], sin embargo a ti te tocó más tarde hacer justicia a sus osadías.

14. Puesto que ya tocaré a menudo los combates que llevaste a cabo contra los persas, quiero ahora llamar la

---

[53] Galerio, César desde 293, recibió en 297 el encargo de Diocleciano de dirigir la guerra contra los persas. Fue derrotado en Calinice y Carras, pero después consiguió restablecerse y llevar la frontera hasta Kabur, máximo límite oriental conseguido por el imperio, obligando a los persas a firmar la paz de Nísibe en 298, por la que cedían las satrapías transtigritanas y parte de Armenia. El mérito de esta victoria lo atribuye Juliano, injustamente, a Diocleciano. Seguramente no lo hubiera hecho después de sus rencillas con Constancio sobre los honores de la batalla de Estrasburgo. Quizá esté obligado por las diferencias posteriores de Galerio y Constantino, a quien sólo ofrecía el título de *filius Augustorum*, conservándose el propio Galerio como Augusto de Oriente desde el 1 de mayo de 305, o por su política de oposición al cristianismo que no podía ser bien vista por Constancio.

[54] La guerra empezó en 336 y en malas condiciones para el ejército romano, cuando Constantino murió. Obsérvese la amplia documentación de Juliano sobre el problema persa a lo largo de la historia romana, añadiendo los datos que más adelante se refieren de la época del propio Constancio, y resultará difícil admitir, con crítico tan solvente como Piganiol, que tal problema no existía realmente y fue sólo un empeño personal de Juliano el que provocó su fatal expedición.

atención a los que me escuchan sobre el hecho de que,
siendo el dueño de la tercera parte del imperio, que no c
parecía tener ninguna fuerza para la guerra, sin armas, sin tropas, sin nada de lo que era necesario que fluyera abundantemente para una guerra semejante, y, además, sin que ninguno de tus hermanos te aligerase la guerra por los motivos que fueran —y no hay ningún calumniador tan desvergonzado ni tan envidioso que no afirme que tú hiciste lo posible por mantener la concordia con
ellos—, y siendo, creo yo, la guerra difícil por sí misma, d
la complicó más todavía la rebelión de las tropas, gritando que echaban de menos a su antiguo jefe y queriendo mandar sobre vosotros, y otros mil sucesos increíbles y difíciles que surgieron por todas partes e hicieron que las esperanzas sobre la guerra fueran muy inciertas. Los armenios, antiguos aliados, están divididos
y una parte no pequeña se ha unido a los persas. Los 19
árabes, bárbaros vecinos de Siria, devastan nuestra frontera con sus pillajes y lo que, en aquellas circunstancias, parecía la única salvación, que tú fueras el amo y deliberaras sobre la situación, hasta entonces no lo tenías, a causa de los tratados con tus hermanos en Panonia, que, con tu presencia, dispusiste de tal forma que no les quedó ningún motivo de queja[55]. Por poco olvidaba esta primera de tus gestas, que parece la más bella de todas o, al menos, tan admirable como las más bellas.
Pues deliberando sobre asuntos tan importantes, el no b
creerte disminuido aunque voluntariamente concedieras a tus hermanos poseer la mayor parte del imperio, sería la mejor prueba de tu moderación y magnanimidad. Si uno repartiese entre sus hermanos una hacienda pa-

---

[55] En Vinimacium se repartió el imperio entre los tres hermanos, correspondiéndole a Constancio Asia, Egipto y, tras la muerte de Constantino II en 340, los Balcanes con la capital Constantinopla. Cf. notas 29 y 30 a este mismo discurso.

terna de cien talentos o, si quieres, del doble, y, teniendo cincuenta minas menos, se conformara anteponiendo a un poco de dinero la concordia con sus hermanos, pare-
c cería digno de elogio y de honra por mostrarse por encima del dinero, sensato por naturaleza y, para decirlo en una palabra, un hombre honrado. ¿Y el que deliberando sobre el imperio universal parece hacerlo de forma tan magnánima y sensata que no añade una aflicción mayor a su cuidado y voluntariamente deja parte de sus rentas imperiales en pro de la concordia y de la paz de todos los romanos entre sí, de cuántos elogios se le juzgaría digno? No se puede decir aquí aquello de
d bella acción pero inútil, porque me parece que no hay nada útil que no sea al tiempo bello. En resumen, si alguno cree evaluar en sí mismo lo útil, júzguelo sin mirar el dinero ni contar las rentas de sus tierras, lo mismo que los viejos avaros que son sacados a escena por los poetas cómicos, sino mirando la grandeza y dignidad del imperio. Pues si hubiera pleiteado por las
20 fronteras manteniéndose disgustado, hubiera mandado solamente sobre los territorios que le tocaron en suerte, aunque le hubieran correspondido más. En cambio, desdeñando y despreciando lo pequeño, gobernó toda la tierra junto con sus hermanos, se preocupó del lote que le tocó en suerte y disfrutó de una honra completa, participando en menor grado de los trabajos que la misma exige.

15. Pero ya habrá otra ocasión de mostrar esto más extensamente. Cómo te ocupaste de los asuntos tras la muerte de tu padre, rodeándote tantos y tan diversos
b peligros, una turbada situación, una guerra importante, frecuentes incursiones, la defección de los aliados[56],

[56] Es decir, guerra con los partos, incursiones de éstos y de los árabes, defección de los aliados armenios.

la indisciplina de las tropas y todas las restantes dificultades que entonces te rodeaban, quizá sea apropiado narrarlo ya. Pues en el momento que lo relativo al pacto fue concluido por ti con la mejor concordia, se presentó la ocasión de atender asuntos urgentes. Cómo te presentaste repentinamente desde Peonia en Siria gracias a la velocidad de tu marcha, sería difícil expresarlo *c*
con palabras; basta, para los que lo conocen, su experiencia. Pero de qué manera con tu presencia todo cambió de repente y mejoró, no sólo librándonos de los temores suspendidos sobre nuestras cabezas, sino proporcionándonos, además, las mejores esperanzas con mucho de cara al futuro, ¿quién sería capaz de decirlo?
La indisciplina de las tropas sólo con acercarte cesó y *d*
se transformó en orden, la fracción de los armenios que se había pasado al enemigo al instante se cambió, cuando condujiste ante nosotros a los culpables de la fuga del jefe de aquel país y concediste a los tránsfugas la vuelta a su patria sin temor[57]. Con tanta humanidad te comportaste con los que llegaron entre nosotros, y con tanta dulzura hablaste a los que se habían exiliado junto con su jefe, que los unos se reprocharon a sí mismos 21
su anterior deserción, y los otros prefirieron su suerte presente a su anterior poder, y los anteriormente exiliados declararon que habían aprendido a ser prudentes con lo sucedido, y los que no se habían pasado al enemigo encontraron una digna recompensa. Y con los que regresaron te portaste con tanta largueza de regalos y honores que no pudieron odiar la ventura de sus enemigos ni envidiar el verlos honrados como era natural.
Después de arreglar en poco tiempo estos asuntos y *b*
lanzar, mediante embajadas, a los bandidos árabes con-

[57] Cf. Peeters, «L'intervention politique de Constance II dans la grande Arménie en 338», *Bull. Acad. Roy. Belg.*, 1931, pp. 40 ss., citado por Bidez.

tra el enemigo, volviste a los preparativos de la guerra
acerca de los cuales no está mal adelantar algo breve-
mente.

16. La paz precedente había interrumpido los traba-
jos de las tropas y había aligerado las prestaciones pú-
blicas, pero la guerra necesitaba dinero, provisiones y
c recursos abundantes y muy especialmente fuerza, vigor
y la experiencia en las armas por parte de los solda-
dos y, al no existir casi ninguna de estas cosas, tú
mismo las encontraste y dispusiste, enseñando el ejerci-
cio de los trabajos a los que estaban en edad de prestar
el servicio militar, estableciendo una caballería compa-
rable a la de los enemigos por su fuerza, ordenando a
la infantería soportar las fatigas. Y esto no solamente
con palabras ni por medio de órdenes, sino ejercitán-
dote y entrenándote tú mismo y, mostrando con hechos
d lo que había que hacer, conseguiste rápidamente «obre-
ros de la guerra». Te ingenias los recursos financieros,
no elevando los tributos ni las prestaciones, como anti-
guamente los atenienses, hasta el doble o más, sino, creo,
conservando las antiguas tasas, excepto si en algún bre-
ve momento y en vista de las circunstancias eran nece-
sarias prestaciones más gravosas, y condujiste a tus
soldados en una abundancia tal que no les fuera necesa-
22 rio insolentarse por el hartazgo ni cometer un error a
causa de la indigencia. Los preparativos de armas y ca-
ballos, de naves fluviales y de máquinas de guerra y la
multitud de todo lo demás, me lo callo.

17. Cuando acabaron los preparativos y llegó el mo-
mento de servirse de los recursos antes mencionados,
se hicieron puentes de balsas por distintos lugares sobre
el Tigris y se levantaron sobre él fortalezas, y ninguno
de los enemigos se atrevió a defender la tierra devas-
b tada: todos sus bienes caen en nuestras manos por no

atreverse unos a presentar batalla y por sufrir el castigo adecuado los que se atreven. Esto fue lo más importante de nuestras incursiones en tierra enemiga, pues, ¿quién sería capaz, en un breve discurso, de pasar revista dignamente a cada uno de los hechos, enumerando las desgracias de unos y las hazañas de otros? Pero, sin embargo, no es tan difícil decir que, tras haber atravesado muchas veces aquel río con las tropas y haber pasado largo tiempo en tierra enemiga, volviste *c*
triunfante con los trofeos recorriendo las ciudades por ti liberadas y repartiendo paz y riqueza, en una palabra, todos los bienes, y dando ocasión para que disfrutaran de las cosas tanto tiempo anheladas, de la victoria sobre los bárbaros y de los trofeos levantados sobre la infidelidad, falta de hombría y cobardía de los partos, de las cuales la primera quedó demostrada al romper los tratados y echar por tierra la paz, y la cobardía al no atreverse a luchar en defensa de su país y de sus seres más queridos. *d*

18. Pero para que nadie suponga que yo recuerdo estas hazañas con gusto, pero dudo en aquellas otras en las que la fortuna favoreció a los enemigos o, mejor dicho, el terreno, que fue decisivo en algunas circunstancias, como si eso fuera una vergüenza para nosotros en lugar de un elogio y una honra, también intentaré mostrar estos hechos lo más brevemente posible, sin modelar mis palabras de la forma más agradable, sino prefiriendo siempre la verdad. Si alguien, voluntaria- 23
mente, se aparta de ella, no puede escapar de ningún modo a la vergüenza de la adulación y añade a los elogios la impresión de que tampoco en otras cosas son creíbles, aun cuando sean merecidos. Tendremos cuidado de que no nos suceda esto. El propio discurso demostrará si en algo hemos honrado la mentira por delante de la verdad. Así pues, sé muy bien que todos afirmarían

que la batalla delante de Singar fue una gran victoria
b de los bárbaros. Pero yo podría afirmar razonablemente que aquella batalla causó las mismas desgracias a ambos ejércitos y que mostró tu valor por encima de la fortuna de aquéllos, y esto con un ejército valiente y audaz, pero que no estaba tan acostumbrado como ellos al clima y al rigor del verano[58]. Relataré cómo sucedió cada cosa.

19. El verano estaba todavía en toda su fuerza. Por ello el ejército estaba formado mucho antes del medio-
c día, y los enemigos estaban asombrados de nuestra disciplina, buen orden y tranquilidad, mientras que los nuestros admiraban la muchedumbre de los enemigos. Ninguno comenzaba el combate, temiendo unos llegar a las manos contra una fuerza tan bien equipada, y los otros aguardando a que aquéllos empezaran, para defenderse mejor en todos los puntos y para que no pareciese que ellos comenzaban la guerra tras un tratado de paz. Finalmente, el jefe de aquella fuerza bárbara,
d levantado sobre los escudos y contemplando nuestro ejército en orden de batalla, ¡cómo se puso y qué palabras profirió, gritando que le habían traicionado! Acusó a los que le habían convencido para la guerra y piensa que es necesario huir cuanto antes y que sólo podría salvarse si se anticipa a cruzar el río, que es el antiguo límite entre su país y el nuestro[59]. Dándose cuenta de ello, ordena la retirada, iniciándola por su propio pie, y poco a poco va aumentando la velocidad de la marcha hasta que, finalmente, huye de forma descarada
24 con unos pocos caballeros como escolta, después de ha-

---

58 Temistio, I, 12a ss., lo alude con rapidez, mientras Libanio, LIX, 117 ss., a quien sigue Juliano, lo califica como una victoria de Constancio (cf. nota Bidez). Una descripción del encuentro puede encontrarse en la citada obra de Libanio, 107 ss.

59 El Tigris. Cf. Libanio, LIX, 104 ss.

ber encargado la dirección de todas sus fuerzas a su hijo
y al más fiel de sus amigos. Viendo esto nuestro ejér-
cito, e indignados de no alcanzar ninguna venganza por
las fechorías cometidas, gritaron que se marchara con-
tra ellos y, pese a ordenarles que permanecieran en sus
puestos, corrían irritados con sus armas con toda la
fuerza y velocidad de que eran capaces. Desconociendo
todavía tu capacidad militar y mirando tu juventud,
creían que tú podrías juzgar peor que ellos lo que sería *b*
más conveniente, y el haber combatido con tu padre
en muchas batallas y haber vencido por doquier les ayu-
daba a creer que eran invencibles. No menos que esto
les animó el miedo momentáneo de los partos a luchar
no sólo contra los hombres, sino también contra el pro-
pio terreno y, si alguna otra dificultad externa surgiere,
a sobreponerse a ella de todos modos. Así pues, tras
veloz carrera de unos cien estadios cayeron sobre los
partos, que se habían parapetado en una muralla que *c*
había sido construida anteriormente como campamen-
to. Era por la tarde y la batalla se entabló inmediata-
mente. Toman el muro en seguida matando y rechazando
a los que estaban sobre él y, una vez dentro del recinto
fortificado, durante mucho tiempo pelearon con bra-
vura, pero, al encontrar allí cisternas de agua y aban-
donar el combate por causa de la sed, desperdiciaron
la más hermosa victoria y ofrecieron al enemigo la oca-
sión de reparar su fracaso. *d*

20. Éste fue el final de aquella batalla que nos arre-
bató tres o cuatro hombres, mientras que a los partos
les costó al heredero de la corona, que había sido hecho
prisionero antes, y la pérdida de una gran cantidad de
hombres de su escolta. En todos estos hechos el jefe de
los bárbaros no estuvo presente ni en sueños, ni detuvo
su fuga hasta que dejó a sus espaldas el río. En cambio,
tú permaneciste en armas todo el día y toda la noche, 25

compartiendo la lucha con los vencedores y llevando ayuda rápidamente a los que estaban en dificultades. De tal forma transformaste el combate con tu valentía y fortaleza de ánimo que, al día siguiente, los enemigos se retiraron a su territorio contentos de haberse salvado, en tanto que incluso nuestros heridos se retiraban del campo de batalla por ti protegidos: hasta tal punto les quitaste el miedo de la retirada. ¿Qué fortaleza fue tomada? ¿Qué ciudad fue sitiada?[60]. ¿De qué material
b puede jactarse el enemigo de haberse apoderado tras la guerra? Pero quizá dirá alguno: ¿el no volver nunca de un combate vencido por el enemigo, eso es afortunado y dichoso? Sin embargo, lo más duro es oponerse a la fortuna y eso es la señal de una gran virtud. Pues, ¿es buen piloto el que gobierna su nave en el buen tiempo, cuando una calma perfecta domina el mar?[61]. ¿Es un
c hábil conductor de carro el que conduce en un terreno liso y plano unos caballos obedientes, dóciles y veloces? ¿Es que en esas circunstancias muestra su arte? Cuán superior es, en cambio, el guía de una nave que prevé y presiente la tempestad que se acerca e intenta evitarla, y que, al caer en ella por las causas que sean, logra salvar la nave sin daño con su carga. Y el que está al frente de un carro, luchando contra la aspereza del terreno, y conduce sus caballos y, al tiempo, los domina
d si equivocan el camino. En resumen, no se puede juzgar ningún arte cuando va aliado con la fortuna, sino que hay que observarlo en sí mismo. Ni Cleón fue mejor general que Nicias porque tuvo fortuna en el asunto de

---

60 Texto conjetural de Bidez dada la corrupción de los manuscritos en este pasaje.

61 La metáfora de la nave del estado se remonta ya a Arquíloco, fragm. 163 Adrados. Cf. F. R. Adrados, «Origen del tema de la nave del estado en un papiro de Arquíloco», *Aegyptus*, 35, 1955, pp. 206-210.

Pilos[62], ni ningún otro de los que fueron poderosos gracias a la fortuna más bien que a su inteligencia. Si yo no considerase que tu fortuna fue mejor y más justa que la de tus adversarios y más poderosa que la de cualquier hombre, parecería que no juzgaba rectamente esa fortuna, que no proporcionó a tus enemigos la posibi- 26
lidad de darse cuenta de su superioridad. Pues creo que es preciso que quien juzgue adecuadamente lo dicho piense que la derrota se debió a la fuerza extrema del calor y, en cambio, atribuya a tu valor el que los enemigos sufrieran las mismas pérdidas que nosotros, y piense que el que se dieran cuenta de sus propios reveses e ignorasen por el contrario sus éxitos, fue obra de la buena fortuna.

21. Pero para no gastar el tiempo debido a los hechos más importantes alargándome en estos temas, in- *b*
tentaré a partir de ahora relatar la cantidad de problemas que nos rodearon y la magnitud de los peligros, y cómo enfrentándote a todos hiciste huir a un buen número de tiranos así como a las fuerzas de los bárbaros. El invierno estaba ya terminando, aproximadamente seis años después de la guerra que acabo de mencionar, cuando llegó un mensajero anunciando que la Galia, sublevada por un tirano, había decidido y ejecutado la *c*
muerte de tu hermano[63], y que Italia y Sicilia habían sido tomadas, y que las legiones de Iliria andaban revueltas y habían hecho emperador al que hasta entonces

[62] En el 425 a. C., durante la guerra del Peloponeso, Cleón tuvo la fortuna de apoderarse en un corto espacio de tiempo de los espartanos fortificados en la isla de Esfacteria, frente a Pilos. Nicias, en cambio, sucumbiría en la desastrosa expedición ateniense a Sicilia del 415, dentro de la misma guerra.

[63] Magnencio se proclama Augusto en Autun el 18 de enero de 350, haciendo matar poco después a Constante.

era un general[64] que quería resistir el avance, al parecer invencible, de los tiranos. Este general te pide que le envíes dinero y tropas de refuerzo temiendo y temblando, sobre todo por él, ante la idea de ser vencido
d por los tiranos. En aquel momento te prometió cumplir con su deber, sin pretender en absoluto el poder, y creo que se comprometió a convertirse en tu fiel protector y guardián. Pero no mucho después iba a mostrarse perjuro y a sufrir su castigo, aunque suavizado[65]. Al enterarte de ello creíste que no había que malgastar vanamente el tiempo en una excesiva indolencia, sino que, por el contrario, llenaste las ciudades de Siria de máquinas de guerra, de guarniciones, de alimentos y de todos los restantes preparativos, estimando que serían suficientes para sus habitantes en tu ausencia, y deci-
27 diste marchar en persona contra los tiranos.

22. Los persas, que desde aquella campaña habían acechado una ocasión semejante para apoderarse de Siria de un solo golpe, poniendo en pie de guerra a toda la población, sea cual fuere su edad, sexo o fortuna, lanzan sobre nosotros a sus hombres, muchachos, viejos y una multitud de mujeres y servidores, no sólo los que podían trabajar en la guerra, sino que, además, seguía una muchedumbre sin cometidos concretos. Pues pensaban, tras conquistar las ciudades y apoderarse de la
b región, introducir colonos en nuestro territorio. Pero la magnitud de tus preparativos les demostró lo vano de sus esperanzas. En efecto, establecen el sitio, y la ciudad[66] es rodeada con diques por donde hacen fluir el

[64] Vetranio se hizo emperador en Mursa en marzo de 350.

[65] Cf. parágr. 26.

[66] Tercer sitio de la fortaleza defensiva de Nísibe, en el NE de Mesopotamia, en el año 350. El primero tuvo lugar en 338 y el segundo en 346. Después del desastre final de la campaña de Juliano, su sucesor Joviano la acabaría cediendo a Sapor II

Migdonio, convirtiendo en un mar el terreno que ro-
deaba las murallas igual que, dicen, el Nilo inunda
Egipto. Hacen avanzar contra las almenas las máquinas
de guerra sobre barcos, otros se aprestan a lanzarse
navegando contra las murallas y otros, desde los di-
ques, lanzan dardos contra los defensores de la ciudad. *c*
Éstos, desde las murallas, la defienden ardorosamente.
Todo se llena de cadáveres, de fragmentos de barcos,
de armas, de dardos, unos ya sumergidos, otros, sumer-
gidos en principio, reapareciendo desde el fondo de las
aguas por la fuerza con que habían sido proyectados.
Flotan cantidad de escudos de los bárbaros y maderos
de los barcos, al chocar entre sí las máquinas que iban
sobre ellos. Una masa flotante de dardos llena casi todo
el espacio entre las murallas y los diques. El agua del *d*
lago se ha convertido en sangre y alrededor de las mu-
rallas resuenan los lamentos de los bárbaros que ya no
matan, sino que mueren de muchas maneras y reciben
todo tipo de heridas. ¿Quién podría relatar adecuada-
mente lo sucedido? El fuego cae sobre los escudos, can-
tidad de hoplitas se derrumban semiquemados; otros,
que intentan huir de las llamas, no consiguen evitar el
peligro de los dardos; unos, mientras nadan, son atra- 28
vesados por la espalda y se hunden hasta el fondo;
otros saltan fuera de las máquinas de guerra y, antes
de alcanzar el agua, heridos, encuentran no la salvación,
sino una muerte más suave, y ¿quién podría estimar el
número y guardar memoria de los que sin saber siquie-
ra nadar encontraron una muerte menos gloriosa que
los anteriores? Me faltaría tiempo si quisiera mencionar
todo, hecho por hecho. Es suficiente oír lo principal. El

---

(363), una vez que su población, leal y cristiana, la abandonó, según Amiano, XXV, 7, 9. Desde el tratado de paz de Diocleciano del 298 mantenía el monopolio del comercio entre el imperio persa y el romano.

b sol vio una batalla desconocida para los hombres precedentes. Esto demostró cómo la antigua jactancia de los medos era humo vacío. Esto nos demostró, más que cualquiera de los hechos conocidos, cómo fue posible que la magnitud, entonces increíble, de la expedición de Jerjes, pese a su número, encontrase un final vergonzoso y reprochable. Éste intentó marchar por tierra y mar, enfrentándose a la naturaleza, y, como se cree, aunque se impuso a ella en tierra firme y en el mar,
c fue vencido por la sabiduría de un griego[67] y por el coraje de unos soldados no acostumbrados ni a la molicie ni a la esclavitud, sino a ser mandados libremente y conocedores de las fatigas. El actual rey persa, con una expedición inferior a la de aquél, pero más insensato y sobrepasando en su locura la de los Alóadas[68], intentó que la montaña vecina cubriera la ciudad y, arrojando las corrientes de los ríos y destruyendo las murallas, ni siquiera pudo apoderarse de la ciudad así desguar-
d necida ni vanagloriarse de ello como Jerjes, que incendió Atenas. Después de haber malgastado cuatro meses, se retira conduciendo un ejército con muchos miles menos de soldados, y el que antes parecía invencible abraza la paz protegido, cual muralla de salvación, por tus ocupaciones y la revuelta del Estado.
29 Dejando en Asia estos trofeos y victorias, condujiste tu ejército intacto a Europa, dispuesto a llenar el mundo entero de trofeos.

23. Yo creo que sería suficiente lo que acabo de mencionar, si no tuviera nada más noble que decir de

[67] Temístocles. Se refiere a la expedición persa de 480 a. C.

[68] Los gigantes Oto y Efialtes son los hijos que tuvo Posidón de Ifidemea, casada con Aloeo. Ambos decidieron guerrear contra los dioses y amenazaron con escalar el cielo, superponiendo el monte Pelión a los montes Osa y Olimpo, y con secar el mar y colocarlo en el lugar en que estaba la tierra.

ti, para demostrar que tú has superado a todos los que anteriormente participaron de tu misma fortuna en inteligencia y fuerza. Pues rechazar sin pérdidas al ejército persa, sin entregar ni una ciudad ni una fortaleza ni uno solo de tus soldados en servicio, y poner un final b
tan brillante como jamás habíamos antes escuchado al asedio, ¿a qué hazaña de los antiguos hay que compararlo? Afamada fue la audacia de los cartagineses en difíciles situaciones, pero terminó en un desastre[69]. Brillantes fueron los hechos sucedidos en el sitio de Platea[70], pero a los infortunados no les valió sino para hacer más conocidas sus desgracias. ¿Para qué vamos a recordar a Mesenia y Pilos, que ni lucharon valerosamente ni fueron tomadas por la fuerza? Y los siracusanos, oponiendo a su famoso sabio a la expedición de c
nuestra ciudad y a su excelente general, ¿qué salieron ganando?[71]. ¿No fueron conquistados más vergonzosamente que los demás y tan sólo salvaron el bello recuerdo de la clemencia de sus conquistadores? Pero aunque quisiera enumerar todas las ciudades que no pudieron resistir a tropas inferiores, ¿cuántos libros crees que necesitaría? Pero quizá hay que recordar a Roma cuando antiguamente estuvo en una situación semejante al d
lanzarse los galos, creo, y los celtas con la misma intención, sobre ella de súbito como un torrente. Refugiados los romanos en la colina en que se levanta la

---

69 Toma y destrucción de Cartago por Roma en 146 a. C.

70 Durante la guerra del Peloponeso, Platea, aliada de Atenas, fue cercada y tomada (429-427 a. C.) por los miembros de la liga que encabezaba Esparta y todos sus defensores fueron muertos. Cf. Tucídides, II, 71-78.

71 Hierón II de Siracusa, que había tomado partido por Cartago, se vio sitiado en su capital por el romano M. Claudio Marcelo en 213-211 a. C. En este sitio jugó un importante papel con sus inventos Arquímedes y allí murió, siendo la ciudad saqueada. Cf. Plut., *Marcelo*, 14 ss.

estatua de Júpiter y fortificados en una especie de muralla hecha de mimbres y objetos semejantes, se impusieron a un enemigo que no tomó ninguna iniciativa ni se atrevió a ocuparla al asalto [72]. El sitio recién mencionado puede compararse a éste por su afortunado desenlace, pero, por las hazañas, a ninguno de los acaecidos en el tiempo pasado. Pues, ¿quién ha conocido una ciudad rodeada por el agua y cercada por los diques como en una red, con un río que se precipita sobre ella como una máquina, fluyendo constantemente y rompiendo contra sus murallas, los combates sobre las aguas y los que tuvieron lugar sobre los derruidos muros?

24. Como decía, a mí me bastaría con lo dicho, pero lo que queda es, con mucho, lo más prestigioso. Y no
b estaría bien que quien ha escogido en la medida de sus fuerzas el relato de todas tus hazañas, al llegar éstas a su momento culminante interrumpiera la narración. Además de cuantas ocupaciones acabo de recordar hace un rato, administraste Europa enviando embajadores, recogiendo dinero y mandando tu ejército, acampado en tierras escitas, a Panonia para impedir que un anciano fuese vencido por un tirano [73]. ¿Cómo podría alguien exponer todo esto en breves palabras, aun ponien-
c do todo su empeño? Y después, una vez que te lanzaste a la guerra, el que hasta entonces había prometido permanecer como fiel guardián y que había sido mantenido por ti a base de dinero, tropas y muchas otras cosas, yo no sé por qué divinidad enloquecido, concertó un tratado de paz con el más impío de todos los hombres y enemigo común de todos los que estiman la paz y aman de corazón la concordia y, sobre todo, enemigo

---

[72] Cf. Plut., *Camilo*, 20 ss. La invasión gala con la destrucción de Roma tuvo lugar en el 383 a. C.

[73] Vetranio pidió ayuda para resistir a Magnencio.

personal tuyo. No temiste la magnitud de sus prepara- d
tivos ni pensaste que la alianza de unos traidores quedaría por encima de la sensatez de tu decisión. Reprochando, como es lógico, a uno su infidelidad y al otro, además de esto, su audacia criminal y sacrílega, invitaste a aquél al juicio y veredicto del ejército y decidiste que la guerra fuera juez de éste[74].

25. Cuando, primero, el valiente e inteligente anciano vino a tu encuentro, cambiando de opinión con más fa-
cilidad que un niño, y, después del apuro, olvidando los 31
bienes que él mismo había solicitado, se presentó al frente de falanges de hoplitas y escuadrones de jinetes, pensando que, si no te convencía, te obligaría a retroceder sin que pudieras hacer nada. Sin asustarte de ver al que había prometido permanecer como tu aliado y general convertido en enemigo que quiere compartir el mando y, pese a tu inferioridad en el número de solda-
dos, puesto que no todos te siguieron, pensando que es b
osado, pero peligroso, trabar combate a causa de la superioridad adversaria en el número, incluso aunque resultaras vencedor en la batalla, por culpa de ese insaciable tirano que espía el momento adecuado y las circunstancias, tomaste una acertada decisión, queriendo que el éxito fuera sólo tuyo, y te presentaste en la tribuna detrás del que hasta ese momento era tu compañero en el mando. Alrededor se coloca el pueblo armado, resplandeciente con sus armas, desenvainadas sus espadas
y blandiendo las lanzas, espectáculo terrible y estreme- c
cedor para un cobarde, pero ventaja notable para un alma recta y valerosa tal y como tú te mostraste. Pues, en cuanto empezaste a hablar, un silencio se extiende por el ejército deseando todos escucharte: a muchos les resbalaban las lágrimas y extendían las manos al

74 Uno es Vetranio y el otro Magnencio.

cielo en silencio como con miedo de que alguien los viera. Unos, a través de sus rostros, y todos, al acercarse mucho para escuchar tus palabras, muestran su acuerdo. Cuando tu alocución llega a su punto culminante,
d entusiasmados todos con tus palabras, aplauden y, deseando escucharte, de nuevo vuelven a quedar quietos. Finalmente, convencidos por tu discurso te aclaman como único emperador, considerándote el único digno de mandarlos a todos, y te piden que les conduzcas a la batalla, prometiendo seguirte, y reclaman que tomes las insignias del mando. Tú no crees necesario ni alargar la mano ni tomarlas por la fuerza y aquél, contra su voluntad y difícilmente, cediendo aunque tarde a la
32 fuerza de la persuasión tesalia [75], como se dice, se quitó la púrpura y te la entregó.

26. ¿Cómo te comportaste entonces, al hacerte en un solo día dueño de tantos pueblos, ejércitos y riquezas y al privar a tu enemigo, si no de obra al menos de intención, de su poder, y al tener su vida en tus manos? ¿Es que no te comportaste mejor con él y con más justicia que Ciro con su abuelo, al conservar sus honores a los que le rodeaban, sin quitar nada a nadie y aña-
b diendo encima, según creo, regalos a muchos? ¿Quién te vio excesivamente deprimido antes de la victoria o, tras ella, demasiado contento? ¿Y se te podrá alabar dignamente si te calificamos a un tiempo de orador, general y emperador virtuoso y valiente hoplita? Desde hace tiempo el generalato estaba disociado de la tribuna de oradores y tú conseguiste volverlos a unir, lo mismo, me parece, que Ulises y Néstor y que los generales romanos que destruyeron Cartago, que fueron siempre
c más temibles para los injustos desde la tribuna que para los enemigos en la línea de combate. Aunque respeto la

[75] Expresión proverbial para indicar una coacción disimulada.

fuerza de los discursos de Demóstenes y de cualquier
otro que lo imitó, no podría comparar nunca, por el
lugar de tu alocución, el público de sus discursos con
el tuyo. Porque no hablaban en medio de soldados ni
jugándose tantas cosas, sino defendiendo dinero, ho-
nores o reputaciones o habiendo prometido ayudar a
amigos, y a menudo, creo, descendían de la tribuna
con el pueblo entusiasmado, pálidos y temblando igual *d*
que los generales cobardes a la vista del enemigo cuan-
do están alineados para la batalla. Y nadie sería capaz
de narrar un éxito tan grande obtenido por otro ni el
sometimiento de tantos pueblos desde el tribunal de
justicia y, sobre todo, en un pleito no contra un hom-
bre desdeñable, como muchos afirman, sino famoso en
muchas campañas, anciano ya, que había alcanzado, al 33
parecer, la experiencia de los años y que mandaba sobre
aquellos soldados desde hacía ya mucho tiempo. ¿Cuál
fue, pues, la fuerza de tu discurso? ¿Y cuál la persua-
sión asentada en tus labios que te permitió introducir
el aguijón en las almas de tan diferentes hombres reu-
nidos y te proporcionó una victoria semejante por su
magnitud a las logradas por medio de las armas, pero
inmaculada y pura como si fuera la obra de un sacer-
dote que se dirige al dios y no de un emperador en *b*
guerra? Es cierto que los persas cuentan una historia
que queda, sin embargo, muy lejos de esta acción, cuan-
do los hijos de Darío, al morir su padre y divididos
sobre el mundo, sometieron sus diferencias a la jus-
ticia y no al juicio de las armas [76]. Pero entre tus herma-
nos y tú no hubo una sola disputa ni de palabra ni de
obra —creo que te alegraste de compartir con ellos el *c*
gobierno más que si hubieras sido tú solo el dueño

[76] Los hijos de Darío Ariámenes y Jerjes se sometieron al arbitraje de Artabanes que escogió al último. Cf. PLUT., *Amor frat.*, 18. Cf. Bidez, nota.

de todo—, y respecto a aquel[77] que, aunque no llegó a hacer nada impío ni ilegal, se mostró desleal en su pensamiento, te limitaste a las pruebas que demuestran su deslealtad.

27. A este discurso sucedió una brillante campaña y una guerra sagrada, no por un campo sagrado, como escuchamos que tuvo lugar antiguamente en la Fócide[78], sino por las leyes, la constitución y el asesinato de mi-
d llares de ciudadanos, a algunos de los cuales mató, a otros estuvo a punto de hacerlo y a otros intentó detener, temiendo, según creo, que alguien lo tomara por un malvado ciudadano y no por un bárbaro por naturaleza[79]. Pues sus atropellos contra tu familia, aun siendo tan viles como los que se atrevió a cometer contra el Estado, sin embargo pensaste que no había que preocuparse de ellos: hasta tal punto los asuntos públicos te parecieron y te siguen pareciendo más importantes que los tuyos particulares. Pero, ¿es que es necesa-
34 rio que me acuerde de todas sus infamias, tanto de las que hizo contra el Estado como contra los particulares, matando él mismo a su propio señor[80] —pues era esclavo de los antepasados de aquél, un miserable despojo sobreviviente del botín de los germanos—, intentando mandarnos a nosotros quien ni siquiera hubiera sido considerado libre por la ley, si no lo hubiera obtenido de nosotros, y encarcelando a los que formaban parte del ejército, matándolos y esclavizándolos de forma vergonzosa y destruyendo la disciplina al adular a la tropa?

---

77 Vetranio.

78 Tercera guerra sagrada (357 a. C.) en que los focidios respondieron a una sentencia adversa del consejo anfictiónico saqueando el tesoro de Delfos. Cf. Bidez, nota.

79 Magnencio había nacido en Amiens de padre bretón y madre franca.

80 Constante.

¡Y qué hermosas leyes promulgó, tributar la mitad de b
las rentas amenazando de muerte a los desobedientes,
permitiendo que fuera delator cualquier esclavo y cómo
obligó a los que no lo necesitaban a comprar posesio-
nes imperiales! Me faltaría tiempo para contar sus tro-
pelías y la proporción que alcanzó su tiranía. Pero de
los preparativos de la guerra que había dispuesto contra
los bárbaros y que utilizó contra nosotros, ¿quién po- c
dría apreciar justamente su fuerza?

28. Los celtas y los galos, pueblos que ya para los
antiguos fueron difíciles enemigos, y que a menudo se
habían expandido como un irrefrenable torrente sobre
los itálicos y los ilirios y ya habían tocado Asia [81], some-
tiéndose contra su voluntad a nuestra superioridad en
los torneos armados, se alistan en nuestros ejércitos y
nos procuran brillantes tributos exigidos por tus an-
tepasados y por tu padre. Tras una larga paz y después
de haber disfrutado de los bienes derivados de ella, al
aumentar la región sus riquezas y su población, permi- d
tió a tus hermanos alistar numerosos soldados, pero,
al final, se alinearon en masa con el tirano, no de grado,
sino por fuerza. De acuerdo con su parentesco, le acom-
pañaban como fidelísimos aliados los francos y los sa-
jones, los más belicosos de los pueblos que habitan en
torno al Rin y al mar occidental. Y todas las ciudades 35
y fortalezas próximas al Rin, abandonadas por sus guar-
dianes, son entregadas sin defensa a los bárbaros y
sobre nosotros se lanza un ejército brillantemente pre-
parado. Cada ciudad de la Galia se parecía a un cam-
pamento listo para el combate y todas estaban llenas
de armas y de preparativos de caballeros y de infantes,
de arqueros y de lanceros. Y, afluyendo de todas partes
hacia Italia los aliados de aquél y uniéndose a los solda- b

[81] En la región que de ellos toma el nombre de Galacia.

dos que allí habían sido reclutados con anterioridad, nadie fue tan atrevido que no temiera y quedara estupefacto ante la tormenta que se venía encima. A todos les pareció que un rayo descendía de los Alpes, un rayo irresistible en sus obras, indecible de palabra. Lo temían los ilirios, los peonios [82], los tracios y los escitas; los que habitaban Asia suponían que se lanzaría sobre ellos, e incluso los persas hicieron preparativos para
c combatirle en defensa de su propio país. Y él, que creía que las dificultades presentes eran pequeñas y que se impondría a tu inteligencia y a tu fuerza con no mucho trabajo, miraba ya las riquezas de la India y la magnificencia de los persas: tan henchido estaba de estupidez y audacia a causa de su pequeño éxito sobre unos exploradores a los que, sin guarnición, emboscándose él con todo su ejército, había dado muerte. Así, el éxito que no va de acuerdo con el mérito es tantas veces el comienzo de mayores desgracias para los insensatos [83].
d Pues el desgraciado, hinchado por este afortunado suceso, abandonó las posiciones estratégicas que tenía ante Italia y marchó sin precauciones hacia el Nórico y Panonia, creyendo que le era más necesaria la velocidad que las armas y el valor.

29. Enterado de lo cual, retiras el ejército de terreno desfavorable y él te sigue, pensando que te persigue y no que cae en una trampa, hasta que ambos llegáis a
36 campo abierto. Con las llanuras ante Mursa [84] a la vista, tu caballería se coloca en los flancos y la infantería en el centro; tienes, emperador, el río a tu derecha, y con

---

[82] Juliano utiliza con frecuencia, por un prurito arcaizante, Peonia y peonios para designar la región y los habitantes que en su época se denominaban Panonia y panonios.

[83] Cf. Demóst., *Olint.* I, 23.

[84] En Panonia inferior cerca de la confluencia del Danubio y del Drave.

tu ala izquierda te lanzaste sobre el enemigo, poniéndole rápidamente en fuga y rompiendo su falange que no estaba muy bien dispuesta, ya que la había formado un hombre sin experiencia de la guerra y del mando. Él, que pensaba que os perseguía, ni siquiera llega al combate cuerpo a cuerpo, y huye tremendamente asustado por el ruido de las armas e incapaz de oír sin b miedo el peán guerrero de victoria que gritan tus soldados[85]. Una vez rota la formación, sus soldados, reagrupándose por compañías, se lanzan de nuevo al combate, avergonzados de ser vistos huyendo y de dar un espectáculo hasta entonces increíble para todos los hombres: un soldado celta, un soldado de la Galia dando la espalda al enemigo. Los bárbaros, que saben que no hay retorno si fracasan, piensan que hay que vencer o morir c infligiendo un gran daño al enemigo. Tal era la audacia de los que estaban con el tirano y su gran ánimo para avanzar hacia el peligro. Los nuestros, vencedores en todo, por respeto a sí mismos y a su emperador, excitados por sus éxitos antiguos y por los de ese momento, brillantes hazañas hasta entonces increíbles, se esfuerzan en conseguir un final digno de los anteriores, soportando con gusto todo esfuerzo y peligro. Comenzado d el combate como poco antes, de nuevo llegan a las manos y muestran gloriosas hazañas de audacia y valor, unos arrojándose sobre las espadas, otros apoderándose de los escudos, y todos los jinetes, desechando sus heridos caballos, se transforman en hoplitas. Los soldados del tirano se comportaban igual, lanzándose sobre nuestros infantes, y la batalla estaba igualada hasta que los coraceros y la masa restante de nuestros caballeros, los

---

85 Cf. Zonaras, XIII, 8, 15. Magnencio se quitó la púrpura, vistiéndose de soldado y, dejando las insignias en su caballo, lo hizo correr para hacer creer que estaba muerto y poder huir libremente. Cf. Bidez, nota.

37 unos hiriendo con sus arcos, los otros con sus caballos al galope, mataron a una gran cantidad y persiguieron sin desmayo a todos; unos intentaron huir hacia la llanura, de los que sólo a unos pocos salvó la noche, y el resto se precipitó en el río, empujándose como un rebaño de bueyes o de otra clase de ganado.

30. Tal fue el vano provecho que el ejército del tirano sacó de su cobardía, ya que de su propio valor no obtuvo ningún resultado. Y erigiste un monumento a la
b victoria más brillante que el de tu padre[86]. Pues él, conduciendo unas fuerzas reputadas invencibles hasta entonces, se impuso a un infortunado anciano[87]. Mas tú te enfrentaste a una floreciente tiranía que estaba en su mayor poderío, no sólo por los males que había hecho, sino, sobre todo, por su juventud, disponiendo para el combate de tropas instruidas por ti mismo. Pues, ¿quién podría citar de los emperadores anteriores a uno que hubiese pensado o imitado una fuerza de caballería
c o un armamento semejantes? Instruyéndote en ello, tú mismo, el primero, te convertiste en maestro para los demás del uso invencible de las armas. Muchos que se atrevieron a hablar de ello fallaron en su valoración, de forma que cuantos, habiendo oído hablar, tuvieron después la fortuna de verlo, reconocieron claramente cuán menos dignos de crédito son los oídos que los ojos[88]. —En efecto, estabas al frente de una infinita muchedumbre de caballeros que avanzaban sobre sus caballos

[86] Todos los autores modernos comparten el juicio de AURELIO VÍCTOR, 42, 4, sobre la terrible sangría que supuso esta batalla para Roma. Tuvo lugar el 28 de septiembre de 351 y PIGANIOL (*Hist. de Roma*, B. Aires, 3.ª ed., 1974, p. 433) señala que «el ensañamiento de ambas partes fue feroz, aniquiló a las mejores fuerzas de Roma y así causó un desastre irreparable».

[87] Licinio.

[88] Cf. HERÁCLITO, B 101a Diels, y HERÓDOTO, I, 8.

como estatuas a las que se han añadido los miembros a imitación de la naturaleza humana. Desde el extremo de los puños hasta los codos, y desde allí hasta los hom- *d*
bros, una coraza de mallas se adapta al pecho y a la espalda, y un casco de hierro que cubre el propio rostro proporciona el aspecto de una estatua brillante y reluciente, ya que, además, ni las piernas ni los muslos ni las extremidades de los pies han quedado desprovistas de esta armadura. Y al ir articulados a la coraza por una especie de tejido de delgados anillos, ningún miembro del cuerpo podría ser visto desnudo, puesto que 38
están protegidas incluso las manos por ese tejido, de forma que también permiten la flexión de los dedos [89]. Así es como mi descripción intenta ser exacta, pero es mejor que los que quieran saber algo más se hagan espectadores de estas armas y no auditores de su descripción.

31. Ahora que hemos narrado la primera guerra al final del otoño, ¿debemos interrumpir aquí nuestro relato o contar el final de tus hazañas de acuerdo con los *b*
que lo desean? Llegó el invierno y dio ocasión al tirano de escapar a su castigo. Y ocurrieron brillantes proclamaciones dignas de la magnanimidad imperial. Se concede impunidad a los que formaron en las filas del tirano, excepto si alguno ha participado con él en muertes sacrílegas. Todos recuperan sus casas, sus bienes, su patria, ellos que ya no esperaban ver nada de sus cosas más queridas. Recibiste la flota que regresaba de *c*
Italia y que conducía a muchos ciudadanos de allí que escapaban, creo, a la crueldad del tirano. Pero cuando el momento oportuno te llama al combate, de nuevo te lanzas terrible sobre el tirano. Éste se sitúa ante

89 Descripción del catafractario o caballero acorazado, importado por los romanos precisamente de Persia.

los desfiladeros de Italia y, escondiendo sus tropas en aquellas montañas, como una fiera, él mismo no se atreve a combatir en campo abierto. Se retira a la vecina
d ciudad[90], lujosa y opulenta, y consume su tiempo en fiestas y en una vida muelle, pensando que el escollo de las montañas es suficiente para su salvación. Licencioso por naturaleza, pensaba aprovechar el disfrute de sus pasiones en medio de tantos males, y es evidente que se creía completamente seguro, tal y como estaba la situación, con el muro de montañas que rodea Italia
39 excepto por el centro, que era un mar cenagoso semejante a las marismas de Egipto, posición intransitable para la escuadra de los enemigos. Parece, sin embargo, que nunca la naturaleza ha procurado a los intemperantes y a los cobardes defensa contra la virtud y la templanza de un hombre, y, disponiendo que todo ceda ante la inteligencia que camina junto al valor, la naturaleza, que antiguamente inventó las artes, gracias a las cuales nos llevó a la abundancia de las cosas que hasta entonces parecían inalcanzables, también en las haza-
b ñas de nuestra época nos muestra cumplido por un hombre inteligente lo que parecía imposible para muchos. Lo que entonces, emperador, demostraste con tus hechos[91] es lógico que lo aceptes ahora en palabras.

32. Así pues, dirigiste personalmente la expedición y eso que había cerca una ciudad nada despreciable.

---

[90] Aquileya, entre los Alpes y el Po, a una docena de kilómetros del Adriático, capital de Istria y Venetia, hasta la invasión de Atila de 452, en que sus habitantes se refugiaron en la zona pantanosa costera, germen de la fundación posterior de Venecia. Tenía una gran importancia industrial por sus minas de oro, comerciaba especialmente con el ámbar y, sobre todo, era una plaza militar de primer orden por su valor estratégico.

[91] Según Seeck, *RE*, T. IV, 1068, 59 ss., citado por Bidez, Constancio, durante la batalla de Mursa, estuvo alejado del combate rezando junto a la tumba de un mártir.

Mandando a los soldados esforzarse y correr peligro, no con las órdenes, sino con el ejemplo de lo que tú mismo hacías, encontraste un sendero desconocido de todos y, enviando una parte de hoplitas capaz de combatir como c
un ejército entero, cuando te enteras de que se han lanzado sobre el enemigo, tú mismo, poniéndote al frente, conduces el ejército y, rodeándolos, logras una victoria total. Esto sucedió antes de la madrugada, y antes de mediodía le es anunciada la noticia al tirano que asiste a un concurso hípico y a una fiesta sin imaginarse nada de lo sucedido. El cambio que sufrió, lo que pensó de su situación actual y cómo huyó abandonando d
la ciudad e Italia entera, purgando sus crímenes e injusticias anteriores, no sería apropiado contarlo ahora. Aun siendo breve su respiro, iba a cometer crímenes no menores que los precedentes. Así, no es en absoluto el hombre, sino el dios, quien se vale del cuerpo como medio de purificación para la maldad del alma. Pues cuando llegó a la Galia, este príncipe bueno y leal alcanzó tal extremo de maldad que, si algún tipo de cruel 40
castigo le había pasado desapercibido hasta entonces, lo inventa y, complacido, se ofrece como espectáculo las desgracias de los pobres ciudadanos. Atando hombres vivos a un carro, ordena que sean llevados y arrastrados por los aurigas, presidiendo él mismo y contemplando estos hechos. Y pasa todo su tiempo en distracciones semejantes hasta que, poniéndolo de espaldas en una tercera lucha[92], como un vencedor olímpico, le obligaste b
a sufrir la justicia debida por sus crímenes, atravesando su pecho la misma espada que había mancillado con el asesinato de muchos ciudadanos. Yo afirmo que

---

[92] Constancio se apoderó de Italia en 352 y en 353, en Mons Seleuci (actual Montsaléon), en el Delfinado, logró esta tercera victoria. Magnencio, cercado en su palacio de Lyon, se suicidó en agosto de 353.

nunca hubo una victoria mejor ni más justa que ésta ni de la cual se alegrará más el género humano, realmente liberado de tanta crueldad y cólera y disfrutando con las leyes con las que hasta ahora hemos disfrutado y
c ojalá disfrutemos más aún, ¡oh benévola providencia!

33. Creo que serás comprensivo conmigo, oh gran emperador, si, aunque desee relatar todas tus hazañas, no llego a ello, y si no dedico un recuerdo ni a la expedición a Cartago, que preparaste en Egipto y navegó hacia allí desde Italia, ni a tu conquista de los montes Pirineos, enviando tu ejército en naves, ni a tus repe-
d tidas y recientes victorias sobre los bárbaros, ni a cualquier otro hecho semejante de los sucedidos hace tiempo y que muchos desconocen. Porque incluso la ciudad de Antíoco oigo que a menudo se llama con tu propio nombre. Pues la existencia se la debe a su fundador[93], pero la riqueza y toda su abundancia se la debe a ti, que le has proporcionado puertos seguros para los que allí fondean[94]. Hasta entonces no parecía ni seguro ni
41 sin riesgo navegar por aquellas costas: tan lleno estaba el mar de escollos y de rocas submarinas junto a la costa. De los pórticos, fuentes y todas las construcciones semejantes que han surgido de tus gobernadores gracias a ti, no es necesario hablar. Y todo lo que has añadido a la ciudad de tu padre[95], terminando el muro

[93] Fundada en el año 300 a. C. por Seleuco, hijo de Antíoco.

[94] Seleucia en Pieria, en la desembocadura del Orontes, fue fundada el mismo año que Antioquía y, si bien perdió la capitalidad en favor de la segunda, permaneció como su puerto. En época imperial sirvió de muelle especialmente a la flota de guerra y Constancio, en 346, abrió nuevos muelles comerciales.

[95] Constantinopla. Los muros, comenzados por Constantino, fueron demolidos en 413 por Teodosio II y los nuevos muros que construyó, y que se conservan, permitieron doblar el recinto de la ciudad.

que la rodea, ya entonces comenzado, y estableciendo una seguridad inmortal para los edificios que parecían inseguros, ¿quién podría enumerarlo? Me faltaría tiempo si quisiera hablar en detalle de todo. *b*

34. Y hay que pasar a considerar si lo dicho se produjo acompañado de la virtud y de la mejor disposición del alma, pues es a esto, como ya dije al principio de mi discurso, a lo que hay que prestar atención. Que te comportaste piadosa y humanitariamente con tu padre, que empleaste todo tu tiempo en la concordia con tus hermanos, obedeciendo primero sumisamente y después compartiendo con ellos el mando de forma prudente, ya ha sido dicho, pero también ahora debe ser recordado. Quien considere esto como el efecto de una virtud *c*
sin importancia, examinando a Alejandro, el hijo de Filipo, y a Ciro, el de Cambises, que te alabe. Pues aquél, cuando todavía era un muchacho muy joven, daba la impresión de que era incapaz de soportar el mando de su padre, y Ciro arrebató el poder a su abuelo. Y en esto nadie es tan estúpido que no reconozca que, sin ser inferior a ellos en grandeza de alma y en la ambición de cosas hermosas, tú, sin embargo, te comportaste moderada y prudentemente con tu padre y tus hermanos. Cuando la fortuna te ofreció la ocasión de hacerte cargo de todo el poder, tú la asumiste el *d*
primero, aunque muchos te lo desaconsejaban e intentaban convercerte de lo contrario, y, tras llevar fácilmente a buen puerto la guerra que tenías entre manos [96], decidiste liberar las provincias ocupadas del imperio [97], y la guerra, al declarar tu enemistad a esos hombres, tuvo motivos más justos que ninguna otra hasta en- 42
tonces. Pues no hay que llamar guerra civil a la incitada

96 Con los persas.
97 Por Magnencio.

por un jefe bárbaro que se proclamó a sí mismo empe-
rador y se eligió general. Sus crímenes y cuanto hizo
contra tu casa no me resulta agradable volverlo a re-
cordar. ¿Quién podría citar una hazaña más valerosa
que esta que tú llevaste a cabo? Aunque era evidente
que hubieras estado en peligro si fracasabas, sin em-
b bargo la acometiste, no por el provecho, y sin pensar a
cambio en la gloria de eterna memoria, por la que a
menudo se arriesgan incluso a la muerte los hombres
valerosos, como pagando con su vida el precio de la
fama, ni por la ambición de un imperio mayor y más
brillante, que ni siquiera deseaste cuando eras joven,
sino que, por amor a la belleza misma de esta acción,
creíste que era preferible afrontarlo todo antes que
ver a un bárbaro reinando sobre los romanos, estable-
c cido como dueño de las leyes y la constitución, y hacien-
do oraciones en favor de la comunidad cuando había
cometido tantas impiedades y crímenes.

35. Lo deslumbrante de la expedición y la cuantía de
los gastos, ¿no son suficientemente asombrosos? Ya sé
que Jerjes, que levantó Asia contra los griegos, se pre-
paró no menos de diez años para aquella guerra y, aun
d así, llevó mil doscientas trirremes de las mismas regio-
nes de las que tú, creo, en ni siquiera diez meses de
construcción sacaste una escuadra superior a aquélla en
el número de naves. Y no se pueden comparar ni su for-
tuna ni sus hazañas. La magnificencia de los demás
gastos resulta difícil de decir, y no voy a aburrir enu-
merando ahora todo lo que devolviste a las ciudades
desasistidas desde hacía tiempo. Pues todas son ricas
43 gracias a ti, cuando con tus antecesores estaban faltas
hasta de lo indispensable, y cada una de las casas par-
ticulares progresa debido al bienestar común de las ciu-
dades. Pero hay que recordar tus regalos a particula-
lares, saludándote como emperador liberal y generoso

a ti, que a muchos, en otro tiempo privados de sus
propias posesiones y caído en desgracia su patrimonio
en justicia o contra ella, una vez que fuiste el dueño,
a unos les devolviste la posesión de sus fortunas, como
un buen juez que endereza los errores de los anteriores, *b*
a otros, como un juez clemente, les hiciste gracia de
aquello de lo que se habían visto privados, estimando
que era suficiente castigo el tiempo que habían tenido
que soportarlo. Y los regalos que hiciste de tu patrimo-
nio particular, con los que convertiste en más ricos a
muchos que ya antes parecían ser respetados por la
abundancia de sus bienes, ¿habrá que recordarlos aho-
ra, aunque parezca que consumo mi tiempo en menu-
dencias? Además, está claro para todos que jamás, ex- *c*
cepto Alejandro el hijo de Filipo, se vio ningún rey que
repartiera tantos regalos a sus amigos[98]; por el contra-
rio, a unos la riqueza de sus amigos les parecía más
sospechosa y temible que la fuerza de sus enemigos, y
otros, despreciando la buena cuna de sus súbditos e
injuriando de todas las maneras posibles a los nobles,
o incluso exterminando sus familias, se hicieron públi-
camente responsables de las desgracias de la ciudad y *d*
en particular de hechos sacrílegos. Algunos no han de-
jado de envidiar los bienes corporales, quiero decir, la
salud, la belleza, la buena constitución, o no han podido
escuchar siquiera la virtud de alguno de los ciudadanos,
sino que el parecer que participaban de ella era a sus
ojos un crimen comparable al asesinato, al robo, a la
traición. Y alguno podrá decir en verdad que esto no es
propio de reyes, sino obras y acciones de tiranos mal-
vados y mezquinos. Pero ese sentimiento, que no es sólo 44
propio de los insensatos, sino que también alcanza a al-

98 Amiano, XXV, 4, 15, nos cuenta que a Juliano le gustaba repetir un dicho atribuido a Alejandro: cuando le preguntaban dónde estaban sus tesoros, respondía que en casa de sus amigos.

gunos hombres prudentes y dulces, el odiar a los amigos que poseen más, el querer a menudo empequeñecerlos y privarles de lo que les es debido, ¿quién se atrevería a atribuírtelo a ti?

36. Cuentan que Ciro el persa, que era yerno de un rey[99], tuvo que soportar la enemistad de su suegro por los honores que le rendía el pueblo, y es claro que Age-
b silao estaba irritado con Lisandro por los honores que recibía entre los jonios[100]. Pues, superando a todos éstos en virtud, tú decidiste enriquecer a los ricos de forma más sólida que un padre lo haría con sus propios hijos, velando por la nobleza de tus súbditos como si fueras el fundador y legislador de todas las ciudades. Y aumentando la riqueza de los afortunados y creando tú mismo otras nuevas fortunas con tus regalos, es evidente que superas, por su grandeza, los presentes que provienen
c de los reyes y, por su estabilidad, los favores de los gobiernos populares. Y esto creo que sucede de forma muy natural: pues unos, privados de ciertos bienes, envidian a quienes los poseen, pero el que posee algo espléndido, en parte debido a la fortuna que no pueden alcanzar los demás, en parte debido a la voluntad, que es mucho más respetable que lo que procede de la fortuna, ése no puede, cuando está privado de algo, envidiar al que lo posee. Y como tú sabes que posees en mayor
d grado que nadie estos bienes, te alegras con los bienes de otros, te pone contento la buena marcha de tus súbditos, y a unos les dispensaste honores, a otros piensas hacerlo y sobre algunos deliberas. Y no te conformas con distribuir a tus amigos el mando, con los honores que comporta, de una sola ciudad ni de un solo pueblo o

[99] Cf. JENOFONTE, *Cirop.*, V, 5, 6: Ciro casó con la hija de Ciaxares, rey medo, con quien mantuvo relaciones algo tirantes.

[100] Cf. JENOF., *Helen.*, III, IV, 7, y PLUTARCO, *Agesilao*, 7.

varios al tiempo, sino que, si no eligieras una persona que compartiera el imperio por el que tanto te esforzaste al arruinar la raza de los tiranos, tomarías tu obra 45
como indigna de tus éxitos. Y que, no por necesidad, sino más bien por el placer de hacer don de todo, tomaste esta decisión, creo que es de todos conocido[101]. Pues no elegiste colega para las luchas contra los tiranos, sino que consideraste mejor hacer partícipe de los honores a quien no lo había sido de las fatigas sólo cuando ya no hubiera ningún peligro[102]. Y está claro que quisiste que participase de los honores sin arrebatarle ni un ápice, mientras que de las fatigas no le concediste la mínima parte, excepto si en alguna ocasión *b*
era necesario que te siguiera por corto tiempo en una expedición militar[103]. ¿Es que hay que añadir a mis palabras sobre este punto algunos testigos y pruebas? ¿O resulta evidente, fijándose en el propio orador, que son ciertas sus palabras?

37. Pero sobre esto no es necesario ya perder más tiempo. En cambio, sobre tu moderación y prudencia y la buena disposición que inspiraste a tus subordinados quizá no esté fuera de lugar hablar brevemente. Pues, ¿quién desconoce que desde niño tuviste un cuidado tan grande de esta virtud como ninguno de tus antecesores? *c*
Y de esta moderación en la infancia tu padre fue testigo

---

101 En realidad, cuando Constancio nombró César a Juliano tenía necesidad de atender tanto al frente persa como a las amenazadoras invasiones germánicas en Galia.

102 Aunque Juliano se refiere a sí mismo, y no con exactitud, puesto que las invasiones germánicas constituían un enorme peligro, es difícil que pasara desapercibido que, muy al contrario, Galo había sido nombrado César en 351 para vigilar Oriente y permitir a Constancio tener las manos libres en su lucha contra Magnencio.

103 Pasaje clave para la datación de este discurso. Cf. introducción.

fidedigno al encargarte a ti solo los asuntos del mando y el reparto con tus hermanos, aunque no eras el primogénito de sus hijos [104]. Tu moderación, cuando ya eras un hombre, la conocemos todos, ya que siempre te comportaste con el pueblo y los magistrados como un ciudadano obediente a las leyes y no como un rey que
d manda en ellas. Porque, ¿quién te ha visto orgulloso por tu buena estrella? ¿Quién, gloriándote por la cantidad de tantos y tan importantes éxitos ocurridos en tan corto espacio de tiempo? En cambio, dicen que el hijo de Filipo, Alejandro, cuando aniquiló el poderío persa, no sólo cambió su anterior forma de vida adoptando un mayor orgullo y un desprecio de todos excesivamente
46 odioso, sino que incluso despreciaba a su progenitor y a todo lo humano. Pues pretendía ser tomado por hijo de Ammón y no de Filipo, y sus camaradas del ejército, cuantos no supieron ni adularle ni portarse como esclavos, fueron castigados más duramente que los prisioneros. En cambio, ¿hay que recordar aquí los honores que tú rendiste a tu padre? Venerándole continuamente no sólo en privado, sino en todas las reuniones públicas, le celebrabas como a un héroe benefactor. Y de entre
b los amigos —pues no los honras sólo de nombre, sino que, sobre todo, aseguras su nombre con los hechos—, ¿hay alguno que se queje de una deshonra o de una multa o de un perjuicio o de algún otro desprecio, grande o pequeño? Ni uno solo podría en modo alguno decir algo semejante. Pues de ellos, unos, muy viejos, tras permanecer en sus magistraturas hasta el fin decretado de su vida, declinaron la preocupación de sus cargos junto con la de sus cuerpos, transmitiendo a sus
c hijos, a sus amigos o a alguno de su familia, su he-

---

[104] Bidez se pregunta si puede tratarse del testamento confiado por Constantino a Constancio según Sozómeno, II, 34, 2.

rencia[105]; otros, impedidos ya para los trabajos y el ejército, después de haber obtenido un honroso licenciamiento, viven con toda prosperidad. Y otros murieron, considerados felices por el pueblo. En resumen, no existe nadie que, tras haber participado de tu amistad, aunque después se mostrara como un malvado, fuera castigado más o menos: bastaba con convencerle y que no importunara más.

38. Siendo así en estas cosas desde el principio, de *d*
todo placer que comporte un reproche, por pequeño que sea, mantuviste pura tu alma. Creo que tú eres el único de los emperadores anteriores, y casi, excepto unos pocos, de todos los hombres, que ofreciste el más bello ejemplo de templanza no sólo a los hombres, sino también a las mujeres en sus relaciones con los hombres. Porque todo lo que les prohíben las leyes al cuidarse del nacimiento de los hijos legítimos, eso mismo 47
tu razón se lo impedía a tus deseos[106]. Pero, aunque todavía tengo algo más que decir sobre esto, lo dejo. En cambio, de tu prudencia no es nada fácil hacer un elogio digno, pero, aunque sea brevemente, hay que decir algo de ella. Y creo que los hechos tienen más poder de persuasión que las palabras. Porque no es lógico que un poder y una fuerza tan grandes, si no han sido dirigidas y mandadas por una prudencia igual, hayan llegado a *b*
tanta grandeza y alcanzado tan bellas hazañas. Se debe uno dar por satisfecho si un estado perdura mucho tiempo basado en la fortuna sin la prudencia; pues florecer apoyado en la fortuna durante un breve período es fácil, pero salvaguardar los bienes recibidos sin la prudencia

---

105 No fue éste precisamente el caso del padre y otros familiares de Juliano que perecieron en la matanza palaciega de 337.

106 Cf. Amiano, XXI, 16 1 ss., cuyo testimonio en este punto concuerda absolutamente con el de Juliano.

no es *tarea sencilla, sino más bien imposible*[107]. En resumen, si es necesario dar una prueba evidente de esto, no será difícil encontrar muchas y conocidas. Pues pen-
c samos que el buen juicio es encontrar la mejor solución entre diferentes cosas buenas y provechosas referentes a las acciones[108]. Por tanto, lo que hay que examinar es si no fue ésta una característica de todas tus acciones. Pues bien, cuando hubo necesidad de concordia, te alegraste de empequeñecerte y, cuando fue necesario ayudar a los intereses comunes, elegiste la guerra con todo ardor[109]. Maniobrando hábilmente, destruiste el poderío persa sin perder a ninguno de tus hoplitas, y, dividiendo la guerra contra los tiranos, a uno lo venciste
d con tus palabras y, tomando sus tropas intactas y que no habían experimentado ninguna derrota, venciste más por tu inteligencia que por tu fuerza al causante de tantas desgracias para todos.

39. Quiero, hablando de esto, mostrar más claramente a todos en qué depositaste especialmente tu confianza y a cuántas acciones te entregaste sin fallar en ninguna. Tú crees que es preciso que la buena disposición de tus
48 súbditos constituya para el soberano la más firme de las defensas, pero que es totalmente absurdo mandar y ordenar poseerla, como si se tratara de un tributo o un impuesto. Lo único que queda es, pues, como tú hiciste, beneficiar a todos e imitar la naturaleza divina que hay en los hombres: comportarte dulcemente ante la cólera, levantar lo más pesado de los castigos y, me parece,
b tratar con moderación y clemencia a los enemigos derrotados. Haciendo y admirando esto y mandando imitarlo

107 Cf. Demóst., *Olint.* I, 23.

108 Cf. Aristót., *Magna Mor.*, II, 3, pp. 1199a 7 y 1141b 13. Cf. Bidez.

109 En el primer caso, en el reparto del imperio con sus hermanos; en el segundo, ante la usurpación de Magnencio.

a los demás, aunque todavía dominaba en Italia el tirano, trasladaste Roma, representada por su senado, a Panonia, y tuviste bien dispuestas a las ciudades para los servicios públicos. Y sobre la fidelidad de tus ejércitos, ¿quién podría hablar adecuadamente? Un escuadrón de caballería [110] se había pasado a tu lado antes de la batalla de Mursa y, una vez que te hiciste dueño de Italia, también lo hicieron tropas de infantería y tropas escogidas. Pero lo que sucedió en Galia, poco después *c*
del desgraciado final del tirano, demuestra la fidelidad común de todas tus tropas, al despedazar como a un lobo al osado que, animado por su aislamiento, se había puesto un femenino vestido de púrpura. Cómo te portaste ante este hecho y con cuánta dulzura y humanidad procediste con todos los amigos de aquél a los que no *d*
se pudo probar ninguna complicidad, pese a que muchos delatores se lanzaron a la acusación deseando que esta sola amistad fuese sospechosa, yo lo considero como la máxima virtud. Pues afirmo que obraste con moderación, con justicia y con mucha sensatez. El que crea otra cosa se equivoca en la correcta interpretación de los hechos y en tu intención [111]. Pues era justo, como es natural, perdonar a los que no habían sido convictos y creíste que la amistad no debía en absoluto proporcionar sospechosos y ser evitada por ello, tú que habías sido levantado por el afecto de tus súbditos a tal grado de grandeza y éxito. Pero ni siquiera permitiste que el hijo del culpable, un niño, se viera afectado por el castigo del padre. Así, tu acción, al inclinarse hacia la clemencia, es un testimonio de tu perfecta virtud.

---

110 Cf. Amiano, XV, 5, 1 ss. Se trata del escuadrón mandado por Silvano que, ante las intrigas urdidas contra él por los cortesanos, se vio obligado a proclamarse emperador en Colonia en 355.

111 Sin embargo, Amiano, testigo de los hechos, afirma que hubo fuertes represalias.

II

ELOGIO DE LA EMPERATRIZ EUSEBIA

INTRODUCCIÓN

Eusebia es la segunda esposa de Constancio —y no la primera como quiere Wright[1]—. En efecto, Constancio casó en 335 con una prima suya, hija de Julio Constancio y de su primera esposa Gala (y, por tanto, hermana por parte de padre de Juliano), de la que Constancio no tuvo hijos, como tampoco los tendría de Eusebia. Con ésta casó Constancio en Milán en 352-3. Era hija de Flavio Eusebio, cónsul en 347, y tenía dos hermanos, Flavio Eusebio y Flavio Hipatio, que fueron también cónsules en 359[2], el segundo de los cuales, que llegó a ser prefecto de Roma y prefecto del pretorio de Italia, parece que fue buen amigo del historiador Amiano. Eusebia acompañó a Constancio en dos ocasiones a Roma: una en 356 y otra en abril de 357, con ocasión de la celebración de las *vicennalia* de su esposo. Murió, poco antes que su esposo, al comienzo de 361, y Constancio todavía contraería un tercer matrimonio, en busca siempre de descendencia, con Faustina en Antioquía, del que nacería, tras la muerte del emperador, su única hija Constancia, futura esposa del emperador Graciano. Aparte de los datos aportados por Juliano y corroborados por Amiano, sólo queda una noticia proporcionada por

1 Cf. la introducción a este discurso en su edición.
2 Cf. AMIANO, XVIII, 1, 1, y parágrafo 10 de este discurso.

Amiano[3] que arroja una sombra sobre las relaciones entre la emperatriz y el César: según el historiador, Eusebia habría malogrado dos hijos de Juliano y Helena para evitar que ésta tuviera descendencia. El propio Juliano guarda un silencio absoluto sobre el tema a lo largo de su obra.

La disposición general de este discurso es sensiblemente semejante a la del anterior elogio a Constancio, al que habría acompañado según la opinión casi unánime de los críticos. Esto explicaría que en dicho elogio al emperador no hubiera la mínima mención de Eusebia, contra las reglas del panegírico real, que aconseja hacerlo siempre que sea posible, y éste era, sin duda, el caso.

La peculiaridad, pues, consiste en el hecho de que sea la emperatriz, y no el emperador, la destinataria del discurso, hecho inusitado. Al ser Eusebia el personaje principal, se adivina fácilmente a lo largo del discurso el esfuerzo de Juliano para que Constancio ocupe siempre, pese a todo, el lugar más importante y no quede borrado, lo que supondría una grave transgresión de los límites de la conveniencia. Así, Juliano tiene que excusarse por hacer el elogio de Eusebia, invocando a Homero en sus elogios de Arete o Penélope. El objeto del discurso es saldar una deuda de gratitud con la emperatriz, sinceramente sentida por Juliano, y, seguramente, de esta forma indirecta, pedir una vez más su apoyo.

Aunque se admite la sinceridad de Juliano en este elogio de Eusebia y algunas páginas demuestran claramente cómo está escrito con mayor espontaneidad que los dirigidos a Constancio, no hay que olvidar que sigue los pasos acostumbrados de alabar la patria, antepasados y virtudes, como hemos visto ya en el discurso

[3] Cf. XVI, 10, 18 ss.

anterior. Sólo que, al llegar a la exposición de los «hechos gloriosos», el campo se limita de forma desafiante para el ingenio del orador, que recurre a contar su propio caso como ejemplo de la inclinación al bien de Eusebia que hizo que Constancio fuera aún más clemente de lo que era (?).

Juliano debe a Eusebia, y así lo reconoce, el que Constancio no admitiera, sin escucharle previamente, infundadas sospechas contra él[4]; que lo enviara a Grecia —ocasión para una digresión sobre su filohelenismo que esta vez no está fuera de lugar si se piensa que Eusebia era natural de Macedonia—; su nombramiento como César, aunque, a diferencia de Amiano[5], Juliano, como es natural, para no ofender a Constancio, lo transforma en una simple invitación para que no rehúse el ofrecimiento; finalmente, su boda con Helena, fríamente aludida, sobre todo frente al entusiasmo que, a continuación, demuestra por la biblioteca que le regaló Eusebia al partir para la Galia.

De todo ello cabe deducir que Juliano debe a Eusebia la vida, primero, y su elevación al rango de César, después. Y la sinceridad de su elogio queda demostrada por la confrontación con la *Carta a los atenienses* en que, en pleno enfrentamiento con Constancio y muerta ya Eusebia, Juliano la vuelve a alabar sin ningún tipo de subterfugios. El motivo de esta mutua simpatía entre Eusebia y Juliano permanece oculto, sin que ello signifique que sea realmente misterioso y vaya más allá de los hechos aquí expuestos. Quizá fue sólo inteligencia política de Eusebia y gran habilidad femenina para tratar al joven Juliano, que quedó deslumbrado por esta mujer mucho más que por su esposa Helena.

---

4 Cf. Amiano, XV, 2, 8.

5 Cf. XV, 8, 3.

Pese a los esfuerzos, ya mencionados, por hacer presente a Constancio, una lectura despaciosa del discurso muestra lo lejos que Juliano situaba a Eusebia de su esposo. Baste recordar la insistencia en la que es considerada como la máxima prueba de la virtud de la emperatriz: sus buenas acciones innumerables, más las que llevó a cabo con el propio Juliano, que se resumen en lo que Pericles juzgaba su mayor mérito: no haber sido causa de la muerte de ningún conciudadano. El contraste con las crueldades de Constancio —aunque fueran por omisión y dejar hacer a sus palaciegos— es demasiado fuerte para que no salte a la vista y, una vez más, como en los otros panegíricos de Juliano, uno se siente tentado de hacer una doble lectura de estas obras primerizas y obligadas en las que el César no era libre de expresarse a su antojo. Bidez señalaba que, en el primer panegírico, Juliano no hacía realmente la descripción del emperador tal cual era, sino tal y como debía ser. En el elogio de Eusebia, Juliano, al alabar la bondad en general y especialmente para con él de la emperatriz[6], señala acusador la actuación opuesta de su egregio esposo.

---

[6] Amiano, XXI, 6, 4, tras la muerte de la emperatriz, resume así su opinión sobre ella: «Mujer distinguida entre muchas por la belleza de su físico y de su carácter, y amable pese a su elevada posición, gracias a cuyo justísimo favor fue salvado Juliano de los peligros y declarado César».

SINOPSIS DEL DISCURSO

	Parágrafos
Introducción: los ingratos son seres despreciables y no les excusa el parecer aduladores. Igual que a los hombres, hay que alabar a las mujeres virtuosas, siguiendo el ejemplo de Homero con Penélope y Arete, cuyo orden del elogio se sigue.	1-2
Elogio de la patria: al ser Macedonia, recuerdo de Filipo, Alejandro y su capital Tesalónica, cuna de Eusebia.	3
Elogio de los antepasados: hija de un cónsul que reúne doble mérito, por haber alcanzado tal rango el primero en su familia. Digresión sobre la evolución del consulado. Esposa de un emperador que reúne todas las virtudes. Elogio de la madre que se encargó de su educación y superó en virtud a Penélope.	4-6
Transición: hay que pasar por alto el cortejo de la novia y los esplendores materiales como cosa pueril. Digresión: sería igual que si un citaredo encantara a la multitud con sus vestidos y no con la pureza de su música.	7
Elogio de las virtudes: al igual que Penélope, influyó en el natural humano de su esposo haciéndole inclinarse más en esta dirección. No ha sido responsable de ninguna desgracia, dulcificando aún más el voto de Atenea. Favoreció a todos sus familiares y conocidos.	8-10
Ejemplo, la conducta de Eusebia con Juliano: consiguió que Constancio no admitiera sospechas infundadas y	

Parágrafos

lo recibiera; lo envió a Grecia. *Excursus* sobre su filohelenismo. Le granjeó el favor del emperador y le invitó a no rehusar el título de César. 11-13

Situación de Juliano en su nueva vida comparado con un auriga inexperto. Entrevista con Eusebia; boda con Helena; regalo de una biblioteca y digresión sobre el valor de los libros. 14-15

Es una deuda de gratitud: parábola del plantador de viñas; sentencia de Tales: «reconoce que te he enseñado y habrás pagado lo que me debes». 16

Resumen final: no son cosas sin importancia. Homero alaba sólo la virtud y modestia de Penélope. Las mujeres de la antigüedad que hicieron grandes acciones fueron causa de grandes calamidades. Como Pericles, su mayor mérito es no haber causado la muerte de ningún ciudadano. El recibimiento tributado en Roma es prueba de sus virtudes. Despedida. 17-19

ELOGIO DE LA EMPERATRIZ EUSEBIA

1. ¿Qué hay, pues, que pensar de los que, teniendo 102 una gran deuda por un gran servicio recibido —no hablo ni del oro ni de la plata, sino, simplemente, de cualquier beneficio que uno reciba del prójimo—, no intentan ni se preocupan de pagar con la misma moneda, sino que, por el contrario, no se toman ningún esfuerzo en hacer lo posible para liberar su deuda? ¿No está claro que debe considerárseles despreciables y malvados? Pues me parece que odiamos la ingratitud más que cualquier otra *b* injusticia y reprobamos a los hombres que, tras haber recibido algún beneficio, se muestran desagradecidos para con sus bienhechores. Ahora bien, el desagradecido no es sólo aquel que recibiendo algún beneficio actúa mal de palabra o de obra, sino también aquel que calla y oculta, entregando al olvido y haciendo invisibles los beneficios. De aquella primera maldad, brutal e inhumana, son muy pocos los ejemplos y fáciles de contar; en cambio, son muchos los que ocultan la apariencia de *c* haber recibido un beneficio, no sé con qué intención. Ellos afirman que así rechazan la sospecha de bajeza e indigna adulación. Pero yo, aunque estoy convencido de que tales personas no dicen nada sensato, lo dejaré sin embargo a un lado, y demos por sentado que logran 103 escapar, como creen, a una falsa sospecha de adulación; pero al mismo tiempo se verá que participan de muchas

pasiones y de las enfermedades más vergonzosas e indig-
nas de un hombre libre. Porque, una de dos: o bien,
sin comprenderlo, se muestran totalmente insensibles a
lo que nunca deberían ser insensibles, o, comprendién-
dolo, se olvidan de lo que merece un recuerdo eterno;
pero si lo recuerdan y se niegan a admitirlo por los mo-
tivos que sean, son por naturaleza despreciables, envi-
b diosos y, en una palabra, enemigos del género humano,
ellos que no quieren ser delicados y amables ni siquiera
con sus bienhechores, mientras que, cuando hay que in-
sultar y morder, miran coléricos e irritados como fieras.
Evitando el elogio sincero como si fuera un gasto lujo-
so, no sé por qué condenan la alabanza de las bellas
acciones, cuando lo que hay que buscar es tan sólo si
honran la verdad y si le dan a esto más importancia que
a la apariencia de buscar favores con el elogio. Porque
c no se puede decir que la alabanza sea algo inútil ni
para los que la reciben ni para los demás que, pese a
haber obtenido el mismo puesto en la vida que aquéllos.
no han alcanzado la virtud en sus acciones. Pues para
los primeros es algo agradable de escuchar y que les
predispone para obras hermosas y superiores; y a éstos
les persuade y obliga a emular aquellos hechos, al ver
que ninguno de sus predecesores ha sido privado de lo
d que únicamente es hermoso dar y recibir públicamente.
En efecto, dar dinero a las claras y mirar en torno de
forma que muchos se den cuenta de lo entregado es
propio de un hombre grosero. Y, además, no rehusar
y extender las manos ante los ojos de todos no es po-
sible sin haberse despojado completamente de la ver-
güenza y el pudor. Arquesilao, cuando daba algo, inten-
taba que el que lo recibía no se diera cuenta, y éste
104 conocía por la propia acción a su autor. El que elogia,
en cambio, debe encontrar el mayor número posible de
oyentes, aunque también debe conformarse, creo, si son
pocos. También Sócrates, Platón y Aristóteles elogiaron

a muchos hombres y Jenofonte al rey Agesilao y a Ciro el persa, no solamente al antiguo, sino también a aquél junto al que combatió contra el rey, y no ocultó que escribía elogios.

2. En cuanto a mí, me parecería extraño que elogiáramos gustosos a los hombres y, en cambio, no consi- *b*
deráramos digna de alabanza a una mujer noble, si pensamos que ellas son capaces de una virtud en nada inferior a la de los hombres. Si creemos que debe ser modesta, inteligente y repartir a cada uno de acuerdo con su mérito, valerosa en los peligros, magnánima y liberal y, por decirlo así, dotada de todas las virtudes semejantes, ¿la privaremos de elogios por sus acciones por temor al reproche de adulación? Homero no se aver- *c*
gonzó de elogiar a Penélope ni a la esposa de Alcínoo, ni ninguna otra mujer que sobresalió por su nobleza o, siquiera, participó de la virtud, por poco que fuera, dejó de recibir su alabanza. Además, ¿aceptaremos recibir y participar de algún beneficio, sea grande o pequeño, no menos de una mujer que de un hombre, y, en cambio, dudaremos en pagar la deuda correspondiente? Y que *d*
no digan que precisamente el encontrarse en una necesidad así es ridículo e indigno de un hombre decente y noble, porque, entonces, el sabio Ulises era innoble y cobarde, pues suplicó a la hija del rey que jugaba en un prado, junto a las muchachas de su misma edad, en la orilla del río[1]. Y que tampoco dejen tranquila ni siquiera a Atenea, la hija de Zeus, que, nos cuenta Homero, tomando la forma de una muchacha noble y hermosa[2], mostró a Ulises el camino que conducía a palacio, 105
aconsejándole y enseñándole lo que, una vez dentro, debía hacer y decir, y, como un orador perfecto cono-

[1] Nausícaa. Cf. *Od.*, VI, 149 ss.
[2] Cf. *Od.*, VII, 20 ss.

cedor de su técnica, canta él el elogio de la reina comenzando por su linaje. Sus versos en este punto son así:

A la reina primero acércate en palacio.
b *Arete es su nombre y es de los mismos*
antepasados que engendraron al rey Alcínoo[3].

Y cuenta, creo que remontándose hasta Posidón, el origen del linaje y lo que hicieron y sufrieron y cómo, al morir el padre, joven aún y apenas casado, su tío la tomó como esposa y la honró

como ninguna otra sobre la tierra ha sido honrada[4],

c y cuenta todo lo que recibe

de sus hijos queridos y del propio Alcínoo[5]

y, creo, que incluso del consejo y del pueblo, que, como a una diosa, la contemplaban caminando por la ciudad, y el poeta añade finalmente un elogio deseable tanto para un hombre como para una mujer:

pues ella no está desprovista de una inteligencia excelente[6];

diciendo que, asimismo, sabía juzgar bien con su prudencia y resolver con arreglo a justicia los pleitos sur-
d gidos entre los ciudadanos. *Así pues, si con tus súplicas consigues su benevolencia,* dijo Atenea a Ulises,

Mantén la esperanza de volver a ver a tus amigos
y regresar a tu elevada casa[7],

---

[3] Cf. *Od.*, VII, 53.
[4] Cf. *Od.*, VII, 67.
[5] Cf. *Od.*, VII, 70.
[6] Cf. *Od.*, VII, 73.
[7] Cf. *Od.*, VII, 76-7.

y Ulises obedeció el consejo. ¿Acaso necesitamos todavía mejores ejemplos y pruebas más claras para huir de la sospecha de parecer adular? Pues bien, imitando no- 106
sotros a aquel sabio y divino poeta, alabaremos a la excelente Eusebia y, aunque deseamos hacer un elogio digno de ella, nos contentaremos si logramos mostrar, aun en cierta medida, sus muchas y bellas cualidades, los méritos que posee, su prudencia y justicia, o su dulzura y moderación, o el amor hacia su esposo, o su liberalidad, o su forma de honrar a sus íntimos y parientes. Creo que conviene, siguiendo las huellas de lo *b*
ya dicho, que haga así un elogio paralelo, dándole el mismo orden que a aquél, recordando su patria, como es lógico, y sus padres, cómo se casó y con quién, y todo lo demás de la misma manera que en el anterior.

3. Aunque podría decir muchas cosas venerables sobre su patria, creo que algunas las pasaré por alto a causa de su antigüedad, pues parecen no estar lejos de los mitos, como eso que se dice de las Musas, que pro- *c*
cedían de Piéride, y no del Helicón, cuando llegaron al Olimpo llamadas por su padre. Ésta y cualquier otra narración semejante, más propias del mito que de un discurso, hay que dejarlas a un lado. Pero decir algunas cosas de todos conocidas quizá tampoco esté fuera de lugar en el presente discurso. Se dice que la tierra de los macedonios la habitaron los descendientes de Heracles, hijos de Témeno, y que, tras haberles tocado en *d*
suerte la Argólide, se rebelaron y pusieron fin a su disputa y ambición recíprocas fundando una colonia. Entonces se apoderaron de Macedonia y, dejando una descendencia feliz, unos tras otros fueron reyes, repartiéndose los honores como una herencia. Creo que no sería sincero ni fácil alabarlos a todos ellos. Pero de todos los hombres excelentes que vivieron y dejaron bellísimos monumentos del carácter griego, Filipo y su

107 hijo fueron superiores a todos los que gobernaron antiguamente Macedonia y Tracia, y yo creo que, incluso, a los que lo hicieron sobre los lidios, los medos, los persas y los asirios, excepción hecha del hijo de Cambises, que hizo pasar el imperio de los medos a los persas. Pues Filipo fue el primero que se propuso acrecentar el poderío de los macedonios e, imponiéndose en la mayor parte de Europa, llevó sus límites por Oriente y Mediodía hasta el mar, por el lado de la Osa creo que hasta
b el Istro y por Occidente hasta el país de Órico[8]. Por su parte, su hijo, educado por el sabio estagirita, hasta tal punto superó en grandeza a todos los demás, e incluso a su propio padre, por su arte militar, por su valor y por todas sus demás virtudes, que pensó que no era digno de él vivir a no ser que gobernara sobre la totalidad de los hombres y sobre todos los pueblos. Por tanto, recorrió el Asia entera sometiéndola y fue el pri-
c mer hombre que se prosternó ante el sol saliente y, cuando se lanzaba hacia Europa para apoderarse del resto y hacerse dueño de toda la tierra y el mar, el destino lo alcanzó en Babilonia. Los macedonios mantuvieron el gobierno de todas las ciudades y pueblos adquiridos por él. ¿Hacen falta, acaso, pruebas mayores para demostrar qué famosa y grande fue antiguamente Macedonia? Y la más importante ciudad es aquella que cons-
d truyeron, creo que tras la caída de los tesalios, y que lleva el nombre de su victoria sobre ellos[9].

4. Sobre este tema no necesito decir más. Y en lo que se refiere a su nobleza, ¿por qué tendríamos que buscar hechos que fueran una prueba más clara y brillante? En efecto, es hija de un hombre digno de ejercer la magis-

[8] En el Epiro.

[9] Tesalónica, que, en griego, significa «victoria tesalia».

tratura que da su nombre al año[10], considerada antiguamente poderosa y auténticamente regia, pero que cambió su nombre a causa de los que no utilizaron
correctamente su poder. Ahora, perdida ya su fuerza, 108
puesto que el régimen ha pasado a ser monárquico, parece que el honor que comporta por sí misma, privada de todo lo demás, es un contrapeso de todo poder, otorgándose a los particulares como premio y recompensa de su virtud, de su lealtad o de su buena disposición y de sus servicios a los que gobiernan en todo el mundo, o de una brillante hazaña, mientras que para
los emperadores se añade a los bienes que ya poseen *b*
como un ornamento y una gloria más. Porque de los demás nombres y hechos que conservan cierta imagen débil y oscurecida de aquel antiguo régimen, o bien los desprecian totalmente y los rechazan por su poder, o bien los aceptan y disfrutan de ese nombre durante toda la vida. Creo que ésta es la única magistratura que no despreciaron desde el principio, y se alegran de obtenerla sólo durante un año. Y no hay ni ha habido
ningún particular ni ningún emperador que no se haya *c*
mostrado deseoso de ser llamado cónsul. Y si, por el hecho de que el padre de Eusebia fue el primero que la alcanzó e inauguró así la celebridad de su familia, alguien supone que es inferior a los demás, se engañaría y se equivocaría. Porque creo que, en todo caso, es mejor y más respetable proporcionar a los descendientes una magistratura de tanto relieve que recibirla de los antepasados, ya que más vale ser fundador que ciudadano de una gran ciudad, así como recibir cualquier
bien es inferior absolutamente a darlo. Parece lógico *d*
que los hijos tomen de sus padres y los ciudadanos de sus ciudades los fundamentos de su gloria. Pero quien devuelve a sus propios antepasados y a su patria un

10 Es decir, el consulado. Cf. introducción al discurso.

mayor timbre de gloria, más brillante y venerable, ha-
ciendo a sus padres más famosos, ése no deja a nadie
la posibilidad de rivalizar en nobleza, ni nadie existe
109 que pueda decir que es superior a él. De hombres bue-
nos nace por fuerza un hombre bueno, pero cuando el
que nace de personas ilustres es más ilustre, soplando
en la misma dirección su fortuna y su virtud, no permi-
tirá que nadie ponga en duda sus legítimos intentos de
alcanzar la nobleza.

5. Eusebia, sobre quien versa el discurso, ha sido
hija de un cónsul, es esposa de un emperador valeroso,
prudente, inteligente, justo, excelente, dulce y magnáni-
mo que, cuando se hizo con el imperio que era su he-
b rencia, arrebatándoselo a quien lo tomó por la fuerza[11],
necesitando un matrimonio para la procreación de sus
hijos, que heredarían sus honores y poder, juzgó a ésta
digna de compartirlo, una vez que ya se había hecho
dueño prácticamente[12] de toda la tierra habitada. Y qué
mejor testimonio podría encontrarse que éste, no sólo
de su nobleza, sino, creo, de todas las virtudes que era
necesario que llevara la que iba a ser compañera de
semejante emperador a modo de dote desde su casa,
c una perfecta educación, una inteligencia armoniosa y
una juventud y belleza tal que oscurece a las demás
muchachas, lo mismo que, me parece, las brillantes es-
trellas decrecen en su fulgor y ocultan su forma ante la
presencia de la luna llena[13]. Una sola, en efecto, de estas

---

[11] Magnencio.

[12] Esta limitación podría indicar, según Seeck, *RE*, t. VI, 1365, 23 ss., citado por Bidez, que la boda debió de realizarse tras la batalla de Mursa, pero antes de la muerte de Magnencio, cuando éste detentaba aún algún poder en Galia. Es decir, en el invierno 352-3 en Milán.

[13] Cf. Safo, *fragm.* 200 (ed. Page, *Lyrica Graeca Selecta)*, citado también en una carta al parecer falsamente atribuida a Juliano (cf. Bidez, *Epistulae, leges, fragmenta*, pp. 256 y 264, 10 ss.).

cualidades, tan sólo una, no hubiera parecido suficiente
para alcanzar la unión con el emperador, pero todas
juntas y agrupadas, como si un dios hubiera modelado
una bella y prudente esposa para un buen emperador,
atrajeron desde lejos, y no superficialmente, a su muy *d*
afortunado esposo. Pues la belleza sin la ayuda de la
nobleza y de las demás cualidades, creo que no es capaz
de convencer ni siquiera a un particular, por apasionado
que sea, a alumbrar la lámpara matrimonial, y si las
dos juntas han atado un matrimonio muchas veces,
privadas de la armonía y la gracia del carácter no pa-
recen excesivamente envidiables. 110

6. Conociendo estas cualidades muy bien nuestro
prudente emperador, y tras repetidas deliberaciones, po-
dría yo decir que eligió este matrimonio, después de
haberse informado de todo cuanto debía saber de ella
por sus oídos y tras comprobar, además, sus buenas dis-
posiciones por el ejemplo de su madre. Pero, ¿por qué
vamos a detenernos hablando de los méritos de ésta,
como si no tuviéramos bastante con el elogio personal
de quien es objeto de este discurso? Quizá lo único que
no sea prolijo ni molesto de decir o escuchar es que el *b*
linaje de su madre es completamente griego, y que des-
ciende de griegos, y que su ciudad natal es la metró-
polis de Macedonia [14], y que su moderación está por en-
cima de la de Evadne, la de Capaneo, y de la de aquella
tesalia Laodamía [15]. Pues éstas, al perder a sus bellos y

---

[14] Tesalónica.

[15] Evadne, hija de Ifis, se arroja a las llamas de la pira de su esposo Capaneo (cf. EURÍP., *Suppl.*, 985 ss.). Laodamía se suicidó en brazos de su esposo Protesilao cuando éste tuvo que regresar al Hades, después de haber agotado el plazo de tres horas que, a su muerte, se le concedió para regresar junto a su esposa. Según otra versión, Laodamía había construido una estatua que era la viva imagen del esposo perdido, pero, al descubrir-

jóvenes esposos poco después de su boda por la violencia de envidiosas divinidades o por el hilo de las Parcas, despreciaron la vida a causa del amor; mientras que ella, cuando el destino le arrebató a su esposo, permane-
c ció junto a sus hijos y consiguió tal fama de recato que, si a Penélope, cuando su marido todavía vagaba y andaba errante, se le acercaban los jóvenes pretendientes de Ítaca, de Samos y de Duliquio, ella, en cambio, a ningún hombre hermoso, grande, poderoso o rico le permitió jamás que viniera a entablar conversación con estas intenciones. A su hija el emperador la juzgó digna de ser su esposa y realizó su matrimonio bri-
d llantemente, después de sus triunfos, invitando a las naciones, a las ciudades y a las Musas.

7. Y si alguno desea enterarse, precisamente, de aquellos acontecimientos, de cómo la desposada fue llamada desde Macedonia junto con su madre y de cómo fue el cortejo de carros, caballos y coches de todo tipo, trabajados con la mejor técnica en oro, plata y oricalco[16], entonces lo que está deseando es escuchar historietas completamente pueriles. Pues es lo mismo que podría suceder, por ejemplo, con un citarista hábil en
111 su arte. Sea, si quieres, Terpandro[17], o bien aquel de Metimna[18] del que se afirma que utilizando una divina

la su padre y arrojarla al fuego, ella siguió el mismo camino (cf. *Il.*, II, 698 ss.; LUCIANO, *Dial. Muertos*, 23, y los fragmentos de una perdida tragedia de Eurípides en NAUCK, *Trag. gr. Frag.*, pp. 563 ss.).

16 En su origen no se sabe muy bien qué era el oricalco, quizá un metal puro, aunque luego se aplicó este nombre a diversas aleaciones de cobre con cinc o estaño.

17 Terpandro de Lesbos, poeta y músico que vivió hacia la mitad del siglo VII a. C. en Esparta.

18 Arión de Metimna, en Lesbos, que vivió largo tiempo en la corte del tirano Periandro de Corinto y, a la vuelta de un viaje a Italia y Sicilia, robado por los marineros, se arrojó al mar y

comitiva encontró un delfín, más aficionado a las musas
que sus compañeros de navegación, que le llevó sobre
el promontorio laconio. Pues me parece que a aquellos
desgraciados marineros sólo les conmovía lo que sacaba
de su arte, pero su mismo arte lo despreciaban y no ha-
cían ningún caso de su música. Pues bien, si eligiendo
al mejor de aquellos dos hombres y dándole los orna- *b*
mentos corporales propios de su arte, se le introdujera
en un teatro, en medio de una multitud de hombres,
mujeres y niños, diferentes por su naturaleza, edad y
costumbres, ¿no creéis que los niños y los hombres y
mujeres que fueran como ellos, dirigiendo su vista hacia
sus vestidos y su cítara, quedarían maravillados ante el
espectáculo, y los hombres más incultos y casi toda la
muchedumbre de mujeres juzgarían la audición por el
placer o disgusto que experimentaran, pero, al contra- *c*
rio, el músico que conoce perfectamente los fundamen-
tos del arte, no permitirá que se mezclen torpemente
las melodías por causa del placer, y se enfadará si se
destruyen los modos de la música y si se utilizan inde-
bidamente las armonías sin seguir las normas de la mú-
sica auténtica y divina? Pero si ve que el artista respeta
las normas establecidas y proporciona a los espectado-
res un placer no engañoso, sino puro y sin mezcla, se *d*
marchará alabándole y maravillado porque compareció
en el teatro con su arte sin ofender a las Musas. Mas del
que solamente alaba la cítara y la púrpura pensará que
no dice sino tonterías e insensateces. Y si un hombre
así habla con más detalle, adornándolo con la dicción
más agradable y puliendo lo bajo e innoble de sus expli-
caciones, el músico creerá que es más ridículo que los
que intentan trabajar los granos de mijo, como dicen,

---

fue llevado hasta el cabo Ténaro, en el Peloponeso, a lomos de
un delfín: cf. HERÓD., I, 23.

según creo, de Mirmécides[19], que intentaba rivalizar con
112 el arte de Fidias.

8. Por tanto, tampoco nosotros voluntariamente vamos a exponernos a las mismas acusaciones, recitando una larga lista de este tipo sobre los lujosos vestidos, regalos de todas clases, collares y coronas enviados por el emperador, ni cómo salieron a su encuentro los pueblos recibiéndola alegremente, ni cuántos acontecimientos brillantes y envidiables tuvieron lugar durante aquel viaje. Pero cuando penetró en la morada del em-
b perador y fue honrada con ese nombre, ¿cuál fue su primera obra y luego la segunda y tras ésta la tercera y muchas otras desde aquel momento? Aunque quisiera hablar largamente o componer extensos libros sobre ellas, creo, en efecto, que no sería suficiente para la cantidad de hechos que atestiguan su inteligencia, su dulzura, su prudencia, su humanidad, su moderación, su liberalidad y las restantes virtudes, de forma más brillante que lo que el presente discurso, a ella dedicado,
c pretende mostrar y enseñar a los que ya la conocen por sus acciones desde hace tiempo. Y el hecho de que sea difícil, o más bien aparezca absolutamente imposible, no merece, sin embargo, que se pase en silencio sobre todos, sino que hay que intentar hablar de ellos en la medida de lo posible y dar como prueba de su inteligencia y de todas sus otras virtudes el hacer que su esposo estuviera dispuesto hacia ella como corresponde a una bella y noble mujer. Porque yo al menos, de las otras muchas cosas que estimo dignas de elogio de Penélope,
d entre todas admiro precisamente ésa, que consiguió

---

19 Cf. Plinio, *H. N.*, VII, 21, y XXXVI, 5, 43; Eliano, *Hist. var.*, I, 17. Escultor que cinceló una cuadriga de tan pequeño tamaño que una mosca la cubría con sus alas, y un barco que quedaba tapado por las de una abeja.

completamente que su marido la quisiera y la amase despreciando, como dicen, matrimonios divinos, y desdeñando no menos la alianza con los feacios. Y eso que todas estaban enamoradas de él: Calipso, Circe y Nausícaa. Y poseían hermosísimos palacios en los que estaban plantados jardines y parques con árboles muy 113
grandes y umbrosos, y prados en donde brotaban flores de variados colores, y blando césped, y

cuatro fuentes fluían con agua clara[20],

y florecía junto a la casa una viña en toda su fuerza, repleta, creo, de racimos de excelentes uvas. Y los feacios tenían otras cosas semejantes que, aunque más suntuosas porque estaban hechas con arte según creo, *b*
tenían menos gracia y parecían menos amables que las naturales. Y a ese lujo, además, y a esa riqueza, y sobre todo, a aquella paz y tranquilidad que rodeaba las islas, ¿cómo no se abandonaría uno después de soportar tantas fatigas y peligros, y con el temor de tener que soportar pruebas aún más terribles, unas en el mar, otras en la propia casa al enfrentarse completamente solo a cien jóvenes en su pleno vigor, lo que ni siquiera en Troya le había sucedido jamás? Si alguno de ellos, bromeando, le hubiera preguntado a Ulises de esta manera: «¿Y qué, *c*
oh habilísimo orador o general o lo que haya que llamarte, tras soportar tantas fatigas voluntariamente, cuando te es posible ser rico y feliz e incluso puedes ser inmortal, si hay que dar crédito a las promesas de Calipso[21], tú, en cambio, escogiendo lo peor en vez de lo mejor, te has echado encima tantas fatigas y no has querido quedarte en Esqueria[22], cuando, sin duda, podías allí de una vez haber acabado tu errar y haberte

[20] Cf. *Od.*, V, 70.
[21] Cf. *Od.*, V, 209, y XXIII, 336.
[22] La isla de los feacios.

d apartado de los peligros? Sin embargo, tú sabías que tenías que luchar con nosotros en tu casa y que debías llevar a cabo otras pruebas y otro viaje, según parece, ni menor ni más liviano que el anterior», ¿qué creéis, pues, que podría responder a esto Ulises? ¿Acaso no respondería que porque quería reunirse con Penélope y pensaba llevarle sus pruebas y expediciones como graciosos relatos? Y ciertamente hace que su madre le in-
114 cite a recordar todo lo que vio y todo lo que oyó;

para que más tarde se lo cuentes a tu mujer[23],

dice. Y él, sin olvidar nada, después de haberse impuesto con justicia sobre los jovenzuelos que banqueteaban en su palacio, todo junto se lo contó a su esposa, lo que hizo y los peligros que afrontó y alguna otra cosa que pensaba cumplir convencido por los oráculos[24]. Y no le ocultó nada porque la estimaba digna de participar en
b sus deliberaciones y de pensar y encontrar junto con él lo que había que hacer. ¿Os parece que esto es un pequeño elogio de Penélope, o de alguna otra que, superando la virtud de aquélla y siendo esposa de un emperador valiente, magnánimo y prudente, inspira tanta benevolencia a su propio esposo, uniendo al cariño que proviene del amor el que procede de la virtud como una
c divina corriente que transporta a las almas buenas y nobles? Porque éstas vienen a ser la doble persuasión y la doble forma del amor, de las que Eusebia se surtió por igual, haciéndose partícipe de las decisiones del emperador al que, siendo ya por naturaleza dulce, bueno y benevolente, invita de la forma más adecuada a seguir lo que está en su naturaleza[25], y convierte así la justicia

---

[23] Cf. *Od.*, XI, 224.

[24] Cf. *Od.*, XXIII, 251 ss y 306 ss.

[25] Cf., sin embargo, la *Carta a los atenienses* y la carta 33 a Hermógenes, en que Juliano habla de las crueldades de Constancio y de su natural poco inclinado a la dulzura, respectivamente.

en clemencia. De forma que nadie podría decir que esta reina haya sido causa de ninguna pena, justa o injusta, ni de ningún castigo, pequeño o grande.

9. Se dice que en Atenas, cuando se servían de las
costumbres ancestrales y vivían obedientes a sus pro- *d*
pias leyes habitando una ciudad grande y populosa, si
en alguna ocasión los votos de los jueces se repartían
por igual para los acusados y para los acusadores, el
voto de Atenea se otorgaba al que iba a ser condenado,
y absolvía a ambas partes de culpabilidad, al que ini-
ciaba el proceso de la sospecha de calumnia y al otro,
naturalmente, de la posible comisión del crimen[26]. Esta 115
ley, humanitaria y generosa, conservada en los procesos
que juzga el emperador, Eusebia la ha hecho aún más
dulce. Pues cuando el acusado ha obtenido casi el mismo
número de votos, ella consigue, añadiendo peticiones y
súplicas en su defensa, que sea absuelto totalmente de
la acusación[27]. Y el emperador, voluntariamente y de
buen grado, le concede esta prerrogativa y no, como
dice Homero, forzado por su esposa está de acuerdo en *b*
lo que concede y otorga

voluntariamente, pero de mal grado[28].

Y no es absurdo que se concedan estas cosas con dificultad y a duras penas a hombres violentos y soberbios pues, aunque sean muy merecedores de sufrir y ser castigados, no hay que destruirlos completamente. Participando de este mismo pensamiento, la emperatriz ningún mal solicitó para nadie, ni un castigo ni una pena para ningún reino ni ciudad ni siquiera para la casa de uno
solo de los ciudadanos. Y yo mismo podría añadir, *c*

---

26 Cf. Esquilo, *Eumen.*, 741 ss.

27 Parece una alusión al trance por el que pasó Juliano.

28 Cf. *Il.*, IV, 43.

confiando del todo en que no digo ninguna falsedad, que no es posible culparla de una sola desgracia que haya caído sobre un hombre o una mujer; en cambio, todo el bien que hace y que hizo y a quiénes, con gusto podría enumerarlo, en su mayor parte contando caso por caso, cómo, gracias a ella, éste conservó la herencia familiar, aquél escapó al castigo debido a las leyes,
d el otro evitó la calumnia pasando muy cerca del peligro [29], e innumerables son los que han obtenido honores y poder. Y sobre esto no hay nadie en absoluto que pueda decir que miento, aunque hiciera una lista nominal de esas personas. Pero dudo hacerlo, no sea que parezca que echo en cara a algunos sus desgracias y que escribo no el elogio de las bellas acciones de la emperatriz, sino la lista de las desgracias ajenas. Pero no presentar ninguna de estas obras ni mostrar públicamente prueba alguna parece que es, en cierto modo,
116 extraño y lleva el elogio a la incredulidad. Por tanto, rechazando aquellas otras pruebas, diré todas las bellas acciones que yo puedo decir y ella escuchar sin reproche alguno.

10. Una vez que, desde el principio, colocó la benevolencia de su esposo como un «rostro a lo lejos resplandeciente» de sus acciones, como diría el sabio Píndaro [30], colmó en seguida de honores a toda su familia y a sus parientes, situando a los que ya eran famosos y ancianos en cargos más elevados, y haciéndolos aparecer feli-
b ces y envidiables, los hizo amigos del emperador y les dio la base de su presente fortuna [31]. Porque si alguno cree, como por lo demás es cierto, que eran merecedores de honores por sí mismos, creo que sin duda aumen-

[29] Cf. nota 27.
[30] Cf. Pínd., *Olim.*, VI, 4 ss.
[31] Cf. introducción a este discurso.

tará el elogio a ella debido, pues entonces es evidente que no ha distribuido favores solamente por los lazos de familia, sino sobre todo a causa de la virtud, y no conozco qué mayor elogio podría formularse. Con ellos se portó de la siguiente manera: a los que eran aún desconocidos por su juventud y necesitaban darse a conocer de alguna forma, a éstos les repartió honores más pequeños, pero no descuidó en absoluto el favo- c
recerlos a todos. Y no sólo realizó estas bellas acciones con sus parientes, sino que, cuando se enteró de que alguien había dispensado su hospitalidad a los progenitores de su madre, no los despedía sin recompensa, sino que los honraba, según creo, como si fueran de su propia familia, y a cuantos consideró amigos de su padre, a todos les concedió admirables recompensas por d
su amistad.

11. Y yo, puesto que veo que mi discurso necesita de pruebas lo mismo que si estuviera en un tribunal, yo mismo me ofreceré a vosotros como testigo y panegirista de aquellas acciones; pero para que en ningún caso sospechando de mi testimonio, os alborotéis antes de escuchar mis palabras, os juro que no diré nada falso ni inventado. De todas formas vosotros creeréis, aunque no jure, que no hablo en absoluto a causa de la adulación. Porque ya poseo todos los bienes —por obra de 117
Dios y del emperador, ayudado, creo, por la buena disposición de su esposa—, por los que alguien podría hablar adulando, de forma que si hablara antes de poseerlos quizá tendría que temer esa injusta sospecha. Pero ahora que estoy en situación tan afortunada y recordando los favores que aquélla me ha otorgado, lo que os daré será una prueba de reconocimiento por mi parte, así como un testimonio auténtico de las buenas acciones de la emperatriz. Sé muy bien que también Da- b
río, cuando tan sólo formaba parte de la guardia del rey

persa, se encontró con un huésped de Samos que estaba
exiliado en Egipto y que le regaló un manto de púrpura
que Darío deseaba ardientemente, y después, cuando
éste fue señor de toda Asia, me parece, en reciprocidad
le hizo tirano de Samos [32]. Si yo, por mi parte, tras re-
cibir muchos bienes de ella cuando todavía podía vivir
tranquilo, y después los mayores beneficios del noble
c y magnánimo emperador por su intercesión [33], confesara
no poder devolver los favores en la misma medida (pues
ella, según creo, ha tomado y posee todo de aquel mis-
mo que también nos favoreció), sin embargo, mi deseo
de que la memoria de sus hechos fuera inmortal y de
proclamarlo así ante vosotros, quizá me haría aparecer
no más desagradecido que el persa, ya que es necesario
al juzgar mirar la intención y no el que la fortuna pueda
permitir a uno devolver el beneficio multiplicado. Así
pues, cuál es ese beneficio que afirmo haber recibido y
d por el que confieso que estaré eternamente agradecido,
deseáis ardientemente escucharlo y yo no voy a ocul-
tarlo.

12. En efecto, nuestro emperador, casi desde que yo
era un niño, me protegió de forma incomparable y me
arrancó de peligros tales [34] que ni siquiera un hombre
en la plenitud de su vigor hubiera logrado evitar de no
118 contar con una ayuda divina y maravillosa, y después
arrebató con justicia mi casa a uno de los poderosos,
que se había apoderado de ella como si estuviera aban-
donada, y me devolvió la riqueza [35]. Y otras cosas podría

[32] Cf. Heród., III, 139 ss.: se trata de Silosón, hermano de Polícrates, a quien sucedió. Juliano vuelve a tomar la anécdota en su carta 9 a Alipio.

[33] Eusebia consiguió el permiso para que Juliano fuera a estudiar a Atenas y después tuvo una intervención decisiva en su nombramiento como César. Cf. introducción al discurso.

[34] Se refiere a la matanza de su familia.

[35] Cf. *Cartas* 89b, 290d.

contaros de él, acciones merecedoras de mucha gratitud por mi parte y por las que le guardaré eternamente reconocimiento y fidelidad. Sin embargo, no sé por qué motivo, le encontré un poco rudo últimamente. Pero desde que la emperatriz escuchó la primera palabra, no
de ningún crimen, sino de una vana sospecha, le pidió b
que investigara y que, antes de ello, no prestara atención ni aceptara una difamación mentirosa e injusta, y no cesó de pedírselo hasta que consiguió llevarme a la presencia del emperador y darme la oportunidad de hablar. Y compartió mi alegría cuando me vi absuelto de toda acusación injusta y, como deseara regresar de nuevo a mi casa, me procuró una escolta segura, des-
pués de haber convencido primero al emperador. Pero, c
interrumpido mi viaje, ya fuera por la divinidad que parecía haber tramado contra mí los hechos anteriores, ya por cualquier otra casualidad, me envió a visitar Grecia, solicitando este favor al emperador cuando ya había yo partido[36], porque se había enterado de mi afición a la literatura y comprendía que este país era apropiado para mi aprendizaje. Yo entonces supliqué al dios que le concediera a ella y, en primer lugar, como es ló-
gico, al emperador, abundantes bienes, ya que me daban d
la oportunidad de ver mi auténtica patria, que era mi anhelo y mi deseo. Porque somos descendientes de Grecia los que habitamos Tracia y Jonia, y el que de entre nosotros no sea desagradecido anhela dirigirse a sus padres y besar el suelo patrio. Esto mismo, como es natural, era lo que yo anhelaba desde hacía tiempo,
y lo prefería a una gran cantidad de oro y plata[37]. Pues 119

[36] AMIANO, XV, 2, 8, dice que Juliano recibió en Como el permiso para visitar Grecia cuando se dirigía desde Milán a su casa en Bitinia.

[37] Bien conocido era el filohelenismo de Juliano por LIBANIO: XIV, 27 y XV, 25, en que le dice textualmente: «Eres griego y gobiernas sobre griegos».

afirmo que la compañía de los hombres buenos colocada frente a una cantidad cualquiera de oro hace descender la balanza, y no es posible que el juez sabio sufra ni la más mínima duda. Por su educación y su filosofía creo que actualmente Grecia se encuentra en situación semejante a la que conocemos en los mitos y relatos egipcios. En efecto, también los egipcios dicen que el Nilo, que por lo demás es para ellos el salvador y benefactor de
b su país, les impide la destrucción por el fuego, cada vez que el sol en sus largas revoluciones se encuentra con estrellas nobles y llena el aire de fuego e incendia todo, pues no tiene suficiente fuerza, afirman, para secar ni agotar las fuentes del Nilo [38]. De la misma forma tampoco abandona nunca del todo a los griegos la filosofía ni
c se marcha de Atenas, de Esparta ni de Corinto y, comparado con estas fuentes, tampoco Argos está totalmente «seca». Pues muchas fuentes brotan en la misma ciudad, muchas delante de la ciudad en torno al antiguo Mases [39]. La propia fuente Pirene está en Sición y no en Corinto [40]. Muchos arroyos de agua pura tiene Atenas que le son propios, pero también fluyen desde el exterior otros que la honran no menos que los del país [41].
d Y los atenienses los quieren y los aman, porque desean obtener aquella riqueza que es la única envidiable.

13. ¿Qué es lo que nos sucede? ¿Qué discurso podemos componer ahora como no sea un elogio de nuestra querida Grecia, de la que no puedo acordarme sin total admiración? Quizá alguno afirmará, acordándose de lo

---

38 Cf. Platón, *Timeo*, 22d.

39 Antiguo puerto de Argólide. Cf. *Il.*, IV, 171.

40 Bidez afirma que quizá sea en recuerdo de un filósofo que debió de encontrar en Sición según el testimonio de Libanio, *Epist.*, 86, 3 y 1474.

41 Bidez sugiere que se puede referir a los neoplatónicos Prisco o Máximo de Éfeso.

anterior, que nosotros no queríamos al principio desa-
rrollar este tema y que, igual que los coribantes, desper-
tados por las flautas, danzamos y saltamos sin ninguna
medida y, movidos por el recuerdo de nuestros amores,
cantamos el elogio de nuestro país y de sus hombres. 120
Ante quien tal diga sea así nuestra defensa: «¡Oh hom-
bre excelente y dueño de un arte verdaderamente no-
ble!, piensas algo sensato al no permitir que nos desvie-
mos de nuestro elogio ni que mezclemos en él la menor
digresión, que es lo que, estoy seguro, tú mismo eres
capaz de hacer con ayuda de tu arte. Pero a nosotros
este amor, al que tú acusas de ser el causante del desor-
den en nuestro discurso, una vez que ha hecho su
aparición, creo que nos ordena no dudar ni tomar dema- *b*
siado en cuenta tus acusaciones. Pues no nos salimos del
tema si queremos mostrar de cuántos bienes ella ha sido
causa para nosotros, honrando el nombre de la filoso-
fía». Este nombre no sé de qué manera recayó sobre
mí que, aunque muy aficionado a ella y terriblemente
apasionado de su estudio, sin embargo estaba lejos de
merecerlo, e ignoro cómo recibí el nombre y título de
filósofo, privado como estaba de sus obras. Pero ella
honró este nombre, pues en verdad ni yo mismo puedo
encontrar otra razón, ni he podido hallarla de ningún *c*
otro, por la que la emperatriz se convirtiera en mi entu-
siasta auxiliar, defensora y salvadora, consiguiendo con
gran esfuerzo la benevolencia intachable y protectora
del noble emperador, un bien por encima del cual nunca
se me ha visto a mí considerar ningún otro de los hu-
manos: ni el oro que existe bajo tierra o en su super-
ficie, ni el montón de plata que ahora está bajo los
rayos del sol, ni aunque alguno pudiera aumentarlo al *d*
transformar las mayores montañas con sus piedras y
árboles en este metal, ni el poder supremo, ni ninguna
otra cosa de todas las que existen. Pues bien, de la em-
peratriz me han venido muchos bienes, tantos cuantos

nadie pudo esperar, a mí que no necesitaba muchos y
que, desde luego, no me alimentaba con tales esperan-
zas. Una benevolencia auténtica no se puede cambiar
121 por oro ni nadie podría comprarla con ello, sino que
depende de un destino divino y superior de los hombres
de bien que actúan de mutuo acuerdo y, en verdad, la
que yo obtuve del emperador existía desde que era niño,
de acuerdo con Dios, y, si estuve a punto de perderla,
fue de nuevo salvada cuando la emperatriz me defendió
y apartó las falsas y extrañas sospechas, haciéndolas de-
saparecer completamente por medio del testimonio irre-
futable de mi propia vida, y, cuando de nuevo obedecí
al emperador al pedirme el regreso de Grecia, ¿me aban-
b donó entonces, como si ya no necesitara ayuda porque
no estaba en ninguna dificultad ni era sospechoso?
¿Cómo podría ser agradecido si callara y ocultara unas
acciones tan evidentes y espléndidas? Cuando el empe-
rador se ratificó en esta opinión a mi respecto, ella se
alegró enormemente y mostró su total acuerdo armo-
nioso, ordenándome tener valor y no rehusar, por mie-
do, la grandeza de lo que se me había ofrecido ni,
valiéndome de una franqueza áspera y demasiado pre-
c suntuosa, desestimar torpemente la apremiante petición
de quien tantos bienes me había otorgado. Yo obedecí,
soportando algo que no me era en absoluto agradable,
si bien, por otra parte, me daba perfecta cuenta de lo
difícil que era desobedecer. Porque los que poseen la
posibilidad de hacer lo que quieren mediante la fuerza,
les basta con pedir algo para obligar y convencer.

14. Así que, cuando obedecí y cambié mis vestidos,
d mis acompañantes, mis ocupaciones acostumbradas, in-
cluso mi vivienda y mi forma de vida, pasando de mi
modestia y simplicidad anterior a la abundancia del
boato y la majestad, mi alma, por la falta de costumbre,
se vio turbada, no porque estuviera maravillado por la

magnitud de los bienes presentes, pues por mi falta de
instrucción apenas los consideraba importantes[42], sino
porque eran como ciertas fuerzas que son muy útiles
para los que las utilizan correctamente, pero para los
que yerran en su uso son perjudiciales y causa de innu-
merables desgracias para las familias y para muchas 122
ciudades. Me sucedió lo mismo que a un hombre que,
total desconocedor del arte del auriga y que no hubiera
querido instruirse en este arte, se viera obligado a llevar
el carro de un auriga bueno y excelente que mantiene
muchos tiros de dos, e incluso de cuatro caballos, y,
después de haberlos montado a todos, mantiene las rien-
das fuertemente por la nobleza de su naturaleza y su
fuerza superior, aunque permanezca en uno solo de los
carros, pero no siempre en el mismo, sino cambiándose *b*
muchas veces de aquí a allá y permutando un carro
por otro cada vez que se da cuenta de que los caballos
están cansados o de que se rebelan. Entonces, entre
estos carros, una cuadriga se encabrita por su naturale-
za salvaje e indómita, oprimida por un sufrimiento cons-
tante y, sin cesar nada en su indocilidad, se exaspera
cada vez más y, excitada por sus desgracias, tiende a
encabritarse más y más, a desobedecer, a resistirse, no *c*
dejándose conducir en ninguna dirección, irritándose fi-
nalmente si no ve al auriga mismo o, por lo menos, a un
hombre que lleve el vestido del auriga; así de irracional
es su naturaleza. Su auriga, intentando calmar su locu-
ra, coloca un hombre al que entrega un vestido seme-
jante y le da el aspecto de un auriga venerable y ex-
perto[43], el cual, si es totalmente estúpido y necio, se

---

42 Juliano ironiza. Su austera forma de vida rechazó siempre el pomposo aparato cortesano de sus predecesores (cf. *Carta a los atenienses*, parágr. 5) y tan pronto como sea dueño del imperio llevará a cabo una gran limpieza de personajillos cortesanos (cf. introducción general).

43 Cf. *Carta a los atenienses*, 277 ss.

d alegra, goza y salta como si tuviera alas a causa de esos vestidos, pero, si tiene siquiera alguna inteligencia y modestia, tendrá mucho cuidado,

no vaya a herirse él mismo si rompe su carro [44]

y sea causante de un castigo para el auriga y de una desgracia vergonzosa y deshonrosa para él mismo. Esto era lo que pensaba, reflexionando en mi interior noche y día, continuamente preocupado y triste. Pero el em-
123 perador, auténticamente noble y divino, me arrancó completamente de mis pesares honrándome y favoreciéndome de palabra y obra, y, finalmente, me ordenó saludar a la emperatriz, dándonos valor y una prueba muy noble de su total confianza. Y yo, desde que estuve ante su presencia, creí ver, como en un templo, la estatua erigida de la modestia; el respeto se apoderó de mi
b alma y mis ojos se fijaron en tierra durante un buen rato hasta que ella me dio ánimos y dijo: «Esto es lo que has conseguido ya de nosotros; el resto lo tendrás, con la ayuda de Dios, sólo con que nos seas fiel y leal». Esto fue lo que oí, más o menos, pues ella no dijo nada más, aunque sabe componer discursos que no son inferiores a los de los mejores oradores. Al salir yo de este encuentro sentí una gran admiración y quedé vivamente
c impresionado, pensando que había escuchado hablar con toda claridad a la modestia personificada. Tan dulce y melosa era su voz todavía instalada en mis oídos.

15. ¿Queréis, pues, que os narremos sus hechos posteriores y todas sus bellas y delicadas obras para con nosotros una por una? ¿O bien, reuniéndolas de una vez, como hizo ella, os contaré, todos juntos, los bienes que
d ella hizo a mis conocidos y cómo me unió, mediante el

44 Cf. *Il.*, XXIII, 341.

matrimonio, con la familia del emperador?[45]. Vosotros quizá anheléis escuchar la lista de sus regalos,

> *siete trípodes no tocados por el fuego, diez talentos de oro*[46]

y veinte calderos. Pero no tengo tiempo para perderlo en estas bagatelas. Sin embargo, hay uno de sus regalos que me place recordároslo también a vosotros, por el que sentí una alegría superior. Pues de una sola vez me dio tantos libros de buenos filósofos, historiadores
y de muchos oradores y poetas —yo que tan sólo había 124
traído unos pocos de mi casa, movida mi alma por el deseo y la esperanza de regresar a ella lo más rápidamente posible— que colmó mi insaciable pasión por esa compañía y convirtió, en lo referente a libros griegos, la Galia y el país de los celtas en un museo. Aplicándome yo a estos regalos continuamente, cada vez que tengo tiempo, no podría olvidarme de la autora de este bene-
ficio. Incluso cuando estoy en campaña uno de esos *b*
volúmenes, al menos, me sigue, a modo de viático, compuesto hace tiempo por un testigo ocular[47]. Pues los abundantes recuerdos de la experiencia de antiguas campañas, escritos con arte, dan una imagen clara y brillante de los hechos antiguos a los que no han podido contemplarlos a causa de su edad, gracias a los cuales ya muchos jóvenes poseen una inteligencia y una voluntad más maduras que muchos ancianos, y también el
único bien que parece derivarse de la vejez para los *c*
hombres, la experiencia, por la cual el anciano

---

45 Juliano se casó con Helena, hermana de Constancio.

46 Cf. *Il.*, IX, 122 ss.

47 Sin duda, los comentarios de la *Guerra de las Galias*, de los que alguna pequeña huella se ha encontrado en la carta 26, en su descripción sumaria de la posición de Besançon.

puede decir algo más sensato que los jóvenes[48],

lo da la lectura a los jóvenes que no sean perezosos. Hay en los libros, creo, además una escuela de nobles costumbres cuando uno llega a conocer los hombres, discursos y hazañas mejores, como arquetipos que coloca el artista para modelar con arreglo a ellos su pensamiento y asemejar sus palabras. Si no se apartara uno
d totalmente de ellos y si alcanzara cierta semejanza, por pequeña que sea, no sería corta la ganancia, sabedlo bien. Pensando esto yo mismo a menudo, practico en ellos un entretenimiento no alejado de las Musas, y cuando estoy de campaña quiero llevarlos conmigo como alimentos necesarios. El número de los que llevo depende de las circunstancias.

16. Pero quizá ahora no es el momento de escribir el elogio de los libros y de todos los bienes que nos procuran, sino que, tras aprender el valor de este regalo,
125 lo oportuno es dar las gracias a quien me lo hizo de una manera adecuada a dicho regalo. Aunque encontré en aquellos libros tesoros de cultivadas expresiones de todo tipo, no será injusto cantar su alabanza con palabras pequeñas y bajas, engarzadas con demasiada vulgaridad y rusticidad. En efecto, no diríais que es agradecido el agricultor que para plantar una viña comienza pidiendo a sus vecinos las cepas, después, cuando está creciendo, una azada, y, a continuación, una podadera y, finalmen-
b te, una estaca sobre la que se enrede la viña y descanse para mantenerse elevada y que sus racimos colgados no toquen en absoluto la tierra, y, después de haber obtenido lo que pedía, él sólo se emborracha con el don de Dioniso, sin dar ni una uva ni mosto a aquellos que le dieron su ayuda para su trabajo agrícola. De igual for-

48 Cf. Eurip., *Fenicias*, 530.

ma, no podríamos llamar honrado, bueno ni agradecido ni al pastor ni al boyero ni al cabrero que durante el invierno, cuando está desprovisto de techo y su ganado de pasto, encontrara amigos muy bien dispuestos que le c
procurasen todo y que le dieran abundante alimento y cobijos y, en cambio, al llegar la primavera y el verano, olvidara desdeñosamente los favores recibidos, no dando ni leche ni queso ni ninguna otra cosa a aquellos gracias a los cuales fueron salvados sus ganados que, de otra forma, hubiesen perecido. Pues bien, el que se dedica a cualquiera de los géneros literarios cuando es joven y está necesitado de muchos guías, del abundante y puro alimento de las obras de los antiguos, si de repente careciese de todo ello, ¿os parece que necesitará una d
pequeña ayuda o debe estimar en poco a aquel que se la preste? ¿No intentará, precisamente, devolverle el favor que corresponde a su buena disposición y a sus obras? ¿No recordaremos las elogiadas palabras del célebre Tales, el primero de los sabios? Pues preguntándole uno cuánto debía pagarle por lo que había aprendido, dijo: «Reconociendo haber sido nuestro discípulo, 126
nos habrás pagado lo justo»[49]. Así pues, cualquiera que no sea él mismo maestro, pero ayude a otro a aprender, sería injustamente tratado si no encontrara el agradecimiento y el reconocimiento de lo que ha dado, que era lo que reclamaba aquel sabio. Sea pues así. Pero este regalo ha sido para mí agradable y magnífico, mientras que el oro y la plata ni necesitaba tomarlo ni os molestaría hablándoos de tales cosas. b

17. Quiero deciros unas palabras que merecen cierta atención de vuestra parte, a no ser que renunciéis por la extensión de mi discurso. Pues es posible que no hayáis escuchado con gusto nada de lo que ha sido dicho, con-

[49] Cf. Apuleyo, *Florida*, 18.

siderándolo propio de un hombre simple y bastante ignorante del arte de la palabra, que no sabe inventar nada ni adornarlo artísticamente, sino que dice la verdad tal y como le viene. Mis palabras van a tratar de cosas actuales. En efecto, creo que muchos, convencidos por los bienaventurados sofistas, dirán que, tomando
c asuntos sin duda pequeños e insignificantes, os los presento como si fueran algo magnífico. Y ello quizá lo dirían no por envidia de mi discurso ni por el deseo de arrebatarme la fama del mismo, porque saben muy bien que ni quiero rivalizar en arte con ellos, comparando mis discursos a los suyos, ni pretendo indisponerme con ellos de ninguna otra forma. Pero, no sé por qué,
d los que de todo pretenden hacer grandes discursos se enojan contra los que no tienen su misma inclinación y los acusan de rebajar la fuerza de los discursos. Pues dicen que sólo son obras envidiables y dignas de empeño y de muchos elogios cuantas por su grandeza pueden parecer increíbles, como las de aquella célebre mujer de Asiria[50] que, cambiando la corriente del río que atraviesa Babilonia[51] como si fuera un vulgar riachuelo, construyó bajo tierra maravillosos palacios y lo dejó
127 correr de nuevo sobre las terrazas. Y todavía puede alargarse el discurso sobre ella narrando cómo tenía una escuadra de tres mil barcos y en infantería disponía de tres millones de hoplitas, y que construyó la muralla de Babilonia, que tenía casi quinientos estadios, y los fosos que rodeaban la ciudad y otras lujosas y costosas construcciones que fueron obra suya, según dicen. Nito-
b cris, más joven que ésta, y Rodoguna y Tomiris[52] y una

---

50 Semíramis. Cf. DIODORO, II, 4 ss., y otras referencias en el segundo panegírico de Constancio, 83 ss. y 92 ss.

51 El Éufrates.

52 Cf. HERÓD., I, 185 y 205, y POLIENO, VIII, 26 ss. Nitocris fue reina de Babilonia, Tomiris de los Mesagetas y Rodoguna reina persa.

innumerable muchedumbre de mujeres se suceden que se comportaron de un modo viril no demasiado adecuado. Otras por su belleza fueron respetadas y llegaron a ser célebres no muy afortunadamente, puesto que parece que fueron causantes de discordias y de enormes guerras para innumerables pueblos y hombres que pudieron reunirse de tan grandes países y, en cambio, se las celebra como si fueran autoras de grandes acciones. Y todo el que el no pueda tratar un tema semejante
les parece ridículo, porque no se esfuerza en impresio- c
nar y maravillar con sus discursos. Pero, ¿queréis que les preguntemos si alguno de ellos prefiere una mujer así por esposa o hija en lugar de una Penélope? Y, sin embargo, Homero no pudo hablar más que de su modestia, su amor conyugal y de su cuidado para su suegro y su hijo. Aquélla no se ocupa ni de los campos ni del ganado. Ni en sueños jamás se puso al frente de una
expedición militar ni dirigió discursos al pueblo, sino d
que incluso cuando tenía que hablar a los jóvenes pretendientes,

sosteniendo un ligero velo ante sus mejillas[53],

hablaba dulcemente. Y no creo que Homero prefiriese alabarla por carecer de acciones tan importantes ni de mujeres renombradas por ellas, porque podía narrar ambiciosamente la expedición de la Amazona[54] y llenar todo su poema de tales narraciones capaces de producir gran placer y de embelesar las almas. Pues si, al introdu-
cir en su poema la toma de la muralla y lo que parece 128

---

53 Cf. *Od.*, I, 334.

54 Pentesilea, reina de las amazonas, vino con su pueblo en ayuda de los troyanos y fue muerta en combate por Aquiles. El episodio, perteneciente al ciclo épico (Arctinos, *Etiópida*, p. 125 Allen), no figura en la *Ilíada*, siendo sólo citado de pasada en III, 189 y VI, 186.

ser un asedio y, en cierta manera, un combate naval, es decir, la batalla junto a los astilleros y la lucha de un héroe contra un río[55], estaba inventado de su cosecha por el deseo de decir algo novedoso en su poema, a este otro tema, si era, como dicen, tan magnífico, no le hubiera dedicado tan poca atención. ¿Quién podría señalar la causa de tantas alabanzas para Penélope, mientras tan poco se acuerda de aquellas otras mujeres? Pues
b porque de la virtud y modestia de Penélope se siguen muchos bienes para los hombres, tanto en la vida privada como en la pública, mientras que de la ambición de aquellas otras no se produce ni un solo beneficio, sino más bien desgracias irremediables. Por eso es por lo que creo que el sabio y divino poeta consideró la alabanza de Penélope mejor y más justa. ¿Y es que todavía, con tal guía de nuestros escritos, vamos a temer que alguno los pueda considerar insignificantes y despreciables?

18. Yo os quiero proporcionar un excelente testigo,
c aquel noble y famoso orador, Pericles el Olímpico. Se dice que una vez estaba rodeado de una muchedumbre de aduladores que se repartían sus alabanzas: el uno que si se había apoderado de Samos, otro que si había tomado Eubea, otros que si había rodeado navegando el Peloponeso, algunos recordaron sus decretos y otros su rivalidad con Cimón, considerado un buen ciudadano y un gran general. Y él, ante estos elogios, no se mos-
d traba ni irritado ni contento, sino que lo que consideraba digno de elogio en su actividad política era que tras tanto tiempo de dirigir al pueblo de Atenas, no había sido culpable de ninguna muerte, y ninguno de

[55] Juliano utilizará ambos temas, la lucha contra los muros aqueos y el combate de Aquiles y el río Escamandro, en su segundo discurso de elogio a Constancio (cf. parágrs. 5, 9, 11).

los ciudadanos que se había puesto el manto negro dijo nunca que Pericles fuera el culpable de aquella desgracia [56]. ¿Qué otro testigo, por el Zeus de la amistad, necesitaremos para vosotros de que la mayor prueba de virtud y la que es sobre todo digna de elogio es el no haber dado muerte a ningún ciudadano, ni haberle arrebatado sus bienes, ni haberle arrojado a un injusto 129
exilio? Pero quien se opone personalmente a semejantes desgracias, como un buen médico que no se contenta con no ser causante para nadie de ninguna enfermedad, sino que, si no cura y cuida con todas sus fuerzas, considera su obra indigna de su arte, ¿os parece que en justicia merece los mismos elogios que Pericles? ¿Y no honraremos sobre todo el carácter y la fuerza por los *b*
que la emperatriz, que puede hacer lo que quiere, quiere precisamente el bien para todos? Para mí esto es lo principal de todo el elogio, aunque no me falten otros temas que parecen ser maravillosos y brillantes.

19. Pues si alguien sospechara que mi silencio sobre estos otros temas es un vano disimulo y una fanfarronería vacía y pretenciosa, no sospechará también que es falso e inventado el reciente viaje de la emperatriz a Roma, mientras el emperador marchaba en campaña atravesando el Rin con su puente de barcas cerca de la *c*
frontera de la Galia [57]. Naturalmente hubiera podido, al contar esto, recordar con qué alegría el pueblo y el senado la recibieron, saliendo de buen grado a su encuentro y acogiéndola de acuerdo con las costumbres establecidas para una emperatriz, y enumerar la grandeza de los gastos, su liberalidad y magnificencia, lo costoso de los preparativos y cuánto distribuyó a los presidentes de las tribus y a los centuriones del pueblo. Pero a mí

[56] Cf. PLUT., *Pericles*, 28, y *Moralia*, 543c.
[57] Campaña de Constancio de 356.

d nada semejante me pareció nunca envidiable, ni quiero alabar la riqueza por delante de la virtud, aunque no se me pasa desapercibido que un gasto liberal de las riquezas participa de una cierta virtud. Pero creo que es superior la equidad, la moderación y la prudencia y sus restantes cualidades, de las que os he presentado otros muchos testigos y, sobre todo, a mí mismo y lo que ella hizo en mi favor. Así pués, si también otros intentaran emular mi reconocimiento, ella tiene ya y tendrá numerosos panegiristas.

III

"SOBRE LAS ACCIONES DEL EMPERADOR" O "SOBRE LA REALEZA"

INTRODUCCIÓN

El primer problema que plantea este discurso es el de si realmente fue enviado a Constancio o no, como sugiere Wright, sin que Bidez se pronuncie a favor ni en contra [1]. El primer panegírico de Constancio había sido enviado, según vimos, como defensa contra las intrigas de Marcelo, si la hipótesis es cierta. Y este segundo, ¿con qué motivo fue escrito? Ni Wright ni Bidez dicen una palabra de ello, pero no es verosímil que Juliano se dedicara a mandar un nuevo panegírico a su primo, forzando una vez más sus íntimos sentimientos y obligándose a disimular, sin ninguna causa que, a su entender, lo exigiese. Si el panegírico no se mandó, creemos que el absurdo aumenta: como no podemos pensar que Juliano se dedicara, en sus momentos de ocio, a la masoquista tarea de componer falsos elogios de Constancio que, además, nunca serían leídos por éste, hay que suponer que, una vez compuesto, no estimó conveniente enviarlo por las razones que fueran. Y, en cambio, se publicará después para seguir dando pábulo a las acusaciones de falsedad que sus enemigos le podrían lanzar y le lanzaron, acusaciones que las «impertinen-

[1] Cf. las introducciones respectivas a este discurso en sus ediciones. Bidez dice: «No había quedado satisfecho y sintió la necesidad de volver a escribirlo».

cias»[2] de que más tarde hablaremos no podían borrar, por cuanto los elogios a Constancio son aquí mucho más exagerados que en el primer discurso. Todo ello parece muy confuso y ayuno de fundamento, mucho más cuando el propio Wright se limita a dar su opinión de que «probablemente nunca fue enviado», sin dar ninguna justificación de su aserto.

Bidez parece entender que la causa habría podido ser algunas impertinencias como el querer «enseñar» a Constancio el ejercicio del poder, las numerosas alusiones a los dioses, la defensa de la mitología y ciertas expresiones abiertamente neoplatónicas que le hubieran hecho ante la corte claramente sospechoso de duplicidad. Pero el mismo autor señala con acierto que Juliano, por su vivacidad natural, no sabía contenerse y que el tacto y el disimulo no eran propios de su carácter, y que dichas impertinencias serían análogas a las que debían de aparecer en sus boletines de victoria y que daban pie a los insultos y chanzas de los cortesanos consentidas por Constancio[3]. Por ejemplo, el discurso comienza con el recuerdo de la disputa entre Aquiles y Agamenón, que «sorprende» a Bidez y le hace extrañarse de que los autores modernos no hayan reparado en ello, aunque ya en el siglo pasado el traductor francés Talbot señalara que era «una alusión fina e irónica». Lo que, según Bidez, sería síntoma de una mayor libertad de Juliano y de una mayor madurez. ¿Nada más? ¿Se puede entender que durante las dos primeras hojas de este panegírico se trate el tema de la disputa entre los dos jefes aqueos, sin que ello implique otro deseo por parte de Juliano más que el de equipararse a Aquiles?

Juliano afirma que, al retirarse Aquiles del combate, hizo lo que debía. Tan sólo se le podría reprochar, con-

[2] Cf. Bidez, *l. c.*

[3] Cf. Amiano, XVI, 12, 67, y XVII, 11, 1 ss.

tinúa, que no siguiera combatiendo y después, en un momento de calma, celebrara las hazañas de su rey (como Juliano). Agamenón, dice, no tuvo tacto con Aquiles y le ultrajó arrebatándole su recompensa (¿como ocurrió con los honores de la batalla de Estrasburgo?). El poeta nos enseña que los príncipes no deben usar la violencia ni dar rienda suelta a su cólera, y que los jefes militares no deben irritarse contra la altanería del príncipe, sino soportar con sangre fría sus reprimendas. Constancio, finaliza Juliano, aprueba la máxima de Pítaco, que prefiere el perdón a la venganza y le colma de honores (el mando supremo de las tropas, según Bidez).

Ya se ha dicho que Juliano, como los neoplatónicos, es aficionado al mito y la alegoría y, aun reconociendo el peligro de interpretación de tales procedimientos, que suele llevar a ver más cosas de las que realmente hay en el texto, en este caso nuestra opinión es que estas páginas son una clara alusión a las desavenencias que habían ido creciendo con el tiempo entre Juliano y Constancio, a partir de la victoria de Estrasburgo. Amiano nos relata cómo tras esta victoria los cortesanos que rodeaban a Constancio comienzan o, mejor dicho, intensifican su campaña contra el César, acusándole de jactancioso, y el propio Constancio, en documentos oficiales que Amiano tuvo ante sus ojos[4], se atribuyó la dirección del combate e incluso la captura del rey alamán Cnodomario sin mencionar siquiera a Juliano, para escándalo del historiador latino. La constancia de Juliano en recordar en estos boletines su victoria, aparte del natural orgullo, podría encerrar precisamente su reivindicación ante esta usurpación.

No parece que se haya insistido lo suficiente en este hecho que, vistos los recelos entre ambos primos y la susceptibilidad de Juliano, debió herir en lo más pro-

4 Cf. Amiano, XVI, 12, 70.

fundo al príncipe. El enfrentamiento no era sólo cuestión de pueriles celos personales, sino asunto políticamente importante, y así lo entendieron sin duda ambos. Llovía sobre mojado en este tema de la fama de su joven primo, y una demostración tan terminante de su capacidad militar debió poner en guardia, más todavía, a Constancio. Estas rencillas continuaban al año siguiente, el 358. El propio Juliano, en su *Carta a los Atenienses*[5], se quejará amargamente de que, tras ser el héroe de la batalla, Constancio celebró el triunfo, aunque reconoce que no tenía derecho a tales honores, que correspondían al emperador. Juliano debió sentirse molesto por hechos como los que cuenta Amiano, o quizá por no haber sido llamado a participar en el triunfo. Durante el invierno 357-8 tuvieron lugar nuevos enfrentamientos, ahora con Florencio, por asuntos administrativos, y que terminaron con la llamada de Salustio, el principal consejero de Juliano.

Estos datos permiten afirmar que, tras la victoria de Estrasburgo, las relaciones entre Constancio y Juliano se hicieron muy tirantes. Bidez ha sugerido para este discurso la fecha del invierno 358-9, en que Juliano, según Amiano[6], se dedicó especialmente a tareas de gobierno. La datación está basada en la alusión a su campaña contra los bárbaros de la desembocadura del Rin[7], que tuvo lugar en el 358, aunque en la primavera de ese mismo año Sapor había mandado una amenazadora embajada reclamando la devolución de algunas provincias de Mesopotamia, lo que, en apariencia, iría contra lo afirmado por Juliano de que, después del sitio de Nísibe, Sapor permanecía en paz[8]. En apariencia,

---

5 Cf. 279c.
6 Cf. Amiano, XVIII, 1, 1 ss.
7 Cf. 56b.
8 Cf. 66d y Amiano, XVIII, 4, 1 ss.

digo, pues la guerra no había comenzado en realidad, por más que en esas fechas se estuviera preparando activamente, y, además, no olvidemos que estamos ante un panegírico, con su tendencia a magnificar las victorias.

Este panegírico sería algo así como un ofrecimiento de concordia de Juliano a Constancio para olvidar sus rencillas y restablecer la armonía, y no simplemente, como quiere Wright, «probar, por referencias directas a la *Ilíada*, que Constancio sobrepasó a Néstor en estrategia, a Odiseo en elocuencia y en valor a Héctor, Sarpedón y Aquiles». Nótese la rectificación a la postura adoptada por Aquiles y la enseñanza que pone en la intención del poeta. Juliano, enfrentado con el prefecto Florencio, con Constancio, y habiendo soportado un intento de sedición de los soldados en la campaña del 358 por el trato poco generoso que recibían y del que el príncipe no era culpable, puesto que tenía controlados todos los gastos, debió considerar oportuno apaciguar y contrarrestar a sus enemigos palaciegos —contra los que vuelve a arrojar alegóricamente sus dardos [9]—, ratificándose en su fidelidad al emperador. Ello explicaría, seguramente, el que no haya la mínima alusión a su famosa victoria, lo que sería en todo caso, como señala Bidez, improcedente en un panegírico dirigido a Constancio, aunque ya se ha visto cómo no había tenido éste ningún empacho en adjudicársela, y, por tanto, Juliano hubiera podido hablar oficialmente de ella como de una victoria de Constancio, si bien, claro, eso ya hubiera sido un exceso de ironía que no entraba en los cálculos del molesto príncipe.

El discurso, como ya ha señalado Bidez, refunde en uno solo el elogio retórico (1-22) y el elogio filosófico (23-39), tal y como indica su doble título. En el elogio

[9] Cf. 91d.

retórico Juliano habla de forma mucho más grandilocuente que en su primer panegírico, comparando a Constancio con los héroes homéricos cuyas particulares virtudes afirma que se dan a la vez en el emperador. Así, es mejor arquero que Pándaro o Teucro, superior a la lucha que sostuvo Aquiles con el Escamandro por su éxito en la batalla de Mursa, a Ayante y a Héctor por su defensa y ataque respectivos al muro de los aqueos, y también supera en otros aspectos a Alejandro, Ulises y Néstor. En suma, Juliano, que tanto había renegado —y reniega también en éste— de la altisonante retórica al uso, se emplea profusamente y es difícil, en ocasiones, evitar la idea de que se está dedicando a un auténtico juego literario con su autor preferido, Homero. En realidad, no mucho más podían significar para él estas composiciones laudatorias. Con el mismo placer, Juliano se detiene, con más morosidad que en el primer discurso, en las principales acciones bélicas de Constancio, dándonos una detallada descripción de la batalla de Mursa, del tercer sitio de Nísibe y de la toma de Aquileya. Estas páginas, dejando a un lado su colorido retórico, revelan la experiencia militar adquirida ya por el César en su interés por diversos detalles estratégicos.

En el elogio filosófico de las virtudes, siempre superiores a las hazañas, Juliano va realmente a describir su monarquía filosófica, que poco después intentará llevar a la práctica: la virtud es la esencia del alma y todos los actos del rey deben ser emanaciones de esa virtud. La piedad con los dioses, la clemencia, la valentía, el dominio de las pasiones, la generosidad, el trabajo, su comportamiento amistoso, la lucha contra la inmoralidad y la injusticia, la protección de las leyes, la cuidadosa elección de colaboradores, evitar tanto la opresión como la arrogancia del pueblo, todo ello debe ser la tarea del soberano, y esta larga descripción teórica de la obra de gobierno —que, sin duda, fue mirada

por los envidiosos como un intento de dar lecciones a Constancio— no se ajusta estrictamente a la actitud del emperador en la realidad, por lo que es lícito pensar en la ironía subyacente del autor a la hora de escribir estas páginas.

A partir del parágrafo 34, Juliano compara este cuadro ideal con Constancio para demostrar, naturalmente, cómo se ajustan a la perfección. Sin embargo, varias de las virtudes expuestas de forma abstracta no aparecen en el retrato de Constancio: ni su lucha contra la injusticia e inmoralidad, ni su amistad hacia el pueblo o los soldados, o la juiciosa elección de colaboradores [10]; su piedad religiosa es silenciada también, por razones obvias, aunque sí era auténtica. Por esto se puede afirmar que Juliano, pese a todo, no ha llevado en esta segunda parte el panegírico hasta el exceso, aunque ya sabemos que, cuando habla de la generosidad y clemencia de Constancio por haber perdonado la vida al hijo de Silvano, no cree en absoluto en tal virtud. Lo mismo sucede en otros casos, como la concordia entre los hermanos [11].

A lo largo del discurso, Juliano habla con una seguridad inesperada. Así, al trazar el elogio de los antepasados, habla del origen de «nuestra» familia, asociándose de esta forma al mismo elogio —cosa que no se atrevió a hacer en el primer discurso—, o bien, en los caps. 15 y 16, al introducir una larga digresión sobre una cita platónica cuya propia interpretación ofrece, no sin cierta pedantería y falta de oportunidad. En ella aparecen sus vinculaciones neoplatónicas, lo mismo que en el capítulo 24, de forma mucho más osada, pues, a la vista del texto,

---

10 Cf. Aurelio Víctor, 42, 24 ss., que termina así su libro: «Y para decir en pocas palabras la verdad: así como no hay nada más noble que el propio emperador, nada hay más odioso que la mayor parte de sus ministros».

11 Cf. *Contra Heraclio*, 228a ss.

le hubiera sido muy difícil evitar una acusación de heliolatría. Incluso, en el cap. 30, se permite señalar cómo el verdadero rey no es sino el ministro y profeta del rey de los dioses, es decir, del demiurgo, o asumir la defensa de la mitología y una doctrina propia sobre las divinidades visibles e invisibles en el cap. 26. Su lenguaje va más allá de la neutralidad religiosa observada en el discurso anterior. Si a ello unimos que, al tomar a Homero como modelo para las frecuentes comparaciones, Apolo, Zeus, Atenea y demás dioses del panteón están continuamente presentes, hay que concluir que Juliano, que oficialmente sigue siendo cristiano, se siente con la suficiente seguridad en sí mismo como para no tomarse un excesivo trabajo en ocultar y disimular sus creencias, como venía haciendo hasta entonces.

Después de su emancipación militar al recibir el mando supremo de las tropas y consagrarse en Estrasburgo, y de la emancipación administrativa tras sus enfrentamientos con Florencio, Juliano apunta a una emancipación ideológica y ya no se encuentra a gusto en su anterior papel de devoto cristiano. Ofrece este discurso a Constancio como prueba de lealtad y deseando restablecer la concordia, pero en todo él se respira una especie de advertencia para que Constancio no siga intentando traducir esa lealtad en una sumisión absoluta que Juliano no está dispuesto a aceptar y, en este sentido, la aludida comparación inicial con la querella de Aquiles y Agamenón cobra todo su sentido. Juliano, a la postre, no ha resultado un César tan manejable como el pobre Galo.

SINOPSIS DEL DISCURSO

«SOBRE LAS ACCIONES DEL EMPERADOR» O «SOBRE LA REALEZA»

1. Aquiles, dice el poema, cuando se irritó y se sepa- 49 *c*
ró del rey, arrojó de sus manos la lanza y el escudo y,
afinando su arpa y su cítara, cantó y celebró las hazañas
de los semidioses y dedicó su ocio a esta ocupación pen-
sando muy cuerdamente [1]. Pues irritarse y enervar al rey *d*
hubiera sido demasiado arrogante y salvaje. Pero quizá
el hijo de Tetis no puede escapar al reproche de haber
desperdiciado el momento de la acción en cantos y so-
nes, cuando podía retener sus armas en vez de arrojar-
las, y después, en un momento de tranquilidad, celebrar
al rey y cantar sus hazañas. El padre de aquel famoso
relato afirma que la irritación de Agamenón con su 50
general no fue moderada ni hábil, sino que se valió de
amenazas y le injurió de hecho al privarle de su recom-
pensa [2]. Y representando el poeta a ambos arrepentidos
en medio de la asamblea, el hijo de Tetis grita:

Atrida, ciertamente esto para ambos
mejor hubiera sido, para ti y para mí [3],

y, a continuación, maldiciendo la causa de la disputa y
enumerando las desgracias producidas por su cólera, *b*

---

1 Cf. *Il.*, IX, 186 ss.
2 Cf. *Il.*, I, 181 ss.
3 Cf. *Il.*, XIX, 56 ss.

mientras que el rey acusa, por su parte, a Zeus, a las Moiras y a la Erinia, me parece que nos enseña, valiéndose de estos héroes a manera de ejemplo como en una tragedia, que es preciso que los reyes no hagan nada con insolencia ni se valgan para todo de su fuerza ni den rienda suelta a su cólera, que se lanza como un caballo desbocado *sin freno ni auriga*, y que los generales no irriten la majestad real y soporten con domi-
c nio de sí y dulzura los reproches, para que su vida no esté llena de arrepentimientos. Habiéndome aprendido yo esto, querido emperador, y viendo que tú en tus obras muestras esta educación homérica y quieres hacer algún bien a todos en todo, y a nosotros en particular nos has dispensado honores y recompensas unas tras otras, y que quieres ser tan superior al rey de los griegos que, mientras éste deshonraba a los mejores, tú otorgas tu perdón incluso a muchos hombres insignifi-
d cantes, elogiando la máxima de Pítaco[4], que prefería el perdón a la venganza, yo me avergonzaría si no me mostrara más agradecido que el hijo de Peleo y si no alabara, en la medida de mis fuerzas, tus cualidades; y no hablo del oro ni del manto purpúreo ni, por Zeus, de los peplos de variados colores, obra de las mujeres de Sidón[5], ni de la belleza de los caballos niseos[6], ni del resplandor relampagueante de los carros de placas dora-
51 das, ni de las piedras preciosas brillantes y graciosas de los indios. Aunque si alguno, dirigiendo su atención a estas cosas, considerase cada una de ellas merecedora de unas palabras, creo que, tras agotar prácticamente toda la poesía de Homero, todavía le faltarían palabras

---

[4] Pítaco de Mitilene en Lesbos (c. 650-570 a. C.) perdonó con esta frase al poeta Alceo, que le había atacado duramente, cuando era su prisionero. Cf. LAERCIO, I, 4, 3, y DIODORO, IX, 12, 3. Cf. Bidez.

[5] Cita casi literal de *Il.*, VI, 289-90.

[6] Cf. HERÓD., VII, 40, 4. Nisea es una llanura de Media.

y no serían suficientes, sólo para ti, los elogios dedicados a todos los semidioses.

2. Empecemos en primer lugar por el cetro, si te parece, y por tu realeza. ¿Qué dice, pues, el poeta cuando quiere ensalzar la antigüedad del linaje de los Pelópidas y mostrar la grandeza de su poderío? b

El poderoso Agamenón se levantó sosteniendo un cetro que Hefesto había fabricado con su trabajo,

y se lo dio a Zeus, y éste a su propio hijo habido de Maya, y el soberano Hermes se lo entregó a Pélope, y Pélope

se lo dio a Atreo, pastor de pueblos. Atreo, al morir, lo dejó a Tiestes, rico en ganados, y luego, a su vez, Tiestes se lo dio a Agamenón para que lo llevara y sobre muchas islas y todo Argos man- c
dase[7].

Ésta es la genealogía de la casa de los Pelópidas, que no duró siquiera tres generaciones completas. En cambio, nuestra familia comenzó con Claudio[8], cuyo poder, brevemente interrumpido, recibieron tus dos abuelos. Y el padre de tu madre[9] gobernó Roma e Italia, además de Libia, Cerdeña y Sicilia, poderío nada inferior al de Ar- d
gos y Micenas, y, por otra parte, el padre de tu padre[10] gobernó los pueblos más belicosos de la Galia, los iberos occidentales y las islas de la parte interior del Océano[11], que son tanto más grandes que las que vemos en nuestro mar, cuanto el mar que se extiende más allá de las

[7] Cf. *Il.*, II, 100-108.
[8] Claudio el Gótico.
[9] Maximiano Hércules.
[10] Constancio Cloro.
[11] Hispania y Britania, respectivamente.

columnas de Hércules es mayor que el mar interior. Y limpiaron de enemigos todos estos países, guerreando
52 juntos si alguna vez era necesario o marchando por separado cada uno, y cortaron de raíz la insolencia y la injusticia de los bárbaros que estaban en nuestras fronteras. Así se distinguieron ellos. Tu padre recibió con gran piedad y santidad la parte del imperio que le correspondía, tras esperar el final decretado de su progenitor, y el resto de las tierras, que habían pasado del emperador a manos de tiranos, los liberó de una dura esclavitud y mandó sobre todo el imperio, asociándoos
b al poder a vosotros tres, sus hijos. ¿Acaso es comparable la magnitud de vuestro poder y la duración de ese poderío y el número de los que reinaron? ¿O esto es demasiado antiguo y hay que pasar a la riqueza y hay que admirar tu clámide con su broche, que también proporcionó un agradable pasatiempo a Homero? Habrá que dedicar un gran discurso a los caballos troyanos que en número de tres mil

c *pastaban en las húmedas llanuras* [12]

y a sus potros? ¿O nos ocuparemos de los caballos tracios más blancos que la nieve y que corren más veloces que los vientos de las tempestades, y de los carros a ellos unidos? ¿No podemos alabarte también en estas cosas? La casa de Alcínoo y el palacio de Menelao, que asombran al hijo del prudente Ulises y le hacen charlatanear de esa manera [13], ¿los compararemos con el tuyo, como si temiéramos que quizá resultases inferior? ¿No
d terminaremos nunca con este vano lenguaje? Tengamos cuidado, no vaya a ser que alguien nos acuse y condene por hablar de cosas insignificantes y dejar de lado las auténticamente hermosas.

---

12 Cf. *Il.*, XX, 221.
13 Cf. *Od.*, IV, 71 ss.

3. Así pues, dejando a los homéridas ocuparse abun-
dantemente de temas semejantes, marchemos decidida-
mente a lo que se aproxima más a la virtud y a lo que
tú prestas mayor atención, la fuerza corporal y la expe-
riencia de las armas. ¿A quién, pues, otorgaremos la
primacía entre los hombres celebrados por la sirena
homérica? Pues en la epopeya está el arquero Pán-
daro [14], hombre desleal y sobornable y, además, de 53
débil brazo y mediocre hoplita; también están en el
poema Teucro y Meriones [15]: aquél utiliza su arco
contra una paloma y éste, aunque triunfa en el com-
bate, necesita, sin embargo, como de una defensa y
muralla y por ello se cubre con un escudo, no con el
suyo, sino con el de su hermano [16], y entonces mira
tranquilamente al enemigo como un soldado ridículo
que necesita de un guardián mayor que él y que no *b*
encuentra en sus armas la esperanza de salvación. A ti,
en cambio, yo te he visto [17], querido emperador, derribar
osos, panteras y numerosos leones con tus dardos, utili-
zando el arco para la caza como un juego, pero en la
línea de combate llevas tu escudo, tu coraza y tu casco.
Y no temería compararte a Aquiles, brillante con las
armas de Hefesto, cuando se prueba a sí mismo y su
armadura,

> *Si se le ajusta, y sus brillantes miembros libre-*
> *mente se mueven en ella* [18], *c*

porque tus hazañas proclaman a todos tu experiencia.
En cuanto a la hípica y velocidad en la carrera, ¿eres

---

14 Cf. *Il.*, IV, 97.
15 Cf. *Il.*, VIII, 266 ss. y XX, 870 ss., respectivamente.
16 Ayante Telamonio.
17 Debe tratarse de la visita que hizo Constancio a Galo y Juliaño en Macellum en el año 347.
18 Cf. *Il.*, XIX, 385.

digno de compararte a los antiguos que alcanzaron mayor renombre y fama? La hípica no se había aún inventado, pues utilizaban carros y no caballos individuales. Pero quién fue superior en velocidad, esto es un juicio incierto. En ordenar las filas y distribuir perfectamente
d la falange parece que Menesteo fue el mejor, y en ello, a causa de su edad, el de Pilos[19] no le va a la zaga en experiencia. Y, sin embargo, sus enemigos desbarataron a menudo sus filas, y ni siquiera parapetados en la muralla pudieron sostener su ímpetu. Por el contrario tú, que has participado en innumerables batallas frente a muchos enemigos bárbaros y no menos compatriotas sublevados y que apoyaban al que había decidido arrebatarte el poder[20], mantuviste tu falange indestructible
54 e indisoluble sin ceder lo más mínimo.

4. Y para que no piensen que es pura charlatanería o una ficción del discurso que supera la realidad de los hechos, quiero desarrollar este tema ante los presentes. Pues creo que contarte a ti tus propios hechos sería ridículo, y me ocurriría lo mismo que aquel pobre e ingenuo que, contemplando las obras de Fidias, intentaba darle explicaciones al propio Fidias de su Virgen de la Acrópolis y del Zeus de Pisa[21]. Pero si presento lo
b más glorioso de tus obras a los demás, quizá evite este error y no sea blanco de tales censuras. Así que tengamos el valor de hablar. Que tampoco se tome a mal, al intentar abordar tus mejores hazañas, si el discurso se alarga con ellas, aunque quiera retenerlo y acortarlo, de forma que la flaqueza de mis palabras no empañe la magnitud de tus obras, lo mismo que, dicen, el oro del

19 Néstor. Cf. *Il.*, II, 552 ss.

20 Magnencio.

21 La estatua de Zeus en su templo de Olimpia, santuario situado en la región de Pisa, en el Peloponeso.

Amor de Tespias derramado sobre sus alas impide contemplar la exactitud de su arte. Pues tus éxitos recla- c
man verdaderamente la trompeta homérica mucho más que las hazañas del Macedonio. Ello se hará evidente sólo con valernos del mismo tipo de discurso con el que hemos comenzado. Ya ha quedado claro que hay un gran parentesco entre las hazañas del emperador y las de los héroes, y afirmamos que él es superior a todos en lo que cada uno de ellos sobresalió especialmente, y hemos mostrado cómo es más rey que aquel rey, si recordamos lo dicho en el prólogo, que todavía resultará d
más evidente a continuación. Ahora, si os parece bien, fijemos nuestra atención en sus batallas y en sus guerras.

5. ¿A quiénes celebró especialmente Homero tanto entre los griegos como entre los troyanos? Os leeré de entre sus versos los más apropiados:

Quién era el mejor, cuéntamelo, Musa 55
de los hombres y de los caballos que siguieron a los
[Atridas.
De los hombres el mejor con mucho era Ayante
[Telamonio,
mientras Aquiles permanecía irritado, pues éste era
[mucho más fuerte[22].

Y de nuevo dice sobre el hijo de Telamón:

Ayante, que por su figura y por sus obras sobresalía
de los demás griegos, tras el irreprochable hijo de
[Peleo[23]. b

De entre los griegos, pues, éstos afirma que son los más valientes que marcharon, y de entre los troyanos,

[22] Cf. *Il.*, 761 ss. y 768 ss.
[23] Cf. *Il.*, XVII, 279 ss.

Héctor y Sarpedón. ¿Queréis entonces que relatemos sus más brillantes hazañas y consideremos su grandeza? Pues en algún sentido se asemeja a las gestas de nuestro emperador la batalla del hijo de Peleo junto al río y el combate en torno al muro de los aqueos. Ayan-
c te, combatiendo en defensa de las naves y subiéndose a la plataforma[24], quizá merece también una comparación semejante. Quiero relataros la batalla que junto al río[25] disputó recientemente nuestro emperador. Ya sabéis de dónde partió la guerra y que fue librada con justicia y no por el deseo de extender sus dominios. Nada impide recordarla brevemente.

6. Un hombre[26] desleal y atrevido que aspira a un poder que no le corresponde mata al hermano del em-
d perador[27] y colega en el mando, y se forja brillantes esperanzas creyendo que va a imitar a Posidón y va a demostrar que el relato de Homero no es un mito y que es completamente real lo que el poeta dice del dios:

> *Tres veces atacó y a la cuarta alcanzó su objetivo, Egás,*

y cómo a continuación, tomando su armadura y unciendo sus caballos, marchó a través del mar:

> *El mar se entreabrió con alegría; los caballos vo-*
> 56 *laban con toda velocidad, y ni por debajo se mojaba el broncíneo eje*[28].

Porque no hay ningún obstáculo: todo se aparta y cede con alegría. Por eso creía que no dejaba ningún enemigo

[24] Cf. *Il.*, XV, 676 ss.
[25] El río Drave: batalla de Mursa.
[26] Magnencio.
[27] Constante.
[28] Cf. *Il.*, XIII, 20 ss.

ni adversario y que nada le impediría instalarse en la desembocadura del Tigris. Le seguía una numerosa infantería de hoplitas, no menos jinetes y los más valerosos celtas, iberos y los germanos que habitan junto al b Rin y al mar occidental, ya haya que llamarlo Océano o mar Atlántico o cualquier otra denominación adecuada, no estoy seguro. Sólo sé que cerca de él habitan pueblos difíciles de batir y superiores en fuerza a todos los demás bárbaros, y no lo sé sólo de oídas, que es poco seguro, sino, como se dice, tras haberlo aprendido por mi propia experiencia [29]. De esos pueblos había reclutado un número no menor que el ejército de romanos que le c seguía, mejor dicho, le seguía una multitud de bárbaros como si fuera uno de los suyos y del mismo origen, mientras que los nuestros —así puede llamarse a cuantos romanos le acompañaron por la fuerza y no voluntariamente—, semejantes a auxiliares y mercenarios, iban en el orden y con el aspecto de carios [30], de mala gana, como es natural, tras un bárbaro y extranjero que, en su borrachera y resaca, desprecia y se apodera del imperio y gobierna, como era de esperar de quien empieza con tales preludios y prólogos. d

7. Él mismo toma el mando, no como Tifón, a quien el maravilloso relato de la poesía afirma que dio a luz dolorosamente la Tierra, irritada contra Zeus [31], ni como el gigante más poderoso, sino como el sabio Pródico en sus mitos representó el Vicio luchando contra la Virtud y queriendo convencer al hijo de Zeus [32] de que él debía

[29] Esto sólo puede decirlo Juliano por su campaña contra los cámavos en el bajo Rin en el verano de 358. Pasaje esencial para la datación del discurso. Cf. introducción.

[30] Señala Bidez que, con frecuencia, servían en los lugares de mayor peligro.

[31] Cf. Hesíodo, *Teog.*, 821 ss.

[32] Heracles. Cf. Jenof., *Memor.*, II, 1, 21 ss.

ser, por supuesto, el más honrado de todos. Al avanzar
57 hacia la batalla se portaba como Capaneo[33], como un bárbaro e insensato, que confiaba no, como aquél, en la fuerza de su alma y en el vigor de su cuerpo, sino en la masa de los bárbaros que le acompañaban, y amenazaba con entregarles todo como pillaje, el tribuno al tribuno, el centurión al centurión y el soldado al soldado, incluidos sus equipos y bienes, sin liberar siquiera sus personas. Y hace crecer sus ilusiones la habilidad del emperador y, gozoso y sin darse cuenta, baja de los
b desfiladeros a la llanura, creyendo que se trata realmente de una huida y no de una estratagema. De esta forma es cazado, lo mismo que los pájaros y los peces en las redes. Una vez, pues, que llega a campo abierto, a la llanura de los peonios, donde cree que combatirá ventajosamente, entonces el emperador divide su caballería y la coloca en las alas. Algunos de ellos son lanceros, protegidos por flexibles corazas y cascos de hierro;
c sus grebas ajustan perfectamente a sus tobillos y también llevan rodilleras y, en torno a los muslos, otras protecciones semejantes de hierro. Marchan sobre sus caballos como auténticas estatuas, sin necesidad siquiera de un escudo. A éstos los seguía la gran masa de los restantes caballeros que llevan escudos, algunos arrojando flechas desde sus caballos. De la infantería, los hoplitas van en el centro, protegidos a cada lado por la
d caballería. Detrás, los honderos, los arqueros y todos los que lanzan dardos sin escudo ni coraza. Arreglada así la falange, se adelanta ligeramente el ala izquierda, y todo el ejército enemigo se agita y no guarda la formación. Nuestra caballería los persigue sin darles tregua, y huye vergonzosamente el que se había apoderado del imperio más vergonzosamente todavía, abandonando a su jefe de caballería, a sus comandantes y tribunos que,

[33] Cf. Esquilo, *Siete*, 422 ss.

en gran número, combatían con todas sus fuerzas, y al autor principal[34] de este monstruoso y maldito drama, el primero que había puesto en su espíritu la idea de
apoderarse del imperio y arrebatarnos nuestra recom- 58
pensa y que, hasta entonces, estaba feliz de no haber fallado ni haberse equivocado, pero que ahora sufre la pena que con justicia lo amenazaba por sus acciones, recibe un castigo increíble. Pues todos cuantos se habían alistado junto al tirano en la guerra puede verse cómo unos mueren, otros huyen y otros se arrepienten. Porque muchos suplicaron y todos ellos obtuvieron el
perdón, superando el rey al hijo de Tetis en su magna- *b*
nimidad, porque éste, cuando cayó Patroclo, no consintió que fueran rescatados los enemigos capturados, sino que los mató mientras le suplicaban abrazados a sus rodillas. El emperador, en cambio, proclamó una amnistía para los que renegaran de la conspiración, haciendo así desaparecer no sólo su miedo a la muerte, al exilio o a algún otro castigo, sino que, como si regresa-
ran del infortunio y del desgraciado extravío que había *c*
sido su vida con el tirano, tuvo a bien restablecerlos en la misma situación que disfrutaban antes.

8. Ya volveremos a prestar atención a esto. Ahora hay que volver a hablar de cómo el pedagogo del tirano no estaba ni entre los muertos ni entre los que huyeron. Porque no hubiera sido lógico que esperara tu perdón después de las injusticias que había planeado, de los actos impíos que había cometido, de las injustas muertes de muchos hombres y mujeres particulares y de casi todos los que estaban relacionados con la fa-
milia imperial[35]; y no lo hizo por miedo ni por provocar *d*

---

34 El conde Marcelino.

35 Cf. Zósimo, II, 43, 4. Marcelino ejecutó en Roma a Nepotiano y a su madre Eutropia, entre otros.

una matanza civil, temiendo ver surgir de su crimen las manos ensangrentadas de sus vengadores, sino que, como para lavar sus crímenes anteriores con nuevas y extrañas purificaciones, se dedicó a matar un hombre tras otro y a las mujeres sobre sus seres más queridos: así que, naturalmente, desistió de suplicar. Esto es quizá lo que pensó o quizá otra cosa. Porque no sabemos
59 ni lo que pudo ocurrirle ni lo que pudo hacer: desapareció, se hizo invisible[36]. Si fue un espíritu vengador el que se apoderó de él, como dice Homero de las hijas de Pandáreo[37], y lo llevó hasta los confines de la tierra para hacerle expiar sus planes, o si fue el río el que lo recibió en su seno y lo mandó a servir de festín a los peces, no está claro en absoluto. Porque antes de la batalla, y mientras los batallones formaban en falange, estaba lleno de arrogancia, yendo y viniendo entre las
b filas, pero, cuando el combate terminó como merecía, se hizo invisible, ocultado no sé por qué dios o espíritu, pero, evidentemente, no para recibir una suerte mejor. Pues, desde luego, no iba a volver a vivir feliz y ultrajarnos injustamente como creía, sino que, totalmente desaparecido, soportará un castigo desgraciado para él, pero útil para muchos como corrección. Pero ya hemos hablado del intrigante de todo el asunto más de lo que merece, interrumpiendo en medio de la acción el curso
c del relato, y hay que dejarlo. Prosigamos donde lo hemos abandonado y contemos el final de la batalla.

---

36 Cf. *Od.*, I, 242.

37 Cf. *Od.*, XX, 66 ss.: Penélope, desesperada, desea una rápida muerte como la de las hijas de Pandáreo. Éstas, cuyo número y nombre varía según las tradiciones, habían sido criadas por las Harpías. Al morir sus padres, los dioses se apiadaron de ellas y las ayudaron incluso a buscar unas bodas dignas, momento en que las Harpías las raptaron y las entregaron como esclavas a las Erinias. Entonces fueron arrebatadas por las tempestades hasta el Océano.

9. En efecto, el empuje de los soldados no desfallecía por la cobardía de sus generales, sino que, tras ser desbaratadas sus filas, no por su falta de valor, sino por la inexperiencia e ignorancia de su jefe, volviéndose a reunir en compañías, siguieron luchando. Y se produjo una situación inesperada, al no ceder los unos ante los
vencedores y al desear los otros llegar al final de la vic- *d*
toria; se levantó un confuso alboroto, un griterío, el choque de armas y de espadas que se rompen en los cascos y escudos con las lanzas. Se lucha cuerpo a cuerpo y, arrojando los escudos, se ataca con las espadas, preocupándose poco de lo que a uno pueda ocurrirle y dirigiendo su ardor a hacer el mayor mal posible a los enemigos, para no proporcionar una victoria limpia y sin lágrimas, aunque para ello sea preciso morir. Así se comportaban
no sólo los infantes con sus perseguidores, sino cuantos 60
caballeros tenían sus lanzas completamente inservibles por haberse roto, lanzas hermosas y demasiado largas que rompen para echar pie a tierra y colocarse entre los hoplitas. Y durante un tiempo resistieron a duras penas con bravura, pero nuestros jinetes, cabalgando a distancia, les acosan a flechazos y los coraceros atacan en cargas cerradas, aprovechando que están en una llanura
lisa y sin obstáculos, y, al llegar la noche, unos huyen *b*
contentos y los otros los persiguen con dureza hasta su campamento y se apoderan de él con sus equipamientos, esclavos y ganados. Comenzada, como acabo de decir, la huida de los enemigos, los perseguidores no cejan en su empeño y los empujan hacia su izquierda, allí donde el río queda a la derecha de los vencedores. Allí tuvo lugar una gran matanza y el río se llenó de cadáveres de hombres y caballos mezclados. Porque desde luego el Drave
no se parece al Escamandro[38], ni es tan benévolo para *c*
los fugitivos como para levantar a sus muertos con sus

[38] Cf. *Il.*, XXI, 242 ss.

armas y arrojarlos fuera de su corriente, ni como para
sepultar a los vivos y enterrarlos con seguridad en sus
remolinos. Pues el río troyano quizá obraba así por be-
nevolencia, o quizá su profundidad permitía atravesarlo
con facilidad al que quería, aunque fuese a nado, ya que
con un solo olmo atravesado se podía hacer un puente,
y todo él con borbotones de espuma y sangre se eleva-
d ba hasta los hombros de Aquiles, si hay que creerlo, y
ésta fue su acción más violenta. Y cuando hace un poco
de calor abandona el combate y jura no prestar nin-
guna ayuda.

10. Pero esto parece que es otra diversión de Home-
ro, que imagina una nueva y extraña modalidad de lucha
personal. Porque, por lo demás, es evidente que simpa-
tiza con Aquiles, representando al ejército como si fue-
ran espectadores, y sólo a él invencible e irresistible
para sus enemigos, matando a los que encuentra en su
61 camino y poniendo en fuga absolutamente a todos con
su voz, con su aspecto y con sus miradas, tanto al co-
mienzo de la batalla, creo, como después junto a las ri-
beras del Escamandro, hasta que los fugitivos se aglo-
meran gozosos en el interior de la muralla. Al contar
esto Homero a lo largo de muchos versos, imaginando
batallas de dioses y adornando su poesía con mitos, so-
borna a sus jueces y les impide depositar un voto justo
b y auténtico. Quien no quiera dejarse engañar por la be-
lleza de las palabras y de las imágenes importadas,
como si se tratara de perfumes y colores, compórtese
como un juez del Areópago y no temamos su juicio. Por-
que estamos de acuerdo en que el hijo de Peleo era un
buen soldado, convencidos por el poema; mata a vein-
te hombres,

c *todavía vivos del río retira a doce hombres*
a los que saca temblando como cervatillos

en venganza del fallecido Patroclo, hijo de Menecio[39].

Y, sin embargo, su victoria no hizo variar la situación de los aqueos, pues ni produjo más miedo a sus enemigos ni les hizo desesperarse para el futuro. Y sobre ello, ¿podremos tener otro testimonio que no sea el de Homero? ¿No será suficiente recordar los versos que com- *d*
puso cuando Príamo llegó a las naves con el rescate de su hijo? Pues, concluida la tregua gracias a la cual vino, le pregunta el hijo de Tetis:

> *¿Cuántos días deseas para rendir los últimos honores al divino Héctor?*[40]

Príamo explica lo demás y respecto a la guerra dice:

> *Al duodécimo día combatiremos si es necesario*[41].

Así, no duda en anunciar la guerra tras la tregua. En 62
cambio, el innoble y cobarde tirano interpone en su fuga elevadas montañas y hace construir en ellas fortalezas y no se fía de la firmeza de sus posiciones, sino que suplica alcanzar el perdón, que hubiera obtenido si hubiese sido digno de él y no hubiera sido tantas veces desleal e insolente, añadiendo un crimen sobre otro.

11. En cuanto a la batalla, si alguien no quisiera prestar atención a la fama de los narradores ni a sus bien fabricados versos, que juzgue fijándose en los he- *b*
chos mismos. A continuación, si os parece bien, comparemos las batallas de Ayante en defensa de las naves y la de los aqueos sobre su muro con las hazañas que tuvieron lugar en la ciudad a la que el Migdonio, el

---

[39] Cf. *Il.*, XXI, 27 ss.
[40] Cf. *Il.*, XXIV, 657.
[41] Cf. *Il.*, XXIV, 667.

más bello de los ríos, ha dado fama y que lleva el nombre del rey Antíoco. Tiene también otro nombre bárbaro, familiar para muchos por nuestras relaciones con los bárbaros de allí[42]. Pues bien, esta ciudad, en el momento en que era prioritaria la expedición contra el tirano, fue sitiada por un ejército integrado por una
c enorme multitud de partos e indios. Y lo que dicen que le sucedió a Heracles cuando marchaba contra la fiera de Lerna, que le atacó un cangrejo de mar, eso mismo le pasó al rey de los partos cuando desde el interior del continente atravesó el Tigris y sitió la ciudad mediante diques; después, recibiendo en ellos al Migdonio, convierte el territorio en torno a la ciudad en un lago con el que la rodea como si fuese una isla, sobresaliendo tan sólo ligeramente las almenas. Inicia el asedio acer-
d cando sus naves sobre las que van las máquinas de guerra. Y esto no fue el trabajo de un día, sino, según creo, de unos cuatro meses. Los de la muralla rechazaban continuamente a los bárbaros quemando las máquinas con teas. Sacan a tierra muchas naves desde la muralla y otras son destrozadas por la fuerza de los instrumentos de guerra que disparan y por el peso de los proyectiles: pues lanzaban sobre ellos piedras de siete talentos
63 áticos de peso[43]. Tras varios días completos de luchar así, se rompe una parte del dique y fluye una masa de agua que arrastra un trozo de la muralla no inferior a cien codos. Entonces ordena su ejército a la manera persa, porque salvaguardan e imitan los usos persas, y me parece que no quieren ser considerados partos, sino que pretextan ser persas. Así, les gusta llevar el vestido persa y van a la batalla como ellos, adornándose con
b sus armas y con vestidos semejantes de oro y púrpura. Con ello intentan engañar, demostrando que no están

[42] Antioquía del Migdonio o Nísibe.

[43] El talento ático pesaba un poco más de 26 Kg.

alejados de los macedonios y que vuelven a tomar un imperio que les corresponde desde antiguo. Así pues, su rey, imitando también a Jerjes, se coloca sobre un pequeño túmulo elevado al efecto, mientras su ejército avanza con los elefantes. Éstos venían de la India y llevaban torres de hierro llenas de arqueros. Marchaban al frente los caballeros, coraceros, arqueros y la restante multitud innumerable de jinetes. Porque ellos conside- *c*
ran inútil la infantería para la guerra y no la colocan en un puesto de honor ni tienen necesidad de ella, puesto que el país que habitan es una llanura sin obstáculos. Porque, en efecto, las diferentes fuerzas son consideradas según las necesidades de la guerra y, como la infantería es inútil por la naturaleza del país, tampoco en sus costumbres goza de mucha estima. De la misma manera están establecidos los usos militares en Creta, Caria y otros innumerables pueblos. Por ello Tesalia, *d*
que es una llanura, parece apropiada para los ejercicios y los combates a caballo. Por lo que se refiere a nuestra ciudad, como se ha enfrentado a todo tipo de enemigos, a los que ha derrotado tanto por su buen juicio como por su fortuna, es natural que se haya acomodado a todo tipo de armas y preparativos. En fin, quizá esto no tenga ninguna relación con nuestro discurso, como dirían los que velan por las reglas del panegírico lo mismo que por las leyes, pero yo consideraré en su momento qué relación tienes tú con todo esto; por lo demás, los reproches de estos hombres los voy a re- 64
chazar fácilmente. Porque afirmo que yo ni me preocupo de sus reglas, ni considero una falta que no las observe quien no ha prometido guardarlas. Quizá no nos faltarían otras excusas convincentes, pero no hay que alargar innecesariamente mi discurso y alejarme de su argumento. Volvamos, pues, a seguir las huellas allí donde las dejamos.

12. Pues bien, cuando los partos, adornados con sus
b armas ellos y sus caballos, se acercaron a la muralla
con sus elefantes indios[44], ufanos con la esperanza de
apoderarse de ella rápidamente y se les dio la señal de
atacar, se empujan todos a un tiempo, queriendo cada
uno ser el primero en escalar la muralla y en conseguir
esta gloria, suponiendo que no había ningún motivo de
temor, porque los del interior serían incapaces de aguan-
tar su empuje. Tan exagerada era la confianza de los
partos. Pero los de la ciudad mantenían una nutrida
c falange en la parte derruida del muro, y sobre la parte
que se mantenía en pie colocan a toda la gente que era
inútil en el interior, mezclándola con igual número de
soldados. Cuando los enemigos avanzaron, como no se
les arrojó ningún proyectil desde la muralla, vieron
aumentada su esperanza de tomar totalmente la ciudad,
fustigaron a sus caballos y ensangrentaron sus costa-
dos con las espuelas hasta que dejaron a sus espaldas
d los diques que habían levantado anteriormente para
detener la corriente del Migdonio. En todo aquel lugar
se había formado una zona pantanosa muy profunda,
porque no estaba expuesta al sol y porque el terreno
era denso y podía por naturaleza retener la humedad.
Había también allí una ancha fosa que servía antigua-
mente de defensa a la ciudad, y en ella el barro era
más profundo. Los enemigos pusieron manos a la obra
65 y, cuando intentaban atravesarla, hicieron una salida los
de dentro, y muchos desde los muros les arrojaban
piedras. Produjeron una gran mortandad y pusieron en
fuga a todos sus caballos por su sola voluntad y por la
intención que mostraba su actitud. Al dar la vuelta, los
caballos caen y descabalgan a sus jinetes, que, debido
al peso de sus armas, se hunden en el barro. Y allí la

44 Los elefantes eran utilizados en la guerra desde la época de Alejandro.

matanza adquiere proporciones que no había alcanzado nunca antes en tan largo asedio. Tras este fin de la *b* caballería, echan mano de los elefantes, confiando sobre todo en la sorpresa por lo extraño del ataque, pues no estaban tan ciegos que no pudieran ver que este animal es mucho más pesado que un caballo y que llevaban una carga no de dos o más caballos, sino, me parece, de todo un grupo de carros: arqueros, lanceros y unas torres de hierro. Todo esto debía constituir un obstáculo en la zona que la mano del hombre había hecho fango- *c* sa y los acontecimientos lo probaron. Por ello, no parecía que marchaban al combate, sino, más bien, que se preparaban para aterrorizar a los asediados. Avanzaban en formación guardando intervalos regulares entre ellos, y la falange de los partos se asemejaba a una muralla: los elefantes llevan las torres y los hoplitas rellenan los espacios intermedios. Los bárbaros no sacaron gran provecho de esta disposición táctica, pues sólo proporcionaron placer y divirtieron a los que les contemplaban *d* desde la muralla. Y cuando se hartaron de esta especie de brillante y lujosa procesión, arrojando piedras desde sus máquinas y acribillándolos con flechas, incitaron a los bárbaros al asalto. Éstos, que son por naturaleza coléricos, irritados además por ser motivo de risa si retiraban estos preparativos sin haber hecho nada, a la orden de su rey se acercan a la muralla y son acribillados por una nube de piedras y flechas. Algunos elefantes fueron heridos y murieron al hundirse en el 66 barro. Temiendo también por los que quedaban, se retiraron de nuevo a su campamento.

13. Al fracasar los partos también en esta tentativa, diviendo a sus arqueros en compañías, su rey ordena que, reemplazándose unos a otros, disparen sin cesar contra la parte derruida de la muralla para impedir que la fortificasen y mantuviesen la ciudad segura. Pues así

confiaba apoderarse de los sitiados, bien mediante al-
guna estratagema, bien por la fuerza gracias a su ma-
yor número de soldados. Pero los preparativos de nues-
b tro emperador hicieron vana la intención del bárbaro,
porque detrás de los hoplitas se levantó otro muro. El
enemigo creía que pensaban construirlo aprovechando
los restos del antiguo muro como cimientos del nuevo.
Pero trabajando todo el día y la noche ininterrumpida-
mente, levantaron el nuevo muro hasta una altura de
cuatro codos, y al amanecer se puede contemplar un es-
pléndido y recién terminado muro, aunque los enemigos
no se habían dado un momento de reposo, sustituyén-
dose unos a otros y arrojando lanzas contra los defenso-
res del muro derruido. Esto impresionó profundamente
c al bárbaro. Sin embargo, no retiró inmediatamente su
ejército, sino que lo volvió a utilizar con las mismas
estratagemas. Pero al sufrir las mismas pérdidas con
idéntica acción, retira su ejército, tras perder muchos
hombres por la indigencia y gastar muchas vidas en la
construcción de los diques y en el asedio, y después de
dar muerte a gran número de los sátrapas, acusando a
cada uno de una cosa diferente, al uno de que no hizo
suficientemente sólidos los diques y permitió que fue-
d ran desbordados por la corriente del río, al otro de
que luchó cobardemente al pie de los muros, y a cada
uno inculpándolo con diferentes acusaciones. Pues es
una costumbre muy difundida entre los bárbaros de
Asia hacer recaer las culpas de sus desgracias sobre
sus subordinados. Tras darles muerte, se marchó, y a
partir de entonces está en paz con nosotros [45] y no ha

45 AMIANO, XVII, 5, 1, dice que en la primavera de 358 una embajada de Sapor II reclamó a Constancio la devolución de Mesopotamia y Armenia. En la primavera de 359 (AMIANO, XVIII, 4, 1) comenzaron los preparativos de la ofensiva de Sapor II. Esta fecha debe de servir como *terminus postquam non* de composición del discurso. Cf. introducción.

faltado a los juramentos ni a los pactos, y se da por
muy satisfecho de poder permanecer en su patria y de
que nuestro emperador no le ataque y le pida cuentas 67
de su osadía y locura. ¿Acaso se puede comparar esta
batalla a las que se hicieron en defensa de las naves
aqueas y de su muro? Observad la semejanza y reflexio-
nad sobre las diferencias. Por parte de los griegos, los
dos Ayantes, los lapitas y Menesteo abandonaron el
muro y permitieron que Héctor rompiera las puertas
y que Sarpedón escalara las almenas [46]. Los nuestros, en
cambio, no cedieron ni siquiera ante el derrumbamiento
accidental de la muralla, sino que vencieron en el com- *b*
bate y rechazaron a los partos que les habían atacado
junto con los indios. Además, en aquella batalla un hom-
bre, subiendo a las naves, combatió a pie desde la cu-
bierta como si se tratara de una muralla [47], mientras que
los nuestros, primero, entablaron desde los muros un
combate naval. Finalmente, aquéllos se retiraron de las
almenas y de las naves, en tanto que los nuestros ven-
cieron a sus enemigos, tanto a los que les atacaron en
barco como a los que lo hicieron a pie.

14. Pero, felizmente, mi referencia a Héctor y Sarpe-
dón me ha llevado, no sé cómo, a la que dicen que es
la más importante de sus hazañas, la destrucción del
muro que los aqueos un solo día antes, por consejo del *c*
hábil orador y rey de Pilos, como

irrompible defensa de las naves y de ellos mismos [48],

habían construido. Porque me parece que ésta es prác-
ticamente la hazaña más gloriosa de Héctor y no se

---

[46] Cf. *Il.*, XII, en diferentes episodios.
[47] Cf. *Il.*, XV, 674 ss. Se trata de Ayante.
[48] Cf. *Il.*, XIV, 56.

necesita para comprenderlo ni el arte de Glauco[49] ni más sutiles pensamientos, pues Homero nos enseña claramente cómo, al hacer Aquiles acto de presencia, Héctor

Se sumerge en el enjambre de soldados[50].

Cuando Agamenón se lanza contra los troyanos y los
d persigue hasta la muralla, Zeus conduce en secreto a Héctor para que pueda salvarse tranquilamente. El poeta, bromeando con él y burlándose de su cobardía, dice que Iris llega de parte de Zeus y le dice a Héctor, que está sentado bajo el haya, cerca de las puertas:

En tanto veas a Agamenón, pastor de pueblos,
luchar impetuosamente en primera línea, desbaratando
68 *[las filas de guerreros,*
entretanto, mantente alejado del combate[51].

¿Cómo puede comprenderse que Zeus dé un consejo tan innoble y cobarde y, además, a un hombre que no combate, sino que permanece en total indolencia? Y cuando el hijo de Tideo, encendiendo Atenea sobre su casco una gran llama, hace una gran matanza y obliga a huir a los que se le enfrentan[52], Héctor se retira
b del combate y, aguantando muchos reproches, se niega a medirse con los vencedores aqueos y disimula su entrada a la ciudad con el pretexto de aconsejar a su madre que vaya a suplicar a Atenea junto con las demás troyanas[53]. Si por lo menos él mismo hubiera hecho la súplica junto con el consejo de ancianos ante el tem-

---

49 Glauco de Antedón fue famoso por sus profecías. Expresión empleada ya por Platón, *Fedón*, 108d.

50 Cf. *Il.*, XX, 379.

51 Cf. *Il.*, XI, 202 ss.

52 Diomedes. Cf. *Il.*, V, 1 ss.

53 Cf. *Il.*, VI, 102 ss.

plo, podría tener una explicación. Porque creo que es conveniente que el general o el rey, como un sacerdote o adivino, den culto siempre con todo su ritual a Dios y no se olviden de nada, sin dejar que otro presida y c
se ocupe de ello, estimando este oficio indigno de él[54].

15. Creo que no me equivocaré si parafraseo ligeramente una frase de Platón diciendo que cualquier hombre, y sobre todo un rey, ha dispuesto de la mejor manera posible su vida si hace depender de Dios todo lo que lleva a la felicidad y no de los demás hombres, por cuyas buenas o malas acciones él mismo y sus asuntos d
pueden verse extraviados[55]. Y aunque nadie me permitiese parafrasear ni modificar ni cambiar una sola palabra[56], sino que se me ordenase dejarla intacta como si fuera una sagrada antigüedad, ni aun así diríamos que el sabio pensó de manera diferente a la que hemos expuesto. Pues cuando dice «él mismo», no se refiere en absoluto al cuerpo ni a las riquezas ni a la buena cuna o fama de sus padres. Porque esto son posesiones privadas del hombre, pero el hombre mismo no es eso, sino la inteligencia, la sabiduría, dice, y, en resumen, el dios que hay en nosotros[57], como él mismo afirma en otro lugar[58], que es la especie de alma más superior que hay en nosotros y que Dios dio a cada uno a ma- 69
nera de genio, y afirmamos que habita en la parte alta

---

[54] Como acertadamente pone de relieve Bidez, este pasaje anticipa las ideas que Juliano pondrá en práctica cuando sea emperador y mande, al tiempo, sus tropas en calidad de *pontifex maximus*, consultando todo tipo de oráculos y ofreciendo sacrificios por doquier.

[55] Cf. Platón, *Menex.*, 247e ss.

[56] Cf. en este discurso, 70a ss.

[57] Cf. la misma expresión en el discurso *Contra los cínicos ignorantes*, parágr. 15.

[58] Cf. Platón, *Timeo*, 90a.

de nuestro cuerpo y que nos levanta desde la tierra hacia nuestra familia que está en el cielo. De esto, pues, parece que ordena depender a cada hombre y no de los demás humanos. Éstos, cuando quieren dañarnos y molestarnos en lo que no somos nosotros, a menudo lo consiguen y algunos, aun sin querer, ya nos han arrebatado ciertas cosas nuestras. En cambio, aquella otra
b parte es la única imperturbable e impasible, puesto que no está permitido que lo mejor sea dañado por lo peor. Y este pensamiento también procede del mismo autor [59]. Pero quizá os esté abrumando al espolvorear pensamientos de Platón sobre mi discurso, como si fueran sal o polvo de oro, uno de los cuales hace más agradable el alimento y el otro proporciona un aspecto más brillante, y que se encuentran ambos en los libros de Platón. Pues
c éstos son admirables porque suenan más agradables al oído que los demás y porque alimentan y purifican el alma de modo placentero. Así pues, ni dudemos ni temamos la crítica si alguno nos censura nuestra insaciabilidad al echar mano de todo, lo mismo que en los banquetes los glotones prueban todos los manjares sin resistir lo que tienen delante. Parece que esto es lo que, de alguna manera, nos sucede también a nosotros cuando celebramos al mismo tiempo un elogio y unas doc-
d trinas y, antes de terminar el discurso, lo interrumpimos para explicar opiniones de filósofos. A los que nos reprochan esto ya se les ha contestado anteriormente, y de nuevo, quizá, se les responderá.

16. Ahora, devolviendo su continuidad al presente discurso, volvamos al punto de partida, como hacen en las carreras los que se adelantan en la salida. Así pues, decíamos anteriormente que Platón afirma que el hom-
70 bre mismo es la inteligencia y el alma y que su cuerpo

---

59 Cf. PLATÓN, *Apol.*, 30d.

es su propiedad. Esto está claramente definido en sus admirables *Leyes*[60]. De forma que, volviendo al principio, si alguno dijese: «cualquier hombre ha dispuesto de la mejor manera posible su vida si hace depender de la inteligencia y la sabiduría todo lo que lleva a la felicidad, y no de personas extrañas por cuyas buenas o malas acciones o sucesos puede verse extraviado»[61], no cambiaría ni falsificaría su frase; por el contrario, la interpreta y la explica correctamente, igual que el que en lugar de la palabra «él mismo» pone «dios» no comete ninguna falta. *b* Porque si al genio que habita en nosotros, que es impasible por naturaleza y participa de la de Dios, soporta y aguanta tantas cosas por su comunidad con el cuerpo y hace que muchos parezcan sufrir y desaparecer, Platón lo coloca al frente de toda la vida, al menos del que aspira a ser feliz, ¿qué es lo que podemos esperar que piense de la inteligencia pura y sin mezcla de cuerpo mortal, que también decimos que es Dios, y a la que debemos aconsejar que encomiende *c* las riendas de su vida todo hombre, sea particular o rey, al menos el que lleve con verdadera dignidad este apelativo y no de forma ilegítima y falsa, el que lo comprenda y se dé cuenta por su parentesco, y deje en sus manos el mando y le confíe su gobierno como persona inteligente? Locura y excesiva arrogancia sería, pues, que no obedezcan totalmente a Dios, en la medida de sus fuerzas, los que se ocupan de la virtud. Porque hay que pensar que Dios se alegra especialmente con ello. *d* Sin embargo, no hay que apartarse del culto legal ni menospreciar el honor así ofrecido al Ser más poderoso, sino que hay que poner como una parte de la virtud la piedad perfecta. Porque la religión es hija de la virtud y ésta es propia de una de las formas más divinas del

---

60 Cf. PLATÓN, *Leyes*, XII, 959a ss.
61 Cf. PLATÓN, *Menex.*, 247e.

alma, como no se le oculta a nadie que se preocupe de estas cuestiones.

17. Por tanto, alabamos a Héctor cuando no quiere hacer libaciones por tener las manos impuras de san-
71 gre, pero creemos que, entonces, no debió marchar a la ciudad ni abandonar el combate, ya que no iba a cumplir el oficio de un general o de un rey, sino el de un ayudante y servidor, tomando el lugar de un Ideo cualquiera o de un Taltibio[62]. Parece, en efecto, como dijimos al principio, que esto fue una brillante excusa para la huida. Pues cuando se enfrenta al hijo de Telamón, convencido por la voz del adivino[63], alegremente des-
b hace el combate y le da regalos, contento de escapar a la muerte. Para decirlo en una palabra, persigue con coraje a los que huyen, pero él no provoca ninguna victoria ni pone en fuga a nadie excepto cuando

el primero penetró en el muro de los aqueos[64]

junto con Sarpedón. ¿Es que entonces vamos a temer la comparación, como si no tuviéramos alguna hazaña semejante de nuestro emperador, y para que no parezca que comparamos cosas pequeñas a cosas grandes y obras insignificantes a otras dignas de mayor considera-
c ción, o nos atreveremos a competir con una hazaña semejante? En efecto, aquel muro hecho sobre la costa fue acabado en menos de una mañana, semejante a las empalizadas que nosotros construimos habitualmente. Pero el muro que hay sobre los Alpes era una antigua fortaleza y el tirano la utilizó tras su fuga, renovándola con nuevas fortificaciones y dejando en ella una numerosa guarnición de hombres esforzados. Tampoco él se

[62] Heraldos troyano y griego, respectivamente.
[63] Heleno: *Il.*, VII, 44 ss. y 287 ss.
[64] Cf. *Il.*, XII, 438.

alejó mucho, sino que permaneció en una ciudad cerca- d
na. Allí hay una factoría italiana junto al mar, muy
próspera y floreciente en riqueza. Pues desde allí llevan
sus mercancías los mesios, los peonios y cuantos itálicos
habitan en la zona del interior. Hénetos creo que eran
llamados antiguamente. E incluso ahora que los roma-
nos dominan sus ciudades, conservan su antiguo nombre
con la ligera añadidura de una letra al comienzo de su
denominación. Una única letra es su marca, a la que
llaman «u» y utilizan a menudo en lugar de la beta, a 72
causa, creo, de cierta aspiración peculiar de su lengua.
Todo este pueblo, pues, recibe este nombre[65]. Y, según
dicen, al fundarse la ciudad, un águila enviada por Zeus,
volando a la derecha, le otorgó su propio buen augu-
rio[66]. Está situada al pie de los Alpes, imponentes mon-
tañas con escarpadas rocas que a duras penas permiten
forzar un pasaje incluso para un solo carro y una yunta
de mulas, y que, comenzando en el mar que llamamos b
Jónico, protegen como un muro la actual Italia de Iliria
y Galia, y terminan en el mar Tirreno. Cuando los ro-
manos se apoderaron de toda la región —habitan en ella

---

65 Vénetos, citados ya por HERÓDOTO, I, 196 y V, 9, y EURÍP., *Hipp.*, 231. Otro pueblo del mismo nombre, pero en Paflagonia, aparece ya en *Il.*, II, 852, etc. En griego aparece tanto con aspiración inicial como sin ella, de donde en latín Eneti (PLINIO, *N. H.*, XXXVII, 43, que dice que es el nombre dado por los griegos) o Heneti (LIVIO, I, 1: mandados por Antenor —que junto a Eneas fueron los únicos troyanos que alcanzaron Italia—, tras ser expulsados de Paflagonia, llegaron al Adriático) y de aquí Veneti (PLINIO, *N. H.*, III, 130) (¿digamma en la raíz?). Lingüísticamente, Juliano testimonia la pronunciación de la semivocal «u» latina como oclusiva fricativa, hecho que comenzó en el siglo I de la Era según los documentos (cf. BASSOLS, *Fonética latina*, p. 153), dando lugar a la confusión con la «b» latina que había sufrido el paso de oclusiva a fricativa, proceso análogo al de la «β» griega y que se produjo también hacia la misma época (cf. LEJEUNE, *Phonét. hist. du gr.*, pp. 54 ss.).

66 Aquileya, es decir, ciudad del águila.

los pueblos hénetos, algunos ligures y no pocas tribus de los restantes galos—, no les impidieron conservar sus antiguos nombres, pero les obligaron a aceptar el nombre común de itálicos. Y ahora todos los que habitan a
c este lado de los Alpes, hasta el mar Jónico y el Tirreno, tienen este nombre como ornato. Al otro lado de los Alpes, hacia Occidente, habitan los Galos, y los retios al norte, donde están las fuentes del Rin y cerca las del Istro[67], en las tierras de sus vecinos bárbaros. Del lado de Oriente los Alpes sirven de fortaleza, como dijimos, allí mismo donde el tirano dispuso su guarnición. De esta forma rodeada Italia por todas partes de montañas muy difíciles de atravesar y de un mar cenagoso, pues
d a él fluyen muchísimos ríos que hacen de toda esta playa una marisma semejante a las de la costa de Egipto, nuestro emperador se apoderó de la zona gracias a su inteligencia y forzó la subida.

18. Y para que no vuelva a parecer que me entretengo disertando sobre las dificultades del lugar y sobre cómo no era posible establecer un campamento ni una empalizada próxima, ni llevar contra ella las máquinas de guerra y los helépolos[68], y sobre la terrible sequedad del lugar que no tenía en derredor ni una sola gota de agua, voy a hablar ya de la propia toma de la ciudad.
73 Si queréis comprender rápidamente lo fundamental de este relato, recordad la marcha del Macedonio contra los indios que habitaban aquella famosa roca sobre la que no podían volar ni las aves más ligeras[69]; recordad cómo perdió muchos macedonios al apoderarse de la

---

[67] Danubio.

[68] Literalmente, «conquistadores de ciudades». Eran torres móviles de enorme altura, superiores a las murallas, empleadas en los asedios.

[69] Aornos, cerca del Indo. Literalmente significa «sin pájaros».

roca, mientras que nuestro soberano y general no perdió ni un solo tribuno ni un centurión ni un solo legionario y consiguió una victoria limpia y sin lágrimas. Creo que b Héctor y Sarpedón hirieron a muchos desde el muro, pero cuando se encontraron con el victorioso Patroclo, el uno fue muerto junto a las naves y el otro huyó vergonzosamente sin recoger siquiera el cadáver de su amigo[70]. De esta forma se atrevieron a hacer aquella incursión sobre el muro, sin ninguna inteligencia, empujados más bien por la fuerza de sus cuerpos. Nuestro emperador, en cambio, cuando se trata de fuerza y valor utiliza las armas y vence por sus buenas decisiones, y, cuando se trata de la inteligencia, gobierna con ella y lleva a c cabo tantas hazañas que ni siquiera la espada sería capaz de destruir.

19. Pero ya que nuestro discurso, por sí solo, ha llegado a lo que venía deseando hace tiempo, alabar tu inteligencia y buen consejo, habrá que añadir sobre ello unas pocas palabras a todo lo que hemos dicho. Todo lo que nos pareció tener una relación con las hazañas de aquellos héroes mostraremos que es una comparación de grandes hechos a pequeños por una cierta semejanza. Ello es evidente para el que se fije en la gran- d deza de los preparativos y en la gran cantidad de tropas. Entonces, en efecto, Grecia entera se había movilizado, y una parte de los tracios y los peonios, y todos los vasallos de Príamo,

Cuantos Lesbos, sede de Mácar, contiene,
y Frigia además, y el Helesponto infinito[71].

---

[70] Cf. *Il.*, XVI, 502, muerte de Sarpedón, e *ibid.*, 657, para la huida de Héctor.

[71] Cf. *Il.*, XXIV, 544 ss. Mácar es un legendario rey de Lesbos.

Ahora bien, enumerar los pueblos que acompañaron a
74 nuestro emperador e hicieron con él la guerra, y los
que se alinearon enfrente, sería charlatanería y una ton-
tería superflua y en exceso arcaica. Cuanto mayores fue-
ron las fuerzas que lo acompañaron, tanto mayores es
natural que fueran sus hazañas, de forma que, necesa-
riamente, éstas superan también a aquéllas. Pero, ¿pue-
den compararse acaso en el número? Pues unos comba-
tieron continuamente por una sola ciudad y no lograron
rechazar a los aqueos victoriosos, ni éstos, cuando ven-
cieron, pudieron destruir ni derribar el imperio de los
b priámidas ni su dinastía, y eso que gastaron diez años
en la empresa. Nuestro emperador tiene en su haber
muchos combates, que han sido recogidos por escrito,
guerreando contra los germanos del otro lado del Rin [72];
los puentes sobre el Tigris [73]; la refutación, nada desde-
ñable, del poderío y orgullo de los partos, que no se
atrevieron a defender su país devastado y permitieron
c que fuera arrasada toda la tierra entre el Tigris y el
Lico. Y, además, su enfrentamiento al tirano, la flota
enviada a Sicilia y Cartago [74], la captura de las bocas del
Erídano [75], privándole de todos sus recursos en Italia,
y la tercera y última lucha en los Alpes Cotieos [76], que
proporcionó al emperador el placer de una victoria se-
gura y sin miedo al futuro, y forzó al vencido a darse a
d sí mismo una justicia justa y muy merecida por sus
obras.

20. Hemos contado en breves palabras todas estas proezas del emperador, sin añadir ni una palabra por

---

72 Cf. Amiano, XIV, 10; XV, 4; XVI, 12, 15.

73 Cf. discurso I, 22a ss.

74 Cf. discurso I, 40c ss.

75 El Po. Su ocupación tuvo lugar en la lucha contra Magnencio.

76 En *Mons Seleuci*, en el Delfinado.

adulación y sin intentar aumentar lo que, quizá, no era extraordinario, y sin traer de lejos ni forzar las semejanzas de estas proezas, como los que explican los mitos de los poetas, resolviéndolos en discursos convincentes y aceptando las invenciones, y se lanzan desde una pequeña suposición y, a partir de unos principios demasiado oscuros, intentan convencernos de que eso preci- 75
samente es lo que quisieron decir los poetas. En lo que nos atañe, si se quitaran solamente de los versos de Homero los nombres de sus héroes y se colocara en su lugar el de nuestro emperador adaptándolo armónicamente, los versos de la *Ilíada* parecerían haber sido hechos no menos para él que para aquellos héroes.

21. Pero para que no sea que, escuchando sólo lo referente a sus hazañas y a sus éxitos en la guerra, vayáis a pensar que tenemos un emperador inferior en lo que es más digno de respeto y merecedor de un mayor *b*
discurso, en los discursos públicos, digo, y en las deliberaciones y en todo aquello en que triunfa la razón unida a la inteligencia y la prudencia, fijaos en los elogios dirigidos a Ulises y a Néstor en el poema y, si os parece que esas cualidades son inferiores en nuestro emperador, atribuídselo a sus panegiristas. Porque más bien habrá que admitir con justicia que él es superior. En efecto, uno de ellos[77], cuando empiezan a enfadarse y a enfrentarse a causa de la muchacha cautiva, al coger la palabra, convence tan poco al rey y al hijo de Tetis que éste disuelve la asamblea desordenada- *c*
mente y aquél, sin aguardar a que terminen las ceremonias dirigidas al dios, mientras las ejecuta y contempla el barco sagrado, envía a los heraldos a la tienda de Aquiles, como si temiera, me parece, que éste, olvidándose de su cólera y aplacada su irritación, se arrepin-

[77] Néstor. Cf. *Il.*, I, 254 ss. y 305 ss.

tiese y evitara su error. Y el orador de Ítaca, cuando
intenta convencer con toda su habilidad a Aquiles para
que se reconcilie y le entrega numerosos regalos, pro-
metiéndole muchísimos más, irrita hasta tal punto al
d joven que, lo que antes no había pensado, el regreso a
través del mar, se prepara ahora a realizarlo[78]. Ejem-
plos admirables de su inteligencia son las exhortaciones
a la guerra y la construcción del muro por consejo de
Néstor, idea carente de audacia y en exceso senil. Por-
que los griegos no sacaron gran provecho de este arti-
ficio, sino que, al acabar el muro, fueron vencidos por
76 los troyanos y ello es completamente lógico. Pues hasta
ese momento ellos mismos se creían colocados delante
de las naves como una buena fortaleza, pero cuando
vieron el muro construido delante de ellos con un pro-
fundo foso y tachonado de agudas estacas, se relajaron
en exceso y, confiados en la fortificación, descuidaron
su fuerza.

22. Pero, en todo caso, quien haga reproches a aque-
llos héroes y demuestre sus errores, no por ello es un
panegirista digno de nuestro emperador. En cambio,
b el que recuerde con dignidad cómo sus poezas no se hi-
cieron en vano, ni por sí mismas, ni por un movimiento
irreflexivo, sino que fueron previamente deliberadas y
perfectamente dirigidas, ése será el que alabe de modo
suficiente la agudeza de nuestro emperador. Recoger los
discursos pronunciados en cada reunión dirigidos al
ejército, al pueblo y a las curias necesita un relato de-
masiado largo. Pero quizá no sea difícil prestar atención
a uno solo de ellos. Pensad de nuevo en el hijo de Laer-
tes, cuando, afanándose los griegos en el regreso, retiene
c su afán y vuelve a inculcarles el deseo de combatir, y
pensad también en la asamblea de nuestro emperador

[78] Cf. *Il.*, IX, 225 ss. y 356 ss.

en la tierra de los ilirios, allí donde un anciano[79], llevado a pensamientos infantiles por unos jovencitos, se olvidó de sus acuerdos y fidelidades, se hizo enemigo de su salvador y bienhechor y concertó una tregua con el hombre contra quien el emperador sostenía una guerra sin tregua e implacable, reunió un ejército y se dirigió hasta los límites de este país con el deseo de impedirle avanzar. Cuando ambos ejércitos llegaron frente a fren- *d*
te y fue necesario celebrar una asamblea de soldados, se levantó una elevada tribuna, rodeada por una masa de hoplitas, lanceros y arqueros y caballeros con sus caballos equipados y las enseñas de las legiones, y sobre ella subió nuestro emperador con el que hasta entonces era su colega, sin lanza, escudo ni casco, sino con su vestido habitual y sin seguirle ningún hombre de su 77
guardia personal: él solo estaba en pie sobre la tribuna, confiado en un discurso maravillosamente ajustado. Pues también es un buen artesano de discursos, no porque pula y acicale las palabras ni porque redondee los períodos, como hacen los oradores elegantes, sino porque, uniendo la majestuosidad a la pureza, se vale de las palabras en el momento oportuno, de forma que penetra en las almas no sólo de los educados e inteligentes, sino incluso de muchos hombres vulgares que *b*
comprenden y prestan atención a sus palabras. Así, se apoderó de muchas miríadas de hoplitas, de veinte mil caballeros, de los pueblos más belicosos de un fértil país, sin arrastrarlos por la fuerza y sin hacer prisioneros, pues le obedecieron voluntariamente y quisieron cumplir sus órdenes. Esta victoria la considero mucho más extraordinaria que la de los laconios[80]. Pues ésta

---

79 Vetranio.

80 Victoria de los espartanos sobre los arcadios y argivos en Eutresis en el año 367 a. C. Cf. JENOF., *Helen.*, VII, 1, 29 ss.; DIODORO, XV, 72, 3; TEMISTIO, 37c ss.

fue sin lágrimas sólo para los vencedores, mientras que aquélla no exigió lágrimas ni siquiera a los vencidos;
c por el contrario, el actor que había desempeñado el papel de rey descendió de la tribuna y, tras defender su causa, devolvió al emperador su púrpura como si se tratase de una deuda de herencia. El emperador, a su vez, le dio mucho más de lo que dicen que Ciro proporcionó a su abuelo[81]: le concedió la vida, y pasar el resto de sus días como Homero considera digno que lo hagan los hombres que han abandonado ya la juventud:

> *Pues a un hombre así le conviene, tras bañarse y comer, dormir en blando lecho. Eso es lo justo*
> d *para los ancianos*[82].

Por mi parte, con gusto expondría el discurso que pronunció y no me asaltaría la duda de atenerme a tan bellas palabras. Sin embargo, creo que es el respeto lo que me retiene y no me permite cambiar y traduciros su discurso. Porque cometería un crimen si lo destruyera, y me avergonzaría de que se me condenara si alguien, por haber leído el discurso del emperador o por haberlo escuchado entonces, lo recordara y reclamase
78 no sólo sus ideas, sino también todas las virtudes que lo adornan expresadas en la lengua patria[83]. Este temor no lo tenía Homero, porque narraba los discursos a generaciones muy posteriores a los hechos, y sus héroes no habían dejado ninguna huella de lo dicho en las asambleas, y, aun así, creo que él estaba plenamente convencido de que presentaba y exponía, por supuesto, los discursos de aquellos hombres. Pero hacer una imi-

---

81 Astiages, que fue bien tratado por Ciro después de haber sido destronado por él.

82 Cf. *Od.*, XXIV, 254 ss.

83 En latín.

tación de inferior calidad sería completamente ridículo e indigno de un alma libre y noble.

23. Sus obras admirables y cuantas fueron presenciadas por una inmensa multitud que salvaguardó su b
recuerdo con sus aclamaciones, pues mirando a su resultado se constituye en juez de sus buenas o malas consecuencias y en panegirista no muy educado, las habéis escuchado a menudo a los bienaventurados sofistas y al género poético inspirado por las propias Musas, así que quizá os hayamos molestado al alargar nuestro discurso en estos temas. En efecto, ya estáis demasiado hartos de ellos y tenéis los oídos llenos, y nunca falta- c
rán poetas que celebren las guerras y proclamen las victorias con resplandeciente voz, al estilo de los heraldos olímpicos. Pero vosotros sois los que provocáis su abundancia al escucharlos placenteramente. Y no es nada extraño. Pues sus opiniones sobre las cosas buenas y malas están emparentadas con las vuestras y os exponen vuestros propios pensamientos coloreándolos con palabras como en un variopinto vestido y, modelándolos d
con los ritmos y figuras más agradables, os los presentan como si hubiesen inventado algo novedoso. Y vosotros los recibís satisfechos, y pensáis que realizan sus elogios correctamente y afirmáis que les dan el tratamiento adecuado. Esto quizá sea cierto, pero puede que sea de otra manera y vosotros desconozcáis dónde pueda estar lo correcto. También he observado que el ateniense Sócrates —vosotros lo conocéis de oídas, así como su fama de sabiduría proclamada por la Pitia— no consideraba que diera la felicidad, ni que fueran felices y 79
dichosos los que poseían una gran extensión de tierra y dominaban sobre un gran número de pueblos, muchos de ellos griegos y muchos más todavía y más poderosos bárbaros, ni los que podían perforar el monte Atos y unir los continentes, cuando querían atravesarlos por

medio de un puente de barcos, ni los que sometían pue-
blos y se apoderaban de islas como si las pescaran con
redes [84], ni los que hacían un sacrificio de mil talentos
b de incienso [85]. Tampoco Sócrates alababa a Jerjes ni
a ningún otro rey persa, lidio o macedonio, ni a ningún
general griego, excepto a algunos pocos que sabía que
se alegraban con la virtud y buscaban la valentía unida
a la prudencia, y amaban la inteligencia junto con la
justicia. Y a cuantos hombres veía despiertos, hábiles,
fueran generales u oradores elegantes y convincentes
para la multitud, pero que participaban en muy pequeña
medida de la virtud, a ésos no los alaba totalmente. Y su
c criterio es seguido por la muchedumbre de hombres
sabios que cultivan la virtud y que afirman, según creo,
que tales glorias y maravillas son dignas, según unos,
de muy poca estima y, según otros, de ninguna. Pues
bien, si también vosotros estáis de acuerdo por casua-
lidad con esta opinión, un no pequeño temor me asalta
acerca de mis anteriores palabras y de mí mismo, no
vaya a ser que mostréis que aquéllas eran puerilidades
y yo mismo un sofista ridículo e ignorante al aplicarme
a un arte en el que confieso ser muy inexperto, de
d manera que debo confesaros que voy a presentar los
elogios auténticos que vosotros juzgáis dignos de escu-
char, aunque a la mayoría puedan parecerle demasiado
rústicos y muy inferiores a los ya dichos. Pero si, como
dije antes, aceptáis a los autores de aquel otro tipo de
elogio, mi temor desaparecerá en gran medida. Pues no
os pareceré absurdo en todo el discurso, sino que, aun-
que creo que resultaré inferior a muchos si soy juzgado
por mí mismo, no seré totalmente condenable ni daré la
80 impresión de dedicarme a cosas absurdas.

---

84 Como Jerjes en su expedición del 480 contra los griegos.

85 Cf. Heród., I, 183: los carios hacían todos los años este sacrificio a Zeus.

24. Y es posible que no os resulte fácil desconfiar de aquellos hombres sabios y divinos que, aun expresando cada uno diversas doctrinas particulares, ponen como fundamento de sus palabras el elogio de la virtud. Declaran que ésta nace en el alma y la hace feliz y digna de un rey —sí, por Zeus—, de un gobernante, de un general, magnánima y auténticamente rica, no porque posea el oro de Colofón

ni cuanto el pétreo umbral del Arquero contenía b
antes, en tiempo de paz[86],

cuando los asuntos de los griegos marchaban prósperamente, ni un vestido lujoso, ni piedras preciosas de la India, ni una infinita cantidad de pletros[87] de tierra, sino porque posee lo que es mejor que todo esto y más querido de los dioses, lo que hay que preservar en los naufragios, en el ágora, entre el pueblo, en la casa, en los desiertos entre los bandidos y de la violencia de los tiranos. Porque, en una palabra, nada hay tan poderoso
que pueda forzarlo y arrebatárselo al que lo ha poseído c
una sola vez. Pues una posesión así es para el alma sencillamente lo mismo, según creo, que la luz para el sol. Muchos hombres, a menudo, tras destruir y robar los templos del sol y sus ofrendas, huyeron, y unos pagaron su pena, pero a otros se les prestó poca atención, por pensar que eran indignos de recibir un castigo reparador. Pero su luz nadie se la ha arrebatado, ni siquiera la
luna cuando en sus conjunciones corre bajo su disco y d
a veces recibe ella misma sus rayos y, eso es lo que se dice, nos muestra la noche cuando es mediodía. Ni tampoco el sol se arrebata a sí mismo la luz cuando ilumina a la luna situada enfrente y le transmite parte de su

---

86 Apolo. Cf. *Il.*, IX, 403 ss.

87 Medida agraria de cien pies cuadrados en época clásica griega y 288 pies cuadrados en la época del imperio romano.

propia naturaleza, ni al llenar este enorme y admirable universo de brillo y de luz. De la misma manera, un hombre bueno, al hacer partícipe a otro de su virtud, nunca pareció por ello poseerla en menor grado que aquel a quien se la comunicó. Tan divina y hermosísima
81 es esta posesión, y no es falsa la frase de aquel huésped ateniense, quienquiera que pudiera ser ese hombre divino: «Todo el oro que hay bajo tierra y sobre tierra no es comparable a la virtud»[88].

25. Tengamos, pues, ya el valor de llamar rico al que posee la virtud y yo, incluso, me atrevería a llamarle el único noble y el único rey de todos, si estáis de acuerdo. Mejor es la nobleza que un origen vulgar y mejor la virtud que una disposición que no es totalmente honesta. Y que nadie, fijándose en el empleo usual de las
b palabras, considere éstas fastidiosas y forzadas. Pues el vulgo llama nobles a los descendientes de antiguos ricos, pero, ¿no es absurdo que un cocinero o un zapatero o, por Zeus, un alfarero que ha conseguido reunir un cierto dinero gracias a su arte, o por cualquier otro medio, no sean considerados nobles ni reciban este nombre por parte del vulgo, y si su hijo, en cambio, recibiendo la herencia, se la transmitiera a sus descendientes, éstos ya se darían grandes aires y rivalizarían en nobleza con los
c Pelópidas o los Heraclidas? Ni siquiera el que desciende de nobles antepasados, si la balanza de su vida se inclina en sentido contrario, podría con justicia participar de aquel parentesco, ni tampoco podía incribirse entre los Pelópidas a los que no llevaran sobre sus hombros los signos de reconocimiento de la familia, y dicen que en Beocia se les grabó a los Espartos una lanza al emerger
d de la tierra que los había parido y alimentado y, desde entonces, durante mucho tiempo, ésta fue la marca que

[88] Cf. PLATÓN, *Leyes*, V, 728a.

preservó la raza. Y en las almas, ¿no creemos que debe estar impresa alguna marca semejante que nos diga exactamente quiénes son sus padres y nos declare la legitimidad de su nacimiento? Dicen que entre los celtas existe un río[89] que es juez insobornable de los descendientes, y que no lo convencen ni las madres que se lamentan para tapar y encubrir su deshonra, ni los padres que tiemblan ante su juicio por sus esposas e hijos, pues es un juez justo y que no miente. A nosotros, en 82
cambio, nos corrompe la riqueza, nos corrompe la fuerza y la belleza del cuerpo, y el poderío de los antepasados que se extiende como una sombra externa y no nos permite penetrar y fijar la mirada en el alma. Sin embargo, puesto que por ella somos superiores a los demás animales, sería natural que por ella juzgáramos acerca de la nobleza. Y me parece que los antiguos, valiéndose de una maravillosa sagacidad natural y no adquirida, *b*
como poseemos nosotros nuestra inteligencia, y sin filosofar fingidamente sino de forma innata, lo han comprendido al proclamar a Heracles hijo de Zeus, y a los dos hijos de Leda[90], y creo que también al legislador Minos y a Radamanto de Cnosos los consideran dignos de la misma gloria. Y a otros muchos hombres los proclamaron hijos de otros dioses, por haber superado a sus padres naturales. Porque miraban el alma misma y sus acciones, y no su inmensa riqueza blanqueada por el tiempo, ni el poder que les venía de sus abuelos o bi- *c*
sabuelos. Y, sin embargo, algunos de ellos descendían, desde luego, de padres en absoluto desconocidos. Pero fue por la superioridad de la virtud que honraron y sirvieron por la que fueron considerados hijos de los propios dioses. Y se demuestra por lo siguiente: descono-

89 El Rin. Cf. igualmente LIBANIO, XII, 48; GREGORIO NAC., *P. G.*, 37, 1516, y el propio Juliano, carta 191.

90 Cástor y Pólux.

ciendo quiénes eran los padres de otros héroes, también unieron los hombres su gloria a la de la divinidad a causa de su virtud.

26. No hay que creer a los que afirman que aquellos hombres, engañados por supuesto por su ignorancia, imaginaron estas falsas historias sobre los dioses. Porque si, efectivamente, era natural que se engañaran
d sobre los demás dioses y divinidades al atribuirles figuras humanas y formas semejantes, siendo así que poseen una naturaleza invisible y que escapa a nuestros sentidos y que a duras penas es perceptible por la inteligencia pura gracias a su parentesco, no es por ello lógico que les sucediera lo mismo respecto a los dioses visibles, cuando llaman a Eetes [91] hijo del Sol, a otro de la Aurora y a otros mortales hijos de otros dioses. Como
83 decía, es preciso que, creyéndoles en estas cosas, llevemos a cabo el examen relativo a la nobleza. Todo el que tenga padres buenos y él mismo sea a ellos semejante, a ése hay que tener el valor de llamarle noble. Y el que ante la falta de virtud de sus padres logra participar de su posesión, hay que creer que su padre y engendrador es Zeus, y no hay que otorgarles honores inferiores que a aquellos que, nacidos de padres virtuosos, imitaron a sus propios progenitores. En cambio, el que ha
b nacido de buenos padres pero es un malvado, ése merece ser inscrito entre los bastardos. Y tampoco hay que llamar jamás nobles a los que nacieron de padres malvados y se parecen a sus progenitores, ni aunque tuvieran una riqueza de diez mil talentos, ni aunque contaran entre sus antepasados veinte príncipes o, por Zeus, incluso veinte tiranos, ni aunque hubieran resultado vencedores en los juegos Olímpicos o Píticos o en lucha contra los enemigos, victorias que, naturalmente, son

91 Padre de Medea.

mucho más brillantes que aquéllas y pudieran mostrar- c
las en mayor número que el primer César, ni aunque
hubieran construido los fosos de Asiria, las murallas de
Babilonia y, además, las pirámides de Egipto y todo lo
demás que es signo de riqueza, de abundancia y de lujo
y de una inteligencia que, por su ambición, arde en de-
seos de emplear su riqueza y, con vistas a ello, despilfa-
rra sus posibilidades pecuniarias. Porque sabéis muy
bien que ni una fortuna antigua, ni otra forjada recien-
temente de donde fuere, hacen un rey, ni tampoco un
manto de púrpura ni una tiara ni un cetro, ni una dia- d
dema ni un trono antiguo, ni un gran número de hopli-
tas ni diez mil jinetes, ni siquiera aunque todos los hom-
bres reunidos le aclamaran como su rey, porque ellos
no le dan la virtud, sino un poder menos afortunado
para el que lo toma que para los que se lo ofrecen.
Pues este hombre, al recibirlo, se eleva a lo alto del
cielo, y su desgracia no es diferente de la de Faetonte
en el mito. Y no hay necesidad de otros ejemplos para
creer en mis palabras, ya que la vida entera está llena 84
de desgracias semejantes y de sus correspondientes
relatos.

27. Y si os parece extraño que no tengan derecho a
participar de esta hermosa denominación que aman los
dioses los que mandan sobre una gran extensión de
tierra e innumerables pueblos, si juzgan los asuntos
que se encuentran con decisiones arbitrarias, sin inteli-
gencia ni prudencia y sin las virtudes que se derivan
de ellas, sabed que no son libres no sólo aunque el pre-
sente no les ofrezca ningún obstáculo y naden en la b
abundancia, sino también aunque rechacen a sus ene-
migos y, al atacar, ellos mismos se muestren irresisti-
bles y completamente invencibles. Si alguno de voso-
tros desconfía de estas palabras no nos faltarán testi-
monios clarísimos, tanto griegos como bárbaros, de per-

sonas que, tras librar victoriosamente muchas y muy
duras batallas, someter pueblos y obligarles a pagar
tributos, fueron esclavizados más vergonzosamente que
c aquéllos por el placer, el lujo, el libertinaje, la insolen-
cia y la injusticia. Un hombre sensato no podría llamar-
los fuertes, aunque la grandeza de sus hazañas sea de
todos conocida y brille por doquier. Pues sólo lo es el
que es valiente y magnánimo acompañado de la virtud.
El que, en cambio, es vencido por los placeres, domi-
nado por su cólera y toda clase de apetitos y obligado
a sucumbir incluso ante los más pequeños de ellos, ése
ni es fuerte ni es valiente en lo que constituye la for-
d taleza humana. Es posible que haya que dejarlo com-
placerse en su fuerza bruta como a los toros, los leones
o las panteras, a no ser que perdiendo también esa
fuerza, se dedique a supervisar los trabajos ajenos,
como los abejorros, mientras él mismo no es sino un
guerrero blando, cobarde e indisciplinado. Un hombre
que es así no sólo está falto de la auténtica riqueza,
sino incluso de la que es muy honrada, venerada y
deseada, por la que almas de todas clases soportan, en
suspenso, innumerables empresas y fatigas, esperando,
85 por la ganancia diaria, navegar, comerciar, saltear y
apoderarse de las tiranías. Pues viven siempre dedica-
dos a poseer, siempre necesitados, no digo de los ali-
mentos, bebidas y vestidos necesarios, porque la riqueza
de este tipo está abundantemente contenida en la na-
turaleza, y no se puede privar de ella ni a los pájaros ni
a los peces ni a las fieras ni a los hombres que son
moderados. Pero cuantos están poseídos por el deseo
b y malhadado amor de las riquezas necesariamente pa-
sarán hambre durante toda su vida y saldrán de ésta
de forma mucho más miserable que los que andan fal-
tos del diario sustento[92]. Pues éstos, al menos, cuando

[92] Cf. Platón, *Leyes*, VIII, 832d.

satisfacen su estómago alcanzan una gran paz y un cese a su dolor, en tanto que aquéllos no pasan un solo día agradable, si no hay ganancias, ni una sola noche que, trayéndoles el sueño que relaje sus miembros y les libre de preocupaciones, les dé un reposo en su loco frenesí, sino que agitan y revuelven su alma calculando y recontando sus riquezas. Y a tales hombres no les libe- c raría de su pasión, ni de la infamia consecuente, ni la posesión de las riquezas de Tántalo y de Midas, ni aunque añadiéramos «la mayor y más dura divinidad»[93], la tiranía. ¿O es que no habéis oído que Darío, el monarca mercenario de los persas, sin ser un hombre totalmente malvado, llevado por su vergonzoso amor a las riquezas, fue inducido por su pasión a saquear las tumbas de los muertos[94] y a ordenar cuantiosísimos impuestos? De ahí le vino el tener un nombre tan famoso y cono- d cido entre todos los mortales. Pues los nobles persas le llamaban lo que los atenienses a Sarambo[95].

28. Pero me parece que mi discurso, como si hubiera emprendido una cuesta abajo, se está haciendo excesivamente demoledor y está fustigando más de lo necesario el carácter de los hombres; así que no hay que permitirle que siga por ese camino, sino que debemos pedirle que, en la medida de lo posible, nos diga cómo es un hombre bueno, regio y magnánimo. En primer 86 lugar ha de ser un hombre piadoso y no despreocupado del culto de los dioses, justo y solícito con sus padres, ya estén vivos o hayan muerto, benevolente con sus her-

---

93 Cf. Euríp., *Fenic.*, 506.

94 Cf. Heród., I, 187.

95 Heród., III, 89, nos dice que los persas llamaban a Darío «el revendedor». Cf. Platón, *Gorg.*, 518a, referido al vendedor de vinos Sarambo. Juliano cita no a Platón, sino a los «atenienses» como hace Dion Crisóstomo, *Sobre la realeza*, 98.

manos, que venere a los dioses de la familia, abordable y dulce para los suplicantes y los extranjeros, que desee agradar a los mejores ciudadanos, pero que se ocupe con justicia del provecho de la mayoría. Ama la riqueza, pero no la que está cargada de oro y plata, sino la que está llena de la auténtica benevolencia y del servicio
b sin adulación de los amigos. Valiente y generoso por naturaleza, no le complace en absoluto la guerra y odia las discordias civiles, pero, desde luego, se opone valerosamente y rechaza con energía a los que se sublevan por alguna circunstancia afortunada o por su propia maldad, llevando hasta el final su acción y no desistiendo hasta haber arruinado el poderío del enemigo y haberlo sometido bajo su férula. Pero, una vez que se ha
c impuesto con las armas, deja descansar la espada mortal, pues juzga que es una impiedad matar y ejecutar al que ya no puede defenderse. Trabajador por naturaleza y magnánimo, participa con todos en los trabajos y quiere tener en ellos la mayor parte, mientras distribuye por igual las recompensas de los peligros, contento y satisfecho, no por tener más oro y plata que los demás y palacios construidos con lujosa ornamentación, sino por poder hacer el bien a la mayoría y poder regalar a todos
d aquello de que estén precisamente necesitados. El auténtico rey considera que ésta es su misión. Amigo de los ciudadanos y amigo de los soldados, de aquéllos se cuida como el pastor de su rebaño, previendo cómo florecerán y aumentarán sus crías pastando en praderas abundantes y tranquilas; a éstos los supervisa y mantiene unidos ejercitándolos en la valentía, la fuerza, la dulzura, como buenos y nobles perros guardianes del
87 rebaño, considerándolos como copartícipes de sus obras y protectores del pueblo, y no como rapaces y plaga del ganado, como los lobos y los peores perros que, olvidándose de su verdadera naturaleza y crianza, se hacen funestos en vez de salvadores y protectores. No aguanta

que sean somnolientos, perezosos y poco belicosos, para que los guardianes no necesiten a su vez de otros guardianes, ni desobedientes con sus jefes, porque sabe que
es precisamente la disciplina la que en ocasiones, ella *b*
sola, se basta para salvar una guerra. Conseguirá que no teman ningún trabajo y que sean duros y no blandos, sabiendo que no es de gran utilidad el guardián que rehúye el trabajo y no es capaz de vencer y sobreponerse a la fatiga. Y esto debe hacerlo no sólo mediante exhortaciones y alabanzas a los que están bien dispuestos y recompensando o castigando duramente sin apelación,
es decir, mediante la persuasión o la violencia, sino muy *c*
principalmente con su propio ejemplo, apartándose de todo tipo de placer, no deseando ni más ni menos riquezas, ni arrebatándoselas a sus súbditos, cediendo poco al sueño y huyendo de la inactividad. Porque verdaderamente ningún hombre que duerme o que, despierto, se parece a los que están dormidos, vale de nada a nadie. Le prestarían una gran obediencia, creo, a él y a sus jefes si se somete claramente a las mejores leyes
y sigue sus rectas disposiciones y, en una palabra, si da *d*
la soberanía a la parte de su alma que es por naturaleza regia y soberana y no a la parte irascible e indisciplinada.

29. ¿Y cómo se les podría convencer mejor para soportar y aguantar el esfuerzo en la guerra y con las armas, y en cuántos ejercicios se inventan en tiempos de paz para entrenamiento de las guerras contra los extranjeros? ¿No es cierto que si le ven a él mismo fuerte e inflexible como el diamante? Porque, desde lue-
go, para el soldado que se esfuerza no hay espectáculo 88
más agradable que un emperador sobrio, que se aplica al trabajo de buen grado y que anima, sonriente y sin miedo, cuando la situación parece terrible, y que se muestra grave y severo cuando parece demasiado tran-

quilizadora. Pues en lo que se refiere al temor o al
optimismo los soldados imitan por naturaleza al que les
manda. No menos que lo dicho debe preocuparse de que
tengan abundantes víveres y no estén faltos de nada de
b lo necesario. Pues a menudo los centinelas y guardianes
más fieles de los rebaños, obligados por la penuria, se
vuelven salvajes para los pastores y, al verles de lejos,
les ladran y no se contienen ni ante el ganado. Así es
en el campo de batalla el buen rey; salvador y protector
de la ciudad, no sólo rechazando los peligros exteriores
y resistiendo o atacando a los bárbaros vecinos, sino
también extirpando las discordias civiles, las malas cos-
c tumbres, el lujo y el libertinaje, la aliviará de los ma-
yores males. Expulsará la violencia, la ilegalidad, la
injusticia y el deseo inmoderado de bienes, y las sedicio-
nes y disputas que crecen a partir de ahí y que no
acaban en nada bueno, y no permitirá que nazcan y, si
han nacido, las borrará y las expulsará lo más rápida-
mente posible de la ciudad. No le pasará más desaper-
cibido el que infrinja la ley y la viole que el enemigo
que haga lo propio con sus defensas. Si es buen guar-
d dián de las leyes será mejor artesano de ellas si alguna
vez la ocasión y la fortuna se lo reclamaran, y ninguna
maquinación le conducirá a añadir a las existentes una
ley falaz, mentirosa y bastarda, como no añadiría a sus
propios hijos un germen esclavo y vulgar. Se preocu-
pará del derecho y de la justicia, y ni sus padres, ni
sus parientes ni sus amigos le convencerán para que los
favorezca por encima de lo justo. Porque cree que la
89 patria es el lugar común de todos, madre más anciana
y más venerable que los propios padres, más querida
que los hermanos, los huéspedes y los amigos. Robarle
sus leyes y forzarla lo juzga una impiedad mayor que un
delito contra los tesoros de los dioses. Porque la ley es
descendiente de la justicia, monumento sagrado y ver-
daderamente divino del dios más grande al que, de nin-

guna manera, un hombre, al menos el que sea sensato, despreciará ni deshonrará, sino que, haciendo todos sus actos con justicia, honrará con gusto a los buenos, *b*
mientras que a los malvados intentará curarlos en la medida de sus fuerzas, lo mismo que haría un buen médico.

30. Puesto que hay dos tipos de delitos, unos que permiten esperanzas de rectificación y no están totalmente desprovistos de remedio, y otros que son incurables y para los que las leyes han encontrado la pena de muerte como liberación de estos males, no tanto para la de los infractores como para provecho de los demás[96], es preciso que haya también dos tipos de juicios. Al rey le corresponde ocuparse del conocimiento y cuidado de *c*
los que pueden sanar, y se apartará totalmente de los otros y no participará jamás voluntariamente en un juicio en el que, según las leyes, esté decretada la muerte para los que han sido declarados culpables. Al legislar sobre este tipo de leyes suprimirá la violencia, dureza y crueldad de las penas, y elegirá para su aplicación un tribunal de hombres prudentes que, a lo largo de toda su vida, hayan dado pruebas nada nimias de su propia virtud, para que no se comporten temerariamente o por *d*
algún impulso irracional y, tras deliberar durante una pequeña parte del día o incluso quizá sin ninguna deliberación, vayan a depositar la piedra negra contra un ciudadano[97]. Pues el rey no debe empuñar la espada contra un ciudadano, aunque haya cometido los peores crímenes, ni debe tener en su alma un dardo mortal, de la misma manera que vemos que la reina de las abejas ha sido creada por la naturaleza sin aguijón[98]. Pero no 90

[96] Cf. Platón, *Fedón*, 113d ss., y *Gorg.*, 525b ss.

[97] ¿Recuerdo de la muerte de su hermano Galo?

[98] Dión Crisóstomo, IV, 62 ss., usa la misma metáfora.

hay que fijarse en las abejas, sino, me parece, en el propio rey de los dioses, cuyo auténtico profeta y servidor debe ser el gobernante. Porque todos los bienes existentes, sin mezcla alguna de naturaleza contraria, y que están para el provecho común del género humano y del universo entero, de todos ellos él fue y sigue siendo el artífice. Pero los males ni los engendró ni ordenó que existieran, sino que los expulsó del cielo y, al vagar en
b torno a la tierra y apoderarse de las almas emigradas de allá arriba, mandó a sus hijos y descendientes que las juzgaran y purificaran. Algunos de ellos son salvadores y protectores del género humano; otros, jueces inapelables que llevan un castigo rápido y temible por sus crímenes a los hombres que todavía viven y a los que ya se han desembarazado de sus cuerpos, y otros, como los verdugos públicos y ejecutores de sentencias, for-
c man otra tribu de divinidades malas e irracionales.

31. Esto es lo que debe imitar el rey noble y amigo de los dioses, llevando a la mayoría de los ciudadanos hacia esa participación de la virtud por medio de la amistad, y debe encomendar magistraturas que sean familiares a la naturaleza e inclinación de cada uno; al que reúne la valentía, la audacia y la magnanimidad con la inteligencia, le encomendará las militares, para que pueda utilizar su ánimo y su fuerza cuando sea necesario; al que es justo, dulce, humano e inclinado fá-
d cilmente a la piedad, debe encargarle lo relativo a los contratos entre ciudadanos, proporcionando así una ayuda a los más débiles, a los más simples y a los pobres contra los poderosos, los mentirosos, los malvados y los inclinados por sus riquezas a violar y despreciar la justicia; al que posea una mezcla de ambos caracteres debe rodearle en la ciudad de la mayor honra y poder y, si le encomendara los juicios de aquellos delitos que son penados y castigados con arreglo a la justicia para

provecho de los delincuentes, pensaría con acierto y 91
sensatez. Porque un hombre así, tras juzgar limpiamen-
te junto con sus compañeros, encargará al verdugo el
cumplimiento de la sentencia sin infringir lo que es na-
turalmente justo por un exceso de cólera o blandura
de alma. Y parece que quien sea el más poderoso de la
ciudad debe ser un hombre semejante, que reúna en sí
mismo los bienes de ambos caracteres, evitando, como
si fuera una calamidad, el exceso en cada uno de los *b*
arriba expuestos. Supervisando personalmente, dirigien-
do y mandando a los que mandan, pedirá que los en-
cargados de las obras y administraciones más importan-
tes y los que le asisten en las deliberaciones de interés
general sean honrados y se parezcan lo más posible a él
mismo. Y no los escogerá simplemente al azar, pues no
querrá ser peor juez que los joyeros y los que prueban
el oro y la púrpura. Porque éstos no se conforman con *c*
una sola prueba para su examen, sino que conociendo,
creo, la variada e ingeniosa maldad y los nuevos inven-
tos de los que quieren engañarlos, se oponen a todos
ellos en la medida de sus fuerzas y les presentan las
pruebas derivadas de su arte. Pensando esto mismo el
rey sobre la maldad, que es variada y engañosa y que
la más dura de sus obras es que a menudo miente, re-
vistiéndose de virtud, y engaña a los que no son capa- *d*
ces de aguzar la vista o se cansan del examen por su
larga duración, tendrá buen cuidado de que no le ocurra
algo así. Pero una vez que haya elegido y reunido en
torno a sí a los mejores, encargará a éstos la elección
de los magistrados menores.

32. Esto es lo que piensa respecto a las leyes y los
magistrados. Respecto al pueblo, no soportará que el
que habita las ciudades sea temerario ni perezoso, pero
tampoco que le falte lo necesario. Y las tribus de cam-
pesinos que están en los campos arando y plantando lle- 92

varán a sus guardianes y defensores, como salario, el
alimento y el vestido necesarios. Prescindiendo de pa-
lacios asirios y de impuestos tan lujosos como costosos,
disfrutará a fondo de la vida en una gran paz con los
enemigos tanto interiores como exteriores, amando al
causante de su dicha presente como a una divinidad be-
névola, celebrando y dando gracias al dios por él no fin-
b gidamente ni sólo de palabra, sino desde lo más profun-
do de su alma pidiendo para él los bienes. Los dioses se
anticipan a estas súplicas y, tras haberle otorgado pri-
mero los bienes divinos, tampoco le privarán de los
humanos. Y si la necesidad le obligara a caer en algún
mal de los llamados por el vulgo irremediable, le harán
formar parte de sus coros y banquetes y proclamarán su
gloria a todos los hombres. Esto es lo que he escuchado
c muchas veces a los sabios y sus palabras me convencen
totalmente. Así pues, también os lo he contado a voso-
tros, y es muy posible que hablando más extensamente
de lo debido, pero menos, creo, de lo que el tema exigi-
ría. Y el que haya prestado oído atento a estas palabras,
ése sabe muy bien que no miento. Y hay otra causa por
la que me he extendido, de menos necesidad que la di-
cha, pero más ajustada, creo, al presente discurso. Y se-
d guramente es preciso que vosotros no os quedéis sin
escucharla.

33. En primer lugar, recordemos un poco de lo an-
terior cuando interrumpimos nuestro relato. Dijimos en
una ocasión que era necesario que los oyentes serios de
elogios auténticos no prestaran atención a lo que la for-
tuna da a menudo incluso a los malvados, sino a las dis-
posiciones del alma y a la virtud de la que sólo partici-
pan los hombres buenos y por naturaleza honrados. To-
93 mando de allí el comienzo, hemos hecho avanzar la con-
tinuación de nuestro discurso como si tirásemos con
regla una línea recta, a la que es preciso que se adapten

los elogios de los hombres y reyes virtuosos. Y el que
está en auténtica y continua armonía con este modelo
es dichoso y realmente feliz, y afortunados los que par-
ticipan de un gobierno semejante. Y el que se acerca,
mejor y más afortunado que los que se alejan más. Y los
que se alejan totalmente o se vuelven al lado contrario
son desdichados, estúpidos y malvados, y causa de los *b*
mayores infortunios para ellos mismos y para los demás.
Así pues, si en cierto modo estáis de acuerdo en esto, es
hora de proseguir con las hazañas que han causado nues-
tra admiración. Y para que nadie imagine que el dis-
curso puede andar por sí solo, como un caballo sin rival
en la carrera para vencer y llevarse el premio, intentaré
mostrar en qué se diferencian entre sí nuestro panegí-
rico y el de los oradores cultivados. En efecto, éstos ad- *c*
miran en gran manera el proceder de antepasados pode-
rosos y de reyes, considerando bienaventurados a los
descendientes de hombres prósperos y felices. Lo que
viene a continuación ni lo piensan ni se lo plantean: ¿en
qué relación viven padres e hijos? Y desde luego esto
es lo principal de aquella felicidad y casi de todos los
bienes exteriores, a menos que alguien quiera retorcer
el sentido de esta palabra: que estas posesiones resul-
tan buenas por un uso sensato y malas por el contrario. *d*
De manera que no es importante, como ellos creen, el
descender de un rey rico y abundante en oro, sino que
lo verdaderamente importante es superar la virtud de
los padres y ser para los que nos han engendrado com-
pletamente irreprochables.

34. ¿Queréis, pues, saber si esto lo posee nuestro
emperador? Yo os proporcionaré un testimonio digno de
confianza y sé muy bien que no me sorprenderéis pre-
sentando falsos testimonios. Porque os voy a recordar
algo que vosotros ya sabéis. Quizá comprendéis ya lo 94
que estoy diciendo y, si todavía no está claro, lo com-

prenderéis inmeditamente si pensáis, primero, que su padre lo amó sobremanera, y eso que no era excesivamente cariñoso con sus hijos [99], ni prestaba más atención a la naturaleza que al carácter, y vencido, creo, por su solicitud y no pudiendo reprocharle nada, lo trató con evidente benevolencia. Y prueba de sus sentimientos fue, en primer lugar, que adjudicó a Constancio la parte del imperio que anteriormente pensó que le corres-
b pondía gobernar a él mismo [100], y después, cuando estaba terminando sus días, dejó inactivos al primogénito y al más joven de sus hijos, y en cambio a éste, que no estaba ocioso, lo mandó llamar y le encargó la totalidad de los asuntos del imperio. Convertido en dueño de todo, se comportó con sus hermanos tan justa y prudentemente que ellos, que no habían sido llamados por su padre ni habían venido junto a él, disputaron y combatieron uno con otro, pero, por el contrario, no se enfadaron
c con nuestro emperador ni le reprocharon nada. Cuando su disputa tuvo un infeliz epílogo [101], le fue posible apoderarse de una mayor extensión y voluntariamente lo rechazó pensando que, si necesitaba la misma virtud para gobernar a muchos pueblos que a pocos, aumentarían, en cambio, sus preocupaciones al tener que cuidar y proteger un mayor número de pueblos. Porque la monarquía no es una forma de vida muelle ni el rey debe comportarse como los que, despilfarrando sus riquezas
d en bebidas y placeres, inventan la forma de hacerse con mayores ingresos, ni debe provocar una guerra que no sea para provecho de sus súbditos. Al permitir así a su hermano poseer la mayor parte del imperio, conservando él mismo la parte más pequeña junto con su virtud, pensó que salía ganando. Y de que no se abrazó a la paz

---

[99] Su hijo Crispo fue ejecutado.
[100] Egipto y Oriente.
[101] La muerte de Constantino II en 340.

por miedo a los preparativos de aquél sea prueba evidente para vosotros la guerra que sobrevino a continuación. En efecto, más tarde empleó las armas contra las 95
tropas de su hermano, pero fue para vengarle. En este punto, de nuevo aquellos oradores seguramente admiraron su victoria. Pero yo admiro mucho más el haber promovido la guerra con toda justicia, el haberla desarrollado con valentía y mucha experiencia y, al concederle la fortuna un final favorable, el haber utilizado la victoria con moderación y de forma regia y, en una palabra, el haberse mostrado digno de vencer. ¿Queréis entonces que llamemos, como en los tribunales, por sus b
nombres a los testigos de estos hechos? Que jamás ninguna guerra de las que tuvieron lugar anteriormente, ni la de los griegos contra Troya ni la de los macedonios contra los persas, que sin duda son consideradas justas, estuvo tan justificada como ésta, es evidente incluso para un niño; porque la de los macedonios fue un castigo posterior por crímenes demasiado antiguos y aplicado, no a sus hijos o a sus descendientes, sino al que había arrebatado y privado del poder a los descendientes de los culpables [102]. Y Agamenón, por su parte, atacó c

para vengar los anhelos y lamentos de Helena [103],

y combatió a los troyanos para reclamar tan sólo a una mujer. Pero los crímenes contra nuestro emperador estaban todavía recientes y mandaba no, como Darío o Príamo, un hombre noble y quizá incluso digno de la monarquía que le correspondía por su virtud o por su linaje, sino un bárbaro desvergonzado y grosero, de los que habían sido hechos prisioneros no hacía mucho. Y todo lo que hizo y su forma de gobernar ni me resulta

---

[102] Darío III alcanzó el trono en 336 con la complicidad del visir Bagoas, que había asesinado a Artajerjes III y a Arsés.

[103] Cf. *Il.*, II, 356 y 590.

agradable decirlo ni es el momento oportuno. Que con
d justicia le combatió ya lo habéis oído. De su pericia y valentía son pruebas suficientes las arriba dichas, pues creo que los hechos son más convincentes que las palabras.

35. Lo que sucedió tras su victoria y cómo ya no tuvo necesidad de utilizar la espada, incluso si había algún sospechoso de los mayores crímenes o si había tenido
96 una amistad más íntima con el tirano, ni siquiera contra aquél que para agradar a éste osó llevar el caduceo injuriando así a nuestro emperador[104], y cómo ninguno sufrió el castigo de su temeridad a no ser que hubiera cometido otros crímenes, pensadlo, por Zeus protector de la amistad. Y eso que, ¡qué cosa es el ultraje! ¿No muerde realmente el alma y desgarra el ánimo más que el hierro la piel? Incluso a Ulises le impulsó a vengarse con todas sus fuerzas, de palabra y de obra; porque fue
b por un ultraje por lo que disputó con su huésped cuando no era más que un vagabundo y un extranjero, y eso que sabía que

insensato y mezquino es el hombre
que a su huésped lleva una grave disputa[105],

y lo mismo Alejandro el de Filipo y Aquiles el de Tetis y otros hombres que no eran desconocidos ni de bajo
c linaje. Sólo me parece que Sócrates y algunos pocos de

---

104 Cf. Zósimo, II, 49, y el comentario de Paschoud, en su edición del historiador, p. 123, nota 64. Se trata del senador romano Ticiano, portador de una embajada insultante para Constancio, exigiéndole la abdicación en favor de Magnencio. Constancio lo dejó marchar pese a que Constancio retenía a Filipo, embajador imperial. Chastagnol lo identifica con el prefecto de Roma Fabio Ticiano.

105 Cf. *Od.*, VIII, 209 ss. Ulises se niega a competir con su huésped Laodamante en el país de los feacios.

sus discípulos, tras vivir realmente felices y dichosos, se despojaron del último manto del amor a la gloria. Pues es amor a la gloria el soportar tan mal la injuria, y parece que por eso crece mejor en las almas nobles. En efecto, se irritan como si la injuria fuese lo más opuesto a ellos, y a quienes les arrojan palabras de este tipo los odian más que a los que atacan con el hierro y maquinan un asesinato, pues piensan que son superiores *d*
a ellos por naturaleza, no por ley, y mientras ellos aman el elogio y la gloria, esos hombres no sólo les privan de ello, sino que además maquinan en su contra falsos insultos. Se dice que Heracles y algunos otros fueron incapaces de dominar este sentimiento. Yo no creo lo que se cuenta de ellos y veo que nuestro emperador desvía las injurias con pleno dominio de sí, lo que no es un trabajo menos glorioso, en mi opinión, que conquistar 97
Troya o hacer huir a una valerosa falange. Si alguno no lo estima así, ni cree que sea importante ni digno de tantos elogios, que examinándose a sí mismo cuando se encuentre en una desgraciada situación de este tipo, juzgue, y no le parecerá entonces que hablamos por hablar, tal y como yo estoy convencido.

36. Portándose así, siendo ya emperador, después de la guerra, como es natural no sólo fue querido y amado por sus amigos, a los que otorgó grandes honores, poderes y libertad de palabra y a los que regaló inmensas riquezas y les permitió utilizarlas como quisieran, sino *b*
que también fue igualmente considerado por sus enemigos. Sea una prueba clara de ello lo siguiente: unos hombres, los más selectos del senado, superiores a los demás por su consideración, sus riquezas y su inteligencia, refugiándose bajo su protección, como en un puerto, abandonaron sus hogares, sus casas y sus hijos, cambiaron Roma por Panonia y prefirieron la compañía del *c*
emperador a la de sus seres más queridos, y un escua-

drón escogido de caballería, junto con sus enseñas y su
general[106], también prefirió participar con el emperador
en los peligros que hacerlo de la fortuna de aquel hom-
bre. Y todo esto sucedió antes de la batalla que mis pa-
labras anteriores situaron en las orillas del Drave. Por-
que en aquel instante estaban llenos de confianza y hasta
entonces el partido del tirano parecía imponerse, tras
un cierto éxito sobre unos exploradores del emperador,
d y ello hizo que aquel hombre se volviera loco de alegría
y se turbaran los que no eran capaces de comprender
ni de discernir la estrategia de nuestro emperador.
Pues él permanecía inmutable y valeroso, como el buen
piloto de una nave cuando en las nubes estalla repen-
tinamente una tormenta y a continuación el dios remue-
ve el fondo de los mares y las riberas. Porque en ese
momento un miedo terrible y absurdo se apodera de los
inexpertos, mientras que él se alegra ya y goza en la
98 espera de la calma absoluta del mar y del viento. Pues
se dice, en efecto, que Posidón, al tiempo que hace
temblar la tierra, hace cesar las olas[107]. Y así la fortu-
na engaña a los insensatos y les hace caer en los ma-
yores desastres, tras haberles permitido pequeños éxi-
tos, mientras que a los hombres sensatos les hace sentir
una confianza absoluta en las cosas más importantes,
cada vez que los turba en los pequeños asuntos. Esto
fue lo que les pasó a los lacedemonios en las Termópi-
las, y no desfallecieron ni tuvieron miedo al persa inva-
b sor por haber perdido trescientos espartanos junto con
su rey a la entrada de Grecia. Esto les ocurrió a menu-
do a los romanos y, al final, consiguieron victorias más
importantes. Previendo y pensando esto, el emperador
no se equivocó en absoluto en su juicio.

---

106 Cf. Zósimo, II, 46, 2 ss. Silvano, que se pasó a las filas de Constancio, aunque más tarde le traicionaría.

107 Cf. nota 60 al discurso I.

37. Y ya que mi discurso, por su propia iniciativa, me ha traído hasta aquí y os ha narrado la benevolencia del pueblo, de los magistrados y de los guardianes que protegen, junto con nuestro emperador, el imperio y rechazan a los enemigos, ¿queréis que os diga un tes- *c* timonio evidente que ha sucedido ayer o anteayer? Uno de los hombres que está al frente de los ejércitos de la Galia —quizá conocéis su nombre [108] y su carácter—, había enviado su hijo como rehén de su amistad y fidelidad, al emperador, sin que él se lo hubiese pedido. Y después resultó ser más infiel que los leones «que no tienen con los hombres juramentos de fidelidad», como dice Homero [109], y, saqueando las riquezas de las ciudades y repartiéndoselas a los bárbaros invasores, se las *d* arroja como rescate, mientras podía haberse procurado seguridad con el hierro y no con dinero. Y cuando pensó habérselos atraído por medio del dinero, terminó cogiendo de un gineceo un manto de púrpura, y se presentó como un tirano verdaderamente ridículo y realmente digno de una tragedia. Entonces, los soldados, irritados por su infidelidad y no pudiendo soportar ver a un miserable vestido con un manto femenino, se le echan encima y le destrozan sin haberle dejado gobernar si- 99 quiera un ciclo lunar. Ésta fue la recompensa que tuvo el emperador de la lealtad de sus guardianes, admirable respuesta a un gobierno irreprochable y justo [110]. ¿De-

[108] Silvano.

[109] Cf. *Il.*, XXII, 262.

[110] Silvano «reinó» del 11 de agosto del 355 al 7 de septiembre del mismo año. Parece que Juliano retuvo el hecho que aquí cita, pues en el tumulto de su propia proclamación, por los mismos galos que eligieron a Silvano, un par de años después de escribir este discurso, rehusó colocarse una diadema de su esposa alegando que no era buen augurio para el comienzo de su reinado llevar un adorno femenino (cf. Amiano, XX, 4, 17 ss.). La «lealtad» a Constancio de los soldados de Silvano fue muy otra que como aquí se relata: una parte de ellos fue sobornada, los Braciatos

seáis escuchar cómo se comportó después de este suceso? Porque tampoco desconocéis que ni se mostró duro con el hijo de aquel hombre, ni entró en sospechas ni
b fue temible para sus amigos, sino que se mostró con la mayor dulzura y clemencia con todos, aunque muchos quisieron levantar falsas acusaciones y dirigir sus aguijones contra los que no eran culpables. Es posible que muchos estuvieran implicados en los hechos, pero él se mostró clemente con todos los que no fueron condenados y desenmascarados como cómplices de estos extraños y sacrílegos proyectos. Y la moderación con que trató al hijo del hombre que había infringido las leyes
c y pateado su fidelidad y juramentos, ¿diremos que es algo verdaderamente digno de un rey y divino, o más bien preferiremos a Agamenón cuando se irrita y se muestra cruel no sólo contra los troyanos que habían acompañado a Paris y habían mancillado el honor de Menelao, sino también contra los que aún estaban en el seno de su madre y no habían nacido todavía cuando aquél planeó lo del rapto? El que crea que la crueldad, la violencia y la falta de humanidad es lo que menos conviene a un rey, pensará también que le corresponde la
d dulzura, la bondad y la humanidad y no alegrarse en absoluto con los castigos, sino dolerse con las desgracias de sus súbditos, las que sean, ya por su maldad o por su ignorancia o, si son traídas de fuera, por la fortuna, y es evidente que otorgará a nuestro emperador el premio de la victoria.

38. Pensad, en efecto, que, respecto a su hijo, se comportó mejor que su padre y más justamente y, res-

---

y los Cornutos, para asesinarle (AMIANO, XV, 5, 30 ss.). Juliano falsea los hechos para denigrar a los ojos de Constancio a un hombre que, a los ojos de Amiano, era un bravo general impulsado por las intrigas palaciegas hasta la usurpación para defender su propia vida.

pecto a los amigos de aquel hombre, fue más leal que el
que les había prometido amistad. Pues aquél los aban-
donó a todos, mientras que éste a todos los salvó. Y si 100
aquel hombre, conociendo la fidelidad del emperador
porque había observado su carácter durante mucho
tiempo, confió en que la situación de su hijo sería
completamente segura y sus amigos estarían en un puer-
to tranquilo al lado del emperador, pensaba correcta-
mente, pero, en ese caso, fue mucho más perverso, mal-
vado y malhadado al querer ser enemigo de un hombre
así, cuya enorme bondad y superior clemencia conocía,
al odiarlo, conspirar y arrebatarle lo que no debía. Si, *b*
por el contrario, no albergaba ninguna esperanza por la
salvación de su hijo, y consideraba difícil e imposible
la de sus amigos y parientes y, sin embargo, eligió la
traición, entonces fue, precisamente por esto, malvado,
insensato y más salvaje que las fieras, mientras que
nuestro emperador se mostró civilizado, dulce y magná-
nimo, compadeciéndose de la edad y forma de ser de
un niño pequeño y mostrándose clemente con los que no *c*
habían sido declarados culpables, y mirando por encima
y despreciando las maldades de ese individuo. Pues el
que concede lo que ni siquiera sus enemigos, por la
magnitud de los crímenes que ellos mismos conocen,
podrían esperar, es natural que se lleve el premio de la
virtud, al hacerla más fuerte y más clemente, superan-
do con su moderación a los que castigan mesuradamen-
te, sobresaliendo en valentía al pensar que no cuenta
con ningún enemigo digno de consideración, y demos- *d*
trando su prudencia al enterrar las enemistades y no
transmitírselas a sus hijos ni a sus descendientes, con
el pretexto de una justicia perfecta y de querer borrar
las raíces de los malvados, aunque fuera razonable,
como si se tratara de un pino [111]. Porque una obra así

[111] Frase proverbial para expresar la erradicación total de algo. Cf. HERÓD., VI, 37.

también sería digna de éstos, y a ellos aplica la comparación el antiguo dicho. Pero el buen emperador, imi-
101 tando sencillamente al dios, sabe que incluso de las piedras echan a volar los enjambres de abejas y que de la madera más amarga crece el dulce fruto, los agradables higos quiero decir, y de las espinas la granada, y así otros ejemplos en los que lo producido no es igual a lo que lo produjo y engendró. Así pues, él cree que no hay que destruirlos antes de que lleguen a la sazón, sino aguardar un tiempo y permitirles que se liberen de la estupidez y locura de sus padres, para que lleguen a ser hombres buenos y sensatos y, si se hacen imitadores de
b los hábitos paternos, ya sufrirán en su momento el castigo sin que entonces paguen por obras y desdichas ajenas.

39. ¿No os parece que hemos llevado a cabo de forma suficiente un verdadero elogio? ¿O también desearíais escuchar su firmeza y dignidad y que no sólo no ha sido vencido por sus enemigos, sino que tampoco ha
c sido jamás encadenado por una vergonzosa pasión, ni por el deseo de un hermoso palacio, ni de una lujosa villa, ni de collares de esmeraldas que haya arrebatado por la violencia o la persuasión a sus dueños, que no amó jamás a una mujer libre ni esclava ni, en una palabra, a la Afrodita ilegal, y que de cuantos bienes producen las estaciones no ha reclamado una inmoderada saciedad, ni en verano se preocupa del hielo ni cambia de morada según la estación, sino que siempre
d está en las zonas del imperio que tienen problemas, soportando los mayores fríos y calores? Si de todo esto me ordenáis aportaros pruebas concluyentes, os diré las conocidas y no me faltarán, pero mi discurso es ya largo e inmenso, y no tengo tiempo de cultivar tanto rato las Musas, sino que es el momento de dedicarme a la tarea que me resta.

IV

CONSOLACIÓN A SÍ MISMO POR LA MARCHA DEL EXCELENTE SALUSTIO

INTRODUCCIÓN

Saturninius Salustius Secundus[1], según la tradición manuscrita de Juliano, o quizá *Salutius* como escribe Amiano, es el destinatario del presente opúsculo en el momento en que es relevado de sus funciones de cuestor en la Galia junto a Juliano. Salustio había nacido en Galia, según nos informa Juliano al final de esta obra[2], más o menos a principios de siglo. Otros datos que proporciona Juliano son su elevada formación cultural y su sentido de la justicia, de forma que el César encontró en este hombre casi el único elemento de confianza entre los funcionarios que le asignó Constancio, y pasó por ser el cerebro gris de Juliano, según el testimonio de Libanio[3], que los compara con Fénix y Aquiles, y, según reconoce noblemente el propio Juliano, con el ejemplo de Escipión y Lelio. Tanta era la confianza, que Juliano invitó a Salustio a escribir unas *Memorias* sobre el príncipe[4]. Su simpatía mutua se veía acrecentada por la afinidad de sus creencias religiosas[5] y sus gustos filo-

---

1 No hay que confundirlo con *Flavius Sallustius*, nombrado prefecto de la Galia por Juliano en julio de 361 y cónsul en 363. Para los datos sobre la vida de Saturnino Salustio, cf. ROCHEFORT, en el prólogo a su edición del *De los dioses y el mundo.*

2 Cf. 252a.

3 Cf. *Or.*, XII, 42.

4 Cf. 251c.

5 Cf. TEMISTIO, *Or.*, VII, 99d.

sóficos, y Rochefort indica que fue la influencia de Salustio la que impulsó a Juliano hacia el culto del Genio del Pueblo Romano.

Una vez más es Amiano[6] el que nos narra las intrigas que acabaron con el traslado forzoso del cuestor: Juliano se opuso a suscribir un impuesto extraordinario que pretendía el prefecto de la Galia Florencio y que, al parecer, escondía además ciertas malversaciones del propio prefecto. Ante la negativa, Florencio escribió a Constancio, acusando a Salustio de excitar a Juliano contra él[7], y los espías de la corte desplegaron su celo para conseguir el cambio de Salustio, lo que era, como dice el propio Juliano, un golpe dirigido en realidad al César para dejarle desasistido de su mejor ayuda. Estas maniobras ocurren durante el invierno de 358-9 y, seguramente, en la primavera del 359, fecha de este discurso, es cuando se produjo el llamamiento de Salustio.

Marchó a Iliria, a reunirse con Constancio que estaba en Sirmium, y después a Tracia. Una vez elegido emperador, Juliano lo nombrará prefecto de Oriente, y Salustio será también el encargado de presidir el polémico tribunal de Calcedonia que juzga a los presuntos criminales del anterior régimen. El afecto de Juliano se manifiesta asimismo en el hecho de que tanto los *Césares* como el *Himno a Helios rey* van dedicados a su prefecto. Incluso en los *Césares* Wright[8] supone que el «amigo» que sirve de interlocutor a Juliano sería el propio Salustio. Según Rochefort, la influencia de este hombre habría sido fundamental a la hora de evitar una sangrienta persecución contra los cristianos. Salustio interviene en la expedición contra los persas y, pese a su edad, toma parte directamente en la pelea, de la

---

6 Cf. XVII, 3, 2 ss.
7 Cf. LIBANIO, XVIII, 84 ss.
8 Cf. t. II, p. 343 de su edición.

que escapa por poco[9]. Tras la muerte de Juliano, el ejército, unánimemente, le ofrece el imperio que Salustio rechaza por su edad y mal estado de salud[10]. El nuevo emperador Joviano le envió a concertar la triste paz que puso fin a esta expedición y, a la muerte de Joviano, se le volvió a ofrecer el poder supremo que de nuevo rechazó. Confirmado por Joviano y también por su sucesor Valentiniano, ambos cristianos, como prefecto de Oriente, lo que demuestra su ascendencia tanto como su ecuanimidad, debió de ser pieza clave a la hora de moderar los intentos de persecución contra los amigos de Juliano de que nos informa Amiano[11].

En 365 cesó en este cargo y perdemos el rastro de su vida, aunque Valentiniano y Valente no olvidaron sus servicios y le erigieron en Roma una estatua de oro, después de haberlo nombrado sucesivamente gobernador de la provincia de Aquitania, *Magister Memoriae*, procónsul de África, cuestor y miembro del Consistorio imperial con el título de Conde del primer rango.

La enorme talla política de Salustio se completa con la visión más personal que ofrecen las respuestas de Libanio a sus cartas y con su actividad administrativa parcialmente conservada en el código de Teodosio. Junto a esas perdidas *Memorias* de Juliano, nos interesa mucho recordar la única obra suya que nos ha llegado, *De los dioses y del mundo*, «fruto de amigables discusiones e intercambios entre ambos», según Rochefort, y cuyo objetivo era ni más ni menos que contribuir a la reforma religiosa de Juliano, según el mismo autor, redactando un «credo de todas las proposiciones mayores de la fe que restauraba... y que jugó así el papel de catecismo oficial de la nueva religión». Se hallaba compenetrado

---

9 Cf. AMIANO, XXV, 3, 14.
10 Cf. AMIANO, XXV, 5, 3.
11 Cf. XXV, 4, 4.

con Juliano no sólo en objetivos generales, sino en detalles más concretos, pues, por ejemplo, en la interpretación dada en el cap. IV de esta obra al mito de Atis, hay acuerdo en reconocer un préstamo a la interpretación personal que del mismo dio Juliano en su discurso *Sobre la madre de los dioses*[12].

Éste es el hombre por cuya pérdida se lamenta, y con razón, profundamente Juliano, hasta el punto de compararla con el momento en que se vio separado de su pedagogo Mardonio[13]. Más que un discurso de despedida, ya que, como señala Bidez, no guarda ninguna huella de las recomendaciones al uso[14], estamos ante un discurso de consolación, como indica el título del discurso, dirigido a sí mismo, en el que Juliano no se guarda ya de atacar por las claras a los sicofantas que rodean a Constancio y que han pretendido alcanzarle a él a través de su mejor amigo. Los ejemplos de la historia, inspirados especialmente por Plutarco, sirven de marco comparativo a esta situación: Teseo y Pirítoo, Escipión y Lelio y, sobre todo, Pericles y Anaxágoras, que permiten a Juliano poner en boca del estadista ateniense un curioso discurso de espíritu y lengua muy clásicos. El rumor de la próxima marcha de Salustio a Tracia y un último elogio al auténtico helenismo de su amigo, que consiste en la búsqueda de la verdad mediante la razón, y no a través de increíbles fábulas y absurdos milagros, como la mayor parte de los bárbaros —claro dardo cuyo blanco son los cristianos—, cierran este opúsculo que tiene la importancia de ser el primero, dejando a un lado las cartas, en el que Juliano se expresa ya casi con total sinceridad, aunque con ciertas reservas obligadas, fuera del estrecho marco de los panegíricos anteriores.

---

12 Cf. ROCHEFORT, «Le *Perì theôn kaì kósmou* de Saloustios et l'influence de l'empereur Julien», *R. E. G.*, LXIX, 1956, pp. 50-66.

13 Cf. 241c.

14 Cf. MENANDRO, *o. c.*, pp. 395 ss., ed. Spengel.

SINOPSIS DEL DISCURSO

	Parágrafos
Juliano va a repetir a Salustio todo lo que se ha dicho a sí mismo como único consuelo de su marcha.	1
Dolor igual al de la separación de Mardonio. Algún dios le ha retirado de los dardos de los sicofantas. Esta amistad no ha necesitado juramentos, como la de Teseo y Pirítoo, sino que ha bastado la comunidad de pensamientos e intenciones.	2
Dificultad de encontrar amigos en los asuntos públicos, según Platón. Tristeza de Juliano. Búsqueda de consuelo en ejemplos de la historia.	3
Amistad de Escipión y Lelio: uno era el actor y otro el autor de las hazañas. Lo mismo se dice de nosotros. Máxima pitagórica sobre la amistad. Amistad de Pericles y Anaxágoras. Discurso de Pericles ante su separación: la ausencia hará aumentar el afecto, al comunicarnos mediante el pensamiento que nos acerca al ser superior.	4-5
La divinidad procurará un remedio. Hay que evitar el exceso de amargura y no comportarse como Ulises en la isla de Calipso.	6
Alejandro se quejaba de no tener un Homero digno para sus hazañas. Juliano se siente feliz de encontrar un heraldo que ha sido espectador y auxiliar de sus hechos.	7
Elogio del helenismo de Salustio frente al irracional comportamiento de los bárbaros. Despedida.	8

CONSOLACIÓN A SÍ MISMO POR LA MARCHA DEL EXCELENTE SALUSTIO

1. Si no te contara todo lo que me he contado a mí 240
mismo cuando me enteré de que debías abandonarnos,
creería que mi consuelo sería menor, querido compañe-
ro, o mejor dicho, pienso que no encontraría ninguna
tranquilidad si no te la transmito. Porque nosotros, que
hemos compartido uno con otro tantas acciones y pala-
bras, unas dolorosas y otras agradables, en nuestros b
asuntos privados y en los públicos, en casa y en el cam-
pamento, debemos encontrar un remedio común, salu-
dable también en la presente situación, sea cual sea
ésta. Pero, ¿quién imitará para nosotros la lira de Orfeo
o rivalizará con los cantos de las Sirenas o encontrará
la droga del *nepenthes*[1]? Tanto si es un discurso lleno

[1] Droga que, arrojada en el vino, hace olvidar el dolor y todos los males. En *Od.*, IV, 220 ss., la utiliza Helena para apaciguar el dolor de Telémaco al recordar con Menelao los hechos de Troya: «Al punto, en el vino que estaba bebiendo echó una droga contra el dolor y que disipa la cólera haciendo olvidar todos los males, y todo el que la beba, una vez mezclada en la crátera, no podría hacer resbalar una lágrima de sus mejillas en todo el día, ni siquiera aunque su padre y su madre estén muertos, ni aunque allí delante fuera degollado su hermano o su querido hijo y él lo estuviera viendo con sus ojos». Helena poseía esta droga de manos de la egipcia Polidamna. El motivo se convierte en un tópico en la literatura griega (cf. PLUT., *Mor.*, 614b; TEMISTIO, XXXII, 357a) y reaparece en el propio Juliano, carta 201, dirigida a Himerio ante la muerte de su joven esposa.

de relatos egipcios, como si lo imaginó el poeta al tejer
c en los versos siguientes[2] las desventuras troyanas, lo
que Helena aprendió de los egipcios no fue lo que
griegos y troyanos se hicieron unos a otros, sino cómo
deben ser los discursos que alivien los dolores del alma
y susciten en ella la alegría y la tranquilidad. Pues, según
parece, placer y dolor dependen de la misma cabeza y
241 se alternan uno con otro cada vez[3]. Incluso los aconte-
cimientos más penosos dicen los sabios que procuran
al hombre inteligente un placer no menor que su difi-
cultad, lo mismo que también la abeja, de las hierbas
más amargas que crecen en el Himeto, extrae un dulce
líquido y fabrica la miel; lo mismo que todos los cuer-
pos sanos y fuertes se nutren de los alimentos que
encuentran al azar, y los que parecen difícilmente dige-
b ribles a menudo no sólo son inofensivos para ellos, sino
que incluso acaban siendo causa de su vigor; en cambio,
los que poseen un cuerpo débil por naturaleza, por su
alimentación o por su ocupación, enfermos durante toda
su vida, a ésos es normal que los alimentos más ligeros
les produzcan los más graves daños. De la misma mane-
ra cuantos se cuidan de que su inteligencia no se debili-
te totalmente y esté aceptablemente sana, aunque no
con la fuerza de Antístenes y Sócrates, la valentía de
c Calístenes ni la impasibilidad de Polemón[4], sino en la

---

2 Cf. *Od.*, IV, 242 ss., en que Odiseo penetra en Troya disfrazado causando buen número de bajas.

3 Cf. Platón, *Fedón*, 60bc, cuando Sócrates acaba de ser desencadenado y se frota su pierna dolorida con placer.

4 Antístenes (445-360), discípulo de Sócrates y fundador de la secta cínica, rechazaba los placeres fáciles que no conducen a la virtud, aceptando sólo los resultantes del esfuerzo, tomando por modelo a Heracles (cf. Laercio, VI, 1 ss.). Calístenes de Olinto, sobrino de Aristóteles, acompañó a Alejandro en su expedición en calidad de historiador, pero en 327, al negarse a aceptar la prosternación que exigía el macedonio, fue ejecutado bajo la falsa acusación de participar en una conspirción. Polemón, jefe

medida de sus fuerzas, en situaciones semejantes escogen la mesura, e incluso en las situaciones más difíciles es muy probable que sientan alegría.

2. Y yo mismo, al probar cómo soporto y soportaré tu marcha, he experimentado un dolor tan grande como cuando por primera vez dejé en casa a mi preceptor[5]. Porque acudían a mi memoria de golpe todos los recuerdos, la comunidad de fatigas que hemos superado uno junto al otro, nuestra relación sincera y pura, nuestra conversación franca y leal, nuestra actuación común en d
todas las cosas bellas y la disposición y firmeza invariable y sin arrepentimiento hacia los malvados, cómo éramos el uno para el otro un solo corazón[6], un mismo carácter, amigos íntimos. Y también me venía a la memoria aquello de

Quedó solo Ulises[7],

porque ahora yo estoy en la misma situación que él, después de que un dios te ha sacado, como a Héctor[8], fuera del alcance de los dardos que a menudo dispararon los sicofantas contra ti, mejor dicho, contra mí, queriendo 242
herirme por medio de ti, porque pensaron que la única manera de alcanzarme era privarme de la compañía del amigo fiel y compañero de armas que compartía sin

---

de la academia platónica (313-270), fue famoso por su fuerza de carácter (cf. LAERCIO, IV, 17 ss.).

5 Al ser internado en Macellum, Juliano se vio separado de su preceptor Mardonio.

6 Juliano emplea las palabras que Homero aplica a los dos Ayantes en *Il.*, XIII, 704, y XVII, 720. En la carta 32, a Basilio, utilizará similares expresiones al hablar del trato con sus más íntimos colaboradores.

7 Cf. *Il.*, XI, 401, cuando los aqueos huyen despavoridos y Ulises queda solo rodeado de troyanos.

8 Cf. *Il.*, XI, 163: ante las arrolladoras victorias de Agamenón, Zeus sustrae del combate a Héctor.

excusas los peligros [9]. Sin embargo, no creo que tú sufras ahora menos que yo porque participes menos en las fatigas y peligros; al contrario, aumentará tu temor
b por mí y por mi cabeza, temiendo que pueda ocurrirme algo [10]. Pues yo nunca antepuse mis asuntos a los tuyos y sé que tú te comportabas conmigo de la misma manera. Por ello, como es natural, me corroe pensar que tú puedas decir en las demás cosas:

Nada me preocupa, pues lo mío marcha bien [11],

y que yo sea el único motivo de dolor y preocupación.
c Pero también en esto, según parece, compartimos los mismos sentimientos, tú solamente por mis penas, yo añorando continuamente tu compañía y acordándome de tu amistad, basada sobre todo en la virtud y después en la utilidad que, no yo a ti, sino tú a mí me prestabas continuamente, ya que estamos de acuerdo en que nuestra unión se produjo no por fidelidad a los juramentos o a otras obligaciones semejantes, como Teseo
d y Pirítoo [12], sino por pensar y preferir siempre las mismas cosas; y tengo que decir que tan lejos estuvimos de hacer mal a alguno de los ciudadanos que ni siquiera deliberamos jamás sobre ello uno con otro, y si algo bueno hicimos o pensamos hacer en común, esto corresponde a otros el decirlo.

3. Así que en esta situación es natural que me duela, no sólo por el amigo, sino también por mi fiel compa-

---

[9] Cf. introducción al presente discurso.

[10] Paráfrasis de *Il.*, XVII, 242: palabras de Ayante a Menelao cuando defienden al cadáver de Patroclo del ataque de Héctor y los troyanos.

[11] Cf. Nauck, *Tragic. gr. fragm.*, *adesp.*, 513, 2.

[12] Cf. Plut., *Teseo*, 30: Pirítoo, queriendo probar la fama de fuerza y valentía de Teseo, le robó los bueyes de Maratón; al perseguirle Teseo, Pirítoo le esperó y ambos admiraron su mutua belleza y arrojo y, deponiendo el combate, se juraron amistad.

ñero de trabajo, y ojalá nos conceda la divinidad que esta separación sea breve; creo que también Sócrates, el gran heraldo y maestro de la virtud, estaría de acuer- 243
do conmigo, a juzgar por lo que conocemos de él, quiero decir por las palabras de Platón, pues dice lo siguiente: «Me parecía muy difícil administrar correctamente los asuntos públicos, pues no es posible hacerlo sin amigos y compañeros leales, ni es muy fácil disponer de éstos en abundancia»[13]. Y si esto le parecía a Platón b
más difícil que horadar el monte Atos, ¿qué podemos pensar nosotros, que estamos más lejos de su inteligencia y razón que él del dios? Y a mí, no sólo por la utilidad que nos dispensábamos mutuamente en los asuntos públicos, y por la que soportábamos con más tranquilidad los acontecimientos inesperados producidos por la fortuna o por nuestros enemigos, sino también porque dentro de poco me veré privado del único y continuo consuelo y placer, naturalmente me corroe y c

siento corroído mi corazón[14].

Pues, ¿a qué otro amigo tan benévolo podré dirigir mi mirada? ¿De quién soportaré la franqueza pura y sin engaño? ¿Quién nos aconsejará sensatamente y nos censurará con benevolencia, nos animará al bien sin arrogancia ni orgullo, nos hablará con libertad sin que sus palabras produzcan amargura, como los que quitan de las medicinas lo que es demasiado desagradable y dejan d
sólo lo que es bueno? Pues éstos son los frutos provechosos que recogí de tu amistad, pero, privado a la vez

---

[13] Cf. Platón, *Epist.*, VII, 325 cd, a propósito de la injusta muerte de Sócrates y de la decepción que le producen los políticos de su época. Platón afirma después que la incontrolable situación le produjo vértigo, pero no alude para nada a la famosa obra de perforación del monte Atos que realizó Jerjes en el 480 a. C., mencionada a continuación por Juliano.

[14] Cf. Aristóf., *Acarn.*, 1.

de todos ellos, ¿qué palabras podría encontrar que, cuando corro el peligro de abandonar la vida por tu nostalgia, por la preocupación que siento por ti y por tu dulzura [15], me lleven a no temblar y a soportar valerosamente todo lo que el dios me ha impuesto? Pues parece que, con el mismo pensamiento que él, nuestro emperador acaba de tomar esta decisión. Entonces, ¿qué
244 es lo que debo pensar y qué encantamientos encontraré que puedan tranquilizar mi alma atormentada por el sufrimiento? ¿Acaso debemos imitar los discursos de Zamolxis y los encantamientos de Tracia que llevó a Atenas Sócrates y que estimó que debía aplicar al bello Cármides antes de curarle su dolor de cabeza [16]? ¿O no hay que poner en movimiento tales remedios, porque son mayores y para cosas mayores, como en un teatro pequeño las grandes máquinas, sino «de las hazañas
b antiguas cuya gloria conocemos», como dice el poeta [17], escogiendo como las flores más bellas de un prado variopinto y rico, conducir nuestras almas con sus relatos, añadiéndoles un poco de filosofía? Pues de la misma forma, a mi juicio, que los que echan en las bebidas demasiado dulces no sé qué sustancias que les privan de su exceso de dulzura, así, algunos ingredientes de filosofía, aplicados a estos relatos de la historia antigua, borran lo que puedan tener de estorbo innecesario y ex-
c cesiva palabrería.

---

15 Palabras de Anticlea en los infiernos a su hijo Ulises: *Od.*, XI, 202 ss.

16 Cf. PLATÓN, *Cármides*, 156d ss.: con estos encantamientos curaba primero el alma, que era la fuente de todos los males. Zamolxis era un dios tracio de quien HERÓDOTO (IV, 94, y V, 97) afirma que los griegos del Ponto creían que, antes de ser dios, había sido hombre, esclavo y discípulo de Pitágoras. Cf. la misma referencia en *Césares*, 309c.

17 Cf. *Il.*, IX, 524.

4. ¿Qué diré al principio y después y al final?[18] ¿Quizá cómo el famoso Escipión, que quería a Lelio, fue objeto de su amistad, como se dice, «con el mismo yugo»[19] a su vez, y convivió dulcemente con él y no hacía nada que no conociera antes éste y no afirmara que debía hacerlo? Lo que, me parece, proporcionó a los *d*
que injuriaban a Escipión por envidia el dicho de que el autor de las hazañas era Lelio y Escipión el actor[20]. Esta misma fama tenemos nosotros y ello me alegra sobremanera. Pues Zenón da como prueba de mayor virtud el obedecer las rectas decisiones de otro que co- 245
nocer por sí mismo lo que hay que hacer, trayendo a colación un verso de Hesíodo:

Este es el más excelente, el que obedece a quien bien
[habla,

diciéndolo en lugar de «el que comprende todo por sí mismo». Pero precisamente por eso no me gusta, porque estoy convencido de que es más verdadero lo que dice Hesíodo[21], y mejor todavía que ambos es Pitágoras, que originó el proverbio y dio a la humanidad la máxima: «lo de los amigos es común», no refiriéndose solamente a las riquezas, sino a la comunidad de inteligencia *b*
y prudencia, de forma que todo lo que encontraste tú mismo no pertenece menos al que te obedece, y en cuantos papeles tuyos interpreté, tienes en ellos, como es natural, la misma participación. Y lo que parece que es más propio de uno de los dos corresponde al otro y los envidiosos no obtendrán provecho de sus palabras.

---

18 Cf. *Od.*, IX, 14: comienzo de la narración de sus aventuras de Ulises a los feacios.

19 Cf. Teócrito, XII, 15, sobre dos pederastas.

20 Cf. Plut., *Mor.*, 797d y 806a. Se refiere a Escipión Emiliano.

21 Cf. Hesíodo, *Trabajos*, 293 ss., y la opinión de Zenón en *Stoïc. Vet. Fragm.*, ed. Arnim, I, p. 56, núm. 235.

Volvamos al Africano y a Lelio; cuando el cartaginés
c fue vencido y toda Libia fue esclavizada por Roma, el
Africano envió a Lelio, que se embarcó para llevar la
buena nueva a su patria[22]. Y Escipión, aunque llevó a
mal verse privado de su amigo, no por ello creyó que su
sufrimiento fuera intolerable. Y Lelio es natural que es-
tuviera apenado, puesto que se embarcó sólo, pero no
por ello juzgó su desgracia insoportable. También se
embarcó Catón, dejando en casa a sus amigos íntimos,
y Pitágoras marchó a Egipto, y Platón y Demócrito[23],
d sin tomar ningún camarada en su viaje, y eso que en
su casa dejaron a muchos de sus mejores amigos. Pe-
rieles dirigió la expedición a Samos sin llevarse a Anaxá-
goras y conquistó Eubea con sus consejos —pues había
sido educado por él—, pero no le arrastró personalmen-
te, como si fuera alguno de los útiles necesarios para la
batalla. Y dicen que, contra su voluntad, los atenienses
246 le separaron de la compañía de su maestro, pero soportó
como un hombre sensato, con firmeza y dulzura, la lo-
cura de sus conciudadanos[24]. Pues creía que había que

[22] Como indica Bidez, parece que Juliano confunde aquí a Lelio con su padre homónimo, amigo del primer Escipión Africano.

[23] Catón hizo muchos viajes por sus diversos cargos políticos. La estancia de Pitágoras en Egipto debe estar tomada de Laercio, VIII, 2 ss. La cita de Platón se refiere a sus dos viajes a Siracusa. También de Laercio, IX, 34 ss., debe tomar la referencia a los viajes de Demócrito: allí se afirma que estuvo en Egipto, Persia e incluso en el mar Rojo y Etiopía.

[24] Sobre la vinculación de Pericles y Anaxágoras, cf. especialmente Plut., *Pericles*, 4, 5, 8, etc., y del mismo autor, *Nicias*, 23. La campaña contra Samos, que quería separarse de la Liga de Delos, tuvo lugar en 441-439. La sublevación de Eubea ocurrió en 446. Anaxágoras fue acusado por un tal Cleón de impiedad, por defender que el sol era una masa de metal incandescente o bien, además de impiedad, de partidismo persa por Tucídides, el adversario político de Pericles. Anaxágoras tuvo que retirarse a Lámpsaco, su ciudad natal, donde murió (cf. Laercio, II, 7). No

ceder a las necesidades de la patria como ante una madre que, aunque sin razón, estuviera, sin embargo, irritada por sus relaciones, y esto, al parecer, fue lo que pensó; escuchemos las palabras que siguen como si fueran del propio Pericles.

5. «Mi ciudad y mi patria es el mundo y mis amigos los dioses, las divinidades y todos los que, en cualquier lugar, son virtuosos. Hay que honrar también la ciudad *b*
donde hemos nacido porque es ley divina, y obedecer lo que nos ordene sin tratarla violentamente y sin, como dice el refrán, cocear contra el aguijón, pues es inapelable el llamado yugo de la necesidad. No hay que llorar ni lamentarse por lo que manda con dureza, sino que hay que considerar el asunto en sí mismo. Ahora ordena que Anaxágoras se separe de nosotros, y no veremos más a nuestro mejor amigo, por cuya causa me irri- *c*
taba con la noche por no mostrármelo, y daba gracias al día y al sol por darme ocasión de ver a quien amaba por encima de todo[25]. Pero si la naturaleza te hubiera dado, Pericles, tan sólo ojos, como a los pájaros, no sería extraño que sintieras un profundo dolor; pero si te ha insuflado un alma y ha puesto en tu interior una inteligencia por la que la mayor parte de los hechos *d*
pasados, aunque no estén presentes, los ves por medio de tu memoria, y muchos de los futuros tu razonamiento los encuentra y pone a la vista de tu inteligencia, como ante los ojos, y de los acontecimientos presentes, con su representación, le permite juzgar y examinar no sólo los que tiene ante la vista, sino también los que están lejos e incluso a diez mil estadios de lo que sucede junto a nosotros y ante nuestros ojos, y los muestra 247

deja de ser sorprendente que el heliólatra Juliano haya escogido al primer griego que negó la divinidad del sol.

25 Cf. JENOF., *Banquete*, IV, 2, y LAERCIO, II, 49.

con gran claridad, ¿por qué sentir tanto dolor y soportarlo con tanta dificultad? Y mis palabras no carecen de testigos:

La inteligencia ve y la inteligencia oye[26],

dice el siciliano, y es algo tan agudo y se vale de una velocidad tan extraordinaria que, cuando Homero desea mostrar a alguna divinidad marchando con increíble velocidad, dice:

Como cuando impetuosa se lanza la inteligencia del [hombre[27].

Pues, valiéndote de ella, fácilmente verás desde Atenas
b al que está en Jonia, fácilmente desde el país de los celtas al que está en Iliria y Tracia, y al que está entre los celtas desde Tracia e Iliria[28]. Porque no les ocurre lo que a las plantas, que no pueden sobrevivir cuando cambia el suelo a que están acostumbradas y la sucesión de las estaciones es contraria, sino que los hombres se trasladan de un lugar a otro y no perecen totalmente, ni cambian de carácter, ni cambian las acertadas opi-
c niones que antes profesaban[29]. Por ello no es probable

26 Cf. Epicarmo, *fragm.*, 12 Diels.

27 Cf. *Il.*, XV, 80: comparado con la velocidad de Hera para cumplir el encargo de Zeus.

28 Como señala Bidez, Juliano parece olvidarse de que es Pericles quien habla y se refiere directamente a su situación propia en la Galia y a la de Salustio en Iliria y Tracia. Sin embargo, es demasiado flagrante tal olvido y nosotros pensamos que Juliano ha introducido juguetonamente este «sello» de su paternidad sobre el discurso de Pericles.

29 Cf. discurso I, 13c ss., en que Juliano cita el ejemplo contrario de Alcibíades que, junto con sus constantes cambios de residencia, perdió también su identidad ateniense frente a la permanencia del carácter original de Constancio. Es evidente que este tema del desarraigo ha preocupado al griego de corazón que era Juliano en su larga estancia en la Galia.

que nuestro afecto se debilite, sino que nos queramos y amemos más todavía, pues la insolencia sigue al hartazgo[30] y el amor a la privación. Gracias a ella estaremos mejor, intensificando nuestro mutuo afecto, y nos mantendremos uno a otro en nuestro pensamiento erigidos como estatuas. Y unas veces veré yo a Anaxágoras y otras él a mí; nada nos impide mirarnos mutuamente a un tiempo, no la carne y los nervios y d

la silueta de la forma y el pecho representado[31]

según el modelo del cuerpo —aunque nada impide tampoco que quizá esto se nos muestre también en nuestro pensamiento—, sino que recordaremos, fijándonos en la virtud, nuestros actos, palabras, conversaciones y visitas que mutuamente nos hicimos a menudo, celebrando no sin gracia la cultura, la justicia y la inteligencia que dirige las cosas mortales y humanas, charlando sobre la política, las leyes y los modos de la virtud y las buenas cualidades, todo lo que, en fin, se nos venga a la me- 248
moria en cada momento. Volviéndonos a estos pensamientos, a estas imágenes, quizá no prestaremos atención a las visiones de los sueños nocturnos[32], y nuestra sensibilidad, mal dispuesta por su unión con el cuerpo, no ofrecerá a nuestra inteligencia vacías y vanas apariciones. Ni aceptaremos que esa sensibilidad nos obedezca y sirva, sino que nuestra inteligencia, rehuyéndola y despertándose, se ejercitará en la comprensión y en la b
familiaridad de los seres incorpóreos[33]. Pues mediante la inteligencia convivimos con el ser superior, y cuanto escapa a los sentidos y está alejado en el espacio, o mejor, lo que en nada necesita del espacio, por él podemos

[30] Paráfrasis de TEOGNIS, 153, y SOLÓN, 5, 9 ss., ed. Adrados.
[31] Cf. EURÍP., *Fenicias*, 162.
[32] Cf. LAERCIO, VI 95 = *Trag. gr. fragm. adesp.*, Nauck, 285.
[33] Cf. PLOTINO, *Enéadas*, I, 3, 2 ss.

contemplarlo y amarlo todos los que hemos vivido de forma digna de tal contemplación, representándonosla por nuestra inteligencia y apegándonos a ella.»

c 6. Pericles, como era un hombre magnánimo y había sido educado libre en una ciudad libre, consolaba su alma con estas elevadas razones; pero yo, que he nacido de gentes que son

cual ahora son los mortales[34],

me consuelo y me animo con razones más humanas y desecho la excesiva amargura de mi dolor, intentando aplicar algún consuelo a cada una de las crueles e inexistestes apariciones que, por mi situación, me asaltan continuamente, y que pueda servir como de encantamiento
d contra la mordedura de una fiera que nos ha mordido hasta el fondo de nuestro corazón y nuestra inteligencia[35]. Ésta es la primera de las apariciones crueles: ahora yo me quedaré solo, privado de una conversación pura y de unos encuentros libres, porque no tendré ya con quien conversar con la misma confianza. Pero, ¿no me es fácil conversar conmigo mismo, o es que alguien
249 me quitará el pensamiento y me obligará a pensar y admirar algo distinto de lo que yo quiera? ¿No sería esto un milagro parecido a escribir sobre el agua, cocer una piedra o encontrar las huellas del vuelo de los pájaros?[36]. Así pues, como nadie nos privará de nuestro pen-

---

[34] Cf. *Il.*, V, 304, etc.: fórmula habitual en Homero para contraponer su edad a la de los héroes. Esta cita, con la comparación sobre la libertad de Pericles, es una alusión cáustica, como señala Bidez.

[35] Cf. *Com. gr. fragm.*, Kock, III, p. 497, fragm. 475, y la misma idea expresada con el primer verso de los Acarnienses en este mismo discurso, 243c.

[36] Expresiones proverbiales para indicar un intento imposible: cf. Macar., *Centur.*, IV, 95; V, 50 y 63; Apostol., *Centur.*, XII, 100.

samiento, podemos convivir, creo yo, con nosotros mismos, y es posible que la divinidad nos inspire alguna idea de provecho. Pues no es probable que un hombre que se entrega a sí mismo al Ser superior se vea completamente descuidado y absolutamente abandonado a su soledad, sino que sobre él el dios «extiende su mano», b
«le da confianza», «le inspira valor»[37] y pone en su inteligencia lo que debe hacer y le aparta de lo que no debe hacer. También a Sócrates le seguía una voz divina que le impedía hacer lo que no debía[38], y Homero afirma sobre Aquiles:

A él, en efecto, se lo puso en su corazón[39],

como si el dios despertara también nuestros pensamientos, cada vez que la inteligencia se vuelve hacia sí misma y convive con ella y con el dios tan sólo, sin ningún otro obstáculo. Porque ni la inteligencia necesita oídos c
para aprender, ni tampoco el dios voz para enseñar lo que es necesario, sino que, fuera de toda sensación, se produce la comunión del Ser superior y de nuestra inteligencia; de qué modo y cómo, no tengo tiempo ahora para explicarlo, pero de que se produce hay testigos evidentes y seguros, no unos desconocidos dignos de clasificarse en el grupo de los megarenses, sino los que d
han sido elevados a los primeros puestos de la sabiduría[40]. Por ello, ya que debemos creer que la divinidad nos asiste en cualquier caso y que convivimos con nosotros mismos, hay que arrancar de nuestro dolor el exceso de pena. Porque cuando Ulises está encerrado

[37] Cf. *Il.*, IX, 420 y 687; V, 2, y X, 482.

[38] Cf. PLATÓN, *Apol.*, 31d.

[39] Cf. *Il.*, I, 55: Hera a Aquiles, para que convoque la asamblea de los dánaos.

[40] Posible alusión a cristianos y neoplatónicos respectivamente. El oráculo de Delfos respondió a los megarenses que no valían para nada (cf. *Escolios Teócrito*, XIV, 48).

solo en una isla durante siete años completos y después
se lamenta, alabo su fortaleza, pero no me agradan sus
lamentos, pues, ¿qué gana con «mirar sobre el mar lleno
de peces y derramar lágrimas»[41]? Pero el no ceder ni
desesperar ante la fortuna, manteniéndose virilmente
ante los últimos temores y peligros, eso me parece que
está por encima de lo humano. Pero no es justo alabar
a esos hombres y no imitarlos[42], ni tampoco creer que
el dios les ayudó benévolamente a ellos, mientras que
desprecia a los de nuestro tiempo, viéndoles que se es-
fuerzan por la virtud que entonces le agradaba ver en
b aquéllos. Pues no fue por la belleza de su cuerpo, pues-
to que hubiera preferido a Nireo[43], ni por su fuerza, ya
que los lestrigones[44] y los cíclopes eran infinitamente
más fuertes que él, ni por su riqueza, pues Troya hubie-
ra permanecido indestructible, pero, ¿para qué vamos
a tomarnos el trabajo de buscar por nosotros mismos la
causa por la que el poeta llama a Ulises amado de los
c dioses, si podemos escuchársela directamente?

Porque eres sensato, de rápida inteligencia y prudente[45].

Y así es evidente que, si nosotros tenemos las mismas
cualidades, el Ser superior no dejará de prestarnos la
misma asistencia que a él, pero también que, según el
oráculo dado antiguamente a los lacedemonios, invocado
d y sin invocar el dios se nos aparecerá[46].

---

[41] Lamentos de Ulises en la isla de Calipso: *Od.*, IV, 516; V, 84, etc.

[42] Cf. el edicto sobre la educación de Juliano.

[43] Cf. *Il.*, II, 673: Nireo era el griego más bello de los que fueron a Troya, después de Aquiles.

[44] Sobre los lestrigones, cf. *Od.*, X, 119 ss.; sobre los cíclopes, *Od.*, IX, 105 ss.

[45] Cf. *Od.*, XIII, 332: Atenea a Ulises, al aparecérsele al llegar a Ítaca para aconsejarle su modo de actuar.

[46] Cf. Tucídides, I, 118, 3: en los preliminares de la guerra del Peloponeso, los lacedemonios enviaron a consultar el oráculo de

7. Tras consolarme con estos pensamientos, vuelvo a un punto que parece insignificante para la verdad, pero que, sin embargo, no es despreciable en relación con la fama. Se dice[47] que a Alejandro le faltaba un Homero, no, por supuesto, para convivir con él, sino para proclamar su gloria como hizo con Aquiles, Patroclo, los dos Ayantes y Antíloco. Pero Alejandro, que continuamente despreciaba los bienes presentes y anhelaba los ausentes, no estaba contento con lo que tenía ni le parecía suficiente lo que le había sido dado. Y, si hubiera tenido un Homero, seguro que habría anhelado la lira de Apo- 251
lo con la que éste celebró las bodas de Peleo[48], sin pensar que esto es una invención de la fantasía de Homero, sino hilvanándolo como un hecho real a sus versos, como, a mi juicio, aquel verso:

La aurora de azafranado peplo se extendía sobre toda
[la tierra[49],

y

El sol se levantó[50],

y

Creta es un país[51],

y cuantas expresiones de este tipo dicen los poetas, unas auténticas y manifiestas todavía para nosotros y otras que se están produciendo. Pero si a Alejandro la b
grandeza de su virtud, o una inteligencia en nada infe-

Delfos para ver si era conveniente iniciar las hostilidades; el dios les respondió que vencerían y que estaría a su lado tanto si le llamaban como si no. ¿Otra ironía de Juliano?

[47] Cf. Plut., *Alejandro*, 15, 3 ss., y *Mor.*, 85c; Arriano, *Anáb.*, I, 12, 1 ss.

[48] Cf. *Il.*, XXIV, 62 ss.

[49] Cf. *Il.*, VIII, 1, y XXIV, 695.

[50] Cf. *Od.*, III, 1.

[51] Cf. *Od.*, XIX, 172.

rior a los bienes que poseía, era lo que empujaba su
alma a semejante anhelo, que le hacía desear cosas más
grandes que el resto de los mortales, o si era un exceso
de valor y de confianza que se acercaba a la fanfarro-
nería y se parecía a la arrogancia, dejemos que lo exa-
minen en común los que quieran elogiarlo o censurarlo,
c si es que alguno piensa que también le toca alguna cen-
sura. Pero a nosotros, que estamos satisfechos siempre
con lo presente y que no buscamos en absoluto lo que
está ausente, nos gusta que nos elogie un heraldo que
ha sido espectador y compañero de todas nuestras ac-
ciones y que no ha recibido una información falseada
probablemente por el agradecimiento o el odio[52]. Nos
basta tan sólo con que reconozca su amistad, aunque
para el resto sea más silencioso que los iniciados en la
d doctrina de Pitágoras[53].

8. Y ahora me llega el rumor que corre de que no
irás tan sólo a Iliria, sino también a Tracia y entre los
griegos que habitan las orillas de aquel mar donde yo
nací[54] y me eduqué y por cuyos hombres, tierras y ciu-
dades siento un profundo amor. Y quizá en sus almas
haya quedado un amor no despreciable hacia nosotros
y estoy seguro de que, como se dice[55], tu llegada va a
ser muy bien recibida, con un cambio por el que ellos
ganarán lo mismo que nosotros hemos perdido aquí.
252 Y esto no es porque yo lo desee, pues mejor sería que
rápidamente regresaras a nuestro lado, sino porque, si

---

52 Cf. introducción. No nos han llegado estas posibles memorias de Salustio, como tampoco las que parece que compuso el médico de Juliano Oribasio.

53 Frase proverbial. Cf. *Suda*, s. v. *Pythagóras*.

54 Llamado primero a Sirmium, donde estaba el emperador, acompañaría a Constancio hasta Constantinopla, donde pasó el invierno 359-60, y sería enviado después a Oriente.

55 Cf. *Il.*, X, 35: recibimiento de Agamenón a Menelao.

ello sucede así, pienso que no me encontrará sin resis-
tencia ni consuelo al alegrarme con aquellos que te ve-
rán llegar de nuestro lado. Porque yo ya me incluyo
entre los celtas por ti[56], un hombre digno de figurar
entre los primeros griegos por tu justicia y restantes
virtudes, excelso en la oratoria y no inexperto en filo- *b*
sofía, en la que sólo los griegos han logrado la primacía,
buscando la verdad con la razón, como es natural, y no
permitiéndonos prestar atención a increíbles relatos ni
a prodigios irracionales, como la mayoría de los bár-
baros[57]. Pero sea como sea, dejémoslo estar ahora; en
cuanto a ti, pues ya debo despedirte con palabras pro-
picias, ojalá que el dios benévolo te conduzca allá donde-
quiera que vayas, y que el dios de los huéspedes y el *c*
dios de la amistad te acoja favorablemente y te conduz-
ca con seguridad por tierra y, si tienes que navegar,
aplaque las olas; que seas para todos amigo y honra-
do[58], que tu llegada infunda alegría y dolor tu marcha.
Si nos sigues amando, añorarás menos la compañía de
un camarada y de un amigo fiel; que la divinidad te
haga también benévolo al emperador y que te conceda
todo lo demás con arreglo a tus pensamientos y te
procure un rápido y seguro regreso a casa junto a no- *d*
sotros. Esto es lo que pido para ti junto con todos los
hombres honrados, y, además,

Consérvate bien y adiós, que los dioses te den
[prosperidad
y el regreso a tu querida casa en tu tierra patria[59].

---

56 Salustio era galo, cf. introducción. Llamarle griego es el máximo elogio en boca de Juliano.

57 Alusión a los cristianos. Cf. *Contra Galileos*, 39ab, con expresiones semejantes.

58 Cf. *Od.*, X, 38: los marineros, envidiosos de Ulises, antes de abrir el odre de los vientos.

59 Cf. *Od.*, XXIV, 402; *Il.*, II, 158 (*Od.*, I, 290, y V, 204) combinados.

V

AL SENADO Y AL PUEBLO DE ATENAS

INTRODUCCIÓN

Esta vez no parece que haya dudas sobre el momento de la composición de esta extensa carta. En julio de 361, viendo Juliano que su enfrentamiento con Constancio es irremediable y que, de permanecer en Galia, se verá encerrado, tanto por las tropas del emperador como por los bárbaros, que se le echarán encima de acuerdo con Constancio, tal y como ocurrió cuando se sublevó Magnencio, decide tomar la delantera y en una rapidísima marcha llega hasta Sirmium, en Iliria, a principios de octubre. Aquí, en Sirmium, nos dice Zósimo[1], escribe varias cartas a los atenienses, lacedemonios, corintios y romanos, explicando las razones de su llegada en mensajes de diferente extensión y características según los destinatarios. En ellos, dice Libanio, «le preocupaba menos su victoria que no dar la impresión de que obraba injustamente»[2]. Del mensaje a los lacedemonios no sabemos nada y del dirigido a los corintios sólo una breve cita de Libanio[3].

Del mensaje enviado a Roma nos dice Amiano[4] que los senadores, al escuchar los ataques dirigidos a Constancio, pidieron en alta voz mayor respeto para quien,

---

1 Cf. III, 10, 3 ss.

2 Cf. *Or.*, XII, 64.

3 Cf. *Or.*, XIV, 30 = carta núm. 20.

4 Cf. XXI, 10, 7 ss.

al fin y al cabo, le había elevado a la dignidad de César: *auctori tuo reuerentiam rogamus.* También sabemos que en esa carta se contenían ataques a la memoria de Constantino por su actividad revolucionaria de las antiguas leyes y costumbres recibidas, *leit-motiv* de la política de Juliano, que quiere volver al estado de cosas anterior a Constantino con su certera interpretación de lo que significó el reinado de su tío. También acusaba a Constantino de haber sido el primero en hacer cónsules a bárbaros, y Amiano le censura ahora con razón, porque muy poco después Juliano hará lo mismo con Nevitta, jefe de la caballería, que, además de bárbaro, es hombre inculto, salvaje y cruel.

Si la fecha de composición no ofrece dificultades, el estado actual del texto y su fecha de publicación han sido llevados hasta marzo de 363 por Labriola, haciéndolo coincidir con la redacción del *Misopogon* [5].

---

[5] Cf. LABRIOLA, «I due autoritratti de Giuliano imperatore», *Belfagor*, XXIX, 1974, pp. 547-554, y del mismo autor, *Autobiografia. Messagio agli ateniesi*, Florencia, 1975, pp. 8 ss. Ya DOWNEY, «Julian the Apostate at Antioch», *Church History*, VIII, 1939, pp. 312 ss., había notado los paralelos existentes entre *Misopogon* y esta carta por su común carácter de propaganda política, además de por su estilo autobiográfico. Según Labriola, Juliano habría retocado el antiguo proemio sustituyéndolo por el actual, más abstracto y literario, y, al final, desde 287c *taûta* hasta 287d, basándose en que aparece el presente *gráphō* en lugar del habitual perfecto epistolar: Juliano afirma ahora dirigirse a todos los griegos a través de los atenienses, de acuerdo con el nuevo prefacio (270bc), mientras que ya se ha dicho que también Juliano había enviado sendas cartas a corintios y espartanos. El resto de la carta habría mantenido su primitiva redacción. La publicación en Antioquía, junto al *Misopogon*, de este mensaje habría sido una respuesta a los cristianos de esta ciudad, al exponer la justicia y profunda religiosidad como metas de su actuación, y su predilección por Atenas (cf. la similitud de esta predilección en 287cd en esta carta y en 371c de *Misopogon*). Esto explicaría también que este mensaje no figurara desde el principio entre las cartas de Juliano, aunque es evidente que su excesiva longitud

Hay que situarse, pues, en la circunstancia concreta de Juliano para comprender exactamente esta obra: en plena expedición contra Constancio, en Sirmium, intentando adelantarse y ocupar el paso de los Balcanes para impedir a su primo el acceso a la parte occidental del imperio, quien aquí habla es el hombre de armas, el general que necesita a toda costa justificar su ataque y atraerse a las poblaciones de Italia y de Grecia aún no sometidas. El hecho es evidente, aunque no por ello hay que caer en el extremo de pensar que la carta es un panfleto lleno de mentiras. Es cierto que se cargan las tintas en algunos pasajes, pero se trata de cuestiones discutibles, nunca de hechos a los que Constancio haya sido manifiestamente ajeno. Juliano, muy apasionado, critica y acusa a su primo y, al tiempo, cosa inaudita, nos ofrece el espectáculo de un usurpador que hace recuento público de su vida intentando justificar su conducta y convencer a la opinión. No es, desde luego, la actitud habitual de un tirano: es ese conocido Juliano que en su modestia —afectada y demagógica para sus adversarios— no hace uso de su majestad imperial y no le importa conversar y discutir «a la griega», casi con cualquiera, el mismo que desenfadadamente se autocritica en el *Misopogon*.

La carta es, por tanto, una justificación pública de la rebelión de Juliano contra el hombre que le había elevado a esta dignidad. Sólo unos motivos muy graves podían atraerle al César la simpatía y comprensión de las diversas provincias. Por ello su argumentación se va a centrar en la oposición de su conducta justiciera frente a los crímenes de que es responsable Constancio. Jueces de la contienda serán los atenienses, cuya fama de jus-

y la importancia de su contenido justifican, creemos que sin mayores argumentos, su separación de la obra epistolar, al igual que en el caso de la carta a Temistio.

ticia es universal. Frente a su legitimidad dinástica expone los crímenes de Constancio con su familia: matanza del 337, exilio en Macellum, confiscación de bienes, injusta muerte de Galo, sospechas contra él mismo, injustificadas, de las que sólo le libra el favor de la emperatriz Eusebia. Su nombramiento como César es visto como una esclavitud, al obligársele a un modo de vida que detesta y a convivir con los asesinos de su familia que, en el fondo, traman contra él una suerte semejante a la de Galo. Frente a la falta de autonomía que se le concede en un principio, Juliano resume sus éxitos en Galia y su conducta siempre fiel a Constancio. La ruptura se habría producido por la actuación de los espías de la corte, que logran separarle de Salustio, y por el hecho de que Constancio le pida sus mejores tropas sin ninguna consideración a su dignidad. Al llegar a la proclamación de París Juliano se excusa: estaba dispuesto a dejarlo todo, pero se vio forzado por la situación, aunque siente vergüenza de que parezca que traiciona a Constancio. Desde entonces, y por todos los medios, ha intentado evitar el enfrentamiento, proponiendo una política de concordia que Constancio ha rechazado sistemáticamente, al proyectar una expedición contra él y lanzarle los bárbaros. No le queda más remedio que defenderse a sí mismo y a sus amigos, adelantándose con esta marcha, pues lo contrario sería un error estratégico fatal.

Pero, al tiempo, Juliano habla ya como pagano declarado y, aunque no convoca abiertamente a una guerra religiosa, lanza sus dardos contra la religión de Constancio, al hablar de su rumoreado arrepentimiento tras la matanza de 337 [6], o de su culto a las tumbas de mártires extranjeros —cristianos—, cuando ha entregado las

6 Cf. 271a ss.

de sus propios antepasados en Galia al ataque de los bárbaros [7].

Juliano pone un especial empeño en rechazar abiertamente las acusaciones de ambición que se lanzaron contra él: insiste en que no quería ser nombrado César [8], en que no sabía nada del motín de los soldados en París [9], en que no quería ser proclamado Augusto [10] y en que no quiere el enfrentamiento armado con Constancio [11]. ¿Cuál es, pues, el último motivo de su actuación? Juliano muestra sus convicciones religiosas más profundas al identificar sus actos con la decisión divina y presentarse, humildemente, como el elegido e instrumento de los dioses. En efecto, según él, los dioses fueron los que decidieron su salvación cuando se vio asediado de sospechas tras la muerte de Galo [12], ellos le animaron a aceptar el nombramiento de César [13] y, después, su proclamación como Augusto [14]; ellos, con sus presagios favorables, impulsaron esta marcha contra Constancio [15] y decidirán qué hacer en caso de guerra [16], y a ellos se remite, como despedida, para que le sigan protegiendo [17]. El justo y muy piadoso Juliano, protegido por los dioses patrios, se dirige contra el cruel Constancio, que venera a los dioses extranjeros.

---

7 Cf. 287a.
8 Cf. 274d ss.
9 Cf. 284b.
10 Cf. 284d.
11 Cf. 287b.
12 Cf. 273a.
13 Cf. 275c ss.
14 Cf. 284c.
15 Cf. 286d.
16 Cf. 287b.
17 Cf. 287d.

SINOPSIS DEL DISCURSO

AL SENADO Y AL PUEBLO DE ATENAS

1. Aunque son muchas las hazañas realizadas por 268
vuestros antepasados, por las que no sólo entonces a
ellos, sino también ahora a vosotros os es lícito vanaglo-
riaros, y, aunque levantaron muchos trofeos en común
en nombre de toda Grecia, y en particular en nombre
de vuestra propia ciudad, cuando luchó sola contra los
demás griegos y contra el bárbaro, no hay ninguna ha-
zaña tan grande ni tamaña valentía que no puedan las *b*
demás ciudades rivalizar con ellas; pues algunas hazañas
las llevaron a cabo junto con vosotros y otras ellas
solas. Y para que no suceda que, al recordar y después
establecer comparaciones, pueda pensarse que tomo
particular partido por una ciudad en lugar de por otra
en sus disputas, o que, como los oradores, por interés
alabo en menor medida a las más pequeñas, quiero tan
sólo mencionar de vosotros aquello en lo que no pode-
mos encontrar ningún rival entre las demás ciudades *c*
griegas y cuya antigua fama ha llegado hasta nosotros.
A los poderosos lacedemonios les arrebatasteis el poder
no por la fuerza, sino por vuestra reputación de justi-
cia, y a Arístides el Justo son vuestras leyes las que lo
educaron. Y aunque sin duda sean éstos brillantes tes-
timonios, creo que, sin embargo, los habéis demostrado
con hazañas más brillantes todavía; pues es posible que 269
sobre un hombre recaiga una reputación de justo, aun

cuando sea falsa, y quizá no es extraño que entre muchos malvados haya un hombre honrado. ¿O es que no es celebrado entre los medos un tal Deyoces[1], y Abaris[2] entre los hiperbóreos, y Anacarsis[3] entre los escitas? Y es de admirar que entre los pueblos más injustos se hayan dado estos hombres que honraron sin embargo la
b justicia, dos de ellos auténticamente y el otro fingidamente, en provecho propio. Pero no es fácil encontrar fuera del vuestro una ciudad y un pueblo todo él enamorado de los hechos y palabras justas. Y quiero recordaros uno solo de estos hechos que, sin duda, son tan numerosos entre vosotros. Después de las guerras médicas a Temístocles se le ocurrió incendiar los astilleros de los griegos, pero lo mantuvo en secreto y, como no se
c atreviera a decirlo ante el pueblo, accedió a confiar su secreto a un solo hombre, aquel a quien eligiera el pueblo en votación, y el pueblo eligió a Arístides; cuando éste escuchó la idea, ocultó lo que le habían dicho, pero informó al pueblo de que ningún otro proyecto era ni más provechoso ni más injusto y la ciudad, al momento, votó en contra y lo rechazó con una enorme grandeza de alma, por Zeus, y de la forma que convenía
d a unos hombres educados a la sombra de la diosa más sabia[4].

---

1 Cf. Heród., I, 96.

2 Cf. Heród., IV, 36, servidor legendario de Apolo que vivía sin comer y viajaba por doquier con una flecha dorada, símbolo del dios.

3 Sobre Anacarsis, cf. Heród., IV, 76 ss.: príncipe escita del siglo VI a. C. que, tras largos viajes, fue muerto en su patria por intentar introducir el culto de Magna Mater. Laercio (I, 10 ss.) lo hace figurar como huésped de Solón y lo considera uno de los Siete Sabios, atribuyéndole diversos poemas. En el mundo helenístico (s. III a. C. ?) circuló una falsa colección de cartas de Anacarsis, preferida de los cínicos en sus diatribas contra la corrupción de la civilización, y tan leídas que incluso Cicerón tradujo una de ellas (*Tuscul.*, V, 90).

4 Cf. Plutarco, *Temístocles*, 20, y *Arístides*, 22.

2. Si así os portabais antiguamente, todavía os ha quedado de aquella época como un pequeño rescoldo de la virtud de vuestros antepasados[5], y es natural que no os fijéis ni en la grandeza de los hechos de un hombre ni en si, como si volara a través del aire, ha atravesado la tierra con una velocidad inimaginable y una fuerza infatigable[6], sino que examinéis si ese hombre ha obrado con justicia y después, si queda claro que ha actuado de acuerdo con ella, quizá le alabaréis todos pública y privadamente, pero, si la ha menospreciado, 270
es natural que no sea honrado por vosotros, pues nada hay tan hermano de la sabiduría como la justicia. Así pues, a los que la desprecian los podríais expulsar con toda justicia, como si profanasen a vuestra diosa. Quiero, en vista de ello, contaros lo que a mí se refiere, aunque no lo desconocéis, de forma que, si algo os ha pasado inadvertido —algunas cosas lógicamente, y sobre b
todo lo que interesa que todos sepan—, vosotros y, a través de vosotros, los demás griegos, tengan conocimiento de ello[7]. Que nadie piense, pues, que hablo por hablar y que pierdo el tiempo si me dedico a contaros los acontecimientos que ante los ojos de todos han ocurrido, no sólo los de hace tiempo, sino incluso los que son muy recientes; porque no quiero que nadie ignore

---

5 La misma idea del rescoldo de la virtud de los antiguos griegos en la carta 60B a los alejandrinos.

6 Se refiere a la propia expedición de Juliano desde Galia. Cf. AMIANO, XX, 8 ss.; ZÓSIMO, III, 10, 2; LIBANIO, XVIII, 111 ss.; GREGORIO NAC., IV, 47. Partió a principios de julio y a comienzos de octubre estaba en Sirmiun. Dividió su ejército en tres cuerpos: al mando del primero iba Nevitta, que avanzó por Retia y Noricum; Jovino por el norte de Italia, y el propio Juliano, con escasas fuerzas, a través de la Selva Negra siguiendo el Danubio.

7 O bien, como sostiene Bidez, esta carta precedió a las enviadas a Corinto y Esparta, o, como quiere Labriola, esta frase pertenecería a la redacción posterior escrita en 363 en Antioquía. Cf. introducción al presente discurso.

nada de lo que a mí se refiere, y es natural que cada
c cual desconozca alguna cosa. Comenzaré en primer lugar
por mis antepasados.

3. Que nuestra línea paterna arranca del mismo origen que la de Constancio es cosa conocida, pues nuestros padres fueron hermanos nacidos de un mismo padre[8]. Y a nosotros, que éramos sus parientes tan cercanos, ese clementísimo emperador, ¡qué cosas nos ha hecho!: a seis primos míos, que también lo eran suyos, a mi padre, que era su tío, y, además, a otro tío
d común por parte de padre y a mi hermano mayor los hizo matar sin juicio[9], y a mí y a mi otro hermano, aunque quiso matarnos, finalmente nos envió al exilio, del que a mí me llamó, mientras que a él lo liberó el título de César, aunque fue degollado poco después. ¿Debo ahora, como en una tragedia, «recordar lo que no puede decirse»?[10] «Se arrepintió, dicen, y tuvo te-
271 rribles remordimientos, y por eso cree que soporta la desgracia de verse privado de hijos, y sospecha que también por ello no le van bien sus guerras con los persas»[11]. Esto era lo que comentaban los que entonces

[8] Constantino y Julio Constancio, hijos de Constancio Cloro.

[9] Cf. introducción general, *Biografía* de Juliano. Amiano, XXI, 16, 8; Libanio, XVIII, 31, y Zósimo, II, 40, acusan a Constancio. Eutropio, X, 9, 1; Ps. Aurelio Víctor, 41, 18, hablan de una sedición militar que habría superado a Constancio. Filostorgio, II, 16, comenta que se inventó la noticia de que Constantino había muerto envenenado por sus hermanos. Cf. Zósimo, ed. Paschoud, p. 246, nota 53. Amiano, en el lugar citado, llega a decir que, por este hecho, Constancio superó fácilmente la desmesura de Calígula, Domiciano y Cómmodo.

[10] Cf. Euríp., *Orestes*, 14. Como señala Bidez, Galo no podía recibir el título de *makaritēs* y en las inscripciones apenas aparece su nombre. Sobre los detalles de su muerte, cf. Amiano, XIV, 10, 11 ss.

[11] Cf. Gregorio Nac., XXI, 26 = Zonaras, XIII, 11, 12. Sobre el juicio que le merece a Juliano el arrepentimiento cristiano,

frecuentaban la corte y rodeaban a mi dichoso hermano Galo, que ahora por vez primera escucha este nombre porque, tras matarlo ilegalmente, no le permitió compartir la tumba de sus padres ni le juzgó digno de una santa memoria. Pues bien, como decía, afirmaban todo eso para convencernos de que el emperador había obrado así, en parte engañado y en parte cediendo a la violencia y agitación de su ejército insubordinado y agitado [12]. Con estas canciones intentaban encantarnos cuando estábamos encerrados en un campo de Capadocia [13], sin que permitiesen que nadie se nos acercara, tras haber llamado a mi hermano del exilio [14] y haberme separado de mis lecciones cuando era todavía muy joven. ¿Cómo podría hablar de los seis años que pasamos en una propiedad extraña, igual que los que entre los persas son guardados en fortalezas [15], sin que ningún extranjero se nos acercara y sin que se permitiera a nuestros antiguos conocidos visitarnos, viviendo apartados de todo estudio serio, de toda conversación libre, educados en medio de una brillante servidumbre y realizando nuestros ejercicios físicos con nuestros propios

b (margin, beside "había obra-")
c (margin, beside "entre los")

cf. *Césares*, 336a ss., en que, a propósito de los crímenes de Constantino, presenta a Jesús perdonando a cualquier criminal mediante el bautismo y prometiéndole que, aunque vuelva a cometer los mismos crímenes, lo volverá a perdonar de la misma manera. El tono indignado de Juliano revela cuánta influencia debió de tener en su apostasía el ver cómo los cristianos olvidaban tan fácilmente los crímenes de Constantino y de Constancio por el solo hecho de defender a la Iglesia.

12 Cf. discurso I, 16d ss., donde acepta esta versión, y nota 9 a este mismo discurso.

13 En Macellum.

14 Hay aquí una abreviatura indescifrable en el texto. Sócrates, III, 1, 9, habla de un curso seguido por Galo en Éfeso y Hertlein supone que se trata de Tralles, no lejos de allí. Cf. Bidez, nota.

15 Cf. Procopio, *De bello persico*, I, 5.

esclavos como si fueran nuestros camaradas? Pues no
d se permitía que ningún compañero de nuestra edad se nos acercara.

4. De allí fui yo sacado a duras penas gracias a los dioses, afortunadamente, pero mi hermano fue encerrado en la corte por una mala fortuna como ningún otro hombre ha sufrido jamás. Pues si él mostró un carácter algo áspero y violento [16], esto aumentó con su educación montaraz. Y creo yo que es justo que esta responsabilidad recaiga sobre el que nos proporcionó a la fuerza
272 semejante educación, de la que a mí los dioses me purificaron e inmunizaron gracias a la filosofía, pero de la que a él nadie le liberó. Pues nada más pasar del campo al palacio, inmediatamente le revistió con el manto de púrpura y, en seguida, comenzó a envidiarlo sin cesar hasta darle muerte [17], sin contentarse con despojarle del manto purpúreo. Pero al menos merecía vivir, aunque no se mostrase apto para gobernar. Era preciso privarle también de la vida, se dirá. De acuerdo,
b pero, en todo caso, tras escucharle, como se hace con los malhechores, porque si la ley prohíbe dar muerte a los bandidos tras arrestarlos, no va a afirmar que hay que matar sin juicio a los que, desprovistos de los honores que poseyeron, han pasado de su condición de príncipes a la de simples particulares. ¿Y qué diríais si supierais que podía mostrar a los culpables de los crímenes? Pues le habían entregado cartas de algunos personajes que, por Heracles, contenían tantas acusaciones
c contra él que le irritó, sin dominarse, y cedió a la cólera

---

[16] Confirmado por GREGORIO NAC., IV, 24, y FILOSTORGIO, III, 28a, pp. 53 y 54, 14 ss., ed. Bidez.

[17] ZÓSIMO, II, 45, afirma que lo nombró César «ya fuera para oponerlo a las operaciones bélicas de los persas, ya fuera —y ésta era la auténtica razón— queriendo encontrar un pretexto para su muerte».

por debajo de lo que conviene a un príncipe, aunque nada hizo merecedor de perder la vida. Pues, ¿qué? ¿Acaso no es una ley común para todos los hombres, para los griegos y también para los bárbaros, defenderse contra los que nos hacen injusticia? ¿Quizá se defendió con demasiada crueldad? [18] En todo caso, no fuera de lo que cabía esperar, porque ya se ha dicho antes que es bastante natural actuar contra el enemigo bajo el influjo de la cólera. Sin embargo, para contentar a un eunuco, al chambelán [19] y, además, al intendente de sus *d*
cocineros, al que era su primo, al César, esposo de su hermana [20], padre de su sobrina, con cuya hermana se había casado por primera vez [21], con el que tantos vínculos de los dioses familiares le unían, lo entregó a la muerte a manos de sus más odiosos enemigos. A mí me soltó a duras penas, tras arrastrarme de acá para allá durante siete meses enteros y manteniéndome vigilado [22], de modo que, si no llega a ser porque alguno de los dioses, queriendo salvarme, me ofreció en aquellos momen- 273
tos la benevolencia de la bella y buena Eusebia [23], su

---

[18] Cf. AMIANO, XIV, 7, y LIBANIO, XVIII, 24: el prefecto Domiciano y el cuestor Montio, a los que Galo hizo matar.

[19] Eusebio.

[20] Constancia.

[21] Una hija de Julio Constancio y Gala con quien casó en 335, de la que no tuvo descendencia.

[22] Durante su primera llamada a Milán al final de 354.

[23] Cf. *Discurso a Eusebia*, 119d ss. especialmente, así como la introducción al mismo, y AMIANO, XV, 2, 8. Pese a que, efectivamente, Eusebia fue la principal defensora de Juliano en la corte, hay en AMIANO, XVI, 10, 18, una noticia que, a juzgar por el silencio de los principales estudiosos de Juliano, no ha sido aclarada: Amiano señala que en la primavera de 357 Helena, la esposa del César, había sido enviada a Roma junto con su hermano Constancio y sufrió las maquinaciones de Eusebia, que la habría hecho abortar. Ya anteriormente, en Galia, continúa Amiano, había nacido un hijo de Juliano que murió rápidamente por la traidora actuación de la comadrona que, sobornada también

esposa, tampoco yo habría escapado entonces a sus manos. Y, sin embargo, ¡por los dioses!, mi hermano no me había visto ni siquiera en sueños, pues ni estuve con él, ni lo frecuenté, ni lo visité[24]; tan sólo le escribí unas pocas veces y sobre asuntos sin importancia[25]. Así pues, tras escapar de allí, me dirigí contento hacia el hogar
b de mi madre[26], pues nada tenía de la herencia paterna

---

por la emperatriz, habría cortado inadecuadamente el cordón umbilical del recién nacido. Es notorio y cierto que la emperatriz Eusebia no podía tener hijos (cf. en este mismo discurso, parágrafos 3 y 6). Cuando Juliano escribe esta carta la emperatriz Eusebia y su esposa Helena ya habían muerto. Que a Constancio le preocupaba su descendencia lo prueba la propia actuación de la dinastía desde Constantino, con el reparto del imperio entre los hijos y la matanza de las ramas colaterales, así como los tres matrimonios del propio Constancio en busca del mismo fin, que sólo conseguirá póstumamente. En medio de tantas acusaciones como contiene esta carta, sorprende y no poco el silencio de Juliano sobre estos hechos. Si, pese a ello, se acepta la veracidad del relato de Amiano —y descartada la ignorancia de Juliano— sólo podría explicar este silencio el profundo y sincero agradecimiento del César a la emperatriz (y, aun así, parece mucho perdonar) o la monstruosa hipótesis de una connivencia del propio Juliano, consciente del peligro que supondría tener descendencia en esos momentos, cuando Constancio no tenía ninguna posibilidad de ello. Es realmente difícil aceptar cualquiera de estas hipótesis y no es extraño que, habitualmente, se prescinda de esta «enojosa» información de Amiano que no «casa» con los datos conocidos. Pero es que la probada seriedad de Amiano tampoco se aviene con infundios de este tipo...

24 Cf. Amiano, XV, 2, 7: principal acusación de sus detractores, junto a la de haber abandonado su antigua residencia de Macellum sin permiso del emperador. Amiano precisa que se le acusaba de haber visto a su hermano en Constantinopla, cuando Galo pasó por allí en el verano de 354 desde Antioquía, camino de su muerte. En Amiano, Juliano niega haber hecho nada sin órdenes y no el haberlo visto, como hace aquí.

25 No nos ha llegado ninguna de las cartas que Juliano escribió o recibió antes de ser proclamado César.

26 Cf. *Discurso a Eusebia,* 118 ss., y carta 89B. Constancio le devolvió su casa, de la que se había amparado un influyente

ni poseía nada de todo lo que, presumiblemente, mi padre había poseído, ni el más pequeño trozo de tierra, ni un esclavo ni una casa. Porque el buen Constancio había heredado, en mi lugar, todos los bienes paternos y a mí, como he dicho, no me dio absolutamente nada, aunque a mi hermano le diera una pequeña parte de los bienes paternos, después de haberle despojado de todos los que le correspondían por parte de su madre.

5. Cómo se portó conmigo antes de hacerme partícipe del título más venerable, es decir, antes de arrojarme *c* de hecho a la más amarga y penosa esclavitud, si no en su totalidad, lo habéis escuchado al menos en su mayor parte. Cuando, finalmente, me dirigía a mi hogar, satisfecho de haber salvado a duras penas la vida, apareció un sicofanta en Sirmium que urdió una intriga contra los de allí, acusándolos de preparar una revolución. Sin duda conocéis de oídas a Africano y a Marino, y tampo- *d* co os es desconocido Félix, ni cuanto ocurrió en relación con estos hombres[27]. Pero cuando se le comunicó al emperador este asunto, de repente también Dumanio, otro sicofanta, le anunció desde el país de los celtas que Silvano estaba a punto de rebelarse[28] y, lleno de miedo y de temor, inmediatamente envía a buscarme y me ordena que me retire una corta temporada a Grecia y de

---

personaje, y con ello le había restituido su riqueza. Cf. Bidez. Seguramente ello ocurrió al nombrar a Galo César.

27 Cf. Amiano, XV, 3, 7: en un banquete en Sirmium dado por el gobernador Africano, varios comensales, ebrios, empezaron a criticar abiertamente el tiránico gobierno de Constancio y a hablar de prodigios que anunciaban un cambio. Fueron denunciados por el delator de la corte Gaudencio, y el tribuno Marino se suicidó, siendo los demás torturados y encarcelados. De Félix no se sabe nada más que esta oscura alusión.

28 Cf. nota 109 al segundo discurso a Constancio.

274 nuevo, desde allí, me reclama a su lado[29]. Anteriormente no me había visto más que una vez en Capadocia[30] y otra en Italia, cuando Eusebia intercedió para que me tranquilizara sobre mi salvación[31], y eso que durante seis meses habité la misma ciudad que él e incluso me prometió volver a verme. Pero ese eunuco odiado de los dioses, su fiel chambelán[32], no se dio cuenta de que, involuntariamente, se convirtió en mi bienhechor, al impedir a menudo que me encontrara con el emperador,
b quizá porque éste no quisiera, pero, aparte de todo, el principal obstáculo fue él, pues temía que surgiera una cierta relación entre nosotros y que obtuviera su amistad y, una vez demostrada mi fidelidad, alcanzara yo su confianza. En cuanto llegué de Grecia, al instante, por medio de su servicio de eunucos, Eusebia, de sagrada memoria, me expresó sus mejores sentimientos[33]. Poco después, cuando regresó el emperador —pues ya había arreglado el asunto de Silvano—, se me concedió
c en adelante la entrada a la corte y se me hizo aguantar

---

29 Camino de Nicomedia, en el lago Como, Juliano recibió permiso para ir a Atenas, por influencia de Eusebia, donde pasó el verano de 355 para ser nuevamente llamado a Milán en otoño y ser propuesto como César. Cf. *Introducción*. Juliano presenta aquí los hechos tendenciosamente, como si su estancia en Atenas fuera otra especie de exilio cuando, por el contrario, era su máximo deseo.

30 En Macellum, en 347, cf. segundo discurso a Constancio.

31 Cf. *Discurso a Eusebia*, 118 ss.: se trata de su llamada a Milán acusado de connivencia con su hermano Galo, tras la ejecución de éste.

32 Eusebio.

33 Una vez más Eusebia, según AMIANO, XV, 8, 1 ss., fue la principal defensora de Juliano en su nombramiento. Los cortesanos se oponían por su mala conciencia recordándole lo sucedido con Galo: «sólo se oponía la emperatriz a los que se resistían obstinadamente, bien porque temiera un viaje a un país lejano, bien porque por su natural prudente pensaba en el bien común, recordando que se debía anteponer un pariente a cualquier otro».

la llamada persuasión forzosa de los tesalios[34]. En efecto, aunque me negaba firmemente a hacer intimidades en palacio, ellos, reuniéndose como si estuvieran en la barbería, me afeitan la barba[35], me visten con una clámide y me dan el aspecto —así lo creían entonces ellos— de un soldado completamente ridículo[36]. Porque ninguno de los adornos de esos seres inmundos me convenía.
Caminaba no como ellos, dirigiendo mi vista en derre- d
dor y moviéndome orgullosamente, sino mirando la tierra tal y como me había acostumbrado el pedagogo que me educó[37]. Entonces les daba risa, poco después sospechas y, finalmente, salió a relucir una gran envidia. Pero en este punto no puedo dejar de decir cómo transigí, cómo soporté vivir bajo el mismo techo con los que sabía que habían arruinado a toda mi familia y sospechaba que, a no tardar, conspirarían también contra mí.
¡Cuántos ríos de lágrimas derramé y qué lamentos cuan- 275

---

[34] Cf. discurso I, 31 ss. y nota correspondiente. AMIANO, XV, 8, 17, afirma que, admitido a sentarse en el mismo carro del emperador y recibido en palacio, Juliano murmuraba constantemente un verso homérico: «le tomó la muerte roja y el poderoso destino» (*Il.*, V, 83, en que se describe la muerte del troyano Hipsenor a manos de Euripilo). Juliano toma el epíteto *porphyreos* referido no a la sangre, como en Homero, sino al color de su manto de César.

[35] Cf. su cómica autocrítica de la barba, que después volvió a dejarse, en *Misopogon*, 338c y 349c, donde habla de ella como símbolo de virilidad. Cf. *Discurso a Eusebia*, 121d ss., sobre su falta de costumbre en este tipo de vida.

[36] Cf. AMIANO, XVI, 5, 10: «Como, en su calidad de príncipe, este filósofo estaba obligado a entrenarse en la educación militar y a aprender, al son de las flautas, el arte de marchar al ritmo de la pírrica, pronunciaba frecuentemente aquel viejo proverbio citando a Platón: "Se le han puesto albardas a un buey; seguro que no es la carga que nos conviene"». El citado proverbio en CIC., *Att.*, V, 15, 3.

[37] Cf. la misma idea, algo más desarrollada, en *Misopogon*, 349d ss.

do fui llamado a la corte, elevando mis manos hacia
vuestra acrópolis, mientras suplicaba a Atenea que sal-
vara a su suplicante y no me entregara! Muchos de
vosotros lo vieron y son mis testigos, y la propia diosa
antes que ninguno, de que le pedía la muerte en Atenas
antes que iniciar aquel viaje. Que la diosa no traicionó
ni entregó a su suplicante está demostrado por los he-
b chos, sino que me guió por todas partes y me puso
guardianes de todas partes, tomando mensajeros del
sol y de la luna.

6. Y después sucedió más o menos lo que sigue. Al
llegar a Milán habité en un suburbio. Allí Eusebia, con
frecuencia, me enviaba testimonios de su benevolencia y
me invitaba a escribirla con confianza sobre lo que ne-
cesitara. Yo le escribí una carta, mejor dicho, una sú-
c plica que contenía estos votos: «¡Ojalá tengas hijos que
sean tus sucesores y dios te conceda lo que desees, si
me envías a casa lo antes posible!» Pero sospechaba que
no era seguro enviar a palacio una carta dirigida a la
esposa del emperador; supliqué durante la noche a los
dioses que me mostraran si debía enviar mi nota a la
emperatriz; me amenazaron, si la enviaba con la muerte
d más vergonzosa[38]. De que esto que os estoy escribiendo
es la verdad pongo a todos los dioses por testigos. Así
pues, por ello, me contuve de enviar la carta y desde
aquella noche me invadió un razonamiento que, quizá,
merece ser escuchado también por vosotros: «Ahora,
me decía, ¿pienso oponerme a los dioses y pienso que
sobre mí mismo puedo deliberar mejor que ellos, que
conocen todo? Sin embargo, la prudencia humana, que
276 sólo mira el presente, a duras penas y con esfuerzo con-
seguiría verse libre del error por un corto espacio de

[38] Cf. Libanio, XII, 38, quizá tomado de Juliano, según piensa Bidez.

tiempo. Por ello nadie delibera ni sobre lo que puede suceder dentro de trescientos[39] años ni sobre lo que ya ha sucedido —pues lo uno es superfluo y lo otro imposible—, sino sobre los asuntos que se trae entre manos y que tienen ya unas bases y unos principios; en cambio, la prudencia de los dioses mira muy lejos, mejor dicho, lo abarca todo, y aconseja rectamente y hace lo más ventajoso, pues son causa tanto de lo que es como de lo
que será, y es natural, por ello, que conozcan también *b*
el presente». De acuerdo con estos pensamientos, me pareció más prudente mi segunda reflexión que la primera [40] y, considerando lo que era justo, en seguida me dije: «Tú te irritarías si algún ser de los que te pertenecen te privara de su utilización o huyera ante tu llamada, fuera un caballo, un cordero o un ternero, y tú, que quieres ser un hombre no de rebaño ni de la muchedum-
bre, sino de los moderados y comedidos, ¿privas a los *c*
dioses de tu persona y no les permites emplearte en lo que quieran? Ten cuidado, no vayas a actuar con total insensatez y desdeñando, además, los derechos de los dioses. Tu valor, ¿dónde está, cuál es? Es ridículo. Estás dispuesto a halagar y adular por temor a la muerte,
cuando puedes desprenderte de todo y dejar que los *d*
dioses obren a su antojo, compartiendo con ellos el cuidado de tu persona, como Sócrates juzgaba digno, y haciendo lo que puedas en lo que dependa de ti, pero dejando que del conjunto se encarguen ellos, sin poseer ni apoderarte de nada y recibiendo, en cambio, sus dones con seguridad[41].

7. Considerando yo esta opinión no sólo segura, sino también apropiada a un hombre moderado, y puesto que

---

39 O treinta, como corrige Hertlein de acuerdo con los testimonios de JENOF., *Cirop.*, VIII, 4, 27, y V, 3, 6, y PLUT., *Mor.*, 559b.

40 Es un recuerdo de EURÍP., *Hipól.*, 436.

41 Larga paráfrasis de PLATÓN, *Fedón*, 62b ss.

277 los signos de los dioses apuntaban a ella —pues arrojarme yo mismo, por precaverme de futuras intrigas, a un peligro vergonzoso y evidente, me pareció terriblemente inquietante—, cedí y obedecí[42]. Rápidamente fui investido con el nombre y la clámide de César[43], pero era realmente la esclavitud y, ¡qué temor, por Heracles, por mi propia vida, suspendido día a día sobre mi cabe-
b za! Puertas con cerrojos, porteros, las manos de mis criados vigiladas para que nadie pudiera hacerme llegar un recado de mis amigos, servidores extranjeros. A duras penas pude introducir en la corte para mi servicio particular a cuatro de mis propios servidores, dos jovencitos y otros dos más mayores, de los que uno sólo compartía mi fe en los dioses y mis prácticas religiosas con tanto secreto como era posible[44]. La custodia de mis libros le había sido confiada, puesto que era el úni-
c co que yo tenía de entre mis numerosos camaradas y fieles amigos, a un médico que, como había pasado desapercibida su amistad, me acompañó en el viaje[45]. A este respecto tenía tanto miedo y estaba tan temeroso que, aunque muchos amigos querían visitarme, se lo impedía voluntariamente[46] porque, si bien deseaba ver-

---

42 Cf. *Discurso a Eusebia*, 119d ss.

43 Amiano, XV, 8, 1, señala que al volver de Grecia llevaba el *pallium*, vestidura típica del filósofo.

44 Evémero. Cf. Eunapio, 476, 35.

45 Sobre el regalo de libros que le hizo Eusebia, cf. *Discurso a Eusebia*, parágr. 15. Oribasio (c. 320-400) acompañó a Juliano como uno de sus principales consejeros —además de médico— hasta su muerte en Persia. Su enorme compilación de escritos médicos desde Alcmeón hasta sus contemporáneos, cuyo interés reside en los datos que aporta más que en su originalidad, parece insertarse en el esfuerzo del círculo de Juliano por revivir el pasado. Tras la muerte del emperador, sufrió un breve exilio hasta ser nuevamente llamado por el emperador Valente. Sus obras médicas, en el *Corpus Medic. gr.*, t. VI.

46 Los códices presentan el texto que traducimos, de acuerdo

los, temía ser motivo de desgracias para ellos y para mí mismo. Pero esto se sale de lo que os estaba contando; sigamos con los hechos en sí. El emperador me en- *d* tregó trescientos sesenta soldados y me envió al país de los celtas, que se hallaba revuelto, en mitad del invierno [47], no tanto para mandar sobre el ejército allí destinado cuanto para obedecer a sus generales [48]. Pues se les había escrito y ordenado de forma precisa vigilar no tanto a los enemigos como a mí mismo, por el temor de que llevara a cabo alguna rebelión [49]. Sucedidas estas

---

con Labriola, quien indica que la corrección de Cobet, adoptada por Bidez, *ákōn,* es absolutamente banal.

47 Juliano fue nombrado César el 6 de noviembre de 355 e inmediatamente, el 1 de diciembre, partió para la Galia, invadida por diversos pueblos germanos que se habían apoderado de unas cuarenta ciudades. En el camino se enteró de la pérdida de Colonia. Cf. AMIANO, XV, 8, 1 ss.

48 Marcelo era el comandante en jefe de las tropas, sucesor de Ursicino (cf. AMIANO, XVI, 2, 8). Juliano se queja de su falta de mando, comprensible desde la perspectiva de Constancio: era la primera campaña militar de un hombre que había recibido una enseñanza libresca y de ningún modo adecuada a su actual situación (cf. AMIANO, XVI, 1, 5: «Este adolescente desde sus primeros años educado como Erecteo en el retiro de Minerva, fue sacado de las tranquilas sombras de la academia, y no de la tienda militar, para afrontar el polvo de Marte»). Eso sin mencionar su corta edad y la peligrosísima situación en que se encontraba la Galia y la dificultad, por tanto, de las operaciones. Que, pese a ello, saliera airoso de su misión fue algo completamente inesperado. Es comprensible que el hecho de colocar a un inexperto ante tan peligrosa invasión despertara en Juliano y sus amigos la sospecha de que lo que realmente se pretendía era que pereciese en Galia. Cf. nota siguiente.

49 Absolutamente comprensible y seguramente cierto. Constancio había tenido que hacer frente, en su reinado, a las sublevaciones de Magnencio, Vetranio y Nepotiano (350) y a la de Silvano (355). Dos de esas sublevaciones se habían producido con el ejército de la Galia, las de Magnencio y Silvano, y esta última había sido sofocada hacía tan sólo unos pocos meses (septiembre 355), lo que debía inspirar desconfianza sobre las tropas de

278 cosas de la forma que he dicho, hacia el solsticio de verano me ordena reunirme con el ejército para hacer circular su imagen y su retrato, pues el emperador también había dicho y escrito que no daba un emperador a los galos, sino una persona que les llevara su propia imagen. Como sabéis, la campaña del primer año no estuvo mal y se obtuvieron buenos resultados [50], pero al regresar a los campamentos de invierno estuve expuesto al mayor peligro. Pues no podía reunir un ejército,
b porque otro era su dueño, y quedé encerrado con unos pocos soldados y, cuando se me pidió ayuda de las ciudades vecinas, les envié la mayoría de los que disponía, quedándome yo mismo solo [51]. Así sucedió aquello, pero cuando también el jefe del ejército fue objeto de sospechas, el emperador lo retiró y apartó del cargo [52], no considerándole muy apropiado para el mismo, pero yo
c estuve lejos de ser considerado un buen y hábil general, porque me había mostrado benévolo y moderado. Pues no creí que debía combatir este yugo ni inmiscuirme en

---

esta zona. Para colmo, la anterior experiencia de un César, Galo, no podía haber resultado peor y, además, Constancio no podía estar seguro de la fidelidad de Juliano a causa de la matanza de 337 y de la propia muerte de Galo. Todo ello, unido a su inexperiencia militar, puede explicar por qué no se le concedió el mando de las tropas.

50 Sobre todo, la reconquista de Colonia, cf. AMIANO, XVI, 2, 1 ss.

51 En la ciudad de Sens Juliano se vio largo tiempo asediado con pocas tropas, sin que Marcelo acudiese en su ayuda (cf. AMIANO, XVI, 3, 4, que dice que la actuación de Marcelo fue una *indignitas*). Parece que, más que un intento de eliminar a Juliano, hay que tomarlo como un feo desplante de Marcelo ante el posible afán de Juliano de inmiscuirse en asuntos militares, siendo como era un neófito.

52 Cf. AMIANO, XVI, 7, 1: Constancio, enterado del hecho, retira a Marcelo que, a su vez, acusa a Juliano de intrigar contra el emperador. Juliano envía en su defensa al chambelán Euterio, sobre cuya honradez cf. AMIANO, XVI, 7, 4.

el mando, a no ser que viera algún grave peligro, o que se descuidaba hacer lo necesario, o que se hacía algo que no había que hacer. Pero después que algunos me trataron una o dos veces de forma inconveniente, juzgué que era preciso conservar mi honor mediante el silencio y, en adelante, seguí haciendo circular la clámide y la imagen del emperador, pues entonces pensaba que se *d*
me había dado la máxima autoridad para ello. Después de lo cual, Constancio, que pensaba que habían mejorado un poco, pero que no imaginaba que los asuntos de la Galia hubieran experimentado un cambio tan grande, me entrega el mando del ejército al comienzo de la primavera[53]. Inicio la campaña cuando el trigo está en sazón y un gran número de germanos habitaban sin ningún temor alrededor de las arrasadas ciudades de los galos. El número de ciudades cuyas murallas estaban 279
destruidas era de unas cuarenta y cinco, aparte de los baluartes y pequeñas fortalezas. Y la extensión de tierra que cultivaban los bárbaros a esta parte del Rin abarcaba desde sus fuentes hasta el Océano. Los que se encontraban más próximos a nosotros distaban trescientos estadios de la orilla del Rin, y de una extensión triple era la llanura desértica que habían formado con su pi- *b*
llaje, adonde ni siquiera podían los celtas llevar a pastar sus rebaños, y algunas ciudades, en torno a las cuales no se habían establecido todavía los bárbaros, habían sido abandonadas por sus habitantes.

8. En esta situación me hice cargo de la Galia y recuperé la ciudad de Agripina[54] en el Rin, que había sido

[53] Del año 357. Cf. Zósimo, III, 2, 3, y III, 3, 1 ss.; Libanio, XVIII, 48.

[54] Colonia Agrippina. Ya se ha dicho que la reconquista de esta ciudad tuvo lugar en 356 y no en 357. No se trata, como dice Bidez, solamente de que Juliano «no se cree obligado a construir un relato siguiendo el orden cronológico», sino que,

tomada hacía diez meses, y conquisté Argentoratum, fortaleza cercana al pie de los Vosgos, batalla cuya fama
c quizá llegó incluso a vosotros[55], y allí me concedieron los dioses la captura del rey de los enemigos y no le privé por envidia del éxito a Constancio. Pues, aunque no pudiera celebrar el triunfo, era dueño de degollar a mi enemigo y nadie me impedía, en todo caso, llevar por toda Galia a Cnodomario, exhibirlo en las ciudades y divertirme a costa de su desgracia. No creí oportuno hacer ninguna de estas cosas, sino que se lo envié inme-
d diatamente a Constancio que, entonces, regresaba del país de los cuados y de los sármatas. Lo que ocurrió, pues, fue que mientras yo había combatido, en tanto que él tan sólo había hecho un viaje y había sido recibido amistosamente por los pueblos que habitan las riberas del Istro, él, y no nosotros, celebró el triunfo[56].

---

teniendo en cuenta la carga de propaganda política de este escrito, le interesa hacer ver que tomó la importante ciudad cuando él tenía el mando supremo y no Marcelo. La importancia de esta toma se ve en que la coloca junto a su gran victoria de Estrasburgo. Pero el texto mismo denuncia la manipulación: Juliano se enteró de la pérdida de Colonia en Turín, camino de Galia, es decir, en diciembre del 355: los diez meses pasados se refieren, pues, a la fecha real de la recuperación de Colonia en otoño de 356, y no en 357.

[55] Estrasburgo, tras la victoria que obtuvo sobre los alamanes en junio de 357. Extenso relato de la batalla en Amiano, XVI, 12, 1 ss. Según él, los romanos perdieron doscientos cuarenta y tres soldados y cuatro oficiales, mientras que las pérdidas de los alamanes se elevaron a seis mil, más otro amplio número indeterminable que fue arrastrado en su huida por las aguas del Rin. A partir de esta victoria arreciaron las intrigas cortesanas contra Juliano. Sobre la batalla, cf. Hatt y J. Schwartz, «Le champ de bataille de Oberhausbergen» (357-1262), en *Bull. Fac. Lettres Strasb.*, abril 1964, pp. 427-436.

[56] Cnodomario fue enviado a Roma por Juliano junto con el botín conquistado y acabó sus días encerrado en un cuartel del monte Celio (cf. Amiano, XVI, 12 ss. y 66). La campaña de Constancio en el Danubio ocurrió en realidad al año siguiente, 358,

Tras esto, hubo un segundo y un tercer año de campañas y todos los bárbaros fueron expulsados de la Galia, la mayoría de las ciudades fueron recuperadas y fueron traídas un enorme número de naves desde Bretaña. Equipé una flota de seiscientas naves, cuatrocientas de 280
las cuales construí en menos de diez meses, y las introduje todas en el Rin, empresa no desdeñable por la amenaza que suponían los bárbaros asentados allí cerca. Florencio[57] creyó que era tan imposible que prometió pagar dos mil libras de plata a los bárbaros para que permitiesen el paso, y cuando Constancio se enteró de ello —pues le había informado de la propuesta— me escribió ordenándome hacerlo, a no ser que me pareciera *b*
excesivamente vergonzoso. ¿Y cómo no había de ser vergonzoso si así se lo parecía a Constancio, que estaba tan acostumbrado a portarse como un criado ante los bárbaros? No se les concedió nada, sino que los ataqué y con la ayuda y asistencia de los dioses sometí una parte del pueblo de los salios, expulsé a los cámabos[58] y me apoderé de una gran cantidad de bueyes, mujeres y ni-

---

y no en 357, como Juliano señala. Otra vez estamos ante una alteración interesada para conseguir realzar mejor la gloria de su triunfo frente a una campaña, la de Constancio, de tono menor. Como acaba de reconocer Juliano pocas líneas antes, los honores del triunfo correspondían oficialmente al emperador. AMIANO, XVI, 12, 68 ss., critica también la jactancia de Constancio, que va más allá del mérito oficial: en archivos oficiales constaba que el orden de batalla lo había arreglado Constancio, que había combatido en primera fila y que Cnodomario se había rendido a él personalmente, sin mencionar siquiera el nombre de Juliano, con gran escándalo del historiador.

57 Prefecto de la Galia (357-360) cuyas relaciones con Juliano fueron muy tensas. Cuando ocurrió la proclamación de París, Florencio huyó al lado de Constancio. Fue nombrado prefecto del Ilírico y cónsul, junto con Tauro, en 361. Condenado a muerte, en ausencia, por el tribunal de Calcedonia, no reapareció hasta la muerte de Juliano.

58 Campaña del 358 para despejar la desembocadura del Rin.

ños. Tanto miedo inspiré a todos y tanto los aterroricé
con los preparativos de mi invasión que, inmediatamen-
c te, recibí rehenes y conseguí para mis envíos de víveres
un transporte perfectamente seguro. Sería largo enume-
rar y escribir detalladamente todo cuanto hice en estos
cuatro años, pero he aquí lo principal: tres veces atrave-
sé el Rin, cuando todavía era César[59]; recuperé veinte
mil prisioneros de los bárbaros del otro lado del Rin[60];
en dos batallas y un asedio capturé mil hombres[61], no
de los inútiles por su edad, sino de los que estaban en
d pleno vigor; envié a Constancio cuatro batallones de
infantes escogidos, otros tres de calidad inferior y dos
escuadrones de caballería que eran los más estimados[62];
ahora he recuperado, con el consentimiento de los dio-
ses, todas las ciudades: entonces[63] había recuperado cer-
ca de cuarenta. Pongo por testigos a Zeus y a todos los
dioses protectores de las ciudades y de nuestra familia,
de mis intenciones y de mi lealtad a Constancio, de que
me porté con él como a mí me hubiera gustado que un
hijo se comportase conmigo. Porque le he honrado como
281 ninguno de los Césares ha honrado a ninguno de los
emperadores anteriores. En esto no ha podido repro-

---

59 Cf. Amiano, XVII, 1; XVII, 10, 1; XVIII, 2, 12 ss.

60 Cf. Amiano, XVII, 10, 1 ss., y XVIII, 2, 19. Suomario y Hortario, reyes alamanes vencidos en Estrasburgo, obtuvieron de Juliano la paz a cambio de devolver los prisioneros romanos y comprometerse a proporcionar víveres y materiales de construcción, respectivamente, siempre que fuese necesario. Zósimo, III, 4, indica que Juliano había establecido una lista nominal de estos prisioneros a fin de evitar posibles engaños como, en la primera ocasión, intentó hacer Hortario.

61 La citada de Estrasburgo, la de Toxandria contra los Salios y el sitio de dos fuertes cerca del Mosa. La cifra de prisioneros parece demasiado exigua para tales éxitos y se piensa que quizá ha sido alterada.

62 Cf. Amiano, XVII, 2, 3.

63 Antes de ser proclamado Augusto.

charme nada hasta hoy, y eso que le he hablado siempre con toda franqueza, sino que se inventa ridículos motivos de cólera: «Detuviste, dice, a Lupicinio y a otros tres hombres»[64]. Pero, aunque los hubiera matado, ya que era evidente que estaban dispuestos a conspirar contra mí, el emperador hubiera debido abandonar la cólera que pudo experimentar atendiendo a nuestra conciliación. A estos hombres, sin comportarme despiadadamente, los encerré porque eran belicosos y turbulentos de suyo, y gasté con ellos mucho dinero del Estado *b*
sin arrebatarles ninguno de sus bienes. Daros cuenta de cómo Constancio legisla que se castigue a estos individuos, porque, al irritarse por unas personas que no suponen nada para él, ¿acaso no me insulta y se burla de mi locura por haberme puesto así al servicio del asesino de mi padre, de mis hermanos, de mis primos y, por así decirlo, del verdugo de toda nuestra casa y familia común? Tened en cuenta, en cambio, con qué res- *c*
peto le he seguido tratando desde que soy emperador, según se desprende de las cartas que le he enviado[65].

9. Y de cómo me comporté con él antes de estos hechos, vais a enteraros ahora. Dándome cuenta de que a mí me iba a tocar cargar con la mala fama y el peligro de los errores que se cometieran, mientras que la mayor parte de las operaciones iban a ser ejecutadas por otros, le supliqué, lo primero, que si tenía la intención y estaba absolutamente decidido a proclamarme César, *d*

---

[64] Cf. AMIANO, XX, 9, 9: Lupicino estaba en Bretaña y Juliano, que desconfiaba de él, impidió que llegara a sus oídos ninguna noticia de su proclamación, de forma que, al regresar, fue detenido.

[65] Cf. la carta a Constancio. Según AMIANO, XX, 8, 2 ss. y 9, 6 ss., Juliano envió dos cartas, más una secreta y personal al emperador acompañando a la primera. Sólo poseemos el texto aproximado, que nos ha transmitido Amiano, de una de ellas.

pusiera bajo mis órdenes a individuos buenos y honrados. Pero él, para empezar, me envió los más malvados. Y como sólo uno de ellos, el más perverso[66], se puso a mis órdenes voluntariamente, mientras que ninguno de los otros lo admitió, me envía, a desgana, al excelente Salustio que, por su virtud, en seguida se le hizo sospechoso. No satisfecho yo con esta situación, considerando la versatilidad de su carácter y viendo que confiaba excesivamente en uno, mientras que a otro no le
282 hacía el menor caso, tocando su diestra y sus rodillas le dije: «Ninguno de ellos es mi amigo ni lo ha sido nunca; los conozco sólo de oídas, pero, si tú lo ordenas, los considero como mis compañeros y amigos, y los honro lo mismo que a mis viejos conocidos. Pero no es justo que mis asuntos sean dirigidos por ellos, ni que los suyos corran el mismo peligro que los nuestros. ¿Qué es, pues, lo que suplico? Que nos des una especie de leyes escritas con lo que ordenas que se haga y que
b no se haga, pues es evidente que elogiarás al que te obedezca y castigarás al desobediente, aunque estoy seguro de que en nada se te va a desobedecer.»

10. De todo lo que Pentadio intentó innovar al instante, no es necesario hablar. Yo me opuse a todo y desde entonces se hizo mi enemigo. Después se unió a otro
c y a un segundo y a un tercero, Pablo, Gaudencio[67], esos

[66] Pentadio, de quien se habla en el siguiente parágrafo, que intervino directamente en el proceso de Galo. Cf. Amiano, XIV, 11, 21 ss.

[67] Gaudencio fue *agens in rebus* en Iliria y después notario encargado de vigilar a Juliano en Galia (cf. Amiano, XVII, 9, 7). Tras el pronunciamiento de París, fue enviado por Constancio a defender África, y su contumacia, incluso después de la muerte de su señor, le costó ser ejecutado por Juliano en 362 (cf. Amiano, XXI, 7, 2 ss., y XXII, 11, 1). El secretario Pablo, llamado «Cadena» por su habilidad para entretejer los hechos, y también «Tartáreo», es uno de los hombres más odiosos de la historia

famosos sicofantas pagados por él para atacarme, y consigue que Salustio, porque era mi amigo, sea trasladado[68], nombrando al punto como sucesor a Luciliano. Y, poco después, también Florencio se hizo mi enemigo por mi oposición a sus abusos[69]. Esos hombres convencieron a Constancio para que me quitara todas mis tropas y, quizá algo irritado por la envidia de mis éxitos, d
escribe unas cartas llenas de muchos ultrajes contra mí y amenazando con la destrucción a los celtas, pues ordenó que prácticamente todas las tropas más aguerridas, sin excepción, fueran sacadas de la Galia, encomendando esta tarea a Lupicino y a Gintonio, y a mí me escribió para que no les pusiera ningún obstáculo[70]. Después, ¿cómo os podría decir lo que hicieron los dioses? Había decidido —ellos son testigos— arrojar todo 283
el lujo y aparato imperial y vivir tranquilo sin intervenir para nada. Esperaba que llegasen Florencio y Lupicino. Aquél estaba en Vienne y éste en Bretaña. En esa espera se produjo un gran alboroto entre todos los civiles y los soldados, y alguien escribe un anónimo a la ciudad

---

de Amiano, responsable de la política de terror y falsas acusaciones (cf. Amiano, XIV, 5, 6 ss.; XV, 3, 4 y 6, 1; XIX, 12, 1. En la primera cita se le da como proveniente de Hispania; de Dacia, en cambio, en la segunda).

68 Cf. *Discurso sobre la marcha de Salustio.*

69 Cf. introducción al segundo discurso a Constancio. Juliano se opuso al intento de Florencio, después de la batalla de Estrasburgo, de recaudar impuestos extraordinarios (cf. Amiano, XVII, 3, 1; Libanio, XVIII, 84, y la carta a Oribasio de Juliano), lo que suponía «una nueva emancipación de Juliano, que se había liberado en 357 de sus tutores militares Marcelo y Ursicino, y entra ahora en conflicto con su tutor financiero», en palabras de Sabbah (n. 19, p. 165 de su edición de Amiano).

70 Cf. Amiano, XX, 4, 1 ss.: Constancio solicitó los Hérulos, Bátavos, Celtas y Petulantes, más trescientos hombres escogidos de las restantes tropas, para su próxima expedición contra los persas.

b vecina de donde yo estaba[71], dirigido a los Petulantes y
a los Celtas que aquí veis —así se llaman mis dos legio-
nes— en el que se atacaba abundantemente a Constancio
y había muchas lamentaciones sobre la traición a los
galos[72], y el autor del libelo lamentaba también el ultra-
je que se me había inferido. Su divulgación movió a
todos los que eran más adictos a Constancio a presio-
narme vivamente para que, sin pérdida de tiempo, en-
viara a los soldados antes de que se arrojaran libelos
c semejantes entre las restantes tropas. No estaba pre-
sente ninguno de los que parecían serme fieles, sino que
sólo estaban Nebridio, Pentadio y Decencio, enviado por
el propio Constancio para este asunto, y, aunque yo digo
que hay que esperar todavía a Lupicino y a Florencio,
ninguno me escucha y todos dicen que hay que hacer
lo contrario, si no quiero añadir esta conducta como
prueba y testimonio de anteriores sospechas. Y añaden:
d «Si ahora son enviados los soldados, será obra tuya;
pero si lo son después de llegar ésos, Constancio se lo
atribuirá a ellos y no a ti, y tú serás acusado». Me con-
vencen para que escriba al emperador, mejor dicho, me
obligan. Pues sólo es convencido aquel que puede no
serlo, pero los que pueden utilizar la fuerza no necesitan
para nada de la persuasión, y los que son obligados no
forman parte de los convencidos, sino de los que obran
por necesidad. Examinamos entonces qué camino debían
seguir las tropas, puesto que había dos. Yo estimaba
284 que debía seguirse uno y ellos, de nuevo, me obligan a
ir por el otro, por miedo de que, tal y como sucedió,
no se diera a los soldados una ocasión de rebelión que

71 Lutecia.

72 Por dejar desguarnecida la Galia y porque estaban enrolados al servicio del imperio, a condición de no ser obligados a traspasar los Alpes.

fuera causa de agitación y, una vez que se hubieran rebelado, agitaran todo completamente[73].

11. El miedo de estos hombres me parecía completamente injustificado. Llegan las legiones, salgo a su encuentro según la costumbre y les exhorto a que continúen su camino. Todo un día se quedan allí, durante el *b* cual nada sabía yo de sus intenciones. Sean testigos Zeus, Helios, Ares, Atenea y todos los dioses de que no tuve ninguna sospecha de ello hasta el atardecer. Cuando ya el sol se había puesto, se me avisa y al instante el palacio es rodeado y todos gritan, mientras yo pensaba todavía lo que había que hacer y no acababa de creer lo que veía. Mi esposa vivía aún y yo me encontraba reposando en mis habitaciones privadas, tras subir a una contigua a la suya en el piso superior. Después, *c* desde allí —había una ventana en el muro— adoraba a Zeus. Cuando el griterío se hizo todavía mayor y todo era agitación en el palacio, pedí al dios

que hiciera un prodigio, y al punto él
lo muestra y ordena[74]

obedecer y no oponerse al deseo del ejército. Incluso tras estos signos, no cedí rápidamente, sino que me opuse con todas mis fuerzas y no aceptaba ni el título *d* ni la corona. Pero como yo solo no podía imponerme a la multitud, y los dioses, que deseaban que esto sucediera, los excitaban, mientras que mi inteligencia había sufrido como un sortilegio, a la tercera hora, más o

---

[73] Juliano prefería evitar los núcleos de población, mientras Decencio prefería pasar por París, como finalmente se hizo (cf. Amiano, XX, 4, 11).

[74] Cf. *Od.*, III, 173 ss. En Amiano, XX, 5, 10, es el Genio del Imperio quien amenaza con abandonar definitivamente a Juliano si no acepta su proclamación.

menos, no sé qué soldado me da un collar, me lo pongo
y entro en el palacio, lamentándome desde lo más pro-
fundo de mi corazón, como saben los dioses [75]. Y, sin
285 embargo, hubiera debido, confiando en el dios que me
había mostrado un prodigio, permanecer tranquilo, pero
sentía una terrible vergüenza y hubiera querido escon-
derme ante la apariencia de no servir fielmente a Cons-
tancio hasta el final. Pero en el palacio había un gran
revuelo y en seguida los amigos de Constacio, pensando
haber encontrado una buena ocasión, urden rápidamen-
te un complot y distribuyen dinero a los soldados, es-
perando una de estas dos cosas: o sembrar la discordia
entre los soldados o que abiertamente se lancen sobre
mí de forma total. Enterado uno de los oficiales de la
b guardia de mi esposa, me cuenta rápidamente este plan
oculto y, cuando ve que no le presto atención, fuera de
sí como los inspirados por los dioses, comienza a gritar
en público en la plaza: «¡Soldados, extranjeros, ciudada-
nos, no traicionéis al emperador!» A continuación, los
soldados se encolerizan y todos se dirigen corriendo al
c palacio armados y, al encontrarme vivo, se alegran como
los que ven a sus amigos inesperadamente, me rodean
por todas partes, me abrazan y me llevan a hombros,
y el espectáculo era digno de verse, pues parecía un
transporte divino [76]. Cuando me rodearon por todas par-
tes, buscaron a todos los amigos de Constancio para
d castigarlos. ¡Todos los dioses saben qué lucha sostuve
por querer salvarlos!

12. Pero después de estos acontecimientos, ¿cómo me comporté con Constancio? Nunca hasta hoy en las

---

[75] Descripción detallada de la proclamación en AMIANO, XX, 4, 14 ss.

[76] El relato está en líneas generales de acuerdo con AMIANO, XX, 4, 20, excepto en que éste afirma que se difundió la noticia de que Juliano había sido traidoramente asesinado.

cartas que le he dirigido me he servido del título que me ha sido concedido por los dioses, sino que firmé como César[77], y he convencido a los soldados para que juren que no ambicionarán ninguna otra cosa, si nos permite habitar impunemente la Galia, dando su conformidad a lo sucedido. Todas mis legiones le enviaron 286
cartas suplicándole por nuestra recíproca concordia. Pero él, en respuesta, nos echó encima los bárbaros y entre ellos me proclamó públicamente su enemigo y les pagó para que arrasaran el país de los galos[78], y escribe a los de Italia ordenándoles que se guarden de las legiones que vengan de la Galia, y en las ciudades próximas a la frontera de la Galia manda preparar unos tres millones de medimnos de trigo trabajado en Brigantia, *b*
y una cantidad semejante en los Alpes Cotieos, pensando organizar una expedición contra mí. Esto no son palabras, sino hechos evidentes, porque las cartas que escribió me fueron entregadas por los bárbaros, y yo me apoderé de los víveres y de las cartas de Tauro[79]. Y, además, incluso en esas circunstancias, me escribe como a un César y no acepta de ninguna manera ningún pacto conmigo, sino que me envía a un tal Epicteto, *c*
obispo de la Galia, para que me dé garantías sobre mi seguridad personal, y eso es lo que cuenta en todas sus cartas, que no me quitará la vida, pero de mi honor ni se acuerda. Yo, por mi parte, creo que, como dice el refrán, sus juramentos hay que escribirlos en ceniza,

---

77 Cf. cartas 15 y 17, tal y como figuran en la historia de Amiano.

78 Constancio se valió de Vadomario para que rompiera el tratado de paz que había hecho con Juliano y, mediante periódicas incursiones, lo tuviera ocupado sin dejarle salir de Galia (cf. Amiano, XXI, 3, 4, que lo relata, sin embargo, expresando sus dudas).

79 Prefecto del pretorio en Italia. Cf. Amiano, XXI, 4, 6, y Libanio, XVIII, 107 y 113.

d ¡tan dignos de confianza son! Yo mantengo mi dignidad no sólo porque esté bien y sea conveniente, sino también por la salvación de mis amigos, pues no digo nada de la crueldad que ejerce por todos los rincones de la tierra.

13. Esto fue lo que me convenció, esto lo que me pareció justo. Primeramente me encomendé a los dioses que ven y oyen todo; a continuación hice un sacrificio sobre mi partida y, al mostrar las víctimas presagios favorables, precisamente el mismo día en que iba a hablar a los soldados de la marcha que nos ha traído a estos lugares por mi propia salvación, y mucho más por la buena marcha de los asuntos públicos y por la
287 libertad de todos los hombres y por la del propio pueblo de los celtas, al que dos veces ya ha entregado Constancio a sus enemigos, sin respetar siquiera las tumbas de sus propios antepasados él, que venera las ajenas [80], creí que era necesario tomar los pueblos más poderosos y los recursos económicos, que eran completamente legales, de las minas de oro y plata. Y si, todavía en este momento, quisiera llegar a un acuerdo con nosotros, yo permanecería dentro de mis actuales límites, pero si
b su idea es hacer la guerra sin ceder nada de sus primeras intenciones, soportaré y haré lo que quieran los dioses, porque sería vergonzoso que fuera derrotado por él, más por cobardía de alma e ignorancia de espíritu que por la cantidad de las tropas; porque, si se impone gracias a éstas, no será obra suya, sino de las abundantes manos de que dispone, pero, si yo me quedara en la Galia, contentándome con vivir y declinando

80 Es decir, las tumbas de los mártires cristianos. Se ha interpretado, señala Bidez, que la alusión a las tumbas de sus antepasados presupone que Constancio Cloro estaba enterrado en Galia.

todo peligro, él me hubiera encerrado por todas partes y, rodeándome por los flancos con los bárbaros y de c frente con sus propias tropas, me parece que yo hubiera tenido que soportar lo indecible y la vergüenza de esos hechos que, para los hombres sensatos, es el peor castigo. Estas consideraciones, atenienses, así se las conté a mis compañeros de milicia [81] y así se las escribo a los ciudadanos comunes de todos los griegos. Que los dioses, dueños de todo, me otorguen hasta el final su alian- d za, como me prometieron, y proporcionen a Atenas la mayor prosperidad posible que esté en nuestras manos, y el tener siempre emperadores que sean capaces de conocerla a fondo y amarla de forma especial.

[81] Una paráfrasis de su alocución a los soldados puede verse en AMIANO, XXI, 5, 3 ss.

ÍNDICES

ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS *

* Entre paréntesis figuran las citas no nominales.

ÍNDICE GENERAL

III

«SOBRE LAS ACCIONES DEL EMPERADOR» O «SOBRE LA REALEZA»

IV

CONSOLACIÓN A SÍ MISMO POR LA MARCHA DEL EXCELENTE SALUSTIO

V

AL SENADO Y AL PUEBLO DE ATENAS